Eduardo Sacheri

Qué quedará de nosotros



Lectulandia

En abril de 1982, ante la recuperación de las Malvinas por parte de las Fuerzas Armadas argentinas, tres soldados reservistas de la clase 1962 son reincorporados a filas y enviados a las islas. Llenos de expectativa, de curiosidad, de sed de aventura, Carlitos, Antonio y el Conejo se internan en ese territorio desconocido que se irá tornando cada vez más inhóspito a medida que las lejanas negociaciones diplomáticas fracasen y se desencadene la guerra con los británicos. Se enfrentarán entonces a las privaciones, el frío, el miedo, y esa soledad que sólo podrá ser paliada a duras penas por la fuerza de su amistad. Y conocerán, junto a sus compañeros y sus jefes, la amplia gama de sentimientos y actitudes —la nobleza, el egoísmo, la valentía, la estupidez— nacidos en la situación límite que la guerra impone a los seres humanos.

En este conmovedor relato, Eduardo Sacheri pone el foco en el escenario bélico de las Malvinas y sus protagonistas: los militares de todas las jerarquías y variada conducta, y estos tres jóvenes que, apenas salidos de la adolescencia, se enfrentan a lo que les ha tocado con los recursos propios de una edad en la que se tiene toda la vida —y la muerte— por delante.

Eduardo Sacheri

Qué quedará de nosotros

Guerra de las Malvinas 2

ePub r1.0
Titivillus 19.12.2025

Eduardo Sacheri, 2025

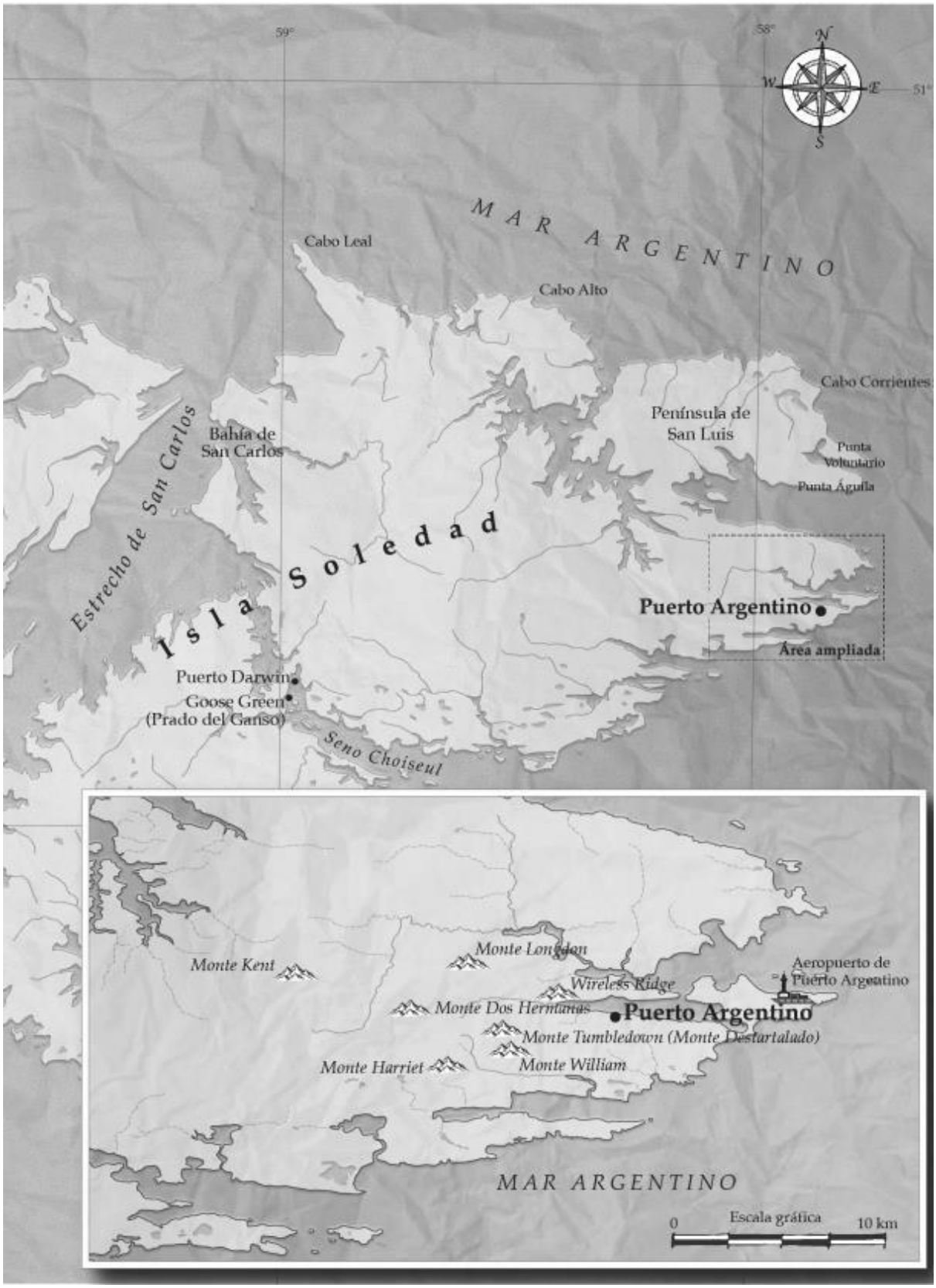
Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Escribí esta novela sobre la Guerra de Malvinas
con profundo respeto por la memoria
de los caídos y por el valor de quienes hicieron
lo posible por cumplir con su deber.
A todos ellos va dedicada.

Ésta es una obra de ficción que se desenvuelve en el marco histórico de la Guerra de Malvinas, en 1982. Las muy escasas menciones que se realizan a personas reales no pretenden dar cuenta de hechos verídicos de sus biografías. Las referencias a las acciones bélicas reales que el lector pueda encontrar en el texto no tienen otro objetivo que dar un marco verosímil a los sucesos y los personajes de esta novela. El Regimiento de Infantería N.º 43, al que pertenecen los personajes, no estuvo desplegado en el monte Harriet ni tuvo existencia real.

E. S.


61°
60°
51°
OCÉANO ATLÁNTICO SUR
60°
Isla Gran Malvina
Bahía Fox
52°
MAR ARGENTINO
0
Escala gráfica
40 km
61°
60°


59°
58°
51°
N
W
E
S
MAR ARGENTINO
Cabo Leal
Cabo Alto
Cabo Corrientes
Península de San Luis
Punta Voluntario
Punta Águila
Bahía de San Carlos
Estrecho de San Carlos
Isla Soledad
Puerto Argentino
Área ampliada
Puerto Darwin
Goose Green (Prado del Ganso)
Seno Choiseul
Monte Kent
Monte Longdon
Wireless Ridge
Aeropuerto de Puerto Argentino
Monte Dos Hermanas
Puerto Argentino
Monte Tumbledown (Monte Destartalado)
Monte Harriet
Monte William
MAR ARGENTINO
0
Escala gráfica
10 km

Las islas

1

Carlitos está convencido de que las personas se dividen en dos clases: por un lado están las que se despiertan con mucha anticipación, desayunan con parsimonia, se visten con lentitud y van al baño como si tuvieran todo el tiempo del mundo, y por el otro lado existen las inteligentes, como el propio Carlitos, que ponen el despertador cinco minutos antes de tener que salir de casa y aprovechan para dormir todo lo posible. Porque es así. Cinco minutos son suficientes: un minuto para lavarse la cara y despabilarse, otro para tomar un vaso de leche fría junto a la mesada de la cocina, dos para ir al baño y lavarse los dientes y uno más para vestirse, agarrar las llaves y mandarse a mudar. Cinco minutos. Suficiente. Lástima que el resto de su familia pertenece a la otra clase de gente. Porque claro, los amantes del despertar vertiginoso necesitan un alto poder de concentración en las tareas y una exquisita sincronización de los movimientos. Tardás cinco minutos siempre y cuando las boludas de tus hermanas no hayan tomado el baño por asalto, y tu viejo no se empeñe en hacerte un resumen de quince minutos sobre lo que tenés que hacer en la inmobiliaria hasta que él llegue a eso de las nueve, o tu vieja no decida ocupar toda la mesada con las cosas del desayuno pantagruélico que van a zamparse a lo largo de tres cuartos de hora.

No importa: si uno se topa con un embotellamiento en alguna de las estaciones de su raid, pues se saltea la estación. Nadie se muere por ir a trabajar sin tomarse el vaso de leche o sin peinarse como Dios manda.

Como contrapartida, hay pocas cosas que a Carlitos lo pongan de tan mal humor como que lo despierten antes de su hora. Si ha puesto el despertador a las 7.55 es porque quiere despertarse a las 7.55 y salir de su casa a las 8.00 en punto. Y si va alguien y lo despierta a las 7.50, arde Troya. ¿Quién le devuelve a él esos cinco minutos? Nadie. Nadie se los devuelve. Su familia, en general, conoce el tamaño de su ira, y procura atenuar el sonido de ese trajín mañanero en el que malgastan horas que

podrían ser de dulces sueños. Evitan los gritos, evitan los portazos, evitan hacer mucho ruido con sus pisadas de ida y vuelta por el pasillo.

¿Y entonces? ¿Entonces qué carajo está pasando hoy? Carlitos enciende el velador de la mesa de luz. No son ni las siete de la mañana. Ni las siete, me cacho. Y ahí afuera andan a los gritos pelados. Su vieja anda pegando alaridos y sus hermanas otro tanto. Las siete de la mañana. Ni un minuto más. Así que las mujeres de su familia han decidido robarle cincuenta y cinco minutos de plácido descanso.

Indignado, Carlitos se incorpora en la cama, se levanta, se calza unos jeans, se tambalea hacia la puerta de su habitación (el despertar abrupto te perjudica el equilibrio, lo sabe todo el mundo) y la abre de un manotazo. El cuarto de sus hermanas está abierto —eso es normal, porque se levantan temprano para ir al colegio—, su madre está de pie en esa pieza —eso también es normal, porque las idiotas no escuchan el despertador y necesitan que su madre las despierte— y la luz está encendida —normal también, porque las señoritas se quedan remoloneando si su madre las deja en la penumbra—. Lo que no es normal es lo que están haciendo las tres: miran la radio portátil que su madre tiene entre las manos como si fuera un objeto sagrado ofrecido a la contemplación de la feligresía. Y lo que es menos normal todavía es lo que hace su madre a continuación. Se vuelve hacia él con expresión de asombro y vocifera:

—¡Las Malvinas, Carlitos! ¡Tomamos las Malvinas!

2

—Alta en el cielo, un águila guerrera, audaz se eleeeeva, en vueelo triunfal…

Todos los días el Conejo hace ese mismo chiste pésimo, piensa Antonio. El Conejo es el encargado de levantar la persiana metálica. Y siempre, indefectiblemente, se pone a cantar *Aurora*, como si estuviese en el regimiento izando la bandera y no en el taller mecánico subiendo la cortina de enrollar. Antonio no sabe qué suena peor: si el chirrido de la cadena sobre la polea dentada o el graznido del Conejo destrozando la canción patria. Antonio sigue con lo suyo: soltar chorros de agua aquí y allá con la regadera, para asentar el polvo del piso de cemento antes de ponerse a barrer con la escoba.

—Es la bannnndera de la patria mía, del Sol nacida, que me ha dado Dios…

Cuando se acerca el final de la canción, la cosa empeora. Una mezcla de falta de oído musical y notas agudas en la que nada puede salir bien. Antonio empieza a barrer, usando la escoba bien pegada al piso para no levantar polvareda. El Conejo termina de levantar la persiana y anuda la cadena en el gancho de la pared. Se escucha cómo Hugo, el padre del Conejo, trajina en la cocinita con la pava y con el mate.

La verdad, Antonio no puede quejarse. Las cosas están saliendo bien. Más que bien. ¿Dónde estaba él hace un año? Bueno, hace estrictamente un año ya estaba haciendo el servicio militar, y ya se había hecho amigo del Conejo y de Carlitos. ¿Pero hace un año y medio? Recién llegado desde Clodomira, perdido como no sé qué, amontonado con su tío Rudecindo en la pieza de la pensión y sin tener idea de qué carajo hacer con su vida.

Su tío le decía que la colimba le iba a venir bien, y había tenido razón. Por mucho que el Conejo y Carlitos se la pasaron quejándose. Ahora que lo dieron de baja las cosas están mejor todavía. El sueldo que cobra no es

la gran cosa, pero Antonio no se queja. Vive en el taller, sin pagar nada. Al mediodía comen todos juntos y Hugo se hace cargo de la cuenta. Y, encima, de a poco aprende un oficio. El padre del Conejo es medio metido para adentro y suele tener una cara que se la patea, pero a Antonio no le molesta. Tampoco él es tan distinto. Y para enseñarle el tipo es bastante bueno. Le tiene paciencia. Y Antonio la necesita, porque hasta hace poco, hasta que entró a trabajar, de autos y de motores de autos no tenía la menor idea. ¿Qué iba a saber? En Clodomira casi no hay autos. Pasan, nomás, por la ruta 21, pero siempre siguen de largo. Así que si uno está dispuesto a aprender, ese taller es el mejor de los lugares.

El padre del Conejo echa un vistazo alrededor. La típica revista matutina. También por eso le está agradecido al servicio militar. Allá en su pueblo Antonio era bastante desbolado con las cosas, con la ropa, con la limpieza. En la colimba aprendió a ser mucho más prolijo. Ya no se trata de aprobar la revista del sargento Bustamante, sino la del papá del Conejo. Pero hay que hacer lo mismo. Tener todo ordenado y que te vean trabajando. Con eso alcanza y sobra.

Esta mañana hay muchos bocinazos en la calle. A veces sucede eso. La avenida es ruidosa. Se juntan autos en el semáforo de la esquina y alguno se impacienta y empieza a tocar. Pero hoy es diferente. A cada rato arranca un coche a tocar la bocina, pero lo hace como un cantito: ta, tatatata, ta, ta. Y después otro le contesta, y así. Luego el semáforo se pone en verde y se van, y regresan los ruidos de siempre de la calle. Pero al ratito vuelve a pasar lo mismo.

Antonio termina de barrer y se dispone a guardar las cosas en el roperito de la limpieza pero, de repente, se topa con una aparición que casi le paraliza el corazón. Ahí, en la vereda del taller, mirándolos y sonriendo, está Magalí, la hermana del Conejo. Antonio traga saliva.

—¿Qué hacés acá, nena? —le pregunta el Conejo cuando la ve en la puerta.

Magalí, para variar, está preciosa. ¿Cómo hace esa chica para ser así de linda a todas horas? Que no se le note, por Dios. Que no se le note lo embobado que está con esa mina. Para peor Magalí se lo queda mirando a él, a Antonio, como si el Conejo fuera un florero. Lo hace para ponerlo nervioso. La guacha disfruta de verlo nervioso a él.

—Te pregunté algo, pavota —vuelve a preguntar el Conejo.

La chica, divertida, se gira hacia su hermano y le retruca:

—Más pavote serás vos.

—¿Qué pasa, Magalí? —pregunta el padre de ambos, viniendo desde el fondo del taller.

—Ustedes no se enteraron de nada, ¿no? —Magalí sigue mirándolos, divertidísima.

Antonio ve, detrás de ella, que los autos del semáforo se ponen de nuevo a tocar bocina. Y, sí, la verdad que es extraño.

—¿No les llamó la atención? —Magalí lo mira a él pero les pregunta a los tres, señalando hacia el batifondo de los autos.

—Ah, sí, me pareció raro… —contesta Antonio.

Magalí niega con la cabeza, divertida, y grita alzando los brazos y dando saltitos:

—¡Recuperamos las Malvinas! ¡Eso es lo que pasa! ¡Las Malvinas!

3

El teniente primero Horacio Quinteros no tiene una opinión demasiado buena de sí mismo. Siempre se ha sentido un poco torpe, bastante indeciso, demasiado estructurado. Con frecuencia tiene la sensación de que las otras personas comprenden más rápido lo que pasa a su alrededor. Como si él necesitase más tiempo que los demás para entender dónde está y lo que tiene que hacer. ¿Está en lo cierto, o es demasiado duro para juzgarse? Responderse esa pregunta también le genera dudas.

Ahí está otra vez esa sensación desagradable de no estar a la altura. Y menos con la profesión que ha elegido. Ser oficial del Ejército no le parece compatible con eso de la torpeza y de la indecisión. En su trabajo hay hombres que dependen de él. Que dependen de que sepa qué hacer, cómo hacerlo, cuándo hacerlo. ¿Y entonces? ¿Cómo se combina esa responsabilidad para con sus soldados con esos defectos que arrastra desde que era chico? No se combinan. Ahí está el problema.

A menudo se siente un impostor que todavía no ha sido descubierto. La suya fue una vocación tardía, producto de un equívoco que lo sigue confundiendo.

Cuando terminó la escuela secundaria no tenía la menor idea de qué hacer con su vida y… No, momentito: cuando terminó la escuela en realidad no la terminó, como diría su padre. En quinto año se llevó siete materias a diciembre, y de esas siete le quedaron cuatro a marzo, y de las cuatro le quedaron dos que le impidieron rendir el examen de la universidad. Su viejo se agarró una bronca legendaria, pero para Quinteros fue un alivio, porque si alguien le preguntaba qué quería estudiar, lo cierto es que no tenía la menor idea. Consiguió un trabajo de cadete en un banco y pensó que tenía tiempo de sobra para rendir las previas y elegir una carrera. Lo de las previas le llevó todo ese año. Se decantó por estudiar abogacía porque le pareció la que menos le disgustaba, pero tampoco estaba seguro. Por no estar seguro, no estaba seguro de nada. Y cuando se

quiso acordar no tenía sentido rendir el examen de ingreso porque le tocaba hacer la colimba.

Y resultó que, contra todo pronóstico, el joven Quinteros sintió que había encontrado su lugar en el mundo. Descubrió que ese universo de mandos y obediencias, de horarios estrictos, de pautas claras y de objetivos concretos se le daba bien y, sobre todo, lo complacía. Nunca se había destacado ni en el estudio ni en el deporte ni en nada. Pero la vida militar, con su estructura, su rigidez, su previsibilidad, era un descanso para esos temores y esos titubeos que lo habían acompañado desde chico. Terminó el servicio militar como soldado dragoneante, y el teniente de su compañía, al momento de comunicarle que se iba de baja, se lo sugirió con firmeza: «¿Por qué no entra al Colegio Militar, Quinteros?».

Así que Quinteros se sentó otra vez con su padre y le dijo que iba a hacer la carrera de oficial del Ejército. Su padre recibió la novedad con escepticismo: iba a tener que estudiar mucho, sacrificarse, madurar. «Veremos», concluyó. Quinteros no dijo nada, aunque pensó: «¿Veremos? De acuerdo: veamos». En los cuatro años siguientes, tal como le había anticipado su padre, estudió mucho, se sacrificó mucho y maduró bastante. Cuando egresó como subteniente sentía que había hallado el sitio en el que encajaba. La disciplina, el orden, la puntualidad eran cosas que le venían como anillo al dedo.

No obstante, seguía teniendo clavada la espina de la incertidumbre, porque dudaba mucho a la hora de mandar. Ahora era él el oficial que, de buenas a primeras, tenía a su cargo a un conjunto de suboficiales y soldados rasos. Quinteros dedicó muchas noches de insomnio a torturarse con la idea de que todos esos hombres iban a notar, cuando lo tuvieran delante, que lo carcomían las dudas, el temor de fallar, la incapacidad para tomar decisiones acertadas.

Y, sin embargo, eso no sucedió. Ni sus jefes ni sus subordinados pusieron el grito en el cielo para denunciar su impericia. Sus jefes lo calificaron con benevolencia y sus subordinados aceptaron su liderazgo sin quejarse y sin poner en tela de juicio sus decisiones. Y el tiempo fue pasando. El año pasado, para colmo, lo habían vuelto a ascender, del grado de teniente al de teniente primero. Y Quinteros volvió a temer, sigue temiendo, no dar la talla, no estar a la altura.

¿Y entonces? ¿En qué quedamos? ¿Dónde está el problema? ¿Es demasiado exigente con él mismo o a los demás les falta perspicacia para

detectar sus deficiencias? En los días malos se dice que debería pedir la baja porque no es suficientemente bueno. En los días buenos se dice que no, que si fuese un mal oficial a su alrededor saltarían alarmas que no saltan. Y la vida militar sigue gustándole. ¿Qué haría si dejara el Ejército? ¿Retomar los estudios? ¿Ponerse un quiosco?

Quinteros termina la primera recorrida de la mañana y queda bastante satisfecho. Lleva apenas un mes y medio en su nuevo destino y tiene la sensación de que el grupo de suboficiales a su cargo es bastante competente. Hay cosas para mejorar, pero eso pasa siempre. Y los soldados conscriptos, que llevan apenas unas semanas bajo bandera, mal que mal se van acostumbrando a respetar los horarios, las consignas y las obligaciones. Confía en que, dentro de un par de meses, cuando hayan completado la instrucción de combate, serán una compañía de infantería más o menos aceptable.

Mientras camina hacia la cocina para participar del rancho, lo sorprende el sonido del teléfono de su oficina. ¿Quién puede estar llamando tan temprano? Consulta su reloj y sí, es tempranísimo. Trota hasta el aparato y levanta el tubo.

—Teniente primero Quinteros —se identifica.

—¿Qué dice, Quinteros? Buen día. Habla Sanabria.

¿Sanabria? Era teniente cuando Quinteros hizo el servicio militar. Y fue el oficial que le recomendó ingresar al Colegio Militar. Ahora es coronel, y es lo más parecido a un consejero que tiene Quinteros, en el Ejército y más allá de él.

—Buen día, coronel, qué sorpresa.

—Sorpresa se va a llevar cuando prenda la radio.

—¿Cómo?

—Que prenda la radio, teniente. Hágame caso. Y yo que usted no me pediría ninguna licencia en las próximas semanas.

Quinteros no entiende nada. ¿De qué está hablando Sanabria?

—No lo entiendo, señor. Perdone, pero…

—Encienda la radio, Quinteros. Hablamos en otro momento.

El coronel corta la comunicación sin despedirse. Quinteros busca la radio portátil que guarda en un cajón del escritorio. O le cuesta sintonizarla o anda floja de pilas, porque las voces van y vienen, a medias audibles en un mar de estática. Camina hacia la ventana, extiende el brazo

y ahí, de repente, el ruido a fritura desaparece y se oye clara la voz de un locutor:

—… por intermedio de sus Fuerzas Armadas y mediante la concreción exitosa de una operación conjunta, ha recuperado las islas Malvinas, Georgias y Sandwich del Sur para el patrimonio nacional. Se ha asegurado de esta manera…

Quinteros, incrédulo, gira la radio portátil para mirar el dial. Apenas produce el movimiento la radio enmudece y vuelve el sonido de la estática. Maldice entre dientes.

—¡Mi teniente primero!

Quinteros se gira hacia la puerta. Ahí está el sargento… mirándolo con los ojos redondos como platos.

—¿Usted escuchó lo mismo que nosotros, mi teniente?

Recién entonces Quinteros acepta la verdad: no está soñando y Argentina acaba de recuperar las Malvinas.

4

El mayor Alfredo Camargo suelta el embrague de a poco y supervisa, a través de los retrovisores, que el Ford Falcon retroceda bien recto por el caminito de lajas hasta afuera. Una vez que siente que las ruedas traseras han bajado al pavimento gira el volante para que el coche se acomode en la calle.

Pone primera pero hace lo de siempre: echa un vistazo a su casa para asegurarse de que todo esté como corresponde. El césped debería estar un par de centímetros más corto. Y las hojas de los árboles deberían haber sido barridas. Toma nota mental de avisarle al sargento Bustamante que le mande un par de colimbas. Cuando empieza a soltar el pedal para avanzar, sus ojos se posan en el cordón de la vereda. Camargo insulta entre dientes. Ese charco de agua estancada no tendría que estar ahí. Si está es por la combinación de dos factores que Camargo detesta. Uno: la pendiente de la calle está mal hecha y forma, a la altura de su casa, un badén más bajo que las dos esquinas de la cuadra. Dos: el idiota de su vecino, Mansilla, lava su auto en la vereda y deja escurrir el agua para donde al agua le place, es decir, hacia el frente de la casa de Camargo.

Más de una vez le ha tocado el timbre para señalarle el problema. Lo justo es que el tal Mansilla barra el agua hasta más allá de la casa de Camargo, hasta el sitio en el que la calle recupera la pendiente correcta. Desde ahí el agua sigue hacia la esquina y todos contentos. Pero el muy imbécil se niega a hacerlo, aduciendo que el agua, una vez que se escurre de la vereda al pavimento, deja de ser su responsabilidad.

Cada vez que recuerda la carita de Mansilla cuando le dice eso de la responsabilidad, Camargo fantasea con obsequiarle algún argumento sólido que lo haga revisar esa actitud tan poco amistosa. Nada irreparable. Un susto de muerte que lo disuada de ser tan egoísta. Con eso alcanzaría. Lo paradójico es que, a Camargo, medios no le faltan para ejecutar esa

advertencia. Si no lo hace es porque teme las consecuencias de largo plazo.

Quién te ha visto y quién te ve, Camargo. Hasta hace un par de años Mansilla habría terminado no sólo barriendo el agua sino besando las baldosas de la vereda. Pero qué se le va a hacer. Las cosas cambian.

De todos modos, el mayor no piensa dejarse atropellar por un civil. Si uno se deja humillar una vez, está perdido. Nunca hay que dejarse atropellar. Jamás. Así que en lugar de acelerar el Falcon y partir hacia el regimiento lo arrima a la vereda. Se apea del auto, cierra la puerta, se acomoda la chaquetilla del uniforme y encara hacia lo de Mansilla. El vecino tiene un cerquito bajo de madera. Para tocar el timbre hay que entrar hasta la puerta de la propia casa. Tiene un jardín muy cuidado y lleno de flores. Camargo repara en la horrible estatua de un enano sonriente que porta una carretilla donde crecen las prímulas.

Cuando le faltan un par de metros para alcanzar el timbre, la mujer del mayor abre la puerta de su casa y sale al porche con el envión de una emergencia. Camargo la ve mirar su auto estacionado, girar la cabeza hacia la entrada del vecino y localizarlo a él a punto de llamar a la puerta.

—¡Menos mal que no te fuiste, Alfredo! ¡Vení!

—No puedo —responde Camargo—. Se me hace tarde, y tengo que decirle un par de cosas a este pelotudo.

—¡Ahora no! ¡Te digo que es urgente! ¡Vení ya mismo!

Sin esperar que su marido le responda, la mujer se va para adentro y deja la puerta abierta de par en par. Camargo retrocede por el caminito de entrada hacia la vereda. ¿Qué carajo será tan importante como para que su mujer lo requiera de esa manera? Lo de Mansilla tendrá que esperar. Vuelve a reparar en el enano de yeso. Camargo carraspea varias veces. Cuando siente en el buche que el gargajo ha tomado suficiente caudal y consistencia, lanza un escupitajo que impacta en la cabeza del duende.

Satisfecho, deja abierta la puerta del cerco y va hacia su propia casa, a ver qué es eso tan urgente que su mujer necesita comunicarle.

5

Carlitos llega con la lengua afuera porque, de puro distraído, confundió los llaveros y se trajo las llaves del departamento de la calle Alsina, cuando el que tiene que mostrar a los posibles compradores es el de la calle Suipacha. Tuvo que correr como loco para subsanar el error.

Cuando llega a la puerta del edificio, el matrimonio de interesados está esperándolo. Carlitos se disculpa y se pregunta en voz alta si se retrasó. Sabe que no, que llegó justo a tiempo, pero le parece que hacer esa pregunta es un gesto de cortesía que no está de más. En realidad, esta cuestión de estar pendiente de lo que piensan los clientes es una de las cosas que más detesta de trabajar en la inmobiliaria de su viejo. Aunque si es por detestar cosas, la lista es larga, empezando por lo del saco y la corbata. A quién se le ocurre que tenga que ponerse saco y corbata para mostrar las propiedades en venta o alquiler. A su viejo, por supuesto. A Carlos López, el dueño, fundador, gerente, *alma mater* y columna vertebral de López Propiedades.

Suben en el ascensor, con esa incomodidad de tener que compartir un espacio reducido con desconocidos con los que, sin embargo, hay que ser simpático. Menos mal que con el asunto de la recuperación de las Malvinas no falta tema de conversación con nadie, en ningún sitio.

Por suerte engancha enseguida la llave correcta. «Los clientes tienen que sentir que ése no es *un* departamento, sino *el* departamento». Se lo recita para sus adentros con la voz de su viejo. «Los clientes tienen que sentir que vos les estás abriendo la puerta de su casa. Su futura casa. La casa que los estuvo esperando andá a saber desde cuándo».

A Carlitos le resulta raro esto de volver a trabajar en la inmobiliaria. Hace dos años se lo aguantó como un caballero. Recién salido del secundario, con el servicio militar pendiente, habiendo dado mal el examen de ingreso a la facultad (detalle no menor), su viejo le puso los

puntos: no se iba a llevar el año de arriba, esperando la convocatoria de la colimba. A trabajar se ha dicho. Y vaya que trabajó.

En el fondo, su viejo no es un mal jefe. Pero tiene sus manías, como todo el mundo. Y una cosa es soportar las manías de tus padres en tu casa y otra tener que tolerarlas, además, mientras laburás. Porque las cosas, en López Propiedades, hay que hacerlas como dice Carlos López, que las viene haciendo así desde la noche de los tiempos y la verdad que le ha ido bien, más que bien.

La pareja de interesados recorre el departamento de arriba abajo, porque ésta es su segunda visita. Es decir, el lugar les gusta, de otro modo no habrían regresado. Así que hay que tomárselo con paciencia, responder todas las preguntas y calmar todas las inquietudes. Sí, la verdad, muy luminoso. No, las expensas no son caras, para nada. Sí, la ventilación cruzada es una bendición. No, el ruido de la calle no molesta, apenas se escucha.

Lo peor es que a Carlitos se le da bien. Los clientes, que no saben que es el hijo del dueño, suelen elogiarlo delante del patrón. Y es lo peor, porque tarde o temprano Carlitos va a tener que decirle bien clarito a su viejo que no piensa quedarse para siempre en la inmobiliaria. Y eso va a ser un quilombo. Un par de veces, nomás, se ha atrevido a sacar el tema con Marisa, su mamá. Con su padre, hasta ahora, jamás, pero sí con su mamá. Y su madre ha puesto esa cara de «te entiendo, pero la verdad que, es cierto, es flor de problema». Porque la inmobiliaria marcha viento en popa, y don Carlos López está convencido de que López Propiedades tiene muchos años de prosperidad por delante, porque para algo tiene tres hijos sanos e inteligentes y bien educados que lo secundarán en la tarea y algún día llevarán la responsabilidad de López Propiedades sobre sus hombros.

Encima sus hermanas son dos chiquilinas que cuando Carlitos les saca el tema demuestran estar completamente en Babia. Andrea, la muy estúpida, termina el secundario este año. Y vos le preguntás qué va a hacer el año que viene y te dice que ni idea. Eso te dice. Y Cecilia es tan tarada como la otra, pero encima tiene la ventaja de que le falta un año más para terminar la escuela, así que estar en Babia lo tiene más permitido todavía.

Tarde o temprano va a tener que hablar en serio con su viejo. Pero todavía no se anima. Es decir, intenta emitir ciertos mensajes. Por ejemplo: volvió a preparar el examen de ingreso para Ingeniería y esta vez consiguió entrar. ¿No es un mensaje suficientemente explícito? ¿Qué tiene

que ver la ingeniería con los negocios inmobiliarios? Pero hasta ahora el viejo no acusa recibo.

La pareja de potenciales compradores sigue recorriendo el departamento vacío. El hombre está un poco más renuente. A la esposa se la ve definitivamente entusiasmada. Carlitos sale al balcón. No le parece bien presionarlos. El tipo también sale, con cara de abrumado. Le ofrece un cigarrillo. Carlitos se lo acepta. En la conversación sale otra vez el tema de las Malvinas mientras la mujer sigue recorriendo varias veces los tres ambientes del departamento. Nadie se esperaba un notición como éste. Y sin tocarle un pelo a ningún inglés. Por fin las islas son argentinas. Qué orgullo. Qué día inolvidable.

El hombre apaga el cigarrillo en el piso del balcón y regresa adentro porque su mujer quiere que miren juntos algo vinculado con los muebles de la cocina. Carlitos vuelve a pensar en sus cosas. No se podrá hacer el boludo para siempre. Tarde o temprano tendrá que hablar con sus viejos. Lo que pasa es que con la familia es difícil. Siempre. Porque además son buena gente. Buenísima. Carlitos se pasó la secundaria escuchando a sus amigos quejarse de sus viejos. Por anticuados, por metidos, por hinchapelotas, por autoritarios. Y en su casa parecen la familia Ingalls, la puta madre. A veces le gustaría que fueran más jodidos. Como para sentirse más a gusto con su propio fastidio. Eso sí, en algún momento habrá que hablar lo de «Carlitos». Porque tiene las bolas llenas con el diminutivo. Carlos y Carlitos. Carlos para su papá, Carlitos para él. Carlitos para acá, Carlitos para allá. Lo tiene tan incorporado que él, él mismo, se nombra como Carlitos. Se piensa como Carlitos. El año pasado, sin ir más lejos, cuando empezaron la colimba y arrancaron a conocerse, se presentaba con un «Hola, soy Carlitos López». De modo que todos sus compañeros del servicio militar lo llaman «Carlitos». Así de boludo es. Tiene que cambiarlo. Tiene que dejar de ser Carlitos, para todo el mundo y para él mismo. La macana es que no tiene la más pálida idea de cómo hacerlo.

6

Algún sábado toca trabajar. Como hoy. Antonio no tiene mayores objeciones. El Conejo, en cambio, se pone como loco cuando su viejo lo hace venir en fin de semana. Dice que es un exagerado. Que lo hace porque no se aguanta que ellos sean jóvenes y tengan mejores cosas que hacer los viernes a la noche que quedarse mirando la tele; y que su venganza es hacerlos madrugar al día siguiente a ellos dos, como pelotudos.

Antonio no está seguro de que la cosa sea tan simple. Es verdad que Hugo parece disfrutar dándole malas noticias a su hijo. Un round más en esa pelea interminable que el Conejo y su papá tienen todo el tiempo y que explota por cualquier pavada. Pero, por otro lado, las cosas no están como para rechazar trabajos. Y si te cae un Peugeot 504 el viernes a la tarde y el dueño te dice que está completamente fuera de punto y que lo necesita el lunes a primera hora porque es viajante de comercio, lo que hay que hacer es lo que hace el viejo del Conejo: decirle que sí, que ya mismo empiezan con la afinación y que pase lo que pase se lo van a tener listo el sábado a última hora. Hay que joderse, pero es así.

Entretanto, lo mejor que puede hacer Antonio es abrir bien los ojos y las orejas y aprender, de ambos, todo lo que pueda, porque tanto el padre como el hijo saben un montón de mecánica.

Más allá de la calentura que se agarra, el Conejo empieza a desarmar todo el mismo viernes a última hora. Antonio lo ayuda con la herramienta, claro, y se siente como en esas películas en que hay un cirujano operando y le dice a la enfermera: «Bisturí», y la enfermera le pasa el bisturí; le dice: «Hilo», y le pasa el hilo; le dice: «Gasa», y le pasa la gasa. Antonio sabe que tiene un nombre esa clase de enfermeras. Un nombre especial, pero Antonio no se lo acuerda. Ni siquiera está seguro de que sean enfermeras. Capaz que son otra cosa, pero como él es un bruto no sabe el nombre correcto que tienen. Lo cierto es que él se siente así, pero con la

herramienta. Una llave del 4, dice el Conejo, y Antonio le pasa la llave del 4. El Allen chico, dice el Conejo, y Antonio le alcanza el destornillador Allen chico. El Phillips del medio, dice el Conejo, y Antonio le pasa el destornillador número 5, que tanto el Conejo como su padre llaman «el del medio».

Ayer viernes, después de cerrar, se quedaron limpiando todo el sistema de carburación ya desarmado, pieza por pieza. «Mirá la mugre que tenía este hijo de puta», comentó el Conejo, y Antonio estuvo de acuerdo, porque ya de a poco va entendiendo lo principal del asunto y sí, terrible lo sucio que estaba el carburador. Pero de repente a Antonio dejaron de importarle la mugre, el carburador, el Peugeot 504, el taller, el Conejo y el mundo en general, porque se oyeron unos golpecitos en la cortina metálica y a Antonio el corazón se le puso a galopar, porque la única que golpea así es Magalí.

Y era ella, nomás. La chica entró, saludó, dio unas vueltas, desfiló que parecía una modelo yendo y viniendo por el taller, y Antonio se empezó a atragantar con el aire y la saliva. «Estoy jugando con fuego», alcanzó a pensar. Pero lleva más de un año quemándose con ese fuego y le importa un carajo. Mejor dicho, le importa, pero la hermana del Conejo le importa mucho más, le importa tanto que se banca quemarse todas las veces que haga falta.

Menos mal que su amigo vive en la luna de Valencia, porque cuando Magalí propuso ir hasta la pizzería El Gato Blanco a comprar una pizza y dos cervezas para comer ahí los tres, el Conejo le preguntó si no tenía un plan mejor para un viernes a la noche que comer con ellos dos en el taller, y Magalí dijo que no y al Conejo le pareció lo más normal del mundo que su hermana, que debe ser la chica de diecisiete años más linda y más divertida del mundo, no tenga otro programa un viernes a la noche que pasarlo con ellos dos en un taller mecánico con un 504 a medio reparar. Así que allá se fue Magalí hasta El Gato Blanco, y compró la pizza y las cervezas, y Antonio se murió de amor toda la noche, enamorado como un tarado pero tratando de que no se le notara, y fue hermoso que Magalí tuviera esa idea, que fue la única manera de pasar esa noche los dos juntos, aunque no hayan podido ni darse un beso, ni rozarse la mano, porque el Conejo naturalmente estuvo toda la noche adelante hasta que dijo: «Bueno, vamos a casa, nena, así mañana arrancamos temprano».

Y hoy, sábado, abrieron puntuales a las ocho porque el viejo se lo dejó estrictamente indicado, porque ya que van a trabajar está bueno que los vecinos vean el taller abierto, porque así da la sensación de que están tapados de trabajo y eso siempre sirve, porque nunca se sabe. Don Hugo hace acto de presencia a eso de las diez y les pasa revista como si estuvieran en la colimba, cosa que a Antonio no le molesta pero al Conejo le da cien patadas al hígado, y en lugar de fijarse en que ya tienen todo el carburador instalado y el auto regulando en punto muerto como un violín, en lugar de decirles: «Qué bueno que el trabajo esté terminado y perfectamente concluido», va y le dice al hijo: «Te tengo dicho mil veces que cuando terminás de usar la herramienta la tenés que limpiar y guardar cada cosa en su sitio porque si no el que tiene que usarla detrás tuyo se encuentra con un quilombo».

El Conejo se levanta, se sacude el polvo del trasero y empieza a llevarse las cosas desde el piso a los tableros de herramientas. El viejo lo mira hacer. Ni el padre ni el hijo dicen una palabra. Antonio se ha quedado de pie ahí en el medio de este campo de batalla en el que no se está disparando ningún tiro, y en ese momento el viejo tiene una idea y le dice: «Ayudame con algo» y le hace un gesto. Antonio lo sigue y se van al fondo. Don Hugo le señala la escalera de madera y Antonio la agarra y la pone contra la estantería que él le indica. Sube hasta alcanzar el estante de más arriba. Siempre siguiendo las instrucciones de Hugo, hace a un lado unas latas de pintura, unos diarios viejos del tiempo de ñaupa, el esqueleto de un ventilador roto y tapado de polvo y ahí abajo encuentra la bandera, bien protegida adentro de una bolsa de nailon.

«A ver, abrila para ver cómo está», le dice el viejo desde abajo. Antonio se vuelve hacia él y la despliega. No hay demasiada luz, pero parece intacta. Limpia, lustrosa. Se le marcan los pliegues de haber estado doblada mucho tiempo, nomás. Antonio le pregunta si la tienen desde hace mucho. «Desde el Mundial ’78», dice el padre del Conejo. «Traete la escalera al frente, así la colgamos», dice también. «Ya que recuperamos las Malvinas, es lo menos que podemos hacer».

7

Quinteros se apresura hacia su oficina porque ha decidido dedicar parte de la mañana a poner al día todo ese papeleo administrativo que aborrece pero que tiene, sí o sí, que despachar. En el banco de madera del pasillo se encuentra sentada a una mujer que se pone de pie cuando lo ve.

—Buen día —saluda Quinteros.

—Buen día, teniente primero.

Quinteros toma nota de que esa mujer es de familia militar. De lo contrario no habría sido capaz de identificar sus galones.

—¿En qué la puedo servir?

—Necesito hablar con el mayor Camargo.

—Sí, cómo no. ¿Él la está esperando?

La mujer parpadea varias veces y se ruboriza.

—No, no. No sabe que venía. Pero…

—No se haga problema —la interrumpe Quinteros. Eso de si la estaba esperando lo preguntó como una mera formalidad y lamenta haberla incomodado—. Ya mismo le mando a avisar.

Se gira hacia la oficina de despacho. Le hace señas al conscripto Aguilar, que pega un respingo, se incorpora de su asiento y se acerca.

—Búsquelo por favor al mayor Camargo y le avisa que una señora lo espera en su oficina.

—Entendido, mi teniente primero.

El soldado hace una venia y se aleja por el pasillo. Quinteros abre la puerta de la oficina de Camargo.

—Adelante, señora.

—No, no, le agradezco —la mujer titubea—. Prefiero esperarlo acá.

—Ningún problema, señora. Ahí le avisan. ¿La puedo ayudar en algo más?

—No, teniente. Muchas gracias.

Quinteros se despide con una inclinación de cabeza y entra en su propia oficina. Se pregunta si debió ofrecerle algo para tomar, un té, un café, pero le da la impresión de que sólo habría aumentado la incomodidad de esa mujer. Se sienta a su escritorio y estudia por encima la pila de trámites que tiene para despachar. Es como si los papeles se reprodujeran como conejos. Odia que se le acumulen todos esos oficios y comunicaciones, pero no hay manera de tener todo al día, la pucha. Para peor, no hace más que empezar con el que encabeza la pila cuando se escuchan dos golpes en la puerta. ¿Será de nuevo la mujer de recién?

—Pase —ordena Quinteros.

No es la mujer. El que ingresa es un subteniente al que no conoce, que se cuadra frente a su escritorio y saluda con prolija marcialidad.

—Subteniente en comisión Adrián Parisi presentándose en destino con su oficial al mando, mi teniente primero.

El teniente Quinteros no puede reprimir una sensación desagradable.

—Descanse, subteniente, tome asiento.

No es por el recién llegado, a quien no conoce y con quien, por lo tanto, no tiene ningún problema. No es eso. A Quinteros le gustan las cosas ordenadas y previsibles. No le gustan las improvisaciones. No le gustan nada. Por eso, entre otro montón de cosas, eligió ingresar al Ejército. ¿A cuento de qué esta fantochada de los subtenientes «en comisión»? Este muchacho que tiene sentado enfrente debería estar en el Colegio Militar, cursando las primeras semanas de su último año de estudios. Porque eso es lo que es. Un estudiante de cuarto año del Colegio Militar de la Nación. No es un subteniente. Eso lo será, si Dios quiere, a fin de año, cuando complete su último año de preparación, como vienen haciendo generaciones y generaciones de oficiales. El mismo Quinteros recuerda cómo se sentía él cuando egresó del Colegio Militar. Nervioso, tenso, inexperto, inseguro. Y eso que había tenido todo su cuarto año como para curtirse o, por lo menos, encontrar el modo de parecer curtido. Porque después hay que salir y mandar. Salir y manejar a los suboficiales. Salir y hacer que esos tipos acostumbrados a la vida de cuartel acepten recibir órdenes de muchachos más jóvenes que ellos. Y enseñar a los soldados conscriptos a ser ni más ni menos que soldados. Cosa nada sencilla, por cierto.

Ese muchacho que tiene sentado delante (¿Parisi dijo que se llamaba?) tiene una expresión de pasmo mezclada con miedo, mezclada con

sorpresa, que lo convertirá en la víctima perfecta para cualquier suboficial o colimba díscolo y rencoroso. Sin ir más lejos, esa sombra de bigote que se ha dejado el novato será motivo de una carnicería de ironías y sarcasmos. Parece que se lo hubiese pintado con corcho quemado, como un alumno de primaria convocado al acto del Veinticinco de Mayo para el papel de granadero o de miembro del Cabildo. ¿Es estúpido que oficiales y suboficiales consideren que los bigotes abundantes los vuelven unos machos invencibles y unos guerreros espectaculares? Sí, es estúpido. Pero muchos se lo creen. Van pavoneándose por ahí como si, a falta de medallas, esos cepillos capilares dijesen algo sobre su valor o su inteligencia. La macana es que si esta pobre criatura que el Colegio Militar ha expulsado prematuramente de sus aulas con una patada en el traste y el mentiroso grado de «subteniente en comisión» se empeña en dejarse esos tres pelos lamentables encima del labio, lo van a tomar todavía más para la chacota.

Y ahí está el otro asunto. El que de verdad inquieta al teniente primero Quinteros. ¿No se supone que el desembarco en las Malvinas fue planificado con enorme antelación y cuidados exquisitos? ¿No se supone que lo único que hay que hacer, de ahora en adelante, es sostener en las islas una pequeña guarnición mientras se llevan a cabo las negociaciones finales con los ingleses? ¿A cuento de qué, entonces, esa urgencia por anticipar el egreso de los subtenientes? ¿O esa otra medida de reincorporar a todos los soldados conscriptos de la clase 1962? ¿En qué quedamos? ¿La operación militar está concluida, o la operación militar recién está empezando?

Quinteros está feliz por la recuperación de las Malvinas. Pero Quinteros sólo puede ser feliz en un mundo ordenado y previsible. Nunca en un mundo caótico. Y en estos últimos días se le viene repitiendo la sensación —como ahora mismo, cuando al otro lado del escritorio tiene sentado a ese subteniente al que le falta un golpe de horno— de que hay, a su alrededor, mucho más caos del que puede tolerar.

8

Hay días que empiezan mal y que después empeoran. Hoy debe ser uno de esos días, piensa el mayor Camargo. Nunca es una buena noticia que tu jefe te convoque a una reunión a las ocho de la mañana, ni que el tema de la reunión sea importantísimo y tan sorpresivo que vos no estés preparado, ni que tu superior arranque diciendo que lo mandan a las Malvinas. No hay que ser un genio para entender lo que significa eso para el propio Camargo. Si el general se va a las Malvinas, Camargo se va con él. Hasta ahora todo el asunto de Malvinas le ha tocado como a cualquier otro militar: le pareció bien, le gustó la idea de «Ocupamos las Malvinas». Pero ahora eso acaba de transformarse en «Me mandan a las Malvinas». Y son dos cosas muy distintas.

El jefe sigue hablando en ese tono de voz pausado, tranquilo, tan habitual en él. Cuenta que el gobernador militar designado lo habló con él varios días antes del desembarco. Que tiene que manejar una guarnición de seiscientos, setecientos hombres a lo más. Que el único pueblo digno de ese nombre, en toda la extensión de las islas, es Puerto Stanley. Que lo demás son estancias, una por acá, otra por allá y otra por donde el diablo perdió el poncho. Y que hay muchas más ovejas que personas. Así que la cosa es ir a las islas y gobernarlas.

Está todo pensado, y parece que la negociación que hay que abrir con los ingleses va a llevar meses. Meses, va a llevar. Y eso es lo que a Camargo le cae como una patada al hígado. ¿Tiene ganas el mayor de ir a cagarse de frío los próximos ocho meses al culo del mundo? No. No tiene. Odia el frío, la soledad del páramo, el viento y las noches interminables de esos inviernos patagónicos. Y sospecha que las Malvinas deben tener demasiado de todo eso.

Pero hay algo peor que eso. Camargo, desde que egresó como subteniente, viene haciendo una planificación exquisita de su carrera profesional. No deja nada librado al azar. No da puntada sin hilo. Y, como

oficial de inteligencia, llegado el caso no tiene problema en ir a chupar frío a la Patagonia, pero siempre y cuando sea en la región correcta. Y la región correcta de la Patagonia para que a uno lo destinen, está seguro, es la cordillerana. No el medio del mar. Ir a chupar frío a las Malvinas, mientras Argentina y los ingleses discuten los detalles del arreglo en un escritorio, será una pérdida de tiempo. Porque la podrida en serio —Camargo está convencido— se puede armar con los chilenos. De los dos lados de la cordillera se quedaron con ganas, la vez pasada, en el ’78, cuando intervino el papa y frenó la cosa. Ahora, con medio Ejército argentino mirando a las Malvinas, no es descabellado que Pinochet aproveche. El mayor Camargo, en su lugar, aprovecharía. Y en ese contexto: ¿qué oficiales quedarán en primer plano?, ¿qué oficiales encabezarán las listas para las promociones a fines de 1982?, ¿los que les hayan dado una paliza a los chilenos (el mayor no duda sobre quién lleva las de ganar en lo del canal de Beagle) o los que se hayan quedado pastoreando ovejas en esas islas medio desiertas?

El mayor no es tonto, y advierte que está cambiando el viento. En la sociedad. Afuera de los cuarteles. Y esos vientos nuevos son peligrosos. Son traicioneros. Por ahora no llegan a soplar en los barracones de los regimientos. Pero tarde o temprano esos aires nuevos se van a colar también allí. Y lo que ayer era motivo de orgullo, de respeto, de reverencia casi, se le puede volver en contra. Manga de cagones. El mayor los desprecia. Cuando las papas quemaban, los civiles venían llorando a pedirles ayuda. Ahora se hacen los íntegros. Y entre sus compañeros de armas hay alguno que se permite alguna palabra de crítica, de toma de distancia hacia lo que hicieron. Hijos de puta.

Mientras Camargo piensa todo eso, el general levanta un papel manuscrito, una hoja tamaño oficio que tenía sobre el escritorio. Son dos columnas de apellidos: la nómina de los milicos que se van con él a las islas y la de los que se quedan en el regimiento. El general lee en voz alta. Ahí está. Mayor Alfredo Camargo. A las islas, como enlace de inteligencia. Además del mayor irán un coronel, un teniente coronel, otro mayor, dos capitanes y cuatro tenientes. Nadie dice nada. Ni los que van ni los que se quedan pronuncian una sola palabra. Lógico. Si te dan una buena noticia, que no se te note para no despertar envidias. Si te dan una mala noticia, que no se te note para que ninguno disfrute tu desgracia. Además, el mayor sabe que no todos piensan como él en relación con las

islas. Algunos se mueren de ganas de ir. Creen que es una oportunidad única para visitar esa tierra antes de que se llene de turistas del continente. Tal vez tengan razón. La mayoría, además, están emocionados. Desde primer grado de la primaria que vienen pintando de celeste y blanco esas dos islas, transcribiendo poemas, recitando lecciones de historia. Ser parte de la hazaña, ser parte del primer grupo que las recuperó los llena de orgullo. Técnicamente, piensa el mayor, no son el primer grupo. Son el segundo. Los infantes de Marina que desembarcaron el 2 de abril, ésos son los del primer grupo. Y sí tuvieron acción: no sólo tiraron tiros, sino que sufrieron que les tiraran y hasta les provocaran un par de bajas. ¿Pero ellos? Ellos van a controlar que los *kelpers* no se emborrachen y que aprendan a manejar por el lado derecho de las calles. No jodamos. No vistamos de epopeya lo que será nada más que un acto administrativo.

Ahora el jefe está dando algunas instrucciones generales: horarios, tareas específicas, cosas que hay que dejar ordenadas antes de partir para un viaje del que —háganse a la idea, dice el general— volverán con suerte dentro de ocho, diez, once meses.

Fantástico. Para cuando regresen, los ascensos de fin de año van a estar decididos y consumados. Y en su hoja de servicios alguien escribirá, eufemismos mediante, que se pasó el año 1982 contando ovejas. Y eso sin reparar en esos traidores que andan hablando por atrás. Exhumando antecedentes. Poniendo cara de censores. Bien que se borraron. Bien que les pareció buenísimo que hubiese camaradas, como él, dispuestos a ocuparse de lo que había que ocuparse. La carrera del mayor siempre fue sólida. Se agenció buenos padrinos, buenos aliados, y sólo tuvo que enfrentar enemigos escasos y dispersos. En otras palabras: no hay ningún obstáculo visible en su camino al generalato. Pero hay que estar. Hay que estar acá, vigilando que nadie le serruche el piso a uno, que nadie ande abriendo armarios que es mejor mantener cerrados.

La reunión termina con un intercambio generalizado de apretones de mano. Apenas sale del despacho del general, un colimba le hace la venia y le dice que tiene una visita esperándolo en su oficina. ¿Una visita? ¿A esa hora? Camina a paso rápido por el corredor. Devuelve un par de saludos de subalternos. Gira en la esquina y la ve. La reputísima madre que la recontramil parió. Es su hermana. ¿Qué carajo quiere ahora la mina ésta?

Definitivamente, hay días que empiezan mal y después, encima, empeoran.

9

Así que acá la tenemos a la excelsa Marisa. La buena, la inteligente, la humana, la bienintencionada Marisa. No hace falta ser un genio para entender a qué ha venido. Debe haberle llegado el telegrama de reincorporación a filas al inútil de Carlitos, es decir, el hijo de Marisa, es decir, su sobrino.

¿Cuándo fue la última vez que se vieron con Marisa? ¿La última vez que hablaron? Ah, sí, qué casualidad, el año pasado, por febrero más o menos, cuando al bueno de su hijito le llegó la orden de incorporarse al servicio militar y vino a pedir que el mayor lo acomodara. No lo dijo así, con esas palabras: «Hola, Alfredo, necesito un acomodo para mi hijo». No. Su nivel de pureza y santidad le impide caer así de bajo. Usó circunloquios, rodeos, formalismos. Pero significaban eso. Después no vino nunca más. Eso no se lo reprocha. Al contrario: se lo agradece. Mejor que no haya venido. Su familia funciona mejor así: como si no fueran familia. Nunca más esas reuniones en las que el ambiente se corta con un cuchillo. Nunca más esos comentarios crípticos del zurdo comunista de su cuñado. Nunca más esa moralina barata de clase media intelectual que destilan los dos y que han regado sobre las jóvenes mentes de sus hijos, empezando por el bueno, el tierno, el puro de Carlitos.

Qué manga de estúpidos. Carlos, el padre. Carlitos, el hijo. En fin. El silencio es salud, Marisa. Lástima que haya tenido que interrumpir esa buena costumbre de haberse borrado por culpa de esta urgencia. A Camargo lo consuela pensar que Marisa lo está pasando bastante peor que él, hermana carísima.

Por eso este largo instante de tenerla de pie, acá en el pasillo, sin invitarla a pasar, sin las palabras gentiles y vacías que se dicen en estos casos para aligerar la incomodidad de los recién llegados. Nada de cuánto tiempo, cómo estás, qué tal los chicos. No, señor. Nada de eso. ¿Vino a pedir por favor que su nene se quede en Buenos Aires y se libre de ir a

chupar frío a las Malvinas? No tendrá más remedio que escucharla. ¿Está en las manos del mayor la posibilidad de asegurarle que se quede acá? Sí, por cierto. La verdad es que no le cuesta nada. Es hablar con un par de subordinados y santo remedio. Pero no se lo va a poner tan fácil. Ya que vino, ya que se rebajó (Camargo se imagina las horas que habrán discutido con su marido antes de que el zurdo ese aceptara que viniera a verlo), hay que disfrutar un poco, che.

—Necesito hablar con vos —dice Marisa.

Qué lindo verbo. Necesitar. Perfecto. Ahora sí, ahora que ha conjugado, en voz alta, el verbo «necesitar», pueden pasar a su oficina.

10

—¿Se puede saber quién es éste?

Quinteros escucha la pregunta del mayor Alfredo Camargo y se pregunta cuán hijo de puta puede ser un jefe. Cuál es el límite. Cuál es el techo. Sabe que esa pregunta que se formula, además de tácita, es retórica, porque Camargo siempre parece capaz de perforar el techo de la hijaputez. Cada día, a cada hora, en cada cosa. Alcanza con ver el parpadeo del subteniente Parisi, que no sabe cómo reaccionar al comentario.

Acababan de salir del barracón cuando se cruzaron con el sargento Cóceres y el cabo Funes, y Quinteros estaba aprovechando a hacer las presentaciones. Nada fuera de lo común. Y cuando les iba a explicar que el subteniente acababa de incorporarse al comando de la compañía, aparece el animal de Camargo, los ve conversando, se aproxima con cara de indigestión y en esa voz estentórea y desagradable que confunde con voz de mando suelta la pregunta. Parisi se cuadra y saluda:

—¡Subteniente en comisión Adrián Parisi, mi mayor!

El mayor no le da la orden de descanso, con lo que Parisi permanece como una lámpara de pie, con los brazos tiesos a los lados. Cóceres y Funes no se cuadran. Quinteros los entiende. Cuando no se puede declarar la guerra abierta a la estupidez, a la obscena exhibición de la autoridad, lo que queda son esas mínimas batallas. Minúsculas pero imprescindibles para sentir que uno no se ha rendido. O no se ha rendido del todo.

—¿Cuándo me lo pensaba informar? —con tono de perdonavidas, el mayor ahora se encara con Quinteros.

—El subteniente acaba de presentarse en mi despacho, mayor. Íbamos precisamente a su oficina.

«Pero tuvimos la suerte de que vinieras para acá, pelotudo», desearía agregar Quinteros, pero por supuesto no lo dice. Camargo hace un mínimo gesto hacia Parisi para que descanse y el otro obedece.

—Necesito hablar un asunto con usted —le dice Camargo a Quinteros, y emprende la marcha hacia la plaza de armas.

Nada de darle la bienvenida al subteniente. Nada de despedirse de los suboficiales con un: «Buen día, los veo después». Nada de nada. Sólo arranca a caminar como si el futuro lo estuviese esperando y Quinteros no tuviese otra cosa que hacer que seguirlo, apurando el paso, para alcanzarlo. Cosa que hace, por otra parte. A veces te tocan jefes que son inteligentes y a los que da gusto obedecer. Y a veces te tocan jefes como Camargo. Cuando Quinteros se pone a su altura, Camargo habla. No gira la cabeza. No alza la voz. No disminuye el ritmo de la caminata.

—El asunto es este, Quinteros. Necesito que esté atento a una cosa. En las listas de convocados para viajar a las islas quiero que deje afuera al conscripto Carlos López. Clase ’62. Salió en la primera baja, o en la segunda. Ahora no me acuerdo. Supongo que hoy o mañana empiezan a mandar las citaciones, ¿no?

—De eso se está encargando el teniente Feldmann.

—Como sea. Necesito que lo tenga en cuenta. ¿Estamos?

¿Así que esas tenemos? ¿El probo, el íntegro, el marcialísimo mayor Camargo tiene que acomodar a un colimba? Por eso le ordenó que lo siguiera en su caminata. Para no decirlo delante de testigos. Para no quedar como un milico ventajero. Mirá vos.

—Si usted da la orden, por supuesto que se cumplirá, mayor.

En miras de preservar su carrera, Quinteros debería haber elegido palabras más neutrales. El condicional «si usted da la orden» es una manera tácita de decirle a Camargo «si el acomodado es suyo». Hasta le parece advertir un ligero endurecimiento en la expresión del mayor, de hecho, cuando le dice esas palabras. Pero bueno, a fin de cuentas uno tampoco puede vivir toda la vida atento a cuidar la carrera. Alguna alegría hay que tener, de vez en cuando.

—Sí, Quinteros. Es una orden. Como todo lo que digo yo.

Quinteros hace una rápida anotación mental. Carlos López. Clase ’62. Le tiene que avisar al teniente Feldmann o al sargento Rubio, que es el que lo secunda al teniente con eso de las listas porque es el único al que vieron con luces suficientes como para ocuparse. Todos sus suboficiales parecen buena gente, piensa Quinteros. Bueno, casi todos, se corrige. Tampoco los conoce a fondo, porque lleva un puñado de semanas en el nuevo destino. Pero no sobran neuronas. Antes de ayer tuvieron que hacer una primera

lista de la compañía donde abundaban los conscriptos nuevos. Y los que no eran clase ’63 eran los rezagados de la ’62 que todavía no se fueron de baja. O sea: una manga de indisciplinados que acumularon sanciones durante todo su servicio, y por eso siguen bajo bandera. Igual el proceso es engorroso, y hay que enviar un montón de telegramas. Habrá que estar atentos. Le viene a la memoria la imagen de la mujer que estaba esperando a Camargo en el pasillo. La que había identificado de un vistazo sus insignias de teniente primero. ¿Una hermana? ¿Una prima del mayor? Mirá vos al oficial, acomodando familiares.

Están llegando al comedor de oficiales. Quinteros sabe de memoria que al mayor le gusta cortar la mañana con un café con leche y unas medialunas. Por un momento teme que su superior le ofrezca compartir el refrigerio. Por suerte Camargo abre la puerta con brío y suelta unas últimas palabras sin tomarse el trabajo de mirarlo:

—Vaya nomás, teniente.

Mientras vuelve sobre sus pasos, Quinteros piensa que alguna virtud tiene, pese a todo, el mayor Camargo. Es sincero. Y no se gasta en diplomacias.

11

Es bueno, el hijo de puta. Se hace el que no le importa nada, el que le daría lo mismo trabajar acá que en un negocio de venta de telas del barrio del Once o como mozo en una pizzería de Bernal. Pero es bueno. Muy bueno.

El Renault 12 entró a las nueve de la mañana. El dueño casi que se los tiró por la cabeza. Vino empujándolo con los hijos, porque no arrancaba. El padre del Conejo estaba con el embrague de un Citroën y dijo que tenía para todo el día. Pero el Conejo —Antonio no sabe si porque vio una oportunidad de lucirse con el viejo, o porque le dieron pena el tipo del Renault o los hijos, que eran dos pibitos que llegaron con la lengua afuera por el esfuerzo de venir empujando las siete cuadras desde su casa, o vaya a saber por qué— le dijo: «Dejámelo que te lo miramos, pero dame hasta mañana».

Y el Conejo se puso casi enseguida. Y era verdad, nomás, que era un quilombo. Porque revisó la batería y no era. Y revisó las bujías y tampoco, y miró el alternador, y menos. Y de vez en cuando el viejo del Conejo salía de abajo del Citroën a buscar un trapo, una herramienta, y lo miraba así medio por encima del hombrito a ver en qué andaba el hijo y el Conejo como si nada. No le preguntó, no le pidió que lo ayudara, que lo orientara, nada. El Renault es lo de menos. El asunto es entre ellos, como siempre. Siempre es entre ellos. Antonio mira. Bueno, también aprende. Porque esos dos son cosa seria. Terminó de descartar que fuera algo eléctrico y el Conejo se metió con el carburador, a tocar acá, a tocar allá…

De más está decir que se le fue el día en eso. A los dos, se les fue. A Antonio también. El padre, a eso de las cinco, salió por última vez de abajo del Citroën, se lavó bien los brazos y la cara en la pileta que tienen en la pieza del fondo, se pasó por el pelo los dedos húmedos y el peine de plástico que deja siempre en la repisa y se mandó a mudar. Tiró un «Chau, hasta luego» desde la cortina metálica. Antonio no le vio la cara cuando lo

decía, pero le pareció detectar un tonito de burla. No destinado a él, nada que ver. El viejo, contra él, no tiene nada. Al contrario. El asunto es con el hijo. La cosa es que el Conejo siguió como si nada, metido adentro del motor del Renault 12 como si el mundo se fuera a acabar si no lo sacaba andando. Y lo sacó. Seis y diez, seis y cuarto de la tarde, le dijo a Antonio que se subiera y le diera arranque. Antonio pensó que iba a ser el fracaso número diez del día, porque ya le había mandado hacer lo mismo un montón de veces y no había pasado nada. Pero esta vez sí que arrancó. Antonio le puso el cebador para que no se quedara, lo dejó regulando y se bajó para que su amigo le explicara qué carajo había tocado para poder arreglarlo.

Y en eso estaban cuando entró Magalí. No la escucharon llegar por el ruido del motor encendido, y Antonio recién la vio cuando la tuvo al lado. La chica se puso a aplaudir y dijo algo así como que papá no lo va a poder creer, entró a casa diciendo que estaban metidos hasta el caracú con un auto que los tenía locos. Y Antonio se imaginó la felicidad de su amigo, ahora, con eso que estaba diciendo su hermana, porque quería decir que el viejo estaba tan pendiente como ellos del arreglo del auto ese, que por algo lo primero que había hecho al llegar a la casa había sido contarles a la esposa y a la hija. Y lo primero que va a hacer ahora el Conejo es salir pitando para la casa para refregarle en la cara al viejo que consiguió dar en la tecla, seguro.

Antonio se ríe para adentro de cómo lo conoce al Conejo, que lo primero que dice es: «Me voy a lavar y me voy para casa», y no termina de decirlo y ya se está arremangando para hacer lo mismo que hizo el viejo hace menos de una hora, eso de ir a la piecita de atrás a lavarse bien la cara y las manos y los antebrazos.

Y apenas el Conejo cruza la puerta de atrás y se escuchan sus pasos yendo hasta el fondo, la hermana del Conejo se abalanza sobre Antonio y le pone las manos en los hombros y le planta un beso en la boca con toda la boca que a Antonio apenas le da tiempo a abrir los labios porque Magalí le busca la lengua con la lengua y Antonio no puede más de los nervios de que el Conejo vuelva del fondo y los encuentre así, pero tampoco puede más de la felicidad porque no puede creer que una chica así de linda y así de preciosa como la hermana del Conejo se lance a sus brazos y lo bese de ese modo y Antonio siente cómo se le empieza a poner dura, que es lo que le pasa siempre que la tiene a Magalí a menos de medio metro, y si eso le

pasa cuando la tiene a menos de medio metro imaginate ahora que la tiene abrazándolo y besándolo y acariciándole su lengua con la lengua y a Antonio le da miedo que en una de esas el Conejo vuelva en cualquier momento y no le dé tiempo a su anatomía a recuperar el tamaño habitual y el Conejo se avive de todo. Está bien que el Conejo no tendría ningún motivo para andar mirándolo a él ahí abajo, pero igual, Antonio se siente en evidencia. Todo el tiempo se siente en evidencia, no sólo cuando a Magalí se le da por besarlo así como ahora.

Antonio no puede más, pero no solamente porque no sabe qué hacer ni cómo manejar lo que siente por esa chica y lo que esa chica le despierta, sino porque se siente un traidor con su amigo. Desde el año pasado, desde la colimba, que el Conejo cada vez que habla de la hermana habla como si fuera de cristal, habla como si se fuera a romper, habla como si todos los tipos fueran unos hijos de puta que se quieren coger a la hermana porque está buenísima y por eso todos la miran como unos babosos de mierda. Y es verdad, piensa Antonio. Es verdad eso de que la miran así. Pero más lo dice el Conejo, y más se le ríe Carlitos, que a falta de una hermana tiene dos, y peor se siente Antonio. Porque sabe que el Conejo no lo va a perdonar si le confiesa que son novios. Porque son novios. Magalí se lo dejó claro la primera vez que se quedaron a solas en un pasillo de su casa y le plantó un beso y Antonio hizo lo mismo que ahora, al principio se quedó quieto y después se lo devolvió, porque boludo tampoco es, si desde la primera vez que la vio se quedó pasmado de que la hermana del Conejo fuese una belleza.

Porque el Conejo te dice que tiene una hermana más chica y vos pensás que debe ser igual de fea que el Conejo, con los mismos dientes enormes y salidos que él, con los mismos granos, no sé, pero resulta que el Conejo te invita a la casa y la ves y te querés morir, porque es la mina más linda que viste, la mina más linda del mundo, y la tercera vez que la ves salís de la casa preguntándote si es impresión tuya o la mina te escucha con atención cada pavada que decís y se ríe de cualquier chiste bobo que se te ocurre y mirá si en una de esas le gustás. Pero al mismo tiempo tenés martillándote en la cabeza lo que dice siempre tu amigo, tu mejor amigo: eso de que todos los tipos se quieren acostar con ella y mejor que ninguno se acerque porque el Conejo los caga de un tiro a todos esos hijos de puta. Y después de que el Conejo dice eso, y no una vez sino veinte, treinta

veces, con qué cara le decís: «Mirá, Conejo, estamos saliendo con Magalí». Ni en pedo. No hay manera.

Y menos mal que el bañito tiene una puerta de chapa que está medio fuera de escuadra y cada vez que la abren y la cierran hace un ruido bárbaro, porque cuando el Conejo empuja la puerta les da tiempo a destrenzarse, y a que Magalí se acomode el pelo mientras lo mira muerta de risa, y a que Antonio se meta en el Renault 12 a sacarle el cebador y le pueda decir: «Che, Conejo, le saco el cebador a ver cómo regula en bajas revoluciones» y su amigo le diga que está bien, que es buena idea, y Antonio apenas se atreve a mirar a Magalí a través del parabrisas porque el Conejo acaba de cerrar el capot y Antonio desde el asiento del conductor los ve a los dos, el Conejo feliz de la vida con que pudo arreglar el auto y ahora se lo va a refregar en la jeta al padre, y Magalí feliz de la vida mirándolo a él con carita de desafío, o de no sé qué, y Antonio que viéndola desde ahí vuelve a pensar que es la mina más linda del mundo con la cara más linda del mundo y el cuerpo más lindo del mundo y es pensar en eso del cuerpo y su pito en lugar de seguir achicándose como tenía que hacer arranca de nuevo el camino inverso, y ahora qué carajo hace, por Dios, ahora se tiene que bajar del Renault 12 y a cuento de qué va a bajar tapándose la entrepierna, con qué excusa, la puta madre.

No, si hay días que Antonio tiene miedo de que le estalle la cabeza de tanto no saber qué hacer.

12

—Dicen que nos van a llamar a nosotros —suelta de pronto el Conejo, y le pasa la botella de gaseosa a Carlitos.

—¿Nosotros los clase ’62 o nosotros los del Regimiento 43? —pregunta Antonio.

—Las dos cosas —contesta el Conejo.

—¿Y por qué no se llevan a los conscriptos de este año? —pregunta Carlitos, limpiando con la manga el pico de la botella y tendiéndosela a Antonio.

—Porque son muy nuevitos, flaco. Entraron hace dos meses a la colimba y hay un montón que ni siquiera hicieron la instrucción de combate. Acordate de lo que éramos nosotros cuando acabábamos de entrar.

—Unos pelotudos —convalida Antonio.

—Bueno, si es por eso, ustedes dos siguen siendo unos pelotudos… —Carlitos alarga la mano hacia la gaseosa, pero recibe una palmada del Conejo y la retira.

—¡Chst! Suelte, que me toca a mí. Pobre de vos, Carlitos. Menos mal que nos conociste y te señalamos el camino del bien, que si no…

—Ajá —confirma Antonio.

—¿Y cómo serán las citaciones? —pregunta Carlitos—. ¿Cómo las harán?

—¿Telegrama? —aventura Antonio.

—Supongo que mandarán telegramas —especula el Conejo—. Como cuando nos llamaron para hacer el servicio militar… Ahora harán lo mismo.

—¿Y entonces yo cómo hago? —se inquieta Antonio—. En el cuartel debe figurar la pensión donde vivía con mi tío.

—¿Tu tío sigue en la pensión?

—No. Se volvió a Santiago del Estero. Está allá, ahora.

—No te preocupes —dice el Conejo—. Yo tengo dado el domicilio del taller, no el de mi casa. Y si me citan a mí o a él —señala a Carlitos—, seguro que también te están citando a vos. Nos acompañás y listo.

—Claro. Hacemos eso —afirma Carlitos.

—Salvo que no quieras presentarte… —el Conejo lo dice guiñándole el ojo a Carlitos, que sonríe.

—¿Eh? —se inquieta Antonio—. ¿Cómo no me voy a presentar? ¡Ni loco!

—Yo porque pensé que Santiago del Estero era un país aparte, no te enojes…

Antonio le pega un codazo y recupera la botella de gaseosa. La empina para beber el último trago.

—No seas boludo, dejá algo para los demás —lo reta Carlitos.

—Quedaba una gota, boludo. Tomé más baba de ustedes que Coca-Cola.

El Conejo le sonríe y le acaricia la nuca.

—Ay, no me digas eso… fue como si nos besáramos en la boca…

Antonio reacciona con vehemencia y se separa con un codazo más fuerte que el anterior.

—¡Salí de acá, pelotudo!

—No lo jodas, Conejo —quiere interceder Carlitos.

Por toda respuesta, el Conejo se lleva la mano al esternón, abre bien la boca y suelta un eructo estentóreo.

—Ustedes van a ir, si los llaman, supongo… —Antonio intenta reconducir la conversación.

—¡Más bien! —afirma Carlitos.

—¡Ni lo dudes! —concuerda el Conejo—. ¿Vamos a ser los primeros argentinos que puedan conocer las Malvinas y nos la vamos a perder? Ni en pedo, flaco. Ni en pedo.

Antonio se demora unos segundos mirando el rostro de su amigo. ¿Cómo puede ser tan feo y tener una hermana tan linda? No es que parezcan de dos familias diferentes. Parecen de dos planetas diferentes.

—¿Y vos qué mirás? ¿Qué bicho te picó? —lo interroga el Conejo al sentirse observado.

—Nada, boludo, nada —responde Antonio, mientras apoya con cuidado la botella vacía contra el tapial de la casa, para evitar que alguno, en un mal movimiento, pueda estrellarla contra las baldosas de la vereda.

13

Antonio intenta tranquilizarse, porque de lo contrario va a hacer un papelón. Y si hay algo que no quiere es hacer un papelón con Magalí. Pero tiene que tener cuidado, porque se siente al borde del estallido. También, como para no sentirse así. Están en la casa de ella, en el sillón del living, de noche, a solas, con Magalí arrodillada encima de él con las piernas a los costados y casi desnuda. Dios, ayudame a pensar en otra cosa porque no puedo más y me voy a ir en seco en cualquier momento, y me daría mucha vergüenza y no quiero por nada del mundo quedar mal con Magalí.

Ella no sabe que él es virgen. Ni loco se lo va a decir. Delante de ella quiere quedar como un tipo de mundo. Un tipo experimentado. No puede decirle la verdad. ¿Magalí será virgen, también? Antonio espera que sí. Ya que él está a punto de dejar de serlo con ella, quiere que ella esté a punto de dejar de serlo con él. Le parece lo más justo. Se supone que tienen tiempo de sobra, porque los viejos de ella se fueron al cine y el Conejo se fue a no sé dónde con no sé quién, pero al Negro le queda cierto resquemor. ¿Y si aparece alguien de repente? Por otro lado, en una de esas le viene bien que le quede dando vueltas un poco de inquietud. Es como un contrapeso para la excitación. Un balde de agua fría que evita que explote. Porque Antonio tampoco es de fierro, y Magalí es una cosa de locos. Hay poca luz, apenas la que se cuela por los postigos de la ventana que dan a la calle, pero entre lo que se adivina y lo que Antonio acaricia le resulta muy difícil no desbocarse.

Ojo, que si los llegan a descubrir se desata el infierno. ¿Con qué cara vuelve a trabajar al taller, después de que su patrón lo encuentre haciendo el amor con la hija en el living de su casa? Y, peor, ¿con qué cara lo vuelve a mirar a su mejor amigo a los ojos, cuando ese amigo le ha dado a entender mil veces que su hermana está prohibida, pero prohibida recontraprohibida? Nunca lo hablaron directamente, porque Antonio no se animó, pero le alcanza con ver la cara que pone el Conejo cuando

cualquiera se atreve a nombrar a su hermana. Como loco, se pone. Se llega a enterar de que son novios y arde Troya.

Hace un rato Magalí salió a abrirle vestida con ese jean ajustado que a él lo vuelve loco y la camisa un poco desprendida que se le veía la curvita de las tetas, y Antonio sintió que no iba a ser capaz de controlarse hasta que llegara el momento, pero ahí está, Magalí no sabe que él es un pelotudo virgen que no tiene idea de cómo hay que hacer las cosas. El año pasado la barra de la colimba, el grupo grande, armó un par de veces el programa de ir a un cabarute para conseguir algunas putas. Antonio los acompañó, más bien, porque no quería quedar como un raro o un cobarde o un maricón, pero cuando llegó el momento se escabulló del asunto y se quedó en la barra tomando cerveza. No quiso explicarles que a él le choca eso de las putas. No le gusta. No le interesa pagarle a alguien para que se acueste con él. No le encuentra sentido. Si lo apuran un poco, le parece horrible. ¿Cómo le vas a pagar a alguien para que tenga relaciones con vos? En el fondo, en una de esas sí es un cagón. Porque todo eso lo pensó, pero no lo dijo. Ni cuando iban para el cabaret, ni cuando salieron, de madrugada, ni cuando estuvieron de regreso en el cuartel.

Ahora, mientras intenta controlarse, mientras la besa a Magalí en la boca y en el cuello, mientras le desprende un botón de la camisa y después otro y después otro, y le saca el corpiño y ella suspira y no lo frena, y después ella se pone de pie un segundo y se saca el vaquero con dos movimientos y vuelve a sentarse sobre él y Antonio se saca la camisa y ya falta poco, una voz interior le dice que ya falta poco y que cuando se quite el pantalón antes tiene que sacar los forros del bolsillo, porque si tira el pantalón a la otra punta del living después va a tener que interrumpir todo para ir a buscarlos como un pelotudo, y justo en ese momento los dedos de Magalí se adelantan y empiezan a hurgar para desprenderle el pantalón a él, y entonces eso quiere decir que ya están listos, ya están a punto de dejar de ser vírgenes, y el Negro se concentra para controlarse y no explotar antes de tiempo porque sería un papelón, y levanta la cadera para que el pantalón se deslice hacia sus pies y la nariz le queda muy cerca del cuello de Magalí y le huele ese perfume que lo vuelve loco y que siempre piensa que le va a preguntar cómo se llama el perfume para comprarle un frasco pero siempre se olvida de preguntarle, pero hoy como que hay Dios que le va a preguntar, y es justo en ese momento que se escucha una llave en la puerta, la reputísima madre que lo remil recontra parió, cómo es posible,

pero sí, es una llave en la cerradura, y Magalí salta como un resorte y empieza a manotear su ropa, y Antonio siente de repente frío en las piernas porque claro, hasta recién la tenía a la chica sentada encima y los dos estaban afiebrados de la calentura y de repente ahora está ahí, con los pantalones hechos un rollo a la altura de los tobillos y se tiene que incorporar y levantarlos y abrochárselos y dónde carajo quedó su camisa, y Magalí como loca se está vistiendo también y dice: «¡Ya va, ya va, me parece que me dejé la llave puesta!», para que la escuchen desde la vereda, y en una de esas es el Conejo que volvió más rápido de lo que ellos pensaban o son los viejos de Magalí, también volviendo más temprano, y Antonio se pregunta qué fue lo que salió mal pero tampoco se puede quedar a pensarlo demasiado porque Magalí enciende la luz para echar un vistazo y hace bien, qué chica inteligente que es su novia, porque en una de esas se dejaron algo sobre la mesa del living o en los sillones que delate que estaban ahí, y de hecho Magalí está alisando las fundas de los almohadones y le dice andate por atrás, andate por el patio, y Antonio sale pitando hacia el fondo y abre la puerta de la cocina que da afuera, y mira bien para todos lados para ver por dónde la medianera es más fácil de trepar, y llega a escuchar que Magalí está abriendo la puerta y saludando: «Hola, mamá, hola, papá», en voz bien alta como para decirle a él, a Antonio, mirá que ya les abrí la puerta no se te ocurra recular y volver a entrar, así que Antonio se encarama en la medianera rogando que no haya perros del otro lado y si hay perros mala suerte, se tendrá que bancar un tarascón, pero lo bueno es que la casa cuya medianera trepa tiene el frente mirando para la otra calle, la transversal, es decir, no es la casa de al lado de la de la familia del Conejo sino que tiene el frente por la vuelta, y Antonio corre como alma que lleva el diablo y hay un perro nomás, hay un perro pero está atado y aunque se pone a ladrar como un descosido por lo menos no lo muerde porque la correa suena con un chasquido cuando el perro la tironea con el cogote pero por suerte no se corta, y ahora lo que se escucha es un coro de perros porque esos perros de mierda se contagian las ganas de ladrar los unos a los otros y cuando Antonio consigue salir a la vereda saltando un tapialcito el barrio es un batifondo de perros chumbando, pero por lo menos ya salió y no lo vio nadie, menos mal, gracias a Dios.

14

El capitán Astorga lo mira con gesto interrogativo, con una lista en cada mano.

—¿Les damos prioridad a los clase ’63, a los clase ’62 o los mezclamos, Quinteros?

El teniente primero se toma un minuto para responder.

—Para mí tenemos que llevar a los clase ’62, señor. Es decir, no los conozco. Usted estaba acá el año pasado y yo no. Pero supongo que están más maduros que los soldados nuevos.

—Y, sí. Tampoco son una maravilla, pero sí.

Hace un rato les confirmaron que las Compañías A y B del regimiento, además de casi toda la Compañía de Apoyo, se van para las islas. Y como están reincorporando a los conscriptos del año pasado, la decisión que tienen que tomar es cómo armar el contingente.

—No sé qué será mejor, capitán —dice Quinteros, abriendo las manos.

Porque todo depende de a qué van esos soldados. Si, como dicen los oficiales superiores, se trata únicamente de una presencia simbólica, mientras Argentina y Gran Bretaña discuten las condiciones definitivas de la entrega de las islas, Quinteros prefiere llevarse a los soldados nuevos. Porque en el mejor de los casos se van a pasar unos cuantos meses en el sur, y eso significa que a esos muchachos se les va a ir el año en eso. Es decir: los clase ’62 ya sirvieron un año de sus vidas, en 1981. Quinteros no quiere arrebatarles otro año más. Pensando en eso, se inclina por llevar a los soldados nuevos. Pero ¿qué pasa si se arma la podrida con los ingleses?, ¿qué pasa si terminan a los tiros? En ese caso, lo lógico es que vayan los más veteranos y no los más bisoños.

—La otra es que los mezclemos —propone Astorga.

Quinteros sigue dudando. Tampoco quiere quedar como un indeciso delante de su superior. En el fondo, no es una decisión que lo afecte directamente, porque ya le han notificado que él, Quinteros, va adscripto al

Estado Mayor y quedará en la capital de las islas. Cerca de donde se toman las decisiones —eso le gusta—, pero reportando al mayor Camargo —la vida nunca es perfecta—. Es decir, los soldados que vayan no estarán bajo su mando. Pero eso no simplifica el problema.

—Yo creo que tienen que ir los más experimentados, señor.

Quinteros acaba de hacer lo que hace siempre, que es suponer el peor escenario posible: los oficiales superiores están equivocados y el regimiento termina envuelto en una guerra. En ese caso, mejor contar con soldados veteranos. Y si al final no pasa nada, y se limitan a morirse de aburrimiento y de frío en las Malvinas, mala suerte. O buena, según se mire.

—Creo que estoy de acuerdo con usted, teniente. Vaya nomás. Y mándemelo a Feldmann, por favor, así se ocupa.

Quinteros se pone de pie, saluda con una inclinación de cabeza y sale de la oficina. No tiene que olvidarse de avisarle a Feldmann lo de ese conscripto al que no hay que mandar a las islas por pedido del mayor Camargo. ¿Cómo era el apellido? López. Así se llama. De todos modos, lo tiene anotado.

15

Por el rabillo del ojo, Antonio ve cómo el Conejo elige cuidadosamente el tamaño de la tuerca: ni demasiado liviana (porque la falta de peso le hará perder precisión) ni demasiado pesada (porque la idea tampoco es romperle la cabeza). Resignado, no le dice nada. Una vez que su amigo encuentra una que le satisface, la sopesa y se la lanza, pero le erra. La tuerca pasa a escasos dos centímetros de la oreja derecha de Antonio y golpea contra la pared con un ruidito seco.

—¿No tenés nada que hacer aparte de hinchar las bolas, Conejo?

El Conejo, que sigue sentado en el piso, contra la parte opuesta, se estira en busca de otra tuerca. Encuentra una mucho más grande pero termina descartándola: menos mal, piensa Antonio, porque si lo agarra con esa tuerca en una de esas le abre el bocho.

—La verdad que no, Negro. A diferencia de vos, hice todas mis tareas a tiempo.

—A tiempo, dice —Antonio murmura, encorvado sobre el banco de carpintero que usan para trabajos como el que tiene entre manos—… es una máquina de rascarse los huevos pero hizo sus tareas… madre de Dios…

Se nota que el Conejo revé su estrategia, porque al final le pega con la tuerca grande, aunque tiene la delicadeza de apuntarle al trasero en lugar de a la cabeza. Antonio pega un respingo.

—¡La puta que te parió, Conejo! ¡Me dolió, boludo!

Antonio se da la vuelta y cruza en cuatro pasos el taller mecánico. El Conejo se hace un ovillo para resguardarse mientras se ríe a carcajadas y mueve los brazos hacia arriba y hacia abajo, protegiendo alternativamente la cabeza y el costado de su cuerpo. Antonio espera a que levante los brazos y le asesta una patada donde el muslo se une al trasero.

—Uh, me hiciste mierda —se queja su amigo.

—Andá, Conejo, si apenas te toqué. No te quise dar de puntín porque te rompo todo, tarado.

En ese momento se distraen porque escuchan una frenada en la calle, justo frente al taller. Es un jeep del Ejército tripulado por dos soldados conscriptos. Antonio sale a recibirlos. El Conejo se incorpora y lo alcanza, sacudiéndose el polvo del overol. Renguea un poco. Se ve que le dolió nomás, la patada.

—¿Qué hacés, Tortuga? ¡Elizalde, dichosos los ojos que te ven!

Los dos soldados bajan y los saludan con apretones de mano y palmadas en la espalda.

—¿Todavía no les dieron la baja? —se interesa Antonio.

—Callate, que nos vamos a quedar a vivir… —se queja el que apodan Tortuga.

—Si hubiesen sido chicos buenos como yo —el Conejo les guiña un ojo—, serían ciudadanos civiles desde hace tiempo. ¿No, Negro? ¿Cuándo nos fuimos de baja nosotros?

—Igual no te agrandes, Conejo —lo interrumpe Elizalde—. Porque tu baja acaba de convertirse en «alta».

Le extiende un papel a cada uno. Sendos telegramas reincorporándolos a filas a partir de las 6.00 del día siguiente.

—No te puedo creer… —dice el Conejo, en un tono consternado que Antonio le conoce bien, y que tiene más que ver con su habitual histrionismo que con que lamente de verdad la convocatoria.

—¿Vos decís que nos mandan a Malvinas? —Antonio le está preguntando al Tortuga.

—Ni te gastes en preguntarles a estos dos boludos, Negro —se mete el Conejo en la respuesta y genera una protesta falsamente indignada por parte de los aludidos—. Pero no, seguro que nos convocan para hacer número.

—Creo que acá el general Dientes tiene razón —Elizalde le habla a Antonio—. No creo que le toque a nuestro regimiento. Lo que sí, están llamando a todos los clase ’62 que se fueron de baja, como ustedes. Porque los ’63 todavía están muy tiernitos.

—Ni siquiera hicieron la instrucción —acota el Tortuga.

—Algunos sí y algunos no —relativiza Elizalde—. Pero por eso están llamando a los ’62.

—¿Están convocando a todos? ¿A ver? Mostrame —el Conejo estira la mano y Elizalde le tiende el manojo de telegramas que todavía tienen por entregar.

Los cuatro se apretujan a mirar cómo el otro va revisando los destinatarios. Y sí, coinciden. Están todos.

—Falta Romero —observa Antonio.

—No, lo que pasa es que todavía no se fue de baja. Está en la misma que nosotros dos —aclara el Tortuga.

—Ah…

—Al final, parece mentira —el Conejo habla guiñándole de nuevo el ojo a Antonio—. Uno, que cumplió con el servicio militar con calificaciones excelentes, que mientras estuvo bajo bandera se comportó como una mezcla de San Martín y Belgrano, y los milicos no respetan ese sacrificio y nos vuelven a juntar con esta gentuza que es la vergüenza del Ejército Argentino.

—Es cierto —concuerda Antonio—. Haber sabido, hubiera sido un soldado de mierda como estos dos. Total, daba lo mismo.

—¿Por qué no se van a cagar? —pregunta Elizalde mientras consulta su reloj. Vamos, Tortuga, que quedan un montón.

Vuelven a estrecharse las manos.

—¡No se olviden! —grita Elizalde, mientras el otro ya enciende el motor y gira el volante para incorporarse al tránsito de la avenida—. Mañana a las seis en el cuartel.

—Quien dice las seis dice las ocho… —comenta el Conejo.

Los soldados no se molestan en responderle. Sin haberse puesto de acuerdo, Antonio y el Conejo adoptan posición de firmes y hacen la venia hasta que el jeep da vuelta en la esquina.

—¿Vos qué decís, Conejo? —ahora que los otros se han ido, el tono de voz de Antonio es menos festivo, más reflexivo—. ¿Nos mandarán a nosotros a las Malvinas?

El Conejo se palpa los bolsillos del overol buscando los cigarrillos, sin éxito.

—La verdad, no sé, Negro. ¿Vos querés que nos manden o preferís que no?

16

El Conejo suelta un eructo mucho más potente de lo que se había propuesto y los comensales de las mesas cercanas se vuelven hacia ellos con expresión reprobatoria. Antonio intenta disimular la risa agarrándose la cabeza y encorvándose sobre la mesa, pero los movimientos espasmódicos de su espalda delatan que está tentadísimo, en una de sus habituales carcajadas silenciosas. El Conejo se ha quedado tieso: se hace el piola cuando están entre ellos, pero delante de la gente es el pibe más tímido del mundo y la broma se le fue de las manos. Carlitos, sin proponérselo, vuelve a asumir el rol que le toca cada dos por tres y alza un poco la voz para que lo escuchen desde las mesas de alrededor:

—Les pido disculpas en nombre de mi amigo. Estamos un poco nerviosos porque mañana nos reincorporamos al servicio militar.

Una señora sentada en una de las mesas más lejanas eleva la voz para preguntar:

—¿Los mandan a las Malvinas?

—No sabemos, señora —responde Carlitos—. En una de esas sí, pero no lo sabemos.

Un señor de otra mesa se pone de pie con una copa de vino a medio tomar.

—¡Salud! ¡Viva la patria!

A Carlitos el tono de voz del señor —estentóreo, enérgico— le suena como de esas películas argentinas en blanco y negro que a veces dan los sábados a la tarde. Se apresura a alzar su porrón de cerveza. Antonio hace lo mismo y el Conejo, recuperado de su ataque de catalepsia nerviosa, también. Desde otras mesas diversos comensales se suman al brindis. Ellos tres sonríen, murmuran «salud», y esperan a que cada quien vuelva a sus asuntos, cosa que por suerte ocurre casi enseguida. Antes de que los otros dos le formulen un reclamo, el Conejo alza las manos en actitud de defensa:

—Lo siento. Tengo pulmones demasiado potentes. No lo calculé.

—Vos lo único que tenés potente son los dientes —retruca Antonio, señalándose con dos dedos los incisivos superiores.

—¿Iremos?

El viraje que impone la pregunta de Carlitos cambia el clima de la mesa. De repente ya no son tres amigos que se juntaron a comer pizza un jueves a la noche. O sí, pero son tres amigos que se juntaron a comer pizza un jueves a la noche, víspera de la mañana en que tienen que presentarse en el regimiento para reincorporarse al servicio militar.

—Yo quiero ir —dice Antonio, después de un silencio, en ese tono tímido y reconcentrado que usa casi siempre—. ¿Ustedes?

—Calculo que nos vamos a cagar bien de frío —dice el Conejo, y hace una pausa—. Pero yo también quiero ir. Oíme, desde primer grado que vienen rompiendo las bolas con las Malvinas. Y ningún argentino estuvo nunca. O casi ninguno, ponele. ¿Te imaginás ser de los primeros?

Se miran. Carlitos ve que los dos tienen los ojos brillantes y supone que él debe tener la misma cara de expectativa. Sin que nadie agregue nada, los tres se ríen. No es una risa de broma. Es una risa de ganas. Carlitos sabe distinguirlas. Ganas de ir. Ganas de que le toque al regimiento de ellos.

—Además… —arranca Antonio de nuevo, pero se frena.

—Además, ¿qué?

—No, nada.

—Dale, boludo. Además, ¿qué?

—Además, seguro que, si nos mandan, nos mandan en avión.

Carlitos no lo había pensado. El Negro tiene razón. No los van a mandar en barco, con lo que tardarían. Se da cuenta de que ésa es una razón adicional para desear que los lleven a las islas.

—¿Alguno se subió a un avión alguna vez?

—Yo no —dice el Conejo.

—Yo tampoco —responde Antonio.

—Ah, ¿no? —le pregunta el Conejo—. Mirá vos. Yo estaba convencido de que eras muy de tomar aviones, vos…

Antonio, sin inmutarse, deja los cubiertos a los lados de su plato, le pega un golpe en la nuca con la mano abierta y vuelve a levantar su cuchillo y su tenedor. El Conejo no reacciona. Son las reglas entre ellos dos. Entre ellos tres. Carlitos saca un escarbadientes del envase y empieza

a hurgarse entre las muelas y las encías. La grande de muzzarella de la pizzería Oriente es una maravilla, pero siempre se te queda alguna basurita de orégano pegada.

—¿Pedimos otra? —pregunta.

—Yo estoy lleno —dice el Conejo.

Antonio, que siempre parece tener un poco de hambre disponible para casos de emergencia, parece dudar.

—Ojo que vamos justo con la guita, Negro —agrega el Conejo, que es rápido para los números y parece haberle leído el pensamiento. Después lo señala a Carlitos—. Salvo que acá Onassis tenga más plata que la que declaró, estamos fritos.

—Yo tenía lo que puse —aclara Carlitos, y es cierto. De hecho, va a tener que volver colado en el tren desde Morón hasta Ramos Mejía, porque no le queda dinero ni para el colectivo de vuelta. Pero en el trío la cosa funciona así: al principio de la noche se hace el fondo común, y se gasta mientras haya. Después, taza taza, cada cual a su casa.

Antonio se resigna sin estridencias y apura lo poco que le queda de cerveza en el fondo de la jarra.

—¿Vamos yendo? —sugiere Carlitos—. Mañana tenemos que estar temprano en el cuartel.

—Vamos —concuerda el Conejo.

Mientras se incorporan, Antonio le hace una seña al mozo para que se acerque a cobrarles. El tipo viene rápido.

—No, muchachos, no deben nada —les dice cuando llega.

Los tres lo miran sin entender.

—La gente de esta, esa y aquella mesa —el mozo las señala a medida que las nombra— se puso de acuerdo para invitarlos. No deben nada.

Carlitos siente que de repente le arden las mejillas. Sus ojos se cruzan con los de la mujer de la mesa de al lado (que los había mirado mal en el momento del eructo del Conejo, porque además del marido la acompañan tres nenes que se habían matado de la risa), y ella le sonríe con toda la cara y le hace un saludito con la mano.

—Pero mire que no es seguro que vayamos… —Carlitos siente que tiene que desarmar un equívoco.

—No pasa nada, pibe —le responde un hombre mayor desde otra mesa —. Es lo menos que se puede hacer por nuestros soldados.

Se miran un instante los tres, más incómodos todavía que cuando la pizzería entera brindó a su salud.

—Bueno… muchas gracias —dice el Conejo, casi por decir algo, y rumbea para la salida, seguido a paso veloz por los otros dos.

Antes de llegar a la puerta que le sostiene Antonio, Carlitos escucha que a sus espaldas alguien ha empezado a aplaudir y enseguida los demás se van sumando. Los están aplaudiendo. Carlitos no lo puede creer, pero los están aplaudiendo.

17

Carlitos camina la última cuadra teniendo cuidado de no resbalarse. Las veredas están llenas de las hojas que cayeron de los árboles y como llovió, se hizo un pasticho en el que —si uno no anda con cuidado— es muy fácil pegarse una patinada y terminar de culo en el piso.

Cuando entra a su casa viene distraído pensando en qué bolsito llevar y qué poner adentro. Nada que ver si se quedan en Buenos Aires o si los mandan a las Malvinas. No tiene ni idea de cómo será el clima en las islas, pero no es estúpido y sabe que, estando tan al sur, tiene que hacer, en los próximos meses, un frío del demonio. Al pasar frente a la puerta del living lo ve a su papá sentado en el sillón con una lámpara encendida. La única explicación de semejante panorama es que lo está esperando a él.

—Me vi con los chicos, con el Conejo y con el Negro Antonio. Tampoco es tan tarde —se ataja—. ¿Qué son? ¿Las doce y cuarto?

Su papá alza la mano, como diciendo que no pasa nada. ¿Entonces? Si el asunto no es la trasnochada, ¿cuál es?

—Sentate, que necesito hablar algo con vos.

Uy, Dios. Qué puede estar pasando para que su viejo arranque con semejante solemnidad.

—Tu mamá fue a hablar con el tío Alfredo.

Así que es eso. La charla para conseguirle una palanca en el regimiento. En realidad, si fuese una película sería «La charla para conseguirle una palanca en el regimiento, segunda parte», porque el otro día lo encararon los dos, la madre y el padre, en la inmobiliaria.

Carlitos adora a sus viejos, pero esto que están haciendo lo saca de sus casillas. Tiene sus dudas, pero está casi convencido de que el año pasado le hicieron lo mismo. Carlitos se había opuesto con uñas y dientes, pero está seguro de que su vieja fue igual a pedirle al tío que lo trataran lo mejor posible. Negocio redondo: no sólo su vieja habrá tenido que humillarse, sino que fue al pedo. Carlitos nunca se lo dijo, pero el sádico

de su tío, en las revistas, en el orden cerrado, se ensañaba con él, le exigía más, y si podía lo castigaba con más placer. En el fondo, su tío es un tipo coherente, y la coherencia es respetable. Sos milico, te odiás con tu hermana y su familia, tenés como soldado conscripto a uno de esa familia, así que lo bailás con más gusto que a los demás. Lógico. ¿Pero ahora sus viejos vienen con esta novedad de pedir que lo acomoden? La pucha.

—Les pedí que no hicieran nada, papá. Les… —Carlitos no sabe cómo salir de ese laberinto—. No quiero ser un acomodado. No me lo banco.

—No se trata de que seas un acomodado.

—Ningún compañero mío tiene un tío que sea mayor en el regimiento. Y para algo fue a hablar mamá con él. Yo tampoco soy boludo, papá.

Su viejo lanza un largo suspiro antes de responder.

—Mamá tiene miedo, Carlitos.

Carlitos lo entiende. Entiende el miedo de su madre. ¿Pero por qué tiene que hacerse cargo él de ese miedo? Se imagina la escena, dentro de tres o cuatro días, suponiendo que los manden a las Malvinas. El Conejo, Antonio, el Tortuga, todos subiendo a los micros y él ahí, rodeado de pendejos clase ’63, saludando desde la vereda. Carlitos no quiere pasar esa vergüenza.

—¿Y vos? —pregunta por fin—. ¿También tenés miedo?

Su viejo se toma su tiempo para contestar.

—Para mí… para mí no va a pasar nada. Pero… ¿y si le erramos? ¿Y si la que tiene razón es ella? ¿Y si se arma la guerra con los ingleses?

Carlitos se da cuenta de que tiene sed. Mucha. Se levanta de la silla, va hasta la heladera y regresa con el botellón de agua. Hay un acuerdo tácito entre ellos dos: sin las mujeres presentes, se puede tomar directamente del pico, sin vaso.

—¿Dónde comieron?

—En la Oriente. Es buena pizza.

—Buenísima.

Se hace otro silencio. Carlitos se pregunta cuánto tardará su viejo en volver a la carga.

—Mamá quedó con tu tío en que no te presentes mañana, sino pasado.

Poquísimo. Casi nada demoró. Ahí lo tenemos. La puta madre. Carlitos se despidió de los pibes con un: «Hasta mañana, nos vemos en un rato». ¿Y ahora resulta que se tiene que hacer el oso y pegar el faltazo? La puta

madre. La puta madre. Igual no entiende del todo la razón de demorar un día en presentarse.

—¿Y eso por qué?

Su viejo está a punto de contestar cuando a Carlitos se le hace la luz:

—Para que me dejen afuera de las listas. ¡Porque entonces al regimiento nuestro lo movilizan para allá! Es eso, ¿no? ¡Para que cuando llegue yo ya no quede lugar entre los que van!

Su viejo hace que sí con la cabeza.

—¿Vos pensaste cómo se va a quedar tu madre si te vas a las Malvinas?

—¿Y entonces? ¿Hay que pedirle un favor a un milico que es un hijo de puta y es mi tío?

Su viejo de nuevo se queda callado. Eso de poner a su mamá y a la angustia de su mamá en el centro de la cosa es una maniobra traicionera. Por algo lo hace, su viejo. Porque sabe que él va a recular. Se callará la boca y agachará el lomo. No hay caso, su viejo lo conoce demasiado.

—Necesito que mañana te quedes en casa, Carlitos. No lo hagas por vos. No lo hagas por mí. Hacelo por mamá.

Ahí tenés. Más claro, echale agua. Y hablando de agua, va a tener que ir a la cocina a tomar directamente de la canilla, porque entre la sed que traía y la bronca que acaba de juntar le dio por tomarse el botellón completo y no queda ni una gota.

18

En el portón de acceso se encuentra con Zapata y con el Roña Céspedes.

—Vení cuando quieras, vos —arranca el Roña.

—Viste cómo son los universitarios, Roña —dice Zapata—. Tienen que acomodar la agenda para poder presentarse. No es tan simple.

—¿Por qué no me chupan bien los huevos? —les pregunta Carlitos mientras les extiende el telegrama del Ejército, que los otros ignoran olímpicamente.

—Adelante, ciudadano —sigue el Roña en tono servicial—. Siga hasta la barraca del fondo a la derecha y presente su telegrama al oficial de servicio.

—Eso —agrega Céspedes—. Y gracias por venir.

—Antonio y el Conejo… ¿por dónde andan? —pregunta Carlitos.

—Desde el desayuno que no me los cruzo —dice Zapata.

—Me parece que estaban recolectando equipo —agrega el Roña, y ante la mirada extrañada de Carlitos agrega—: parece que nos vamos mañana a la mañana, y andaban buscando ropa de abrigo.

—Ayer nos repartieron unas camperas de duvet que están buenísimas, Carlitos. Metele o te vas a quedar sin ninguna.

Él agradece con un gesto y camina por la avenida de acceso, con el bolsito al hombro. Las palabras de su papá le repican en la cabeza. No tanto las palabras, sino la ansiedad con la que se las dijo. Si no fuera por eso, si no fuera por la angustia de sus viejos, ni en pedo habría aceptado este arreglo sucio. Y encima deberle algo al hijo de puta del tío Alfredo. Escupe al piso y apenas lo hace se da cuenta de que ya está en el cuartel y que esas cosas conllevan una sanción. Mira alrededor. Por suerte no hay milicos cerca que puedan llamarle la atención o castigarlo.

—¡Carlitos! —escucha que lo llaman desde la plaza de armas. Se da vuelta. El Conejo viene corriendo con unas prendas de ropa entre las

manos.

—¿Qué decís, Conejo? ¿Y el Negro?

—¿Qué te pasó, pelotudo? ¿Por qué no viniste ayer?

Carlitos toma aire y lo mantiene en los pulmones. Sabía que esto iba a pasar y le dio un montón de vueltas. Sabe que son sus mejores amigos y que uno, a los mejores amigos, les puede decir cualquier cosa.

—No pude.

—¿Cómo no pudiste, pelotudo?

—No pude. Y no me rompas más las pelotas con eso. Te pido por favor que no me rompas las pelotas.

Uno, a los mejores amigos, les puede decir cualquier cosa, pero también les puede pedir que no rompan la paciencia. Punto. El Conejo lo mira fijo, y durante un largo instante se sostienen la mirada.

—Bueno, Su Majestad, qué carácter —el Conejo alza las manos y las sacude, como si temblase de miedo. Después se encoge de hombros y le hace un gesto con el mentón para que lo siga—. Vamos.

Carlitos lo sigue. El regimiento es un hervidero de soldados y de suboficiales yendo y viniendo. El Conejo se vuelve hacia él y le muestra una prenda de vestir que lleva en las manos.

—¿Te mostré lo que me dieron?

Son unos calzoncillos largos que parecen de lana, o alguna otra tela abrigada. Carlitos pone cara de aprobación, pero sólo porque su amigo parece estar esperando que lo haga. El Conejo sigue con su cháchara imparable.

—¡Todos dicen que vamos, boludo!

—¿A dónde vamos?

—¡A las Malvinas, boludo, mañana o pasado a más tardar! ¡Va a estar buenísimo!

Vuelve a extender los calzoncillos hacia Carlitos, como si los elogios de su amigo hacia su nueva adquisición le hubiesen parecido insuficientes.

—Con estos me voy a matar de la risa del frío. Otra que frío. ¿Vos qué decís?

—Seguro que abrigan un montón —concede Carlitos—. ¿Es seguro lo de que van a las Malvinas?

—¡Seguro! Está toda la milicada revolucionada, armando listas de gente, juntando equipos. Están nerviosos pero están contentos. Y por algo nos dieron las camperas. ¿Ya las viste?

—No las vi, pero me contó el Roña, que me lo crucé en la guardia.

—Están buenísimas. En la puta vida nos habían dado algo así. Parece que las trajeron de Israel.

—Mirá vos.

—Yo pensé que en Israel se cagaban de calor, pero se ve que no —el Conejo sigue atropellándose con las palabras. Vuelve a exhibir los calzoncillos—. Dale, vení que buscamos unos para vos. Está repartiéndolos el cabo Colazo. Dale, que te vas a quedar sin ninguno.

El Conejo arranca de regreso hacia la plaza de armas.

—¡Pará! Pará, que primero tengo que dar el presente, Conejo.

—Lo das después —le grita el otro, sin volverse—. Metele, que se los están sacando de las manos.

Carlitos acelera el paso para alcanzarlo. Lo mejor, concluye, es no aclarar nada. Le da demasiada vergüenza. Lo mejor será que cuando pasen la lista definitiva con los roles de combate parezca que él se está enterando junto con ellos de que se queda en el continente. Eso siempre y cuando no explote antes, porque se siente a punto de estallar. Demasiada culpa, demasiada humillación, demasiada necesidad de irse con sus compañeros. Nada menos que a las Malvinas. Quién carajo en su sano juicio se perdería una oportunidad así, la puta madre.

En la plaza de armas está el cabo Colazo con una caja de cartón enorme, de la que va sacando los calzoncillos. Una fila de siete u ocho colimbas espera su turno para recibirlos. Cuando le toca a Carlitos el cabo hace una pausa, porque advierte que es el único que está vestido con ropa de civil. Todos los demás están en uniforme de fajina.

—Todavía no di el presente, mi cabo —aclara.

Colazo hace un gesto de «ma sí» y le arroja la prenda, que Carlitos ataja al vuelo.

—Vaya a la oficina de administración, soldado —agrega Colazo, y tiene razón, piensa Carlitos. Ya está bien de pasearse con esa ropa por todo el regimiento.

Guarda los calzoncillos en el bolso de cuero Adidas que usa desde tercer año del secundario y se vuelve hacia el Conejo.

—Me voy a dar el presente.

—Te acompaño.

—¿Vos no tenés nada que hacer?

—Ya tengo todo listo.

Caminan ligero entre los edificios bajos y alargados del regimiento. De vez en cuando se cruzan con algún conocido que lo reconoce y lo saluda. También hay unos cuantos a los que no conoce. Seguro que son los reclutas nuevos, los clase ’63, que tienen bastante pinta de perdidos. ¿O será ocurrencia suya, porque le gusta sentir que los de la ’62 la tienen más clara que los novatos? Escuchan un chistido que los hace detenerse y darse vuelta. Es el Negro.

—¿Ahora venís, boludo?

Otra vez lo mismo, piensa Carlitos.

—Sí.

—¿Y se puede saber por qué no te presentaste ayer?

—No pude.

—¿Cómo «no pude»?

—¡No pude, boludo, y te pido que no me rompas más las pelotas!

Antonio se queda tieso. No es usual que Carlitos se salga de sus casillas, y menos con él. Carlitos está a punto de pedirle disculpas, pero se contiene. Necesita que se callen. Que dejen de preguntarle. El Negro se vuelve hacia el Conejo.

—¿Y a este pelotudo qué bicho le picó?

—Ni idea, Negro, pero viste cómo son los filósofos.

Antonio niega con la cabeza y Carlitos cree escuchar un «qué pelotudo» soltado en un murmullo.

—Vamos a que Su Alteza dé el presente —el Conejo señala con la cabeza la puerta que tienen delante.

Antonio da dos golpes y se escucha una voz diciéndoles que pasen. Los tres juntos cruzan la puerta. Sentado detrás de un escritorio está el cabo Burgos, uno de los tipos más brutos del regimiento. A veces, piensa Carlitos, cuesta entender la lógica militar. Burgos debe haber terminado la escuela primaria poco menos que por milagro. ¿Y hoy lo ponen a manejar las listas de los colimbas y los roles de combate, que debe ser la cosa más larga que le tocó leer en su vida? Desde su sitio Carlitos advierte que la nómina está en orden alfabético. Pero Burgos parece desconocer esa maravilla de la tecnología, y en lugar de avanzar directamente hasta la ele, por lo menos, y empezar a buscar «López» a esa altura, arranca por la a de Alonso… Arismendi… Aristizábal. Uno por uno. Lee cada apellido en voz alta, siguiendo las letras con la punta de su lápiz. Y los descarta también uno por uno. Antonio y el Conejo intercambian un vistazo divertido.

Carlitos no puede participar de su alegría. Se siente demasiado traidor, demasiado cobarde como para eso.

Un buen rato después de iniciar la búsqueda, Burgos consigue llegar hasta la letra ele, descartar a Lamas y a Ledesma y encontrar el «López, Carlos Miguel» que le corresponde a él. Hace una marca con el lápiz junto a su apellido. Coloca el telegrama sobre la pila y agrega el nombre de Carlitos en una lista con unos pocos apellidos que tiene a un lado, sobre el escritorio.

—¿Por qué lo anota en esa, mi cabo? —pregunta, inquieto, el Conejo.

Burgos, que además de bruto es tranquilo como agua de pozo, le responde con calma.

—¿Por qué me lo pregunta, soldado?

—Porque a nosotros nos anotaron en las de allá —interviene Antonio, señalando el escritorio contiguo, que ahora está vacío.

—Ésas son las listas de los roles de combate de las compañías, soldado. Y ya están completas —Burgos termina de decirlo y da un ligero respingo, como si acabase de reparar en que ha divulgado un secreto acerca del cual le habían pedido discreción absoluta. Y bueno, paciencia, parece indicar su posterior encogimiento de hombros—. Los que llegan ahora quedarán acá en el regimiento.

—No puede ser —alza ligeramente la voz el Conejo—. Si a nosotros nos anotaron ayer cuando llegamos.

—Eso fue ayer. Hoy ya estamos completos.

A Carlitos no se le escapa que dijo «estamos». O sea que Burgos también va a las Malvinas. Bruto como un arado, corto como él solo, el cabo Burgos va a conocer las Malvinas y él, Carlitos López, se va a quedar rodeado de un montón de colimbas nuevos cuidando un cuartel vacío. El Conejo parece leerle el pensamiento, porque pregunta:

—Disculpe, mi cabo. Pero hoy en la recogida de equipo vi que había unos cuantos clase ’63.

—¿Y qué?

Antes de seguir hablando, el Conejo mira a sus amigos, como esperando su aprobación y su apoyo. Carlitos cree entender por dónde pretende ir y se queda tieso. Otra vez, y van…

—Que sería mejor que fuera López, que es clase ’62 y tiene la instrucción completa. No como esos pibes nuevos, mi cabo —el Conejo habla con la suficiencia de un mariscal napoleónico.

—Mucho mejor —aporta Antonio—. Yo ya escuché de varios de nuestros compañeros que cambiaron lugares en las listas con los nuevos.

Carlitos se siente una estatua. Él no está diciendo una palabra. Él no está convenciendo a nadie de nada. Él hizo lo que su viejo le dijo. Esperó a hoy para presentarse. Y son Antonio y el Conejo los que están hablando con el cabo. No él. Además: ¿qué podría decir ahora, para acompañar los deseos de sus viejos? «No, deje, cabo. No pasa nada. Me quedo acá». ¿Podría decir algo así, mientras sus amigos intentan encontrar un resquicio en la pétrea cabeza de Burgos para que Carlitos los acompañe? Esa conversación bien podría tener lugar con él a cien metros de distancia. Él bien podría estar ocupando su litera en la barraca, sin tener ni idea de la conversación que sus amigos sostienen con el cabo Burgos. En otras palabras: Carlitos no tiene la culpa de nada de eso. Es apenas un testigo.

—Eso yo no lo puedo decidir. A mí me dijeron que los que se presentaban hoy van en esta lista.

Razonamiento irreprochable, piensa Carlitos. El de Burgos y el de su papá, cuando le dio la orden de esperar un día más para presentarse. El de su papá y el de su mamá, que no estaba presente pero como siempre mueve los hilos de lo que se decide en su casa. El de su papá, el de su mamá y el del hijo de su madre del tío Alfredo, que es el tipo más detestable que Carlitos haya conocido en toda su vida. Todos razonamientos irreprochables.

—¿Con quién le parece que podemos hablar, mi cabo? —pregunta repentinamente Antonio, como advirtiendo que el diálogo entró en una vía muerta.

Justo en ese momento se abre la puerta de la oficina y entra un subteniente al que ninguno de los tres ha visto en su vida. Ni lerdos ni perezosos, Antonio y el Conejo avanzan tres pasos y se cuadran frente al militar, saludan con la venia y un sólido «Buenos días, mi subteniente», que el otro responde con cierta perplejidad.

—Justo les iba a decir que el subteniente Parisi está hoy a cargo de la oficina —dice Burgos a sus espaldas.

El Conejo es el que lleva la voz cantante. Cuando el subteniente lo autoriza a hablar, le explica la situación, la demora en el arribo del conscripto López, la absoluta conveniencia de contar con ese avezado tirador —dice «avezado», Carlitos no lo puede creer pero el Conejo utiliza la palabra «avezado», y Carlitos no puede sino admirarle la sangre fría,

tomando sobre todo en consideración que en las prácticas de tiro él fue tan mediocre como la mayoría—, que además es estudiante universitario y conoce al dedillo los vericuetos —sí, también usa las palabras «dedillo» y «vericuetos»— de la administración porque fue la mano derecha del sargento Milossi en la Intendencia. El subteniente parece dudar. Antonio y el Conejo cruzan una mirada expectante. Carlitos, como un mantra, se repite que él no ha dicho una sola palabra para desobedecer la orden de su padre. Es un maniquí. Una estatua. Un decorado. Una barca mecida por las olas de la tempestad.

El subteniente se aproxima al escritorio —no al de Burgos, sino al que está vacío— y levanta las hojas con la nómina de los que van a viajar. De vez en cuando alza la vista hacia Carlitos, que piensa que ese oficial es apenas más grande que ellos y luce más perdido. Además el bigotito que se dejó le queda como el demonio. Pero sigue en silencio. El subteniente le alarga la lista a Burgos.

—Tache a Nicolini Esteban, que es clase ’63, y agregue a… ¿Su nombre, soldado?

—López, Carlos Miguel, mi subteniente —dice Carlitos, y es lo primero que dice y se convence de que lo dice porque ahí es un soldado y los soldados cumplen órdenes y el subteniente acaba de preguntárselo.

—López, Carlos Miguel, clase ’62 —confirma el subteniente—. El resto de los datos los saca del telegrama o se los pregunta al soldado, cabo. Colóquelo en el rol de combate de ese Nicolini.

—Sí, señor —dice Burgos con expresión concentrada.

Tachar el renglón de Nicolini Esteban no parece un desafío inabordable. Agregar, en imprenta mayúscula, en el primer renglón libre, los datos de Carlitos, ya es harina de otro costal. Pero Burgos se pone a la tarea.

Sin decir una palabra, los tres conscriptos esperan hasta que el último de los datos de Carlitos queda completo, en la infantil letra de imprenta de Burgos, sobre el renglón agregado. Mientras tanto, el subteniente ha tomado asiento detrás del escritorio vacío.

—Alcánceme la lista, soldado —le dice al Negro, que es al que tiene más cerca.

Antonio se apresura a obedecer y es como si en ese hecho —la lista abandonando las manos del cabo Burgos, pasando fugaz por las de Antonio, aterrizando en las del subteniente Parisi— se hubiese consumado

algo irrevocable que —piensa Carlitos— no hubiese estado bien torcer. Yo no tengo la culpa de nada, se dice por séptima u octava vez en los últimos tres minutos.

Salen casi atropellándose de la oficina. Cuando la puerta se cierra a sus espaldas el Conejo ensaya unos cuantos golpes de manteada sobre la espalda de Carlitos, que se deja hacer, mientras Antonio les dice que se dejen de joder, que lo único que falta es que los castiguen por portarse como pendejos y se queden sin viajar. Apenas lo escucha, el Conejo obedece y se queda quieto, cosa rara en ese pibe con cerebro de mosca, piensa Carlitos, y piensa también en que al final el día de hoy es un día glorioso. Pero no porque él haya hecho nada, sino porque las cosas salieron así y él, Carlitos, no tiene la culpa de nada y ni su papá ni su mamá van a poder hacerle ningún reclamo.

19

Si hace este frío y este viento acá en Comodoro Rivadavia, piensa Camargo, qué se puede esperar para cuando lleguemos a las islas. Carajo. El avión se sacudió de lo lindo en los minutos previos al aterrizaje y Camargo, que les tiene pánico a los aviones, tuvo que hacer un esfuerzo supremo para no decir esta boca es mía cuando el bicho ese empezó a sacudirse como una coctelera. Alguno de sus subordinados se permitió una exclamación de pánico. Camargo aprovechó para fulminarlos con la mirada. Parece mentira, pero calentarse con esos pelotudos lo tranquilizó lo suficiente como para guardar la compostura hasta que sintieron el golpe del tren de aterrizaje contra la pista. Bajó de los primeros y lo dejó a Quinteros supervisando el descenso de los equipos, porque parece que a Malvinas los cruzan en otro aparato. El mayor se fue a refugiar en una carpa que instalaron a modo de casino de oficiales, para tomarse un café y escaparle un poco al frío glacial que hace en este sitio. Si esto es en abril, qué queda para julio, pensó. Volvió a maldecir su suerte.

Un cabo de su regimiento —cuyo nombre Camargo no recuerda— asoma la cabeza por la entrada, como buscando a alguien. Sus ojos se cruzan y el cabo se lanza derecho hacia él. ¿Será posible que no lo dejen tomar un café en paz?

—Disculpe, mi mayor, pero lo llaman por teléfono desde Buenos Aires.

Camargo mira alrededor.

—¿Acá no hay radio?

—Sí, señor, hay, pero el llamado es por teléfono, como le digo.

—¿Y por qué no llaman por radio?

—Porque es un tema personal. Es un llamado de su hermana, señor.

Camargo está a punto de soltar una puteada, pero no tiene que perder los estribos delante de todo el mundo. Carajo. Mierda. ¿Y qué le pasa ahora a esa pelotuda?

—De acuerdo, páseme la llamada para acá.

El cabo lo mira con cierto apuro.

—Lo que pasa, señor, es que no se puede pasar para acá. El teléfono hay que atenderlo en el edificio principal del aeropuerto.

Señala a sus espaldas y Camargo sigue la dirección del gesto. El edificio del aeropuerto está como cuatrocientos metros más allá, bien lejos de esa carpa. La puta madre. Cagarse de frío cuatrocientos metros de ida y cuatrocientos metros de vuelta, y en el medio tener que bancarse a la tarada de su hermana que vaya Dios a saber qué tiene tan importante para decir. O no hablan en un año o se la tiene que aguantar dos veces en la misma semana.

—Vamos —dice de mal modo, incorporándose y cerrándose la campera.

O porque se había acostumbrado al calor o porque ahora el viento sopla más fuerte, Camargo tiene más frío todavía. La puta madre, Marisa. La puta madre.

20

La pregunta sería: «¿Y ahora qué quiere este pelotudo?», pero Quinteros se cuida de formularla en voz alta, por supuesto. Nunca hay que sucumbir a la tentación de criticar a los superiores delante de los subordinados, porque eso afecta la cadena de mando y la propia autoridad de uno como oficial. Eso es verdad acá y en China, ayer, hoy y siempre. Así que silencio y cara de nada con el furriel que vino a avisarle que Camargo lo reclama con urgencia.

—Gracias, soldado. Dígale al mayor que voy enseguida.

Pero ¿qué quiere? ¿Acaso no sabe que está supervisando la carga del material, y que llevan un lindo atraso? Quinteros es un obsesivo de la puntualidad, y lo desespera saber que hace dos horas que tendrían que estar volando hacia Malvinas. Y sin embargo ahí están, en el aeropuerto de Comodoro Rivadavia, con el Hércules C-130 a medio cargar. El grueso del regimiento irá en vuelo directo en un avión de Aerolíneas, que despega de El Palomar a primera hora de la mañana. Y por nada del mundo, piensa Quinteros, esos soldados tienen que llegar a las islas antes que ellos. No, señor. El comando del regimiento debe estar en Puerto Argentino cuando lleguen para darles la bienvenida, orientarlos, organizarlos. Como debe ser.

—¿Se puede saber qué lo tiene tan ocupado como para no venir cuando lo llamo, teniente?

Quinteros se gira, sorprendido, se cuadra y saluda al mayor Camargo. Al lado del teniente primero están el sargento Cóceres y el cabo Colazo, que también saludan al mayor, igual de asombrados por su llegada intempestiva. ¿Y a éste qué bicho le picó? ¿A cuento de qué lo encara con esos modos delante de los suboficiales?

—Acaba de notificarme el furriel, mi mayor. Estaba terminando de supervisar la carga de…

—Si yo lo convoco, usted deja todo y se viene a donde yo esté. ¿Está claro o no está claro?

Como un relámpago, por la cabeza de Quinteros atraviesa la fantasía de mandarlo a la mierda.

—Sí, señor.

—«Sí, señor» un carajo, teniente. O, mejor dicho, usted me dice «Sí, señor», pero a mis órdenes se las lleva el viento.

Quinteros no va a darle la satisfacción de preguntarle qué órdenes. No tiene la menor idea de lo que está hablando. Pero que lo diga en voz alta, al fin y al cabo.

—En Buenos Aires le di instrucciones estrictas en relación con el conscripto López.

Quinteros hace un esfuerzo para recordar. ¿De qué le está hablando ese tipo, por el amor de Dios? De repente se le hace la luz. Le viene el recuerdo de la hermana del mayor, esperándolo en el banco de madera del pasillo. El conscripto clase ’62 que todavía no se había presentado en el cuartel, el acomodado al que había que dejar en Buenos Aires a toda costa. Mierda. ¿Qué pasó con ese pibe?

—Resulta que me acabo de enterar de que ese conscripto se sumó a su unidad y está listo para abordar el avión en El Palomar. ¿Qué me cuenta?

Quinteros demora en responder. Es consciente de que son el centro de una ronda involuntaria a la que acaban de sumarse el subteniente en comisión Parisi y dos cabos. Todos al pie de la rampa de carga del Hércules. Todos atentísimos a lo que está pasando, porque esto de que caguen a gritos a tu jefe siempre es un espectáculo digno de verse. Otra cosa de la que es consciente, ahora que su cabeza tuvo el tiempo suficiente como para acomodarse, es la cadena de acontecimientos que llevaron a que el soldado clase ’62 Carlos López (porque el soldado se llama Carlos, ya se acordó) esté listo para volar a las Malvinas en lugar de quedarse quietito y a salvo en el regimiento. ¿Vale la pena explicarse en voz alta? No. No serviría para nada.

De todos modos, Quinteros sucumbe a la tentación de reconstruir la secuencia para sus adentros. Una vez que supieron que viajaban, Quinteros había tenido bien presente el encargo de Camargo. Como imaginaba que Camargo no querría que todo el mundo se enterase de que pensaba acomodar a un colimba, no le dijo nada al capitán Astorga, ni al teniente Feldmann, mientras definían la composición de las compañías. Recién

cuando tuvo claro que el sargento Rubio sería el encargado de confeccionar las listas definitivas, Quinteros lo había hablado con él. Y Rubio, que no es ningún tonto, lo había entendido perfectamente.

El problema —y eso Quinteros lo comprende recién ahora— fue que al otro día la mujer de Rubio entró en trabajo de parto y el susodicho le pidió permiso para acompañarla en el Hospital Militar Central y Quinteros, naturalmente, se lo otorgó. ¿Y a quién había dejado a cargo de las listas de movilizados con sus roles de combate? Al flamante subteniente en comisión Parisi, que está ahí paradito con cara de pánico, sometido al furibundo viento patagónico como todos ellos pero un poco peor, porque el muchacho debe haber entendido que el quilombo viene de la mano de las listas de soldados, y el último día esas listas fueron su responsabilidad. Quinteros se da cuenta de cómo se combinaron las cosas: el sargento Rubio se fue de permiso y las listas quedaron a cargo de un subteniente al que todavía no se le borró el bigote de leche y el cabo Burgos, que es buen tipo pero cuenta, en un cálculo optimista, con unas ocho neuronas en total que trabajan de manera independiente y esporádica. Genial. La puta madre.

Quinteros es un tipo práctico y entiende con claridad que lo que tiene por delante es una disyuntiva. Una opción es explicarle al mayor Camargo toda esta cadena de accidentes desafortunados. El trabajo de parto, el permiso, el reemplazo en la función, la omisión por desconocimiento de la orden del mayor. Mejor la otra opción.

—Tiene toda la razón, mi mayor. Omití comunicar su orden a mis subordinados. Me hago responsable y le pido disculpas, mi mayor.

—¿Y a mí de qué carajo me sirven sus disculpas, me quiere decir? Si yo doy una orden, esa orden se cumple. ¿Se entiende? ¿Se entiende la idea, teniente?

Esto último Camargo se lo dice desde una distancia de cuarenta centímetros, con los ojos muy abiertos. Quinteros supone que debe tener el rostro congestionado y la piel del color del tomate, pero como es de noche no puede verificarlo. Sí ve que tiene los ojos agrandados de furia, porque ambos son casi de la misma estatura y el blanco de las escleróticas del mayor es bien visible en la penumbra. Su mal aliento también es perceptible. Quinteros no respira. Le vendría bien ejecutar esa forma de respiración que le enseñó su instructor de tiro. Eso de inspirar con la parte baja de los pulmones, hinchando la panza, y después largar el aire

despacito. Eso relaja. Eso ayuda, tanto para preparar el disparo como para apaciguar el deseo de estrangular a un superior pelotudo que no tiene problema en horadar tu autoridad delante de tus subordinados. Otra que «no tiene problema». Lo disfruta, el muy hijo de puta.

—Si el mayor lo desea, puedo intentar comunicarme con la base aérea de El Palomar y solicitar que desafecten al conscripto López.

Quinteros puede anticipar la respuesta del mayor. Va a decir que no, que no hace falta. Acomodar a un colimba es algo que pasa todos los días, pero son trapitos que se lavan en casa, es decir, dentro del personal del regimiento. Una conversación telefónica a la base aérea de El Palomar, desde Comodoro Rivadavia, implicaría abrir el asunto a un montón de milicos más. Y Camargo no tiene la menor intención de hacerlo.

—Deje las cosas así. Ya es tarde. Tendré que pensar cómo arreglar la cagada que se mandó.

—Como ordene, señor.

Sin mediar otra palabra, Camargo se pega media vuelta y se pierde en el viento y en la oscuridad. Quinteros vuelve a encender su linterna y la apunta al portapapeles que sigue aferrando como si pudiese escapársele. Una respiración más y el deseo de mandarlo a la mierda será un recuerdo. Así. Perfecto.

—A ver, sargento. ¿Por dónde íbamos?

21

—¡A ver si mueven los cantos, que están frenando toda la fila, milicos!

El grito del sargento saca a Antonio de su asombro. Rubio tiene razón. Los tres se han quedado tiesos, con el cogote doblado hasta donde más no les da, para abarcar todo lo que puedan de ese avión enorme al que están a punto de subirse. También, sin proponérselo ni ponerse de acuerdo, han dejado caer los bolsos portaequipo a sus pies, como si mirar ese artefacto monstruoso fuese una actividad incompatible con cualquier otra acción. Y lo es, piensa Antonio, que de todas maneras se apresura a levantar el bolso y pegar un trotecito hasta el último de la fila. El Conejo y Carlitos lo siguen. Ahora el sinuoso gusano verde que todos ellos forman, con sus uniformes verdes y sus bolsones verdes, se estaciona al pie del avión, porque la escalerita es angosta y tienen que subir de a uno.

—Hay que conseguir una ventanilla —dice el Conejo, y Antonio comprueba que su amigo acaba de leerle el pensamiento.

Ninguno de ellos se ha subido jamás a un avión y piensan aprovechar esta oportunidad única. A ver cuándo ellos tres vuelven a tener una chance como ésta. Carlitos en una de esas sí, porque su familia anda bien de plata, aunque tampoco: basta con verle la cara a su amigo, con los ojos tan abiertos como los del Conejo, para no perder detalle, y uno entiende que subirse a un avión y que te lleven gratis no son cosas que a uno le pasen todos los días.

Antonio tiene un momento de confusión cuando llega al tope de la escalerita y entra en el avión, porque no hay asientos. Aunque nunca se haya subido a uno, no es tan bruto como para no saber que debería encontrarse con un pasillo estrecho entre dos conjuntos de asientos, a la derecha y a la izquierda. Bueno, la cosa es que los asientos no están. Se ve que los han quitado para hacer más espacio. Los suboficiales dan órdenes para que avancen hacia la cola del avión y se acomoden bien encimados, usando los bolsos para apoyar el trasero. Antonio gira el cogote en un

intento de interrogar con los ojos a sus amigos. Son porteños, y los porteños son más rápidos para esas cosas, aunque no le guste reconocerlo. El Conejo capta la emergencia y con un movimiento rápido se escurre hacia delante de Antonio. Y cuando están llegando al sitio en el que tienen que ubicarse, porque más atrás el piso ya está lleno de colimbas sentados en el piso, en lugar de hacerle caso al cabo Ortega, que se dispone a indicarles que se sienten ahí, en el medio, donde les toca, el Conejo ya se ha escabullido contra el costado derecho del avión, ha tirado el bolso al piso y se ha sentado encima. Bien pegado al de atrás pero contra una ventanilla, lejos del medio donde el cabo le decía que se sentara. Antonio no pierde tiempo y copia la estrategia de su amigo, pero rumbeando para la izquierda: bolso al piso contra el fuselaje y el culo de inmediato encima del bolso. Listo. De acá no me mueve nadie. Vista al frente y cara de boludo. Ni siquiera gira el cuello para ver en qué dirección se va Carlitos.

—Al medio también, soldados. Ocupen acá el medio, que no entramos —está diciendo el cabo Ortega, pero no se lo está diciendo a ellos, sino a los que venían justo detrás.

Antonio suspira aliviado. Al cabo le da lo mismo qué colimba va en qué sitio, siempre y cuando se distribuyan bien. Cuando a su derecha y adelante ya se han sentado también diez, doce, veinte colimbas, se anima a mirar hacia el sitio del Conejo. Cogoteando para esquivar las cabezas que hay entre los dos consiguen que sus miradas se encuentren. El Conejo tiene una expresión de éxito rotundo. Antonio entiende el motivo: lo han logrado. No sólo van a viajar gratis en avión, sino que van a viajar mirando todo desde las ventanillas. El Conejo hace un gesto con el mentón, un poco hacia adelante. Antonio sigue el gesto y entiende: Carlitos ha quedado un poco en diagonal, hacia el pasillo, adelante del Conejo. Qué macana. Se quedó sin ventanilla, pobre. Pero claro, era difícil que los tres tuvieran tanta suerte. Muy difícil. Antonio no quiere ser egoísta pero no puede evitar volver al mismo pensamiento: capaz que Carlitos alguna vez, de más grande, puede pagarse un avión. Él no va a poder. Eso seguro. Con el Conejo tiene sus dudas. Capaz que sí, capaz que no. Si sigue en el taller del viejo, y sigue aprendiendo, y algún día hereda el taller, seguro que sí. El viejo del Conejo tiene que andar bien de plata. Es linda la casa que tienen. Todo material, varias piezas. Linda de verdad. No es el palacio en el que vive Carlitos, que con la familia tienen un chalet que raja las piedras, con techo de tejas, ventanas de madera, un lujo. Pero

la del Conejo es buena casa, también. Lo que pasa con el Conejo es que a la primera de cambio se pelean con el viejo, explota todo por el aire y el Conejo termina laburando en el culo del mundo y teniendo que aprender un oficio desde cero. Porque la impresión que dan esos dos siempre es esa. Que en cualquier momento se agarran a las patadas.

Como le sucede siempre, no pasa medio minuto y Antonio ya está pensando en Magalí. Qué cosa bárbara. Siempre lo mismo. Esta vez, porque evocó la casa del Conejo y se preguntó si él iba a ser capaz de conseguir una casa igual de buena para ellos, ellos dos, Magalí y él. Con ella no habló de casarse ni nada. Le parece pronto. O en una de esas Antonio saca el tema y Magalí se le mata de la risa: ¿cómo un muerto de hambre como él quiere casarse con una chica como ella?

—Eh, boludo —Carlitos le está hablando desde su sitio.

—¿Qué pasa? —pregunta, sobresaltado.

—¿Te sentís bien? Estás todo colorado.

¿Puede ser tan pelotudo de ponerse a pensar en Magalí y ponerse rojo como un tomate? ¿Puede ser así de boludo?

—No, sí. No me pasa nada.

Carlitos se está dando vuelta hacia el lado del Conejo, para seguir divirtiéndose a su costa. Por señas, le indica que lo mire a él, a Antonio.

—¿Qué te pasa, Negro? ¿Tenés miedo? —el Conejo capta rápido el mensaje de Carlitos.

Antonio niega con la cabeza. Igual, mejor que piensen eso.

—Che, Negro —insiste el Conejo—, ¿qué se siente ser el primer santiagueño volador?

Antonio no necesita indignarse. En ese avión van unos cuantos santiagueños y Segovia, que es de La Banda, le pega un castañazo en la nuca al Conejo para que no se meta con sus comprovincianos.

—Ay —se queja el Conejo—, cabo Ortega, ayúdeme, que en la fila de atrás tengo un santiagueño asesino.

Nuevo mamporro de Segovia, nuevo «¡Ay!» del Conejo y advertencia de Ortega:

—A ver si se dejan de joder, milicos, que ya me tienen cansado.

A veces Antonio fantasea con mandar todo al diablo y responder la verdad: «No, Conejo, no soy el primer santiagueño volador. Soy el primer santiagueño que es novio de tu hermana. Porque me olvidé de contarte que llevamos un año de novios». Sería lindo verle la cara al Conejo. Pero no.

No serviría de nada. Al contrario. Mejor sigue curioseando ese mundo maravilloso que tiene alrededor.

Ya se están terminando de acomodar los últimos en subir, en la parte de adelante. ¿Será difícil sacarle todos los asientos a un avión? ¿O vendrán atornillados fácil? Antonio prueba de estirar el cogote para mirar por la ventanilla. Perfecto. Apenas se tiene que mover un poco así para arriba y ve perfecto. Cuando el avión empieza a moverse, despacito, algunos colimbas aplauden, sueltan alguna carcajada medio de los nervios, uno hace un chiste malo diciendo que a esa velocidad van a demorar un montón en llegar. El chiste es malísimo, pero están todos tan emocionados que igual se lo festejan. El piloto habla por los altavoces, los felicita por el privilegio de que van a ser de los primeros argentinos en pisar las Malvinas y les dice que ya están a punto de despegar, mientras el avión hace como una curvita y se queda frenado del todo.

De repente es como si piloto empezase a apretar el acelerador pero en punto muerto, porque el zumbido de los motores, que venía bajito, comienza a crecer y crecer cada vez más hasta que de pronto el avión arranca con todo. Todos se sacuden hacia atrás por la inercia y algunos se agarran de los hombros de los otros para no caerse. Más de uno lanza un gritito medio de chiste medio de miedo y Antonio estira el cogote para mirar. Los pastos del costado de la pista van pasando más y más rápido y de golpe siente cómo el piso se inclina, poquito pero se inclina, y los pibes empiezan a aplaudir y el avión empieza a alejarse del piso y el ruido de los motores de a poco va volviendo a ser suavecito y Antonio piensa la puta madre que lo parió, estoy volando, estoy volando en un avión.

22

Al principio del vuelo el cabo Ortega lo tiene de punto y le dice cada dos por tres: «Soldado, siéntese bien», y Antonio todas las veces hace que sí con la cabeza y le hace caso. Pero a los dos segundos está de nuevo con el cogote estirado y medio arrodillado de costado para mirar bien para afuera, hasta que el milico le vuelve a llamar la atención y Antonio de nuevo a decirle: «Sí», «Sí, mi cabo», y así cincuenta veces. Pero se ve que en algún momento Ortega se aburre de llamarle la atención porque lo deja en paz y Antonio puede arrodillarse tranquilo a mirar para afuera sin que nadie lo joda.

Bueno, eso de «nadie» es un poco mucho, porque al rato el Conejo, desde el otro costado del avión, empieza con «Che, Negro, ¿qué estás, rezándole a la ventanilla?» y los otros se cagan de la risa y Antonio medio que también se ríe porque es verdad, parece que estuviera arrodillado en la iglesia, con las rodillas en la maderita esa que tienen los bancos de la parroquia para que te pongas ahí y no te ensucies, pero un boludo este Conejo que lo único que falta es que el cabo Ortega ahora se acuerde y empiece de nuevo con la cantinela de «Soldado, siéntese bien».

Hablando del Conejo, estaría bueno tenerlo al lado, a él o a Carlitos, porque Antonio necesitaría hablar con alguno de ellos sobre todo lo que está viendo, porque no le alcanzan los ojos y tiene miedo de que algunas de las cosas se le olviden. Al principio se veían las casas y los autos y los faroles de las calles, pero a medida que se alejaron de la base de El Palomar y fueron subiendo más y más en el cielo, las cosas cada vez se fueron distinguiendo menos, y ahora el piso se ve allá lejos como unos manchones medio cuadrados a veces verdosos, a veces pardos, y al Negro le gustaría preguntarle a Carlitos por qué esas diferencias de color, porque seguro que Carlitos sabe. Y la otra cosa que lo tiene asombrado al Negro son las nubes. Muchas no hay, pero de vez en cuando allá abajo se cruzan con alguna y Antonio no lo puede creer porque las nubes tienen forma,

pero no como él pensaba hasta ahora, porque desde el piso vos mirás las nubes y sí, tienen forma, pero Antonio pensaba que las nubes eran… planas, no sabe cómo expresarlo, y ahora se está dando cuenta de que un carajo son planas, son cosas enormes que tienen alto y ancho y espesor, y que así como se ven algodonosas desde abajo esa cosa algodonosa también la tienen por arriba, y capaz que todo el mundo lo sabe desde chico y el único pelotudo que lo ignoraba era él, Antonio, precisamente de puro ignorante, pero le parece una maravilla que las nubes puedan ser así de gordas pero claro, así también se entiende que cuando llueve puedan soltar la semejante cantidad de agua que sueltan, y otra cosa que notó Antonio fue que cuando el avión se mete adentro de una nube es como si se metiera adentro de niebla, y el avión empieza medio a temblar un poco, nada demasiado grande, pero alguno de los pibes medio se julepeó cuando el avión empezó a vibrar, todo rodeado de niebla, pero igual fueron unos segundos porque enseguida salió de la nube y el aire se ve que se queda más quieto porque el avión dejó de temblar.

Son tantas cosas las que Antonio quiere acordarse que tiene miedo de que al bajar algunas se le olviden, pero no importa, porque seguro que este día se lo va a acordar toda la vida. Es pensar eso y acordarse de que hace apenas unos días pensó lo mismo pero de una noche, no de un día, que fue la noche en que casi casi le pudo hacer el amor a Magalí, que Antonio no se quiere acordar demasiado porque todavía le dura la tristeza de haber estado tan cerca, la puta madre, tan cerca de dejar de ser virgen y ni más ni menos que con Magalí, la tuvo a Magalí casi desnuda entre los brazos ahí en el sofá del living de su casa hasta que de repente se oyó la llave en la cerradura y menos mal que Magalí había dejado la llave puesta con una vuelta sola para que no se pudiera abrir desde afuera, pero qué cagazo, por Dios, y Antonio todavía se acuerda del corazón pateándole como un burro en el pecho mientras intentaba correr hasta el patio y vestirse al mismo tiempo y se tropezaba con una cosa y con otra y con otra más, y después de saltar la tapia del vecino para salir a la calle del costado y que no lo fuera a pescar el Conejo o, peor, el padre del Conejo, Dios no lo permita.

Ahora Antonio no quiere pensar en eso porque acordarse de Magalí le hace mal, capaz que en una de esas si hubieran hecho el amor y él hubiera dejado de ser virgen era distinto, acordársela ahora sería lindo y nada más, pero así como salieron las cosas no es lindo, porque se le quedó atragantado.

Todo, absolutamente todo es un lío. Porque el Conejo es tan amigo que es casi como si fuera su hermano y Antonio piensa que si capaz le decía de entrada lo de Magalí no era tan grave, se lo decía y listo, capaz que el Conejo puteaba un poco y a otra cosa, pero de entrada no se animó y después empezó a pasar el tiempo y Antonio está cada vez más enamorado y siente que la cosa va en serio y le parece que Magalí está igual que él, y eso es lindo, pero al mismo tiempo es más grave, y Antonio no sabe cómo decirlo pero es así, y ni hablar con lo que casi pasó el otro día, que si antes de acostarse con Magalí Antonio no sabía cómo contarle al Conejo ahora menos, aunque técnicamente no se acostó, la puta madre, o sí, digamos que se acostó pero digamos también que no llegó a concretar nada, así que salió todo como el reverendo culo, porque ahí está él arriba de un avión donde seguro que todos los demás ya son hombres de verdad, hombres que no son vírgenes, hombres que se acostaron con una mujer, y el único tarado pendejo provinciano bruto virgen es él, la puta madre, pero Antonio no quiere ponerse a pensar en eso porque se quiere concentrar de nuevo en el avión, en lo de los colores del piso allá abajo bien lejos y en lo de que las nubes son altas además de anchas, y espesas además de altas, y Antonio sospecha que nunca más en la vida va a tener una oportunidad como esta y le da un poco de envidia ese par de colimbas que tienen cámara de fotos y sacan alguna por la ventanilla del avión y, claro, se van a llevar un recuerdo bárbaro esos pibes, no sólo del viaje en avión, sino de cuando lleguen, pero Antonio tampoco se engancha con eso porque para eso está la memoria, también, que para eso nos la ha dado Dios, para acordarnos de las cosas, o cómo carajo hacían los humanos para acordarse de las cosas antes de que inventaran la máquina de fotos, a ver, así que Antonio se concentra en mirar para afuera y de repente no puede creer lo que ve pero sí, es, de repente el piso cambia completamente de color porque pasa de verdoso o parduzco a azul, allá abajo, sí, señor, y Antonio entiende que lo que está viendo es el borde de la Argentina, el borde con el mar, y ahora que sabe cómo tiene que mirarlo se da cuenta de que esa línea angostita amarilla es la playa, ahí entre lo marrón y lo azul, y hay unas manchitas marrones rodeadas de azul y Antonio se da cuenta de que son islas, y reconoce el dibujo que hace el continente, así medio como una curva y después todo recto para abajo, y las islitas casi donde se juntan esa panza y la parte recta del sur y eso es donde termina la panza de Buenos Aires, Antonio no lo puede creer pero está viendo el mapa de la Argentina,

porque desde un avión es como si vieras el mapa, ahí donde está Bahía Blanca, que viene así la panza, así la panza y de repente se va recta para abajo, y Antonio se da cuenta de que así se debe ver el mundo desde el espacio, así deben haberlo visto los astronautas que aterrizaron en la Luna, y no puede creer en la suerte que tiene de estar ahí, viendo eso, que casi ningún ser humano debe haber visto nunca jamás en la puta vida.

23

Cuando las ruedas del avión golpean el pavimento de la pista, los soldados estallan en un aplauso. Casi enseguida el piloto, por los parlantes, dice algo así como: «Soldados, estamos en las islas Malvinas, que desde el 2 de abril son, otra vez, parte del territorio argentino», y todos vuelven a aplaudir.

Esta vez Carlitos tiene la precaución de anticiparse: apenas percibe que el avión empieza a frenar su carrera se abalanza por encima de sus compañeros hasta la ventanilla que ocupa Antonio a puro codazo y empellón. Al propio Negro lo empuja para que le haga sitio y su amigo, que en el primer momento se vuelve hacia él dispuesto a devolverle la gentileza del peor modo, cuando lo reconoce se hace un poco a un lado para que los dos, cabeza con cabeza, puedan espiar hacia afuera.

Carlitos se había imaginado que las Malvinas serían montañosas. No sabe por qué, pero eso es lo que se había imaginado. Montañosas, arboladas y nevadas. Todo eso se había imaginado. Pues resulta que se las ha imaginado como el culo, porque lo que ve es una estepa apenas ondulada, con pastos en lugar de árboles, muchas rocas peladas, y nieve no hay. Bueno: recién está empezando el otoño. En una de esas la falta de nieve tiene que ver con eso.

El avión gira sobre la cabecera de la pista y el panorama cambia por completo, de ese desierto a una escena llena de gente y llena de cosas: un par de aviones Hércules con los portones traseros abiertos, un montón de soldados descargándolos, tiendas grandes de campaña, camiones y jeeps, enormes pilas de cajas de madera.

La nave se detiene con un frenazo final y todos los cuerpos se abalanzan un poco hacia adelante, en medio de las risas de los colimbas y los llamados al orden de un par de suboficiales. En la parte delantera un miembro de la tripulación acciona las trabas de la puerta y la abre. Carlitos llega a ver cómo tres operarios acercan una escalera con ruedas, como la

que usaron para subir en El Palomar y que es igual a las que se ven en las películas. Todos se ponen de pie y empiezan a avanzar con pasitos cortos hacia adelante.

Cuando le toca asomarse, con Antonio pisándole los talones, Carlitos nota que está bastante fresco, pero tampoco demasiado. El sargento Rubio está gritando que avancen unos cien metros, alejándose de la pista, para una vez allí formarse como corresponde. El Conejo, que bajó un poco antes que ellos dos, se abre un poco al costado para permitir que lo alcancen. Cuando llegan a su altura les pregunta:

—¿Cómo les va, chicas? ¿Qué tal el vuelo?

—Impresionante —dice Carlitos.

—¿Y a éste qué le pasa? —pregunta el Conejo, señalándolo al Negro.

Carlitos ve que su amigo está absorto, con los ojos redondos de asombro. Es como si no le alcanzaran para mirar alrededor, para girar y ver de nuevo el avión mientras se alejan, como si tuviera demasiadas imágenes juntas para acomodarse adentro de la cabeza.

—Nada, dejalo un rato, que enseguida se le va a pasar —dice Carlitos.

Él también echa un último vistazo hacia el avión, del que ya se han alejado bastante. La puerta ha dejado de escupir uniformes verdes. Los operarios de la escalera la están quitando ya. Se ve que el avión de Aerolíneas vuelve de inmediato al continente a buscar más soldados. ¿Cuántos tendrán planeado mandar? Se tropieza con Antonio, que ha detenido su caminata. El sargento Cóceres está gritando indicaciones. Carlitos se sorprende un poco, porque Cóceres no vino con ellos en el avión. Alguien dijo que habían viajado antes, como avanzada del regimiento. Se ve que era verdad.

—¡Seguir hasta el edificio gris allá en el fondo! ¡Agruparse al lado del mástil y esperar órdenes!

Los soldados reemprenden la marcha en esa dirección, cargando cada cual su bolso portaequipo. A un costado de la pista, cerca del sitio por el que avanza la columna, Carlitos distingue a varios milicos de pie, que forman un grupito y observan atentamente la hilera de soldados. Se ve que son esos que viajaron antes. Hay un teniente primero al que Carlitos no conoce porque llegó este año, lo mismo que el subteniente que tiene parado al lado y que en el cuartel andaba con el tema de las listas, un par de suboficiales entre los que reconoce al cabo Colazo y también, más atrás y revisando unos equipos, al capitán Astorga.

Excepto el capitán, todos miran con atención la hilera de colimbas que marcha hacia donde les indicaron. Carlitos, instintivamente, se hace un poco a la izquierda, agacha un poco el lomo y sigue caminando con la vista baja. ¿Estaban buscando a alguien o son impresiones suyas? Lástima que justo quiere la suerte que le toque caminar al lado de Ortiz y de Ricci, que son dos enanos al lado de los cuales Carlitos parece un gigante. El Conejo va un poco adelante, con Antonio a la derecha.

Las palabras le llegan claritas, apenas unos segundos después.

—¡Soldado López, Carlos! ¡Presentarse!

Todas las cabezas, todas, se giran hacia el grupo de milicos. El que pegó el grito es ese subteniente nuevito. El del bigote ridículo de cuatro pelos locos. Carlitos ve que los oficiales lo están mirando a él. Sale de la fila para no entorpecer el avance de los que vienen detrás, pero por el otro lado. El Conejo, en cambio, se ha quedado plantado en el piso al escuchar que llaman a su amigo. Varios de los de atrás se tropiezan con él.

—¡Seguir, soldado! —le grita el cabo Ortega, de mala manera.

Antes de volver a ponerse en movimiento, el Conejo apenas alcanza a cambiar una mirada de perplejidad con Carlitos y con Antonio, que también vuelve a avanzar con la corriente de colimbas que siguen hacia donde les indicaron. El teniente primero le hace señas de que se aproxime. Carlitos pide permiso para interrumpir la hilera de soldados que marchan y acercarse a sus superiores.

—Soldado López presentándose, mi teniente primero —Carlitos se cuadra, saluda y recibe la venia de respuesta.

—Descanse. Usted se viene con nosotros al comando de la compañía, soldado.

—Pero…

—Órdenes del mayor Camargo.

—¿Terminó con eso, Quinteros? —el que habla es el capitán Astorga.

—Enseguida estoy con usted, mi capitán —responde el teniente que, por lo que se ve, se llama Quinteros.

Carlitos no quiere dar el brazo a torcer.

—Solicito permiso para avisarles a mis compañeros del pelotón, mi teniente primero.

—Permiso denegado.

La mirada que le echa el dichoso teniente Quinteros, mientras se lo dice, incluye la advertencia de que la peor idea que se le puede ocurrir, en

este momento, es seguir adelante con la conversación. Quinteros le da la espalda para responder al llamado de Astorga. Carlitos mira hacia la columna de soldados. Ya los han dejado bastante atrás, y Carlitos no llega a distinguir, en la marea de uniformes verdes, ni al Negro ni al Conejo.

24

—¡Atención, compañía! ¡Cargar bolsón portaequipo y armamento! ¡Marchar!

La orden la da el sargento Cóceres, que es un apellido que al Conejo —Antonio no entiende por qué— le hace mucha gracia. Se lo ha preguntado y la respuesta del Conejo ha sido: «¿Cómo me lo preguntás? ¿Cóceres? ¡Es graciosísimo!». Pero Antonio sigue sin entender por qué.

Aunque llegaron ayer, parece que hubieran pasado un montón de días desde que aterrizaron, porque todo es nuevo y es distinto, y a Antonio no le da el tiempo para mirar y entender tantas novedades. Después del aterrizaje, los hicieron alejarse un poco de la pista, les dieron de comer y les ordenaron armar las carpas para pasar la noche. Recién esta mañana se pusieron en movimiento hacia lo que serán sus posiciones. El cabo Ortega, mientras desayunaban, les dijo que tenían para unas cuantas horas de marcha.

Se acomoda el enorme bolso sobre el hombro y empieza a caminar. A su lado, el Conejo resopla. Su amigo odia esas caminatas. Las odiaba el año pasado durante la instrucción y, por lo que se ve, sigue odiándolas.

—¡Camine derecho, soldado! —le grita Cóceres cuando le pasan cerca.

—Hacete ortear —murmura el Conejo, pero cuidándose de que sea apenas un murmullo.

Dejan atrás el aeropuerto y su hormiguero de soldados, equipos y vehículos. Avanzan por una lonja de tierra que los lleva hacia el pueblo, una especie de pasillo rodeado de agua de los dos lados. Antonio se pregunta si serán lagunas o será el mar, que entra hasta ahí. Parece una laguna, de lo quieta que está el agua. Tendría que haber mirado un mapa antes de salir, pero se le pasó. En la cabeza tiene la misma idea que tiene todo el mundo: dos islas llenas de puntas de tierra y de bahías, con el mar entrando y saliendo. Sabe que están en la isla Soledad, la que está más

lejos del continente. Y cree —pero ahí ya le entran las dudas— que en la parte de más al norte, y del lado de afuera, es decir, como quien mira para el lado de África, no hacia el estrecho que hay entre las dos islas.

—Che, Conejo.

—¿Qué, Negro?

—Estamos en la loma del peludo.

—No te entiendo.

—Claro. Que estamos en la isla que está más lejos de Argentina, del lado que está más lejos de Argentina. Como del lado de afuera. ¿Entendés?

Una vez atravesada esa especie de puente de tierra, giran hacia la derecha. Ahí nomás se ven las casitas del pueblo. Antonio se pregunta si van a tomar por las calles, como atravesándolo, o si los harán rodearlo. Casi enseguida se da cuenta de que sí, de que van a pasarle por el medio. Es más, lo advierte cuando llegan, hay tan pocas calles y el pueblo es tan chico que ni siquiera hay un camino que lo rodee por afuera. Es chiquitísimo, la verdad. No es que sea chico comparado con San Justo. Es chico hasta comparado con Clodomira.

—Che, Negro, me quedé pensando —dice de repente el Conejo—. Vos dijiste que ésta es la isla que está más lejos de la Argentina.

—Sí. ¿Y qué con eso?

—Que no podemos estar lejos de Argentina, boludo, porque estamos en Argentina. Bah, seguimos estando.

Antonio lo piensa y es verdad. Ahora eso también es de Argentina. O fue siempre, pero ahora es más de Argentina porque están ellos. Como una respuesta adicional que no ha pedido, en el frente de una de las primeras casas, que parece más una oficina pública o algo así, hay un mástil alto en el que flamea una bandera celeste y blanca. Las casitas son de madera, con jardines delanteros con cerquitos que también son de madera. En uno de esos jardines hay tres personas de pie, que miran pasar a los soldados. Una vieja, un viejo y una mujer que debe tener la edad de Azucena, la madre de Magalí y del Conejo. Tienen pinta de ser isleños. Y tienen una cara de culo mortal.

—Che, Negro, escuchame una cosa —el Conejo le habla mientras cambia el bolso portaequipo de un hombro al otro, y la voz le pega un saltito agudo cuando el bolso le cae de nuevo con todo su peso—. ¿A dónde lo habrán mandado a Carlitos?

—¿Vos decís por esto de que lo dejaron en el aeropuerto, con esos oficiales?

—Sí. Fue raro, ¿no?

Sí, se dice Antonio. Fue raro. Estuvo pensando al respecto y se le ocurre lo que puede haber pasado, aunque no está seguro.

—¿Te acordás de que el año pasado una vez a Carlitos se le escapó que tenía un tío que era milico?

—No, no me acuerdo para nada.

—Sí, Conejo. Una vez que estábamos arrestados. Que nos comimos un fin de semana entero en el calabozo, ya no me acuerdo por qué pelotudez.

—No, no me acuerdo.

—Estábamos en la cocina, esa semana.

—¿Pero en qué quedamos? ¿Estábamos en la cocina o en el calabozo?

—Pero si serás boludo, Conejo: estábamos en la cocina y nos estábamos rascando las bolas. Y entró un teniente, Feldmann creo, nos cagó a pedos, nos bailó un rato y nos sancionó.

—Pero entonces sí te acordás por qué estábamos arrestados. Recién decías que no.

—Me vas a volver loco, Conejo.

—Ah, yo a vos te voy a volver loco. ¿No me digas?

—La cosa es que ese fin de semana algo contó Carlitos. Que tenía un tío que era milico. Ahí, en el regimiento. Y vos y yo le dijimos que cómo podía ser, que por qué no le pedía que lo acomodara. ¿Ahora te acordaste?

—No.

—Bueno, la cosa es que Carlitos comentó que ni en pedo le iba a pedir un favor, porque el tío era un hijo de mil putas, que no se hablaban con el resto de la familia. Un tipo turbio, parece. Muy turbio.

—¿Y qué tiene que ver con lo de hoy, entonces?

De nuevo Antonio hace una pausa. Ahora el camino empieza a subir un poco. No demasiado, y de a poquito. Esos bolsos pesan un montón y son lo más incómodo del mundo. Tendrían que haberles dado mochilas. Mochilas que te las cargás a la espalda y distribuís bien el peso, y no esos bolsos de mierda.

—No estoy seguro, boludo. Me acordé, nomás.

25

¿Dónde los habrán mandado a los chicos?, se pregunta Carlitos mientras se acomoda el casco para protegerse de la lluvia. Bueno, no es que esté lloviendo, lo que se dice lloviendo. Es una garúa que cae de a ratos, tampoco todo el tiempo.

Llevan todo el día de plantón ahí en la calle principal y hace un rato el cielo comenzó a cargarse de nubes y empezaron esas rachas de llovizna. Porque son rachas. De a ratos para. El sargento Rubio, que está a cargo del retén, mandó a Hernández a buscar los capotes al edificio en el que están alojados. Hernández es otro colimba que, supone Carlitos, está tan acomodado como él. Por eso lo separaron de su unidad —Carlitos no sabe cuál es, porque hasta ayer no lo conocía— y lo agregaron a ese grupito bajo el mando de este teniente Quinteros del que ahora él también forma parte.

Hernández demoró una barbaridad en regresar con los capotes y para cuando los trajo se habían mojado de lo lindo. Ahora el cabo Funes está levantando la mano para indicarle al auto que viene bajando para el pueblo que se detenga. Al volante viene una mujer mayor que usa unos lentes enormes y un pañuelo en la cabeza. Funes se le acerca a la ventanilla y le hace la venia. La mujer lo mira seria, muy seria.

—Buenos días, señora. Necesitamos que por favor use la calle por la mano derecha, no por la izquierda.

El cabo se ayuda con algunos ademanes, señalando el camino. La mujer no responde.

—¿Me entiende, señora? En Argentina los autos van por la derecha. Hay mucho personal manejando jeeps y camiones, y tenemos que evitar que pueda haber un accidente, ¿vio?

Con los ojos clavados adelante, sin dignarse mirar al cabo, lo único que dice la mujer es:

—*I do not speak your language*.

Otra vez sopa, piensa Carlitos. Al escuchar las palabras de la mujer, el cabo se gira hacia él con expresión desesperada. Carlitos se aproxima, la saluda haciéndole la venia y dice:

—*Good morning, Ma'am. We need you to please drive on the right side of the street. In Argentina we use the american way to drive*.

Al escuchar que le hablan en inglés, la mujer se digna a girar la cabeza hacia su interlocutor. Carlitos aguanta su escrutinio sin pestañear. En lo que va del día, los conductores a los que han detenido se dividen en dos categorías: los que miran a los soldados argentinos como si fueran todos violadores en potencia y los que los observan como si fuesen una manga de orangutanes analfabetos. Carlitos decide que la vieja entra en el segundo grupo. ¿Habrá pronunciado bien lo que le dijo? No está seguro de que eso de «*american way*» sea la expresión correcta. Pero sospecha que aunque trajeran a un locutor de la BBC como intérprete, la reacción de los isleños sería la misma mezcla de fastidio y desprecio.

Cuando la vieja se aleja (se ha dignado cruzar de carril y seguir por el lado derecho) el cabo le pregunta a Carlitos lo que le dijo, porque lo quiere memorizar. El sargento Rubio, el soldado Hernández y el cabo se pasan los siguientes diez minutos intentando aprenderse de memoria esas palabras que Carlitos le dijo a la mujer.

Con el siguiente conductor, un tipo joven que maneja un Land Rover bastante deteriorado, el sargento intenta lucir sus nuevos conocimientos lingüísticos, pero fracasa estrepitosamente. Carlitos tiene que acercarse y repetir lo que le dijo a la señora del pañuelo. A partir del siguiente auto los milicos se limitan a alzar la mano, aproximarse al conductor por el lado derecho, sonreír y lanzar un «*Americangüéi plis*». Así, de corrido. Santa solución. Tanto el sargento como el cabo se entusiasman con sus nuevas funciones de lenguaraces y se ocupan de hablar con los conductores. *Americangüéi plis* para acá, *americangüéi plis* para allá. Carlitos se permite, a partir de ese momento, quedar en un discreto segundo plano. Por suerte dejan de correr por el cielo esos nubarrones de llovizna y al rato pueden sacarse los capotes.

26

Era verdad que iban lejos, piensa Antonio durante un trecho largo que hacen en silencio.

Para almorzar los hicieron detenerse y salir del camino. Se acercó un camión Unimog arrastrando una morocha, una de esas cocinas de campaña que funcionan a leña, y les sirvieron un guiso bastante pasable y un par de manzanas de postre.

Después les dieron un rato para descansar y ahora ya llevan un buen tiempo caminando otra vez. Cada tanto pasan unas nubes gordas que oscurecen el cielo y largan una garúa fina que no moja demasiado, primero porque es poca agua y segundo porque van con el cuerpo caliente de tanto marchar, y ese calor seca enseguida lo poco que se mojan.

El camino va subiendo, pero muy de a poquito. Nada demasiado cansador. A la derecha y a la izquierda, un poco lejos todavía, se empiezan a ver como montañitas bajas. Lomas, más que montañitas. Antonio se da cuenta de que se había imaginado las Malvinas como si fueran Bariloche, y nada que ver. Cada vez que pensaba en las Malvinas se le venía al bocho una postal de esas con lagos, nieve, muchos árboles, con esos ciervitos como Bambi por todos lados. Y claro, nada que ver. Ovejas hay, por lo que se ve. Pero Bambis no hay ni uno.

—Che, Negro —le dice el Conejo.

—¿Qué?

—Cuando nosotros decimos que las Malvinas son argentinas…

—Sí, ¿qué pasa?

—¿Hablamos de las islas o de los que viven en las islas?

—No te entiendo.

—Claro, boludo. ¿Decimos que la tierra de las Malvinas es argentina o estamos diciendo que los que viven en las islas son argentinos?

—Es lo mismo, Conejo. Las dos cosas, supongo. Si las Malvinas son argentinas, los que viven acá también son argentinos. ¿Vos por qué me lo

preguntás?

—¿Te fijaste cuando pasamos por el pueblo? ¿Viste a esos tres que nos miraban desde un jardín? ¿Los viste?

—Sí. Nos miraron feo, ¿no?

—¿Feo? Nos miraron con cara de odio, boludo. Lo mismo que la mina con el cochecito de bebé.

—¿Qué mina?

—Una que iba con un bebé.

—A esa no la vi.

—No importa: también nos miró con una cara de culo terrible.

—No sé, Conejo. Capaz que es el carácter de la gente de acá. Ojo, que vivir tan lejos, en el medio del mar, con este clima. No sé. Capaz que es gente medio solitaria.

—Con más razón. Si están podridos de estar solos, les tendría que gustar que vengan un montón de pibes jóvenes.

—No te creas, Conejo. ¿Vos te viste la cara? A mí me darías miedo, con esos dientes. Decí que te conozco, que si no…

—¿Ah sí? ¿Y vos, Negro, con esa cara de asesino que tenés?

—Andá a cagar, Conejo. Al lado tuyo soy más lindo que Claudio García Satur.

—Pobre de vos, Negro. Pobre de vos.

En ese momento el camino hace un recodo por detrás de un monte y entran en una zona de sombra. Ya no pasan esas nubes negras, y el sol empieza a bajar hacia el horizonte. Es por eso, piensa Antonio, que las sombras comienzan a alargarse. Las de los montes y las de ellos marchando.

27

Otra vez la misma sensación, piensa el teniente Quinteros, aunque se cuida de que se le note. La sensación de que no están seguros de lo que está pasando, ni de lo que están haciendo, ni de lo que tienen que hacer. No es tan ingenuo como para suponer que una campaña de semejante envergadura va a salir perfecta, sin contratiempos ni torpezas de ninguna especie. En el fondo, es como si al país le hubiese nacido una provincia nueva. Nueva y lejana. Lejana y en el medio del mar. No es sencillo, de un día para otro, que la Argentina tenga una provincia nueva y de buenas a primeras conocerla, ocuparla, administrarla. ¿Cuántos días llevan las Malvinas como parte del territorio argentino? ¿Una semana? ¿Diez días? Hay que aceptar que van a meter la pata más de una vez. Además ellos son milicos, no son expertos en cómo administrar un territorio. No son ni funcionarios, ni directores de correo, ni maestros de escuela, ni agentes de tránsito. Es lógico. Es natural. Va a llevar tiempo. Y se van a cometer errores.

Lo que a Quinteros lo preocupa de verdad es otra cosa. Algo más serio a lo que no termina de darle forma en la cabeza. Están reunidos con el contraalmirante, nada menos, que vino a pasar revista a las tropas de ocupación. Aterrizó temprano y anduvieron para acá y para allá, para arriba y para abajo, mostrándole todo el dispositivo defensivo, la ubicación de las tropas, los planes para ampliar la red de caminos y agrandar el hospital y cosas por el estilo. Hasta ahí, lo normal en estos casos, o lo que Quinteros supone que debe ser lo normal en estos casos.

Lo complicado empieza después, cuando vuelven a la residencia del gobernador, y se sirve el refrigerio con que el general agasaja al contraalmirante y a su comitiva. Porque el visitante comenta, como quien no quiere la cosa, que a partir de mañana mismo van a comenzar a llegar más contingentes de tropas, para hacer más sólida la posición defensiva. Y el general dice algo así como que «Qué raro, porque con los que recibimos

ayer debemos estar en el orden de los setecientos efectivos, que fue la guarnición que el comandante en jefe me informó que iba a tener a mi disposición». Y el contraalmirante se rasca la cabeza y responde unas palabras que suenan más o menos como «Lo que pasa es que hay que reforzar, general, hay que reforzar por el riesgo de guerra». Y de entrada nadie dice nada, porque es la primera vez que se pronuncia esa palabrita de seis letras, y es el propio general el que retoma la conversación para preguntarle al contraalmirante si tiene idea de las dimensiones de ese refuerzo. Es decir, si quieren llevar la guarnición a los dos mil o los tres mil efectivos… Y de nuevo el contraalmirante, previa rascada de cabeza, dice que calcule más, bastante más, seis o siete mil. Y el general dice: «Ajá», y es todo lo que dice, primero porque es un hombre de pocas palabras y segundo porque el modo en que le comunicaron el cambio de planes no se presta para andar cuestionando nada. Después el contraalmirante agrega que el general se quede tranquilo, que siga con las tareas administrativas que tiene asignadas, que los generales de división que están al mando del dispositivo de defensa serán los que se encarguen de diseñar los detalles operativos, logísticos y territoriales, y ése es el momento en el que al teniente Quinteros vuelve a ganarlo la desagradable sensación de inestabilidad, de confusión, de que las cosas no están marchando ni al ritmo ni en la dirección que tendrían que marchar, porque una cosa es planificar la ocupación pacífica de un territorio con una fuerza de setecientos efectivos durante unos meses, mientras los gobiernos negocian los términos del traspaso definitivo de la soberanía de las islas, y otra bien distinta es el despliegue de una fuerza diez veces más grande, en un territorio distante del continente, casi desconocido y habitado por un puñado de personas decididamente hostiles, una fuerza que no va a dedicarse a ampliar el hospital ni a alargar la pista de aterrizaje ni a mejorar los caminos rurales, sino a alistarse porque en una de esas le toca pelear una guerra.

28

Antonio abre con delicadeza las dos hojas de la ventana, para cerciorarse de que corran sin trabarse, y comprueba, complacido, que funcionan perfecta y silenciosamente.

—¿Cómo hiciste para que no hagan ruido las bisagras, Negro? —le pregunta el Conejo.

—Grasa de oveja, Conejo.

—Sos un genio, boludo.

Antonio sonríe pero no contesta. Estos porteños son una cosa de locos. Se creen que lo que ellos no saben no lo sabe nadie. Pero es cierto que el boliche les quedó precioso. Comparado con cualquiera de los otros pozos de zorro del resto de la compañía, el suyo parece un departamento de lujo. Igual, tuvieron suerte. Antes de ayer los mandaron a un depósito del aeropuerto a buscar materiales para reforzar las posiciones, y el Negro se trajo, además de las chapas acanaladas, las lonas, el alambre y todas las cosas que sabía que le iban a sacar de las manos, unas tablas de madera sin cepillar y un par de cajas de cerámicos. Y lo que es tener el ojo entrenado, además. Porque cuando volvían al monte, desde la caja del camión vio esa ventana que estaba tirada en una pila de escombros, abandonada, que se ve que algún *kelper* la había descartado ahí. Y le pidió al chofer que frenara dos minutos y se la cargó con lo demás.

Cuando llegaron al pie de la ladera, antes de descargar el resto de los materiales acomodaron la ventana detrás de unas piedras y bajaron de noche a buscarla, para que los demás no la vieran mientras la subían. Los zumbos, sobre todo, porque los conscriptos con esas cosas no joden. Los suboficiales, algunos, sí. Son jodidos. Envidiosos. Algunos, no todos. Capaz que después no saben ni para qué usarla, pero si los ven acarreando la ventana cerro arriba no va a faltar el sargento que exija que se la lleven a su propio pozo. Por eso la escondieron y esperaron a que se hiciera de noche para subirla. Además, parece mentira, pero es como si estuviera

hecha a medida, porque es bajita de altura, debe tener treinta y cinco de alto, por un metro veinte de ancho. Con el marco de madera y dos hojas. Pero queda perfecta, disimulada por el techo, como si nada. La cerrás y no te entra frío ni se te cuela el viento, pero no perdés nada de luz. Los otros tienen que tirar una lona y quedan a oscuras. Y con esto de que avanza el otoño y los días son cada vez más cortos, lo de contar con toda la luz del día que se pueda es importante, porque te pone más contento.

Con las maderas Antonio armó una especie de plataforma y encima de eso metió los cerámicos. Así te evitás pisar en la tierra húmeda, que más que tierra es turba, que es una porquería toda gomosa y blandita que se te pega que es un asco. Cómo se dio vuelta la taba con el Conejo, se reía Antonio mientras trabajaban, porque en el taller mecánico el aprendiz es él, y ahora el ignorante que sólo sirve para dar una mano es el Conejo.

«¿Dónde aprendiste tanto, Negro?», le preguntaba el Conejo. Antonio no le decía nada, se reía nomás, porque no le gusta hablar de esa época de recién llegado a Buenos Aires, cuando vivía en la pensión con el tío Rudecindo. No fueron buenos tiempos. El tío lo ayudó todo lo que pudo, pero la pasaron mal. Poco trabajo había. Y así costaba juntar el mango para el morfi. Pero que aprendió de construcción, aprendió.

Lo último que le hicieron al refugio fue cavarle estantes en las paredes, para apoyar las cosas. Algunos más grandes, otros más chicos, a distintas alturas, para poder poner de todo un poco. Ahí sí que les dio una mano a los demás colimbas. Fue de pozo en pozo mostrándoles cómo socavar los costados. Y a los más boludos les hizo él mismo los estantes, porque se dio cuenta de que le daba más laburo explicarles que directamente dejárselos hechos.

—¿Te diste cuenta de que tenemos vista al mar, Negro?

El Negro vuelve a cerrar la ventana, para que no se enfríe el interior, mientras contempla el paisaje. Y sí, tiene razón el Conejo. Se ve el mar. Las costas de estas islas están llenas de recovecos, de bahías y de penínsulas. Y como encima su pozo se ubica bien alto en el cerro, casi arriba de todo, es como un balcón que mira al mar. Lo único malo es que están orientados hacia el sur y el sol les queda todo el día a las espaldas. Si estuvieran al otro lado de la loma, del lado norte, les daría bien el solcito. Pero claro, si los ingleses desembarcan en las playas del sur, es importante que ellos estén de ese lado. Todo no se puede.

—Es lindo mirar el mar —concuerda Antonio.

De la nada le viene a la memoria algo que a veces charlaban con su tío Rudecindo, en la pensión. A Antonio se le daba por leer el diario de pe a pa, cuando su tío a veces lo compraba, y en los clasificados le llamaba la atención, en el verano, que algunos que ofrecían departamentos en alquiler en la costa aclaraban «con vista al mar» y pedían más plata. Con su tío siempre decían que había que ser muy boludo para pagar más cara una quincena en Mar del Plata sólo para ver el mar desde el departamento. Si te pasás el día en la playa, para qué querés vista al mar, decían. Y sin embargo, capaz que no estaban tan errados, piensa Antonio ahora. Eso de alzar la cabeza de lo que estés haciendo y ver esa inmensidad, como si la estuvieras tocando con los ojos o con las manos, y después seguís en lo que estás, y al rato volvés a mirar… la pucha. Capaz que tenían razón en cobrar más cara la vista al mar.

29

Esta mañana el mayor Camargo se levanta con una energía nueva, porque las cosas han dado un giro de ciento ochenta grados. Llevaba días maldiciendo su suerte, desde que se enteró de que tenía que venir a contar pingüinos y ovejas a las Malvinas. Y sin embargo ayer las cosas cambiaron por completo. El contraalmirante lo dijo clarito: van a reforzar las islas con un montón de soldados porque hay riesgo de guerra. Y Camargo, que estaba convencido de que lo estaban convirtiendo en el último orejón del tarro, ahora siente que la vida le sonríe y los dioses, como tantas otras veces, lo llevan sobre la palma de la mano. Parece que va a haber guerra en las Malvinas y él no sólo está en las Malvinas, sino que está adscripto al Estado Mayor del gobernador, como oficial de inteligencia. Bingo. Cartón lleno. Falta envido y truco.

Por eso hoy no pierde el tiempo. A las seis de la mañana lo mandó al subteniente nuevo, ese que tiene una cara de bebé que mata, a buscar un jeep al aeropuerto con orden de traerlo sí o sí, costara lo que costase. Y el inútil resultó ser menos inútil que lo que su cara permitía anticipar, porque lo trajo.

A las compañías de su regimiento no las mandaron a las playas cercanas al pueblo, sino a los cerros que están a unos diez kilómetros de la costa, en la retaguardia del dispositivo de defensa que están empezando a armar. El pueblo está entre las playas y los cerros. Mientras lo cruzan, con el dichoso subteniente al volante, Camargo comprueba lo poquita cosa que es ese sitio. Unas pocas cuadras de casas de madera, jardines prolijos y lugareños taciturnos. Y enseguida se acaba todo eso y empieza esa estepa amarillenta donde no hay un árbol ni por equivocación. Viento y ovejas. Lo único que hay.

Mientras avanzan por el camino dejan atrás contingentes de soldados que se dirigen a sus posiciones asignadas. La retaguardia del dispositivo son dos cadenitas de montes que están detrás del pueblo, como quien va

para el interior de la isla. Su regimiento está en la más alejada. La que forman los montes Longdon, Dos Hermanas y Harriet. Más allá, más lejos todavía, hay otro par de cerros cuyos nombres Camargo todavía no ha sido capaz de fijar en la memoria. Y eso es todo. En los próximos días seguirán llegando hasta acumular los siete mil hombres que exige el contraalmirante.

En las raras ocasiones en las que el camino se bifurca, le indica al subteniente Parisi que doble a la izquierda. Siempre igual, siempre al sur, porque ellos están en el extremo más cercano a Puerto Harriet, donde el mar hace de límite, en una de las numerosas curvas que forma la costa, y cierra el dispositivo de defensa por ese lado.

Parisi se detiene al pie de una loma igual a todas las demás y señala el relieve en pendiente.

—Acá está nuestra gente, mayor.

Camargo ve que el camino sigue por el llano. Si quieren subir, tendrá que ser a pie.

—Vamos —le indica al subteniente, salta del jeep y empieza a caminar.

El subteniente saca el jeep de la senda, apaga el motor y trota para alcanzarlo. El mayor le habla sin mirarlo.

—Mire y aprenda —dice.

Empieza a trepar la cuesta, con el subteniente pegado a los talones. De tanto en tanto, a derecha e izquierda, alcanzan la altura de parejas de soldados que arman carpas o cavan pozos de zorro. Camargo se aproxima, los mira con esa expresión que tiene estudiadísima y que hace que los colimbas se caguen de miedo, espera que se cuadren y saluden y después pasa revista al trabajo que realizan.

—Fíjese, subteniente. Estos dos inútiles llevan acá… ¿cuánto? ¿Tres días?

—Dos días, mi mayor —se atreve a responder uno de los soldados, con un hilo de voz.

—Dos días, muy bien. Dos días, y lo único que han hecho es este pozo de mierda, subteniente.

Camargo se acuclilla junto al pozo. Levanta la chapa tapada con lona con las que han armado el techo, echa un vistazo al interior y deja caer de nuevo la cobertura con gesto de asco.

—Preste atención, subteniente: usted lo pone a un zorro de verdad, y ojo que el zorro es un animal de mierda, porque si hay un animal inútil es el zorro, pero pongamos que usted pone a un zorro de verdad dos días, sin otra actividad que hacer una madriguera, y le aseguro que hace algo mucho, pero mucho mejor que esta porquería que han hecho acá los soldados… ¿los soldados?… ¡Identifíquense, carajo!

—Soldado Márquez Ramón, mi mayor.

—Soldado Sotile Juan, mi mayor.

—… esta porquería que han construido, en dos días, los soldados Márquez y Sotile. Márquez y Sotile… No, si a este paso los ingleses se van a cagar de la risa cuando vengan.

Así en cada pozo de zorro, desde que arrancan en la media pendiente hasta casi la cumbre, donde el teniente Feldmann ha colocado el puesto de comando de la Compañía B.

—¿Y el capitán Astorga? —pregunta el mayor cuando llegan a la tienda de campaña de Feldmann.

—Buenos días, mi mayor. El capitán está en el puesto de comando de la Compañía A —dice Feldmann, señalando otra cresta, más al norte—. Si quiere mando un estafeta a buscarlo.

—Mire, Feldmann, no tengo todo el día. Y resulta que vengo subiendo y revistando las posiciones de su compañía, teniente, y la verdad es que dejan mucho que desear.

—Entiendo, mi mayor. Ocurre que casi no nos ha llegado equipo para armar las defensas. Ni palas, ni chapas, ni…

Camargo lo detiene con un gesto.

—Hagamos una cosa, teniente. Usted no me aburra con sus problemas, y yo no lo aburro con los míos. Que estoy seguro de que son mucho más graves que los suyos. Y sí. Hágame el favor de mandarlo a buscar al capitán, para que mi viaje hasta acá no haya sido al divino botón.

El teniente se aleja a buscar un estafeta que haga el mandado. Camargo pasea la mirada por la cresta del monte, redondeada y tan carente de vegetación como la pendiente por la que vinieron. De vez en cuando aparece un afloramiento de rocas. Las tiendas de campaña del comando están levantadas junto a esas formaciones, para ayudar a protegerlas del viento. Casi al final del giro completo que da, observando el panorama, se topa con el subteniente Parisi, que lo mira con expresión atenta.

—¿Se fijó en cómo me moví con los subordinados?

—Sí, mi mayor.

—Bien. Empiece a imponer condiciones o le van a caminar por la cabeza. Más con esa cara de pendejo boludo que Dios le ha dado, subteniente.

Camargo le dedica a Parisi un último gesto de disgusto mientras niega con la cabeza, y se aleja para buscar las letrinas, porque le dieron muchas ganas de orinar.

30

—Che, boludo, me acabo de dar cuenta de algo.

—¿De qué, Negro?

—De que acá podés anticiparte a cuándo va a llover.

—Sí, es cierto, Negro. Acá en las Malvinas te levantás, cualquier día, a cualquier hora, y decís: «Hoy va a llover». Y efectivamente, llueve. Porque acá llueve todos los días a todas horas. Y si no llueve, está a punto de llover, boludo.

—Ah, veo que nos levantamos con un humor de mierda, Conejo.

El Conejo se incorpora en la bolsa de dormir mientras baja el cierre relámpago y se pone la campera de duvet, todo en una coreografía que busca que su cuerpo se exponga lo menos posible al frío que aumenta día tras día. Antonio también tiene frío pero, a diferencia de su amigo, no tiene la costumbre de quejarse. Su abuela, allá en Clodomira, decía siempre: «Si hace calor, y te quejás del calor, te acordás del calor y tenés más calor».

Antonio piensa que su abuela tenía razón. Quejarse es al divino botón. Igual ya lo conoce de memoria al Conejo. Siempre se despierta con los patos volados y lo mejor es dejarlo un rato en paz. Una vez que se despabila el carácter se le va apaciguando y al rato ya es el de siempre. Hoy Antonio no lo tuvo en cuenta porque se despertó temprano y se puso a mirar por la ventana, y apenas hubo luz suficiente reparó en las nubes y entendió el mecanismo y lo entusiasmó tanto eso de entender que se lo dijo al Conejo en cuanto vio que se despertaba. Es más: todavía tiene ganas de contárselo. El Conejo se acerca a la ventana y mira para afuera.

—Es como yo digo, Negro. Nublado, neblina, frío y lluvia. Todos los putos días lo mismo.

No está desencaminado el Conejo. Cuando llegaron el clima era un poco más variado. Algún solcito, de vez en cuando. Últimamente los días son horribles. Es verdad. Pero el Negro igual quiere compartirle a su amigo eso de lo que se dio cuenta:

—Mirá las nubes, Conejo. ¿Ves que son así como rodillos? Las que están lejos, te digo. No mires acá arriba. Mirá a lo lejos. ¿Ves que son como rollos largos, gris oscuro, de lado a lado del horizonte?

El Conejo achina los ojos para mirar como le dice su amigo:

—Sí. ¿Y qué pasa?

—El viento las va trayendo de costado, una detrás de la otra, todas en fila.

—¿Y qué?

—Que llueve fuerte cada vez que una de esas nubes enrolladas te llega arriba. Mejor dicho, un poquito después de cuando te pasa por arriba. Ahí viene un rato de lluviecita y después deja de llover, hasta que llega de nuevo otro rollo gris oscuro.

El Conejo mueve el cogote para mirar el cielo sobre sus cabezas, después lejos, a la altura del horizonte, después de nuevo sobre ellos.

—¿Estás seguro?

—Sí, Conejo. Ahora está a punto de largarse con todo. Cuando esa nube nos llegue arriba, van a caer soretes de punta. Pero después… —Antonio señala con el dedo el cielo más allá— va a parar un rato.

—Hasta esa otra nube oscura de más atrás…

—Hasta esa otra nube oscura de más atrás.

El Conejo mira a su amigo, después al cielo, después de nuevo a su amigo. En ese momento gordas gotas de lluvia empiezan a golpear el cristal del ventanuco. Antonio le devuelve la mirada como diciendo: «Es como dije yo». El Conejo niega con la cabeza:

—A ver si usás ese cerebro para sacarnos de este agujero, Negro.

—¿Agujero? ¿El mejor pozo de zorro de toda la compañía y vos le decís agujero?

El Conejo no le contesta. Se calza los borceguíes y se desplaza hacia la entrada.

—¿Vas a salir en medio de la lluvia? ¿Por qué no esperás, que enseguida afloja? ¿Es al pedo todo lo que te expliqué?

El Conejo se incorpora, afuera, con un bufido de esfuerzo.

—Me estoy remeando, Negro. Recontra meando.

Lo dice y, al trote, se pierde detrás de la saliente de piedra.

31

Quinteros se rasca la cabeza, mueve una piedra del piso con la punta del borceguí, se muerde el labio: las cosas que hace cuando no está seguro acerca de cómo debe actuar. Pero que debe actuar, debe hacerlo. Mejor curarse en salud. Puede ser que el subteniente Parisi no llegue a estar nunca en situación de combate, con soldados a su cargo. Pero también puede ser que más tarde o más temprano el muchacho tenga que entrar en batalla. Y si es el caso, va a ser un desastre.

La de horas que Quinteros se ha pasado, y se pasa, pensando en esa cuestión de la autoridad. En mandar y en obedecer. Será porque Quinteros es de los pocos oficiales que, antes de serlo, fue soldado conscripto y por eso sabe en carne propia lo que significa ser el último orejón del tarro. Y porque sigue pensando, a veces, que no es un buen jefe. Lo suficientemente lúcido, lo suficientemente justo.

Lo obsesiona este asunto de la autoridad. Cómo ejercerla y, sobre todo, cómo no ejercerla. En este mismo momento el subteniente en comisión Parisi está retando a unos colimbas a unos veinte metros del lugar en el que Quinteros se pregunta cómo intervenir precisamente en lo que está haciendo su subordinado. Como el viento sopla desde ese lado, Quinteros puede enterarse más o menos de la materia de la amonestación: resulta que los dos colimbas se han excedido en las comodidades de su pozo de zorro y, si uno se atiene a los improperios de Parisi, debería darles vergüenza haberle dedicado semejante cantidad de tiempo y esfuerzo, y encima hacer una diferencia así de grande con sus compañeros, y una ventana de vidrio, a quién se le ocurre una ventana con vidrio, que puede estallar si reciben fuego de artillería, y bla bla bla.

Mientras Quinteros sigue preguntándose cuándo y cómo intervenir ve bajando de la cumbre al cabo Colazo, que se detiene a saludarlo. Intercambian un par de impresiones, pero una ráfaga de viento les trae la voz del subteniente y el cabo se gira para mirarlo.

—No ha dejado colimba sin retar el subteniente —comenta el cabo.

—Ah, ¿no?

—No, mi teniente primero. Lleva media mañana yendo de pozo en pozo, levantando en peso a cada soldado que se cruza.

—¿Con los suboficiales también se ha metido, cabo?

El cabo hace un gesto dubitativo que Quinteros interpreta como que sí, pero tampoco tienen tanta confianza con Colazo como para que el otro atraviese sin temor esa frontera sólida que separa el mundo de los oficiales del de los suboficiales. El cabo se despide y sigue colina abajo. Quinteros se dispone a acercarse a Parisi cuando ve que el subteniente camina hacia su posición. Se estrechan la mano y Quinteros le pregunta si tiene para mucho o si ya vuelve al pueblo.

—No, mi teniente primero. Ya me estaba yendo. Hoy vine porque me encargó el mayor Camargo que reviste las posiciones de la Compañía A. El otro día vinimos juntos y se quedó muy desconforme. Por eso me ordenó que hoy me diera una vuelta.

Quinteros asiente. Ahora entiende un poco mejor. Si la fuente de sabiduría en la que está abrevando Parisi es el mayor Camargo, estamos fritos. Quinteros vuelve a lamentar que hayan hecho egresar a los subtenientes con un año de anticipación. No están maduros, no hay caso. Lo peor es que los vicios que el chico agarre ahora, en una situación tan excepcional como esta de estar desplegados en las islas, no se le irán nunca. En otro momento Quinteros actuaría con tacto, con prudencia. Pero no hay tiempo. Le preocupa que el pibe se confunda, o que le quede atragantado algún remordimiento. Pero más le preocupa que se ponga a maltratar colimbas al divino botón.

—Una cosa importante, subteniente —dice mientras bajan hacia el camino.

—Sí, señor.

—Esos dos soldados a los que estaba cagando a pedos recién…

—Sí, señor. Les llamé la atención porque se mandaron un pozo de zorro que parece…

—Espere, subteniente —alza la mano Quinteros, sin dejar de caminar —. Esos dos soldados hicieron lo que les ordenó su oficial al mando: edificar su posición defensiva del mejor modo que supieran. Y eso hicieron. Y si le pusieron una ventana de vidrio es porque fueron mucho más piolas que los demás. Y si el día de mañana les cae fuego de artillería

ya veremos. Pero por ahora esos dos soldados le muestran al resto de la compañía que cuanto más prolija y más cuidada es la trinchera, mejor. ¿Estamos?

—Sí, señor, ocurre que…

—Lo que hicieron esos dos fue una acción de buenos soldados. Y usted como oficial tiene que andarse con mucho tino para cagar a pedos a soldados buenos. Porque los vamos a necesitar. Y si usted les joroba la confianza, los pierde. Y si los pierde, después no los va a tener, ¿estamos?

—Sí, mi teniente primero.

Quinteros no necesita girar hacia su inferior jerárquico para medir su ofuscación. Se le nota en la voz.

—Usted es libre de elegir el maestro que quiera para acostumbrarse a mandar, subteniente. Pero le recomiendo que no se fíe demasiado de los histéricos gritones. Ésos funcionan bien en un cuartel. Pero si acá empiezan los tiros va a tener que mandar de otra manera. El respeto no se gana a los gritos, Parisi. ¿Estamos?

Se produce una pausa. Quinteros prefiere no humillar al subteniente sumándole, a sus palabras de reproche, una mirada admonitoria que al otro lo obligue a avergonzarse más todavía. Pero si no le contesta de inmediato se va a ver obligado a encararlo.

—Sí, señor. Estamos. Le pido disculpas.

—No hace falta que se disculpe.

Ya casi están a la altura del jeep del que se adueñó Camargo y que les sirve para ir y venir desde el pueblo. En eso estuvo bien el mayor. Lástima que en todo lo demás estuvo mal, como siempre.

—Y eso sí: a esos dos colimbas no les diga nada. No se disculpe con ellos, porque lo van a malinterpretar.

—¿Pero no me dice usted que estuve mal?

El tono de Parisi conserva una nota de resentimiento. Quinteros se pregunta si a la vuelta, en el pueblo, no buscará el modo de comentarlo con el mayor. Sobre todo la parte de los histéricos gritones. Una pena, si el pibe lo interpreta de ese modo.

—Sí. Pero si usted se disculpa lo van a entender como debilidad. Lo hecho, hecho está. Déjelo así. Y la próxima vez no sea pelotudo.

Se acabó la paciencia, piensa Quinteros. Tiene que hacer, de ese muchacho, un subteniente capaz de mandar a un buen número de suboficiales y soldados. Y algo le dice a Quinteros que no disponen de

demasiado tiempo para lograrlo. En el Estado Mayor las opiniones siguen divididas. Están los que piensan que no va a volar una mosca y están los que creen que se va a armar una gorda. Quinteros es de estos últimos. Al fin y al cabo, nunca se le ha dado bien ese asunto del optimismo.

32

Lo bueno de estar atento es que si aparece una chance no la dejás pasar, piensa Carlitos, mientras ajusta los piolines del segundo paquete.

—¿Así está bien, sargento? —pregunta mientras tira del piolín y lo suelta, para probar la tensión, y escucha un chasquido que le indica que sí, que es un buen paquete el que ha armado.

De todos modos el sargento de comunicaciones se aproxima y lo comprueba.

—Vaya nomás, soldado. Así está bien.

Carlitos no se hace repetir la orden. En dos trancos está fuera de la oficina de correos. No sea cosa de que el sargento se arrepienta o, peor, que algún milico del comando lo vea y le cambie las órdenes. A veces no es tanto que de verdad lo necesiten, sino que no les gusta que les usen los colimbas propios en tareas ajenas. Por eso las primeras dos o tres cuadras se apura, más que nada por salir del radio de acción de sus superiores inmediatos del Estado Mayor. Y en ese pueblo minúsculo decir dos o tres cuadras es decir el pueblo entero, porque cuando Carlitos se quiere acordar ya está enfilando el camino que sale hacia las lomas y el descampado. Entre que el sol está alto y que la caminata lo hace entrar en calor empieza a sobrarle la ropa. Apoya los paquetes de cartas sobre una piedra, se saca el suéter que lleva bajo la campera y se lo ata a la cintura. Seguro que a la vuelta lo va a necesitar. Desde la lejanía se acerca un camión que viene a los tumbos por el camino lleno de baches. Cuando le pasan por el costado lo saludan. Como el que maneja es un conscripto, se anima a preguntar.

—¿Tenés idea por dónde están los del Regimiento de Infantería 43?

El camión frena. El conductor se encarama en la ventanilla para señalar a su espalda.

—¿Ves la cresta esa de la punta, bien para la izquierda?

Carlitos no está seguro de la referencia que el otro le propone.

—¿Cuál? ¿Esa medio oscura?

—No. La que sigue para la izquierda. La última que se ve.

—Ah. Sí.

—Bueno, están desplegados en la ladera de la izquierda. De la cresta para allá. Como del lado del mar. Bien para el sur.

—Ah, bueno, gracias.

—Serán tres kilómetros. Cuatro, ponele.

—Gracias.

El camión se aleja con sus tumbos y su ruido. Carlitos aprieta el paso, porque tampoco es cuestión de que a la vuelta lo caguen a pedos. Va con órdenes, pero siempre es mejor no tentar a la suerte. Camina un buen rato antes de llegar a donde le indicaron. En la base del monte hay unos cuantos colimbas trajinando con unas bases de morteros. No necesita preguntar si son del Regimiento 43 porque reconoce a un par.

—Hola, buenas. Traigo el correo.

—Uh, mirá quién vino. ¿Qué decís, López?

—Bien, Mastrángelo. ¿Vos?

—¿Dónde te destinaron?

—Estoy con el Estado Mayor, allá en Puerto Argentino.

—Ah, mirá vos. ¿Y está bueno o rompen mucho las bolas?

Carlitos mira alrededor, las carpas armadas junto a los pozos de zorro.

—Es más cómodo, me parece. Duermo bajo techo. En la bolsa de dormir, pero bajo techo.

—Ah, qué envidia —comenta otro colimba cuyo apellido Carlitos no conoce. Debe ser un clase ’63.

—Igual no te creas: está lleno de milicos con ganas de hinchar las pelotas. Siempre hay alguno mandándote a hacer algo.

—Y sí, eso seguro —concuerda Mastrángelo—. ¿Te mandaron con el correo?

—Sí, acá lo traigo.

—¿Querés dejárnoslo, así no tenés que subir?

—No, no hay problema. Les dejo las cartas de ustedes y subo.

Dedican unos minutos a desarmar los dos paquetes, revisarlos, sacar las destinadas a ellos y volverlos a armar. Por suerte había cartas para los cuatro. A Carlitos le habría dado pena que alguno se quedase con las manos vacías. Cuando se incorpora se palmea el trasero para limpiarse el polvo y pregunta:

—¿Tenés idea por dónde andan el Conejo y el Negro Antonio?

Mastrángelo se gira hacia la ladera.

—Esteeee… Me parece que tienen el pozo por allá, detrás de las piedras esas.

Señala un afloramiento rocoso que a Carlitos le parece bastante cercano, aunque vaya uno a saber: en la montaña, aunque sean montañas bajitas, las distancias son engañosas. Se percata de que primero tiene que entregar el correo, y en todo caso después bajar a buscar a sus amigos.

—¿Y el comando? Más arriba, ¿no?

—Sí. El teniente Feldmann está casi arriba de todo.

—Fijate en el caminito —acota el colimba clase ’63—. Te lleva derecho.

Carlitos mira hacia donde el otro le señala. Tiene razón: se ve clarita la senda que han ido dibujando los pies de los soldados, montaña arriba y montaña abajo. Bueno, montaña es demasiado decir, porque es un montecito de nada. Igual se suda bastante trepando la pendiente. Cuando llega arriba ubica fácilmente el puesto de comando y entrega las cartas. Le preguntan si puede esperar un rato, así lleva las cartas que harán el camino inverso, y dice que sí. Que, si no hay problema, aprovecha para visitar a unos amigos.

Cuando inicia el descenso tiene la precaución de ir bajando hacia la derecha, para acercarse a la posición que le indicaron. Para asegurarse de que va bien encaminado pregunta en un pozo de zorro excavado junto a una saliente rocosa. Resulta ser el de Orozco y Acuña, que son clase ’62, como él.

—Seguí bajando, López. Parate en la piedra que ves allá adelante y los vas a ver.

—¿Aquella de allá?

—Sí. Parate ahí, mirando para el mar, con la ciudad medio a tu espalda y a la izquierda, y vas a verlos —dice Orozco.

—No hay manera de perderte, López —acota Acuña—. La mansión es inconfundible.

—¿Qué mansión? —pregunta Carlos.

—Vos bajá por ahí —dice Orozco por toda respuesta.

Carlitos les hace caso y casi enseguida entiende a qué se referían. Los pozos de zorro que viene cruzando son eso: pozos más o menos profundos, más o menos prolijos, disimulados en el terreno. El de sus amigos es cualquier cosa menos un pozo de zorro. No se asoma demasiado sobre el

terreno pero tiene una ventana. Sí, una ventana con vidrio, y un piso de cerámicos.

—Mirá quién vino —dice el Conejo, saliendo desde atrás de unas piedras. Antonio lo viene siguiendo. Se saludan con sus habituales palmazos en los hombros.

—¿Y éste? Te hacíamos en la casa del gobernador, preparando la táctica y la estrategia de defensa, con el resto del Estado Mayor —comenta Antonio.

—De ahí vengo, boludos. Pero traje el correo para verles el pelo a ustedes.

—Qué delicadeza de tu parte —acota el Conejo.

Carlitos saca de un bolsillo tres cartas que llevaba dobladas al medio: le alcanza dos al Conejo y una al Negro.

—Gracias —dice Antonio, que intenta guardar rápido el sobre.

—¿Y a vos quién te escribe, si se puede saber? —pregunta el Conejo, adoptando un fingido tono de suspicacia.

—¿Y a vos qué carajo te importa, si se puede saber? —responde Antonio, con la cara súbitamente roja.

—Para mí que es una mina —opina Carlitos—. Es una letra reprolijita.

—Es de mi tío, pelotudo —contesta Antonio, con expresión enfurruñada—. Déjense de romper las pelotas.

Carlitos y el Conejo intercambian una mirada. Es raro que Antonio tenga los patos volados. Suele ser, por mucho, el más tranquilo de los tres. La expresión del Conejo parece decir: «No tengo ni idea de qué bicho le picó». El Negro chasquea los dedos para llamarles la atención y señala la entrada del pozo.

—Pasá, que acabo de hacer mate.

—¿Entramos los tres?

—¿Pero vos qué te creés? Acá somos gente civilizada. Nos mandamos un pozo de zorro que parece un departamento de tres ambientes.

—Aramos, dijo el mosquito —acota Antonio.

—Ah, sí. Ahora resulta que lo hiciste solo.

—No, es cierto —Antonio se dirige a Carlitos—. Por suerte conseguí peón de albañil. Acá es difícil, pero menos mal que estaba este tarado.

—Che, tienen vista al mar —dice Carlitos, admirado, una vez adentro.

—Ajá —convalida, orgulloso, el Conejo.

—¿Cómo carajo consiguieron cerámicos para hacerle piso?

El Conejo y Antonio se miran, como si el asombro de Carlitos les resultase tedioso y las respuestas a sus preguntas, evidentes. El Conejo señala la tienda de campaña, armada a unos metros.

—Igual tenemos cosas ahí. Mientras no apriete el frío, o se arme el quilombo, vamos y venimos entre los dos lugares.

—Sí, lógico —concuerda Carlitos.

—¿Vos decís que se va a armar? —pregunta Antonio, mientras vacía el mate golpeándolo contra una piedra y cambia la yerba.

Carlitos no responde enseguida. No está seguro de qué contestar.

—Mirá, si me guío por lo que dicen los oficiales, los que están ahí en el Estado Mayor, capaz que no pasa nada. Pero el otro día vino un capo de la Armada de allá del continente.

—¿Te acordás cómo se llama?

—No, me lo dijeron pero no lo retuve. Además a los marinos no les entiendo del todo los galones. Pero por cómo lo trataron todos, era capo-capo. La cosa es que hablaron largo y tendido y el tipo les dijo que tenían que seguir trayendo tropas y reforzando. Trayendo y reforzando. Como si la cosa fuera a empeorar.

Los otros dos se quedan en silencio, sopesando lo que acaba de decirles Carlitos. Él los entiende. Sos colimba, no entendés un carajo. ¿Qué es mejor? ¿Quedarte tranquilo o ponerte nervioso? Carlitos supone que depende de cómo es cada uno. Antonio le alcanza un mate. Decide cambiar el clima de la charla. O intentarlo, por lo menos.

—Che, por más que se hayan hecho una mansión acá, vos, Negro, seguís cebando unos mates de mierda.

—Andá a cagar, Carlitos.

—¿Viste? —el Conejo le da un manotazo en el hombro—. ¿Viste que dicen que los provincianos son mucho mejores que los porteños cebando mate? Este hijo de puta parece que hubiera nacido en el Obelisco.

—Vos también andá a cagar.

Antonio se cruza de brazos, resentido.

—No te ofendas y seguí cebando, dale —el Conejo usa un tono conciliador y después se vuelve hacia Carlitos—. ¿Y a vos cómo te tratan ahí, en el comando?

—Bien, yo qué sé —contesta, un poco turbado. No puede quitarse de encima la vergüenza de que lo hayan acomodado—. ¿Acá cómo están?

—Bien —se apresura a responder Antonio—. Feldmann no es malo, como jefe.

—Y de los suboficiales —agrega el Conejo—, salvo ese sargento con pinta de malo, ¿cómo se llama…?

—¿Rubio? —pregunta Carlitos.

—Ése. Sigue siendo el mismo pelotudo que el año pasado, pero los demás son buena gente.

—¿Los del comando cómo son, Carlitos? —pregunta Antonio, mientras le alcanza otro mate.

—Los estoy conociendo, Negro. Yo estoy con el teniente primero Quinteros. El que me encaró ahí en el aeropuerto. ¿Te acordás?

—Sí —interviene el Conejo—. El año pasado no estaba. ¿Y cómo es?

—Yo qué sé. Parece buena gente. Bueno, no se ríe ni a palos. Pero no es de romper las bolas con pelotudeces. Igual, como les digo, recién los voy conociendo.

Antonio ceba el mate y se lo pasa al Conejo, que se acuerda de algo:

—El otro día nos recontracagó a pedos un subteniente nuevo. Que vino, justamente, con Quinteros.

—¿Quinteros los cagó a pedos?

—No, boludo. El subteniente nuevo.

—Ah, sí. Parisi se llama. Acaba de llegar del Colegio Militar. Lo hicieron egresar antes de tiempo, parece.

—Ése, Parisi. Un pelotudo, que nos dijo de todo por el bulín que nos armamos.

—No digas…

—Ajá. No sólo nos cagó a pedos. Nos dijo que iba a dar la orden de que lo desarmáramos, el muy pelotudo. Pero después no pasó nada.

—¿Y por qué los iba a obligar a semejante barbaridad?

—No sería la primera vez que los milicos te salen con una pelotudez, Carlitos —interviene el Conejo, alargando el mate vacío hacia Antonio.

—Sí, eso sí —reconoce Carlitos.

—También estás con un mayor, ¿no? —pregunta Antonio, y Carlitos se sobresalta con la pregunta.

—Ese Camargo —vuelve a intervenir el Conejo—. El año pasado apenas nos lo cruzamos, pero más de un colimba me dijo que es un hijo de puta.

—Qué milico de mierda —el Negro lo dice mientras niega con la cabeza.

—Decí que por suerte yo le reporto a ese teniente Quinteros, que les digo. Al mayor lo veo de vez en cuando. Pero sí. Es flor de hijo de puta.

Carlitos hace el pasamanos del mate entre el Conejo y Antonio. No agrega más. Ése es el límite de su sinceridad. No se anima a decirles que ese hijo de puta es su tío, el hermano de su vieja. Alguna vez les comentó que tenía un tío militar, pero no pasó de ahí. Además, en todo el año de colimba —Carlitos está cien por ciento seguro— ser sobrino del mayor Camargo no le reportó ninguna ventaja, ningún acomodo, ningún privilegio. Casi que al contrario. Está seguro de que más de un baile se lo comió, precisamente, por ser quien es, por ser hijo de su madre y de su padre. Igual lo pone incómodo no blanquearlo con el Conejo y con Antonio. Pero siente que es tarde. Tendría que haberlo dicho cuando se conocieron. Pero ahí está: en ese momento, como todavía no tenían tanta confianza, no se animó por miedo a que se enterase toda la compañía. Y después, cuando los conoció lo suficiente como para saber que cualquier secreto que les confiase moría en ellos, no lo dijo por miedo a que tomaran a mal su silencio anterior. Mejor dejarlo así. Aunque por otro lado tampoco son boludos. Y les debe haber llamado la atención que a él lo dejaran en el pueblo. Pero no dicen una palabra. Tal vez si sacasen el tema, si le preguntaran el motivo, le darían pie como para decir la verdad. Pero no dicen un carajo estos dos. Y si ellos no abren la boca, Carlitos no va a ser el que levante la perdiz. No puede. No le sale.

—¿Tienen cartas para mandar? —pregunta—. Tengo que llevar las de toda la compañía.

—Ya se las di a Feldmann ayer —dice el Conejo, y se vuelve hacia Antonio—. ¿Y vos?

—Sí, ya se la di al teniente. A mi tío. Le escribo a mi tío —eso lo agrega atolondrado, sin que Carlitos entienda a cuento de qué.

A sus espaldas se escuchan unos pasos.

—¿Qué dice, mi cabo? —Carlitos saluda al cabo Funes.

—Bien, soldado. ¿Cómo está? Ya me andaba extrañando no ver reunido al Trío Los Panchos.

Otra vez con eso, piensa Carlitos. Ya ni se acuerda de dónde salió el sobrenombre, pero el año pasado arrancaron con eso y no pararon. Primero algún suboficial, y después todo el mundo. El Trío Los Panchos para acá,

el Trío Los Panchos para allá. Carlitos tuvo que preguntar en su casa quiénes eran esos, porque no tenía ni idea. Cuando el Conejo se enteró de que el nombre venía de unos guitarristas cantantes de boleros se puso como loco, se fajó con Mastrángelo y consiguió empeorarlo todo. A fin de año ya los llamaban Los Panchos hasta en la Quiaca. Carlitos le sonríe al cabo, porque desde chico aprendió que el que se calienta, pierde.

—Sigue allá en el comando, ¿no? —se interesa el cabo.

—Sí, mi cabo. Vine a repartir el correo de la compañía, y me pidieron que espere a que junten las cartas para despachar para allá.

—Sí, ya sé. Ahí me dice el teniente Feldmann que no se vaya todavía, que lo espere un rato, que ya casi las tienen recolectadas.

—Sí, claro, mi cabo. Ahí subo.

El cabo saluda con una inclinación de cabeza y empieza a subir la cuestita, pero se detiene y suelta otro comentario:

—Ustedes siguen haciendo mate sin permiso, ¿no?

—No, mi cabo —responde el Conejo—. Jamás delataríamos nuestra posición encendiendo un fuego no autorizado.

El suboficial señala unas piedras, diez metros a la derecha más o menos.

—Ah, claro. Y el humito que sale de allá, de las piedras esas, debe ser imaginación mía, ¿no? ¿O es un volcán de la zona?

Los tres colimbas clavan la vista en el horizonte. Funes se aleja meneando la cabeza.

33

En principio, él no tendría que estar ahí presente. Si las cosas se estuviesen haciendo como Dios manda, un simple teniente primero como Quinteros debería estar del lado de afuera de la puerta, y no del lado de adentro. Una prueba más —y Quinteros ya perdió la cuenta de cuántas van — de que las cosas no se están haciendo como corresponde.

Él, un teniente primero común y corriente, está presente en una reunión de altísimo nivel de la que toman parte el comandante en jefe del Ejército y presidente, el gobernador militar de las islas, un general de brigada, un general de división y otros altos oficiales. ¿Tiene derecho a estar? No. En absoluto. Y, sin embargo, ahí está.

Quinteros tampoco es tan estúpido como para irse si no lo echan, y se muere de ganas de escuchar lo que sus jefes tengan para argumentar, para opinar y para decidir. Así que si el destino quiso que quedara del lado de adentro de esa puerta, pues bienvenido el destino. Acá se quedará hasta que le digan que no tiene rango como para estar presente. Y si nadie se lo dice, acá se queda.

Todo el día viene siendo un caos de improvisación, de órdenes contradictorias, de papelones y de exabruptos. Desde que la comitiva del comandante en jefe aterrizó en el aeródromo, todo ha sido un despiporre. La revista de las tropas, el sobrevuelo de las posiciones en helicóptero, el contacto con la prensa. Y todo en medio de un enjambre de militares y de esposas de militares que decidieron afrontar el viaje presidencial a las Malvinas como si se tratase de una excursión estudiantil.

Cuando llegó el momento de la reunión de los altos mandos, el mayor Camargo lo puso a él, a Quinteros, a controlar el acceso a la sala en la que iba a llevarse a cabo. Para evitar que cualquier advenedizo terminara por colarse. Decisión atinada, reconoce Quinteros. Si él no se hubiese parado en el umbral, controlando el acceso, a esta altura habría cincuenta militares alrededor de la larga mesa de roble. La mayoría aceptó de buen grado el

«Disculpe, señor, pero se trata de una reunión reservada» con el que el teniente los iba despachando. El que más trabajo le dio fue un capitán de navío que porfiaba con que tenía que sumarse al conciliábulo. Pero el pez por la boca muere, y el dichoso capitán dijo que era «el responsable de Comunicación de Casa de Gobierno», o algo así, y fue decirlo y que Quinteros lo frenase en seco.

—Ésta es una reunión de Estado Mayor, capitán. Nadie que no tenga autorización expresa puede pasar.

El tipo se había indignado como si le estuviesen impidiendo el paso más o menos al general San Martín, pero Quinteros no tolera a esos chupatintas (porque tenía toda la pinta de ser uno de esos milicos de escritorio de los que lamentablemente las Fuerzas Armadas están llenas) que se sienten con derecho a todo nada más que porque tienen un contacto en las altas esferas, así que no sólo lo sacó carpiendo, sino que disfrutó haciéndolo. Antes de irse por donde había venido, el dichoso capitán le había dicho que «Ya se va a enterar de quién es el capitán Molinero».

—Como usted diga, capitán Molinero —fue todo lo que respondió Quinteros, sin perder la calma, y el otro se dio media vuelta, rojo como un tomate, y se mandó a mudar.

El problema fue que para encararse con el dichoso Molinero, el teniente se había visto obligado a adelantarse un par de pasos y dejar libre el umbral, y dos advenedizos habían aprovechado para encarar hacia la sala como si fueran los dueños de casa. Eran un teniente coronel del Ejército y un mayor de la Fuerza Aérea que no pintaban absolutamente nada en la reunión, y Quinteros había tenido que entrar detrás de ellos para pedirles que tuvieran la amabilidad de retirarse. Había sido entonces cuando uno de los generales presentes había alzado la cabeza, le había echado un vistazo a él y a sus galones y había dicho:

—Por favor, esperen afuera. Y a usted, teniente primero, le pido que cierre la puerta y se quede vigilando que no entre nadie.

Los dos colados habían salido con el rabo entre las patas, y ahí fue cuando Quinteros pensó que sería más sencillo custodiar el ingreso desde adentro que desde afuera. Y así había sido cómo, de repente, Quinteros está presente en esa reunión ultrasecreta de altísimo nivel.

—El choque armado es ineludible —está diciendo el comandante en jefe—. Estaba previsto, señores. Ahora, lo que toca es el choque armado. Después se abrirá un nuevo round para la diplomacia.

Sentada a la mesa está la plana mayor. Alrededor, en círculos concéntricos, el resto de los presentes. Quinteros está en cuarta o quinta fila, y no ve a los que están sentados. Pero acaba de escucharlo clarito. ¿Ineludible? ¿Dijo «ineludible»? ¿Y dijo que «estaba previsto»? Quinteros se pregunta si alguno de los presentes va a decir algo. ¿Cómo pasamos de «mandamos un gobernador militar con setecientos hombres mientras se negocia la entrega definitiva» a «el choque armado es ineludible»? Supone que alguno de los oficiales de alta graduación contestará algo, objetará algo, se quejará de algo. Pero nadie dice nada. Quinteros piensa en las posiciones defensivas. Recuerda a sus soldados cavando pozos de zorro en los montes, tierra adentro. En los caminos casi inexistentes, en los pocos vehículos de oruga de los que disponen. En los escasos helicópteros. ¿Cómo van a mantenerlos abastecidos si empieza un intercambio de fuego?

—Otra cosa —sigue diciendo el comandante en jefe—. Hay que meter soldados en la Gran Malvina.

Quinteros supone que ahora sí se alzará alguna voz objetando esa sugerencia. Las dos islas están separadas por el estrecho de San Carlos, y es muy difícil enviar soldados, armamento y equipo desde la isla Soledad. Son kilómetros de mar los que la separan de la Gran Malvina.

—Analizamos esa situación, señor —interviene uno de los generales —. Y pensamos que mejor que mandar soldados a la Gran Malvina es reforzar Puerto Darwin.

Por lo menos lo dijeron, piensa Quinteros. Algo es algo. Puerto Darwin está sobre el estrecho de San Carlos, pero en la isla Soledad, es decir la misma isla en la que están ellos. Mandar soldados a la Gran Malvina lo único que va a conseguir es complicarle la vida a todo el mundo: a los soldados que queden ahí, mal abastecidos, y a los que estén en la isla Soledad, porque las fuerzas propias quedarán divididas y separadas.

—No, no, general —insiste el comandante en jefe—. Hay que mandar soldados a la Gran Malvina. Sí o sí. —Y de repente, como si acabase de ocurrírsele—: Hagamos las dos cosas. Mandemos soldados a la Gran Malvina y reforcemos de paso la zona de Darwin.

Se produce un murmullo de aprobación. La consternación de Quinteros sigue creciendo: ¿nadie va a decir nada de los problemas logísticos que implica seguir acumulando soldados en las islas? No tiene sentido seguir metiendo tropa propia, a tontas y a locas. ¿Cómo carajo piensan abastecer

a esos miles de soldados adicionales, una vez que los instalen? Están hablando de sitios que quedan a ochenta, cien, ciento veinte kilómetros de donde ellos están ahora. ¿Van a asegurar el aprovisionamiento naval? ¿Van a abastecerlos a través de helicópteros? Porque la gran pregunta no la están haciendo, y Quinteros se muere por formularla en voz alta. Pero el asunto es que él es un teniente. Un simple teniente que no tendría por qué estar presente ahí.

—El problema es si los ingleses eligen la zona del estrecho para su desembarco, general.

Listo. Lo dijo. De todos modos Quinteros tiene buen cuidado de mantenerse en su sitio de cuarta o quinta fila. Sólo los que están más cerca vuelven la cabeza y ven que el que ha hablado es un puto teniente de infantería. El resto de los presentes no tiene idea de quién se atrevió a hablar.

—No veo cuál es el problema —responde al aire el comandante.

Alguno de los que están parados decide cambiar el pie de apoyo y se mueve un poco de lado, algún otro decide arrimarse a la mesita del café, el asunto es que Quinteros de repente alcanza a ver a los popes sentados alrededor de la mesa, donde un enorme mapa de las islas está desplegado.

—La hipótesis principal que manejamos es que los ingleses, si intentan un desembarco, van a ejecutarlo en la misma zona en la que desembarcamos nosotros el 2 de abril. Es decir, cerca de Puerto Argentino, o en la zona del aeropuerto.

—Por eso desplegamos lo mejor de nuestras tropas en las playas cercanas —interviene el mayor Camargo, que en tanto enlace de inteligencia se supone que maneja el tema a la perfección.

—Está bien eso. Me parece muy bien —dice el comandante.

Quinteros se quiere morir, porque nadie está hablando del riesgo que corren. Nadie se hace cargo de la falla principal del plan. ¿Qué pasa si los ingleses no desembarcan cerca de la capital, sino en la otra punta de la isla Soledad? ¿Qué pasa si tocan tierra en el estrecho que separa las dos islas, a ochenta o cien kilómetros de donde están ellos? Salvo que les impidas desembarcar con ataques navales y aéreos, no tenés modo de impedir que los tipos aseguren una cabeza de playa. Y si pasa eso, te quedan a tu espalda. Tienen decenas de kilómetros para avanzar, para hacerse fuertes, para ir tomando la isla. Vos no trajiste tanques, ni tenés helicópteros suficientes como para salirles al cruce. Y cuando te quieras acordar estás

en una posición de defensa fija, pegadita al mar. Es decir, te van a terminar rodeando a vos, que te quedaste esperando el desembarco por el este, y no por el oeste. Y si te rodean te cagaron la vida. Porque te vas a tener que girar hacia el nuevo lugar de ataque y quedaste con el culo pegado a la orilla del mar, sin posibilidad de maniobrar hacia ningún sitio, y tarde o temprano esas posiciones de defensa fija son indefendibles.

—Tiene razón el comandante en jefe —interviene otro general—. El ataque principal va a ser acá, en Puerto Argentino. Y si llenamos más de soldados la Gran Malvina y la zona del estrecho, más a nuestro favor. Los ingleses no se van a animar a desembarcar allá, y más decididos van a estar a atacar directamente acá.

—Y esto —vuelve a la carga el mayor Camargo, señalando de nuevo la zona cercana a Puerto Argentino en el mapa— lo vamos a reforzar tanto que va a ser inexpugnable. Lo vamos a dejar como el Alcázar de Toledo.

Quinteros escucha los murmullos de aprobación y ve los gestos de asentimiento.

—¿El Alcázar de Toledo? Un poroto, al lado nuestro, ya van a ver —refrenda el general de brigada.

El teniente se quiere morir. Están equivocados. Es una apuesta demasiado riesgosa. Si los ingleses hacen buena inteligencia van a darse cuenta de que las tropas del estrecho están muy aisladas, y que la cadena de suministros es casi inexistente. Va a ser al revés. Más tentados van a estar de desembarcar allá, y de acercarse por tierra, después. Tiene que decirlo. Tiene que, por lo menos, dejar tranquila su conciencia. Se abre paso entre los que forman la cuarta fila. Toca con delicadeza un codo para atravesar la ronda que constituye la tercera. Cuando llega a la segunda se aclara la garganta. Y es en ese momento que se topa con los ojos en llamas del mayor Camargo, que lo observa por encima de la mesa y de los generales sentados, y que, por la expresión que tiene, lo identificó perfectamente como el irresponsable que se atrevió a lanzar la pregunta al aire desde el fondo, y que le está dando a entender que si se atreve a hablar, si se anima a decir una sola palabra más, se va a ocupar de que su vida sea un verdadero infierno de hoy en adelante, y como Quinteros no come vidrio se da cuenta de que lo único que le queda por hacer es callarse la boca, callarse la boca y detener su avance, callarse la boca, detener su avance y recular de regreso hasta la quinta fila, en la esperanza de que el mayor acepte esa retirada como prenda de buena voluntad y decida no

comerle el hígado cuando termine la jornada y los visitantes hayan partido de regreso al continente.

34

El frío es como una pared que los recibe apenas salen del galpón y avanzan diez metros. Encima está nublado, como casi siempre, y corre un viento que viene del mar que los obliga a cerrarse las camperas y ponerse las capuchas sobre el cabello todavía mojado. Antonio no quiere preocuparse, pero no puede evitar pensar en el frío que debe hacer arriba del monte si ahí, en el llano y en el pueblo, hace el chiflete que hace. Es una bendición eso de poder bajar al pueblo a ducharse, pero cuando salís de los galpones el contraste del frío de afuera te golpea con todo.

—Che, Negro —el Conejo le habla a los gritos porque el viento se lleva las palabras.

—¿Qué pasa, Conejo?

—Me parece que me puse los calzones húmedos y me están raspando debajo de las bolas.

—¿Y por qué no esperaste a que se terminaran de secar, boludo?

—Porque tengo miedo de que haya mucha gente en la cola y me quede sin hablar.

Es cierto. Les queda una hora de permiso antes de que tengan que presentarse en el descampado detrás del Correo, donde los dejaron a la ida, para volver a subir a sus posiciones. Y si hay mucha cola, en una de esas el Conejo se queda sin llamar a su casa. Antonio decide darle una mano a su amigo. Se adelanta trotando mientras le grita para avisarle:

—¡Yo te guardo el lugar!

—Pará, Negro. ¿A dónde vas?

—Vení caminando despacio, que si te paspás la vas a pasar como el demonio —dice casi gritando porque ya le ha sacado unos cuantos metros —. Alcanzame en la telefónica.

Antonio acelera la carrerita de dos cuadras y al llegar comprueba, aliviado, que son apenas una veintena los que esperan para llamar. La otra

vez que bajaron había más gente, pero es lógico que ahora haya menos. Los soldados se van quedando sin plata a medida que pasan los días.

Le pregunta a un cabo si es el último de la hilera y se pone detrás. Cuando escucha que a sus espaldas se agregan dos colimbas les aclara que le está guardando el lugar a un amigo que está llegando y ellos contestan que sí, que no hay problema.

La fila avanza lentamente, a medida que los que ya se comunicaron van saliendo de la oficina. ¿Qué le pasa a este boludo del Conejo? ¿Tan lastimado está que no puede apurarse un poco? A los que están justo detrás ya les explicó eso de que está guardando el sitio. Pero si tiene que dejar pasar a muchos más, después la cosa se complica. Nunca falta el comedido que empieza a acusar de colado al que, en realidad, lleva en la fila mucho más tiempo que los demás.

Una idea le cruza la cabeza como un relámpago. Pero, así como se le ocurrió, de inmediato le parece una locura. Si sale mal se va todo al carajo, se dice. Pero… ¿y si sale bien? Llega el Conejo y Antonio deja en suspenso su dilema. El recién llegado saluda con una inclinación de cabeza a los que están detrás y explica en dos palabras lo mismo que Antonio les había anticipado. El Conejo, como siempre que está ansioso con algo, se pone a hablar sin parar:

—No estoy seguro, pero me traje toda la guita. Total, para qué la quiero ahí arriba del monte, ¿no? Bueno, en realidad si tenemos tiempo podríamos pasar por la proveeduría y comprar alguna boludez. Pero también pensé que mejor vamos a verlo a Carlitos, y en una de esas el pelotudo nos puede conseguir él alguna cosa, no sé, yerba, chocolate, porque acá en el pueblo hay de todo y como él está en el Estado Mayor en una de esas puede hacernos la gauchada. Otra cosa que pensé…

El Conejo sigue hablando, pero Antonio deja de prestarle atención. Tiene que hacer la prueba, qué carajo. Ahora que se le ocurrió la posibilidad, si se vuelve al monte sin haber intentado no se lo va a perdonar nunca. La chance de que salga bien es mínima, pero peor es darse por vencido. ¿O no? Palpa el dinero que tiene en el bolsillo del pantalón. ¿Le alcanzará? Bueno, para algunos segundos le tiene que alcanzar, pero ¿para cuántos?

Cuando le llega el turno, el Conejo le hace un ademán para invitarlo a que entre con él a la cabina, pero Antonio le dice que no, que vaya tranquilo, que él lo espera en un costado del local. Apenas su amigo entra

al compartimiento se acerca al mostrador, saca todo el dinero que tiene, lo pone sobre la madera y pregunta para cuánto tiempo le alcanza. A su vez le preguntan si es para llamar a Buenos Aires o a dónde, y Antonio aclara que sí, que es para llamar a Buenos Aires: San Justo, partido de La Matanza. «Un minuto», le dicen, y Antonio traga saliva y le deja el dinero ahí y le dice al empleado que cuando se cumpla el minuto le corte, nomás, porque no tiene reloj para calcularlo.

Cuando regresa al principio de la fila justo se desocupa una de las tres cabinas y recién en ese momento Antonio se da cuenta de que tiene otro problema. No puede llamar ahora. Tiene que esperar que el Conejo termine. Pero tampoco puede permitir que el Conejo descubra la maniobra. La puta madre. Sin estar demasiado seguro de estar haciendo lo correcto, se da vuelta hacia los colimbas que siguen en la fila y le dice al primero que vaya pasando, que él tiene que esperar. El pibe no se hace rogar. Antonio, ahora, mira obsesiva y alternativamente las tres cabinas, porque necesita un milagro: que se desocupe la tercera justo un segundo antes de que termine de hablar el Conejo, así él puede entrar en esa sin que el Conejo lo vea al abandonar la propia.

Antonio mira una a una las tres cabinas: la del Conejo, la del colimba y la del cabo que entró antes que el Conejo. Una vez, otra vez, otra más. El Conejo, el colimba y el cabo. El Conejo, el colimba y el cabo.

El corazón casi se le salta del pecho cuando ve que el cabo apoya el tubo sobre el aparato y abre la puerta. Antonio va casi corriendo hasta la cabina y se desliza junto al cabo, que se sorprende del repentino apurón del conscripto. Pero en lugar de hacer su llamada, Antonio pega la nariz al vidrio para tratar de ver al Conejo saliendo de su compartimiento. Porque eso es lo segundo que necesita: que el Conejo termine de una vez por todas. ¿Y si los que siguen en la cola se quejan de que él está en una cabina pero no llama a nadie?

A Dios gracias, el Conejo sale en ese momento y Antonio se agazapa en el fondo de la suya, por si a su amigo se le da por echar un vistazo a las otras antes de acercarse al mostrador. Además pone el taco del borceguí contra la puerta, por si el Conejo lo ve y, de puro comedido, se le quiere meter en el cubículo.

Apoya la mano en el teléfono. Levanta el tubo. Marca los números del telediscado primero, y del teléfono de doña Mercedes después. Si atiende la mujer está perdido. Tendrá que cortar y punto. Si atiende la mamá del

Conejo, lo mismo. A medida que marca los números, y que el disco regresa cada vez a la posición inicial, Antonio se va sintiendo más y más confuso. Ahora que llegó el momento se da cuenta de que su plan depende de demasiadas combinaciones. Las probabilidades están en su contra. Necesita que Magalí haya ido con su madre a lo de la vecina. Necesita que se haya quedado algún minuto después del final del llamado de su hermano. Necesita que sea ella la que atienda el teléfono de la vecina, lo que sería de por sí toda una descortesía, porque el teléfono al final es de esa señora. Más que de las probabilidades, el plan de Antonio depende de un milagro. El teléfono suena una vez. Otra.

Y la que atiende es Magalí.

35

—Hola, soy yo, te hablo bajito porque tu hermano está por ahí afuera y tengo miedo de que me escuche, estamos en el pueblo, ahora que nos dejaron bajar a bañarnos, porque en general estamos en una montañita medio lejos, pero no me quiero distraer y me estoy distrayendo porque estoy nervioso, porque no tengo casi nada de tiempo, y además ya todo eso de que estamos bien, de que tenemos un buen refugio, de que por ahora no pasa nada con los ingleses ya se los debe haber dicho el Conejo, así que no me voy a perder el minuto que tengo para hablarte diciéndote esas cosas, porque tengo un minuto, nomás, pero no porque me obliguen sino porque no tengo más plata, ¿viste?, me vine con poca plata, bueno, tampoco es que la dejé allá, jaja, ni allá ni acá, vos ya lo sabés, pero quise probar a ver si en una de esas estabas con tu vieja cuando la mandara llamar la vecina para hablar, y pensé que en una de esas estabas con ella, y soy un boludo porque estoy hablando todo yo y no te estoy dejando hablar a vos y te quiero escuchar, pero al mismo tiempo te tengo que decir, sabés, me paso el día pensando en vos, el día entero, y a la noche cuando me toca la guardia lo mismo, y si estoy en el refugio tratando de dormirme me duermo pensando en vos, Magalí, y hablo bajito porque espero que tu hermano ya haya salido a la calle pero no estoy seguro, y espero que me estés escuchando igual, porque no sabés lo que te amo, Magalí, yo ya sé que allá no te lo dije nunca pero es así, me daba vergüenza, no me daba vergüenza por sentirme así pero en una de esas a vos no te pasa lo mismo y te da lástima decirme que vos no, pero yo te amo y no me importa decírtelo, bah, sí, me importa, pero si a vos no te pasa lo mismo está bien, me lo aguanto, pero me imagino que tampoco me podés contestar porque si yo lo tengo al Conejo acá afuera seguro vos tenés a tu vieja al lado, a tu vieja y a la vecina, pero por lo menos lo podés escuchar, te amo con todo mi corazón, Magalí, y cuando vuelva si vos querés vamos a estar siempre juntos, porque nunca sentí por nadie lo que siento por vos, y se me va a

cortar el minuto pero quiero que lo sepas, que lo escuches, te amo con todo mi corazón y…

36

El tono de ocupado le avisa a Antonio que se ha cortado la llamada. Suelta un profundo suspiro. Es como si acabara de romperse un hechizo mágico. Se da vuelta hacia el vidrio de la cabina. Si el Conejo está ahí afuera quiere decir que se fue todo a la mierda. Que su amigo se enteró de que él está de novio con su hermana y se pudrió su amistad para siempre. Pero no está. Antonio sale de la cabina. Antonio va hacia el mostrador. El Conejo tampoco está ahí. Traga saliva. El empleado lo mira.

—Hablaste más de dos minutos, flaco, pero no te quise cortar —dice el empleado.

Antonio se quiere morir. No tiene la plata para ese tiempo de más. El empleado parece que le lee la mente, porque le dice:

—Andá, no pasa nada.

Antonio le dice: «Gracias, mil gracias», y sale al exterior. Ahí está el Conejo, mirando para todos lados. Cuando lo ve, se le acerca.

—¿Dónde estabas, boludo?

—Adentro —Antonio señala la oficina de la telefónica—. Salí antes pensando que habías terminado, y no te vi, entonces volví a entrar a buscarte.

—Pero si yo salí y no te vi por ningún lado.

—Se ve que nos desencontramos, Conejo.

—Se ve que sí —dice el Conejo, en un tono que a Antonio le demuestra que está completamente convencido de su inocencia. Se salvó. De milagro, pero se salvó. Se salvaron.

—¿Vamos para el descampado o tratamos de vernos con Carlitos?

—¿Qué hora es?

—El que tiene reloj sos vos, Conejo.

El Conejo se mira la muñeca.

—En media hora tenemos que estar donde los camiones —informa.

—Vamos de una corrida a ver si lo enganchamos. ¿No te parece?

—Vamos —concuerda el Conejo, que empieza a caminar con un leve rengueo.

—¿Y a vos qué te pasa?

—Ya te conté, boludo, tengo los calzones a medio secar y tengo miedo de pasparme.

—Ah, cierto. Vamos más despacio, entonces.

—No, hay que meterle. Hay que meterle o no llegamos.

Avanzan por una calle en la que la llovizna mezclada con el barro ha convertido el suelo en una película resbalosa. Ahora llueve más, y el viento hace que las gotas vuelen casi horizontales.

—Qué tarde de mierda —comenta el Conejo, achinando los ojos.

—Sí —dice Antonio, que piensa exactamente lo contrario, que es tan feliz que siente que el corazón no le cabe en el cuerpo, y que siente que la tarde, así de lluviosa, ventosa y oscura, es, de todos modos, perfecta.

37

El galpón es un hervidero de soldados rasos, suboficiales y oficiales a medio vestir o a medio desnudar. Apenas traspone la puerta, Quinteros intenta comprender la lógica detrás del caos aparente. Eso se lo ha enseñado la vida militar: los grupos humanos tienden al orden, no al caos. Aunque el recién llegado crea que no hay un sistema, sí lo hay. El problema es de ese forastero que, como acaba de llegar, no entiende las reglas que se han establecido. Hay que tomarse un minuto para mirar y para entender.

Desde hace un par de semanas se ha establecido un sistema de turnos para que la tropa de infantería, desplegada en los montes, baje al pueblo para darse un baño, y hoy le toca a su regimiento, al 43 de Infantería. Por eso Quinteros quiso darse una vuelta, para hablar con sus colegas y dar una mano en lo que haga falta. Los días en el Estado Mayor se le están volviendo previsibles y rutinarios, y toda novedad es bienvenida.

Hace más de una semana que en las islas llueve de lo lindo, y todo el mundo está pasado por agua. Eso, y que cada vez los días son más cortos y hace más frío. El ánimo de la tropa, en consecuencia, viene cayendo en picada. Bajar, sacarse la mugre, pegarle una enjuagada a la ropa interior son cosas que después, de regreso a la intemperie del monte, se agradecen.

Y el sistema, por debajo del aparente caos, está funcionando bien. Los que llegan se quitan la ropa mugrienta, la lavan en unos enormes piletones y la ponen a secar sobre unos alambres tendidos de lado a lado, cerca de tambores de aceite reciclados como estufas a leña. Seguro que la ropa quedará impregnada de olor a humo, pero nada es perfecto en esta vida. Además, como allá arriba, en los montes, el único modo de encender fuego es quemando turba, todo tiene tanto olor a humo todo el tiempo que el tufo es un dato más de la realidad, como la lluvia y el frío.

Atrás de todo están las duchas, donde oficiales, suboficiales y soldados tienen más o menos el mismo tiempo de agua caliente. Un suboficial a

quien Quinteros no conoce cuenta el tiempo de los turnos y pega el grito para que salgan y pase un nuevo contingente. Mientras da una vuelta por el galpón por si encuentra a algún amigo con el que quedar a almorzar, ve al subteniente Parisi hablando con tres colimbas. Quinteros frunce el ceño porque advierte que lo de «hablando» es una forma de decir. La actitud corporal de uno y de los otros dice que se trata de una cagada a pedos en toda forma. Quinteros se toma un momento más para ampliar el radio de análisis: un poco a un costado, un sargento y un cabo primero observan la escena. Del otro lado, dos colimbas que tienden ropa en un alambre también están atentos. Tanto unos como otros miran a Parisi con gesto sombrío. No hay que ser un genio para entender lo que piensan de lo que está pasando ahí.

Quinteros espera hasta que el subteniente despide a los conscriptos, que se alejan hacia los tendederos. Cuando sus miradas se cruzan, Quinteros le hace un gesto a Parisi de que se encuentren en uno de los portones y el subteniente se encamina hacia ahí.

—Venga, por favor —le indica Quinteros cuando se reúnen cerca de la entrada.

Van hacia el exterior, dan la vuelta por el costado del edificio, hasta un lugar donde no hay nadie.

—¿Me explicaría qué pasaba con esos soldados?

—Cómo no, mi teniente primero. Estaban a los gritos como si estuvieran en la cancha, jugando como si fueran chicos del secundario, y eso es inaceptable.

—Entiendo.

Quinteros duda. Ya lo levantó en peso la vez pasada. Y tampoco quiere hacer, con Parisi, lo que deplora que el subteniente haga con los soldados. Pero al final se decide. No hay tiempo que perder, y ese chico tiene que aprender o aprender a hacer las cosas bien.

—¿Y no pensó que tal vez vendría bien manejarse con un poco más de paciencia, subteniente?

—No creo que los soldados necesiten más paciencia, señor. Me parece que lo que les hace falta es más disciplina.

Parisi lo dice en tono condescendiente y con una mueca despectiva. Quinteros tiene que hacer un esfuerzo para no borrárselos, el tonito y la mueca, de un castañazo. Si le pide paciencia al subteniente, lo lógico es que él despliegue un poco de esa misma paciencia.

—Atiéndame una cosa, subteniente. Usted y yo estamos alojados acá en el pueblo, ¿no es así?

—Sí, señor.

—Bien. Tenemos calefacción y tres comidas calientes todos los días. Nos bañamos cuando se nos canta. Nos bañamos con agua dulce, además. ¿Usted sabía que toda la tropa que está ahí adentro se baña con agua salada?

—No, señor. No lo sabía.

—¿Usted sabe la diferencia entre bañarse con agua dulce y bañarse con agua salada, subteniente?

—No, señor.

—Se corta el jabón, Parisi. Con el agua salada se corta el jabón y a uno le parece que no se está limpiando un carajo. Pero, sobre todo…, esos soldados de ahí adentro llevan varias semanas comiendo cuando pueden, cagándose de frío y juntando una mugre que ni usted ni yo estamos juntando. Así que si hoy les tocó bajar al pueblo, pegarse un baño, remojar la ropa interior, y eso los pone contentos, y como están contentos hacen alguna boludez, usted mira para otro lado. ¿Me entiende? Salvo que se pasen de la raya, usted se hace el boludo, hace como que no los ve, y listo. Usted dice que no se pueden portar como chicos de escuela. ¿Y sabe qué? Son casi chicos de escuela, así que sí, pueden portarse así. Hoy, pueden portarse así.

Quinteros hace una pausa.

—Ser oficial no significa dar órdenes, Parisi. Significa aprender qué órdenes dar y cuáles no, Parisi. Y estos pibes, dentro de unos días, en una de esas tienen que fajarse con los ingleses. Y para ese momento tienen que estar del mejor modo posible. Lo más limpios que puedan, lo más abrigados que puedan, lo mejor alimentados que puedan. Y lo más contentos que puedan. Y sobre todo lo más confiados que puedan en sus jefes, Parisi. Y van a confiar en sus jefes si los ven sacrificarse como ellos y, si no es el caso —porque usted no tiene la culpa de estar destinado en Puerto Argentino—, si saben que entienden cuánto se están sacrificando.

Quinteros hace una pausa y mira con fijeza al subteniente. Al pibe no se le mueve un pelo. Sigue igual de duro, igual de canchero, igual de convencido de que tiene la razón. Listo. Hasta ahí llegó su paciencia:

—Mire, Parisi. Si empiezan los tiros no va a importar si el día que bajaron al pueblo se pusieron a hacer pelotudeces. Van a importar otras

cosas. Y mejor que se vaya dando cuenta, Parisi. Hasta ahora le vengo teniendo paciencia, no sé si se fijó. Pero ser jefe no es cagar a pedos a los subalternos. Es muchas más cosas que no le estoy viendo hacer, Parisi, y eso me preocupa. Ahora, vuelva al comando.

—Señor, p…

—¡Vuelva al comando, carajo!

38

—¡A ver, soldados, si se dejan de rascar las bolas ahí adentro, la puta madre! ¡Atención!

El Conejo y Antonio escuchan la orden e intentan salir lo más rápido que pueden de su pozo de zorro, pero entre que la entrada está tapada por una lona para evitar el frío y que el lugar es chico, sus movimientos son torpes y demoran más de la cuenta, y cuanto más tardan más nerviosos se ponen y más demoran.

—¡Rápido, carajo! —repite la voz profunda y furiosa que los sacó de su descanso.

Antonio es el primero en salir, erguirse y cuadrarse, y el Conejo tiene que hacer una pirueta para poder salir también y ponerse a su lado. Frente a ellos está parado Carlitos, con cara de estar divertidísimo, y al lado de Carlitos está el petiso Ricci, que así de bajito como es tiene un vozarrón que parece salido de ultratumba. Ésa es la razón por la que Carlitos se lo trajo para armar la joda.

—La puta que los parió —murmura Antonio, cuando entiende.

—Vos no tenés nada que hacer, pendejo, ¿no? —pregunta el Conejo, abandonando la posición de firme.

—La verdad que no, Conejo. O sí, pero era mucho más divertido venir a romperte las pelotas a vos.

Después Carlitos se gira hacia el otro conscripto.

—Gracias, Ricci, te debo una.

—No hay de qué, López. Siempre que sea para molestarlos a estos dos, chiflame, que estoy a disposición —dice Ricci mientras se pega la vuelta y se va por donde vino.

—Sos un boludo, Ricci —le dice Antonio, a su espalda. El otro alza un pulgar, sin dejar de caminar de regreso hacia su propio pozo.

—¿Viniste nomás a joder o te quedás a tomar unos mates?

—Más bien que me quedo. ¿Por qué te creés que vine?

El Conejo se gira de nuevo hacia el pozo y se deja caer con un movimiento rápido. Después baja Carlitos y por último Antonio.

Apenas están adentro Carlitos saca de debajo de su campera tres paquetes de galletitas y los deja sobre el estante cavado en la pared.

—Uh, boludo. Lo que hace que no comemos galletitas —el anhelo es palpable en la voz del Conejo.

—¿Sigue muy mal lo de la comida? —pregunta Carlitos.

—Sí —responde enseguida el Conejo.

—Tampoco es para tanto —relativiza Antonio.

—Ah, ¿no? —el Conejo levanta uno de los paquetes y lo sacude en el aire—. ¿Cuánto hace que no comemos una puta galletita de agua, Negro? ¿Cuánto hace?

—Esta semana se complicó un poco —concede Antonio—. Suben al mediodía y a la noche. Pero es verdad que el desayuno y la merienda nos las tenemos que arreglar como podemos.

—¿Querés que te compartamos pócima de trinchera? —le pregunta el Conejo a Carlitos.

—¿Y eso qué es?

—¿Querés o no querés? Tenemos agua caliente en la pava todavía. Estábamos por tomar cuando llegaste.

—Eh… bueno. Dale.

El Conejo se pone a mezclar en las tazas de lata el contenido de tres paquetes. Después les agrega agua de la pava y sigue revolviendo.

—¿Por qué no le preguntás a Carlitos lo que hablábamos ayer? —le dice Antonio al Conejo—. Seguro que sabe.

—¿De qué? —se interesa Carlitos.

—Ayer nos cruzamos con unos pibes de La Plata. Unos que están desplegados más al norte, por monte Longdon.

—¿Y qué pasa?

—Venían recontentos porque decían que está a punto de arreglarse el quilombo.

—Con los ingleses —apunta Antonio—. Que uno de estos días anuncian un arreglo, un acuerdo de paz y que nos volvemos a casa. Y pensamos que vos, que estás en el Estado Mayor, debés saber.

Mientras el Conejo le alarga su taza a Carlitos, Antonio lo mira sin perder detalle. Carlitos se pregunta cómo decirles que no, que ni en pedo. Que es una mentira grande como una casa eso que dijeron los pibes de La

Plata. O bueno, no sabe si una mentira, porque mentira suena a algo que te dicen a propósito para engañarte. Pero algo falso. Seguro que alguien echó a correr el rumor y los pobres flacos se lo creyeron. Carlitos los mira, primero al Negro, después al Conejo, después de nuevo al Negro. Acerca los labios a la taza. Toma un par de tragos. Pone cara rara. Toma un trago más.

—¿Y esto qué es?

—Ya te dijimos, boludo. Pócima de trinchera.

—Sí, pero qué tiene.

—Yerba, café y azúcar. Todo mezclado. Al principio es un asco, pero después te acostumbrás.

Carlitos mira el interior de su taza. Después da un trago más.

—Por lo menos está bien caliente —concede.

—No te hagas el boludo y decinos, Carlitos —insiste Antonio.

Carlitos apoya la taza en el estante y se acomoda mejor en su sitio.

—Eh…, no creo, Negro. Yo la veo medio… complicada la cosa.

—¿«Complicada» significa que está difícil que se pongan de acuerdo? ¿O que nos vamos a cagar a tiros?

Carlitos alarga la mano hasta la taza, se la lleva otra vez a los labios y apura el resto. Mira por la ventana cómo se va yendo la tarde. Pero mira para afuera también para no tener que mirarlos a ellos.

—Mirá, Negro. El otro día… parece que los ingleses recuperaron las Georgias.

—¿Cómo que las recuperaron?

—Sí, boludo. Desembarcaron y los pocos argentinos que había ahí se rindieron.

—¿Pero las Georgias cuáles son? ¿Están acá, con las Malvinas?

—No, boludo. Son unas que están en la loma del orto, como si te fueras, mirando el mapa, a la derecha, pero un montón —aclara Carlitos, marcando en el vidrio a medida que explica—. Pero la Argentina las ocupó al mismo tiempo que las Malvinas.

—¿Y qué?

—Y nada, bolas. Eso. Que llevan días hablando de eso, en el comando. Que los ingleses fueron con un par de barcos y desembarcaron, y los argentinos se rindieron.

—¿Se cagaron a tiros?

—No sé, pero ganaron los ingleses.

Se hace un silencio largo.

—Si se tomaron el trabajo de ir hasta las Georgias, recuperarlas y todo eso…

—Ahora van a venir para acá, seguro —completa el Conejo, cabizbajo.

Antonio estira la mano hacia uno de los paquetes de galletitas. Abre el plástico y ofrece a los demás. El Conejo se sirve. Carlitos niega con la cabeza.

—Dale, boludo, comé.

—No, son para ustedes.

—Si las trajiste vos. No seas boludo, comé.

—No, yo allá abajo tengo bastante comida. Coman ustedes.

Hace una pausa y sonríe por lo que se le acaba de ocurrir.

—Además, me convidaron con esta mierda que toman ustedes…

—¿Te gustó?

—Más rica que la mierda… ¿cómo se llama? ¿Receta mágica de qué?

—Ninguna receta, nabo. Pócima. Pócima de trinchera.

—Bueno, dame un poco más de pócima de trinchera, dale.

Antonio, que ha estado mirando hacia afuera, se encara directo con Carlitos.

—Entonces va a haber guerra, decís vos.

No dice nada más, pero se lo queda mirando. Carlitos le da vueltas a su taza vacía.

—Sí, Negro. Me parece que sí.

La guerra

1

El estruendo de la primera bomba hace que Camargo se incorpore en la cama y esté en la puerta de la barraca gritando órdenes un minuto después. El primer rostro conocido con el que se cruza es el de Quinteros, que atraviesa corriendo el terreno delante del cobertizo en el que duermen los oficiales superiores.

—¡Novedades, teniente! —ordena Camargo.

Quinteros detiene su carrera.

—Bombardean el aeropuerto, mayor. Estoy ordenando a la tropa que permanezca en los pozos de zorro hasta tener más claro el panorama.

—¿Y quién le dijo a usted eso de mantener a la tropa en los pozos? ¡Si nos están atacando tenemos que salir a responder, teniente!

—Señor…, es de noche, no sabemos si hay ataque terrestre… Si salimos a la intemperie nos pueden dar con la artillería sin que sirva para nada…

Camargo no da crédito a lo que escucha. ¿Ese tenientito de mierda le está discutiendo las órdenes?

—Mire, teniente. No me va a decir a mí lo que tenemos que hacer. Aliste a la gente, que salimos de inmediato. Fusiles y cargadores, nada de armamento pesado.

Se escuchan cuatro estallidos más, en la misma zona. ¿Es impresión suya, o Quinteros sigue parado en el mismo lugar, mirándolo?

—¿Me escuchó o no me escuchó?

Transcurren todavía algunos segundos hasta que el teniente le responde:

—Sí, señor. Enseguida.

Quinteros se da media vuelta y sale al trote hacia los pozos de zorro desperdigados en las inmediaciones de la barraca. Camargo escucha otras tres detonaciones. Son profundas, muy graves. Debe ser un bombardeo aéreo, y por la zona del aeropuerto. Vuelve a su dormitorio para recoger el

equipo. Casco, campera, fusil. Se mete en los bolsillos un par de cargadores para el FAL. Vuelve afuera. Quinteros está rodilla en tierra con una veintena de soldados alrededor, en la misma posición. ¿Qué le pasa a ese estúpido? ¿Tiene miedo de que le caiga una bomba en la cabeza? Camargo se aproxima hasta su subordinado.

—¿Se puede saber dónde está el resto de la gente, teniente?

—Sí, mayor. Los dejé con órdenes de defender la posición, en caso de que se produzca combate terrestre.

Lo rápido de la respuesta le hace pensar a Camargo que el muy ladino se la tenía preparada desde que él le dio la orden de alistar a la gente. Un modo de obedecerlo, pero hasta por ahí nomás. Lo que Quinteros le reunió es media sección de infantería. Infeliz. El mayor tiene que concederle, por lo menos, que tiene cierta astucia. Y eso de tenerlos esperando agazapados, como si pudiera caerles una bomba en cualquier momento, es el modo que encuentra Quinteros de seguir discutiendo con él.

—Vamos —ordena Camargo, sin esperar a que el teniente los aliste.

—¡Seguirme! —se oye gritar a Quinteros a la tropa reunida.

Camargo emprende la caminata a paso vivo. Se oye el ruido de las pisadas de la veintena de hombres a sus espaldas. El mayor gira la cabeza para ver si el teniente apura el paso para ponerse a su altura. La luz es demasiado escasa como para ver los rostros, pero Camargo adivina que Quinteros es esa figura que está al costado de la hilera de soldados, impartiendo algunas órdenes. Debe estar indicándole a algún cabo que cierre la marcha. Después busca su sitio a mitad de la columna. ¿Así que se va a quedar ahí, en medio de sus subordinados? Camargo no tiene problema. Tiene perfectamente claro hacia dónde conducirlos. Si el ataque inglés es en el aeropuerto, pues hacia el aeropuerto es hacia donde van ellos. Qué carajo. Como si los acontecimientos se esforzaran en darle la razón, allá adelante, en el aeródromo, se oye el estruendo de otras tres bombas detonando.

2

Apenas se ponen en marcha suenan tres bombazos más, allá delante, en la zona del aeropuerto, y después nada. Durante un buen rato caminan en silencio, manteniendo el paso. Ahora que están próximos a la base aérea, Quinteros se acerca al trote al mayor Camargo, que sigue encabezando la hilera. El mayor percibe el sonido de sus pasos y se da vuelta hacia él, cuando está llegando.

—Ah, ¿ahora le agarró el apuro, teniente? ¿Tiene ganas de que lo vean en primera fila?

Quinteros respira hondo. Hasta el momento sobre Camargo tiene dos campanas, muy distintas entre sí. Una campana dice que es un tipo duro, curtido, con mucha banca entre sus superiores. Ésa es la campana que suena y suena cada vez que sale el tema, charlando con colegas. La otra campana es la que Quinteros construye con su propia experiencia, y que le dicta que Camargo es un pelotudo de marca mayor. ¿Cómo pueden ser dos campanas tan distintas? ¿Será culpa suya, de Quinteros, que arrancó con el pie izquierdo con este tipo, y no consigue remontar la antipatía que le despierta o que, más bien, se despiertan recíprocamente?

—No, mi mayor. Vengo a consultarle cómo vamos a hacer con el santo y seña, porque como salimos de apuro…

Quinteros se ha esforzado por usar un tono respetuoso, calmo, casi plano. Nada que sugiera una crítica velada a lo que están haciendo, que le sigue pareciendo una locura: una veintena larga de soldados caminando hacia el aeropuerto de Malvinas, sin un plan definido, sin cobertura de ningún tipo y, sobre todo, sin órdenes. Y Quinteros piensa que eso es lo peor de todo, porque, de hecho, cuando se topen con los defensores de la base, cuyos puestos de avanzada tienen que estar muy cerca, no van a poder identificarse como compatriotas, porque no manejan las mismas claves de reconocimiento en el centro del pueblo que allí, en la base aérea. O sí. Pero no están seguros. Ahí está el asunto. Que bien podría pasar que

los defensores del aeropuerto empezaran a dispararles confundiéndolos con ingleses. Y el modo más educado que encontró para dárselo a entender al mayor es ése.

—Vamos a hacer lo siguiente, teniente —¿es impresión de Quinteros, o el tono de voz de Camargo es bastante menos prepotente que hace medio minuto?—. Vamos a aminorar el ritmo de marcha. Pero seguimos hacia el aeropuerto.

—Entendido, mayor —Quinteros se detiene para esperar que el resto de la columna lo alcance. Identifica al sargento Cóceres—. Sargento, vamos más despacio. Bajamos el ritmo de marcha.

—Sí, mi teniente primero.

A Quinteros no se le escapa la expresión de extrañeza del sargento, pero el salteño obedece sin chistar. Quinteros no va a complicar la cadena de mando dándole a entender a su sargento que el mayor es un incompetente. Porque en el fondo lo que sucede es eso, y Camargo es tan inútil que la manera que ha encontrado de evitar que los defensores del aeropuerto los caguen a tiros es esperar a que aclare más el día y los centinelas puedan reconocer sus uniformes. Pero no tiene sentido compartir esa información con Cóceres, ni con nadie más. Esto recién empieza, y tarde o temprano habrá que dar órdenes difíciles en situaciones difíciles. Y no será bueno que, para entonces, la gente esté convencida de que el mayor es un imbécil. En todo caso habrá que hacer lo que se hizo hoy: obedecerlo pero moderando el impacto de sus equivocaciones. En caso de que las haya, claro. Porque en una de esas hasta ahora han tenido mala suerte y el tal Camargo es un buen militar, como dice esa campana que Quinteros ha escuchado cincuenta veces. Lástima que hasta ahora haya tanta distancia entre esa campana y la realidad.

Quinteros se pone en marcha otra vez, a mitad de la columna. Comprueba, complacido, que el sargento Cóceres ha bajado la velocidad de avance sin necesidad de comunicarlo en voz alta. Simplemente se ha puesto al frente de la media sección y lleva el ritmo. Allá adelante, gracias a Dios, se ve crecer la claridad en el horizonte. En un rato más serán visibles para cualquier defensor del aeropuerto.

3

Las noches, desde que llegaron, son una mezcla monótona del silbido del viento y el silencio de todo lo demás. Por eso el primer bombazo los sobresalta y los despabila de inmediato.

—¿Escuchaste eso, Negro?

—Sí, Conejo. Lo escuché.

—¿Serán bombas? ¿Vos qué decís?

—Más bien que son bombas. ¿Qué van a ser, si no?

Se escucha el roce de la ropa del Conejo, que se retuerce dentro de su bolsa de dormir. La luz de un fósforo ilumina el interior del pozo mientras enciende el cabo de vela que utilizan como farolito, pegado con cera en una lata de conserva.

—¿Sos boludo, Conejo? ¡Apagá esa luz!

—Si apago no veo nada, Negro.

—¡Justamente, pelotudo! ¡La idea es que no nos vean! ¡Mirá si nos tiran a nosotros!

—Nada que ver, Negro. Esos bombazos están lejísimos.

—¿Qué sos? ¿Experto en bombas sos?

El Conejo termina de atarse los borceguíes y se incorpora. Mueve la lona que tapa la entrada y, antes de salir al exterior, apaga la vela.

—¿Pero a dónde vas, Conejo? ¿Estás en pedo?

El otro no responde y se pierde en la oscuridad de afuera. Cuando los ojos de Antonio vuelven a acostumbrarse a la oscuridad, pega la cara al vidrio intentando ver algo, pero la noche es una boca de lobo. Insultando entre dientes se ajusta el calzado, se pone la campera y sale también.

—Estoy acá —le dice el Conejo, sin alzar demasiado la voz, desde unas piedras que están unos diez metros montaña arriba.

Antonio trepa hasta ese sitio y se sienta a su lado. Se acuerda de que dejó el FAL en el refugio y se insulta en voz baja. Se supone que tienen que tener el arma con ellos en todo momento. El cabo Colazo, que es su

jefe de grupo, los viene machacando con eso desde hace semanas, y tiene razón. Y si de repente salen un par de ingleses desde atrás de una piedra, ¿ellos dos qué hacen? Pero enseguida se distrae porque, en la lejanía, se ven dos fogonazos anaranjados, uno después del otro. Casi de inmediato se oyen los estampidos, seguiditos también.

—¿Eso por dónde es? —pregunta Antonio, porque es difícil ubicarse en la oscuridad—. ¿En el pueblo?

—No —responde el Conejo—. Es más allá. Es por el aeropuerto.

—¿Y vos cómo sabés?

El Conejo señala hacia adelante. Antonio lo distingue a duras penas, porque la noche está nublada y no se ve ni la luna ni las estrellas.

—Porque el pueblo es más o menos por allá. Y los fogonazos se vieron más en la punta. ¿Ves?

Otros dos fogonazos se producen casi en el mismo lugar de los anteriores.

—¿Serán aviones o barcos los que están atacando?

—Ni puta idea, Negro.

En el silencio posterior, Antonio se queda pensando en las palabras que acaba de usar. Atacando, dijo. Atacando. Los ingleses los están atacando. Se acuerda de todas las veces que hablaron, en estos días, sobre la posibilidad de que se armara la podrida. Apenas llegaron a las islas, todo el mundo estaba seguro de que no. De que no iba a pasar nada. Y que lo de los pozos de zorro y las prácticas de tiro con el teniente Feldmann eran cosas de milicos, que no les gusta ver que los colimbas estén al pedo. Pero fueron pasando los días y siguió todo igual. Mejor dicho, los oficiales fueron teniendo cada vez más cara de preocupados, y los suboficiales se fueron poniendo más nerviosos. Y, sin ir más lejos, el otro día a Carlitos, que subió a visitarlos, le tiraron de la lengua, con ese asunto de que está con el Estado Mayor, allá en el pueblo. Y su amigo les pintó un panorama negrísimo. Antonio siempre es partidario de no hacerse mala sangre hasta que no queda más remedio. Por eso hasta esta noche ha tratado de pensar que no, que guerra no iba a haber, que los dos países se estaban provocando como esos que compadrean para hacerse los malos pero están esperando que los demás, los que están mirando alrededor de los dos que discuten, los agarren para frenarlos. Pero eso de ahí, a lo lejos, son bombas. Bombas cayendo. El Conejo debe estar pensando algo parecido porque habla así, de la nada, en un tono de voz como para sí mismo:

—Se armó, nomás. La puta madre.
Eso dice. Nada más. Y los dos se quedan mirando la oscuridad.

4

Hoy Quinteros los levantó temprano, a él, a Levin y a Francos, y les dijo que aprestaran el equipo y el armamento liviano porque se iban de patrulla. Así nomás, lo dijo, como si fuera cosa de todos los días, cuando desde que llegaron a las islas lo único que hacen los tres —y algunos otros conscriptos destinados también al comando— es trabajar de cadetes o de oficinistas.

Y fue así, nomás. Salieron antes del amanecer con Quinteros, el sargento Cóceres y un cabo de ingenieros que los tiene que orientar para que eviten los campos minados. La claridad del día los agarró ya en medio del páramo, avanzando en fila india, con el teniente o el sargento turnándose de a ratos en la vanguardia. Ahora no llueve, pero todo indica que la pausa es pasajera. Qué manera de llover en estas islas, por favor.

El sargento Cóceres, que ahora encabeza la marcha, alza la mano para detener el avance. El teniente se aproxima a su subordinado para conversar en qué dirección van a seguir moviéndose. Carlitos acomoda la correa portafusil que le viene molestando en el hombro.

—Siempre cerca del mar, salteño —le dice el teniente al sargento, señalando adelante—. ¿O hay problema, por acá, cabo?

—No, señor —responde el zapador—. Por acá no minamos.

Vuelven a ponerse en marcha. Carlitos no sabe qué es lo que están buscando exactamente. Van viboreando pegados a la costa, al norte del pueblo. El avance es lento porque el sitio no es como las playas que Carlitos conoce. Las de Buenos Aires son lisas, rectas, una franja de arena paralela entre el agua y los médanos en los que crecen los yuyos. Acá nada que ver. Cambia todo el tiempo. Hay playas, pero son cortitas y medio en curva, y en las puntas hay rocas. Y después hay lugares en los que las rocas caen a pico directamente al agua, como acantilados. Y después hay lugares medio pantanosos, en los que te acercás a la orilla y los borceguíes se te van hundiendo en la turba, cada vez más, pero no hay arena ni roca.

A veces ves bien el borde del agua y a veces te lo tapan unos pastos bastante altos. Por eso van tan lento. Porque tienen que rodear las piedras y los pantanos. Pero cuando llegan a una parte de playa lisa a Quinteros no le interesa que vayan por ahí, y los hace alejarse un poco de la orilla. Tampoco les dice qué es lo que buscan, aunque Carlitos supone que el sargento sí sabe.

De todas maneras la está pasando bien, porque el aire frío y el ejercicio es como si le despejaran la cabeza, y se cruzan con un montón de pájaros que no conoce, y porque Carlitos toma conciencia de que es un privilegiado por estar recorriendo esos lugares en los que casi ningún argentino ha estado nunca. Además Carlitos se siente seguro con el teniente Quinteros, porque es un tipo serio y de pocas pulgas cuando las cosas no se hacen como corresponde, pero al mismo tiempo se preocupa por hacer bien el trabajo y cuidar a los soldados, y eso se agradece. Sin ir más lejos, hay dos playas que se las hizo rodear, porque aunque no figuran como campos minados, el zapador de ingenieros no estaba del todo seguro, y el teniente dijo que entonces por ahí no fuera, porque lo único que falta es que estén minadas y los pelotudos no le hayan actualizado el mapa. Así que dieron un rodeo y listo.

A medida que pasa el día Carlitos se siente más y más contento. No nota el cansancio de la marcha. O, más bien, ese cansancio se compensa con la sensación de novedad, de aire libre, de estar explorando lugares en los que nunca jamás en la puta vida anduvo caminando nadie. Así de salvaje, así de libre, así de solo se siente ese sitio. El teniente consulta su reloj con frecuencia, porque no quiere que se les haga de noche en medio de la patrulla. Aclara, igual, que cuando decidan volver van a hacer más rápido porque van a cortar camino directamente hacia el pueblo, en lugar de seguir la línea de la costa.

Son casi las cuatro de la tarde cuando les toca vadear un pantanito rodeado de rocas, en uno de esos sitios en los que la orilla del mar no se ve por esos pastos silvestres y crecidos. De nuevo el sargento Cóceres alza un brazo para detener la marcha, pero esta vez la cara con la que se vuelve a mirar al teniente es más seria, como si de repente fuera de preocupación o de alarma. Quinteros lo pesca al vuelo, porque les hace gestos de que se echen cuerpo a tierra, mientras él se acerca al sargento en un trotecito agazapado. Carlitos, desde el suelo, estira el pescuezo para ver. Sus superiores, rodilla en tierra, medio ocultos por los pastos, hablan un

minuto largo. Después el teniente se incorpora y camina en la dirección que le ha señalado el sargento. Cóceres, mientras tanto, se acerca a ellos y los hace disponerse en semicírculo, pero de cara al interior de la isla, no al mar. Carlitos se pregunta qué carajo pasa para que así, de repente, les den una orden semejante.

Unos minutos después regresa el teniente hasta donde están. Levin le pregunta qué pasa. Quinteros parece dudar, pero después le hace un gesto al conscripto y al cabo para que lo acompañen. Los demás siguen en posición, con el sargento. Cuando vuelven, Quinteros les ordena a Carlitos y al soldado restante, Francos, que lo sigan. Avanzan veinte o treinta metros por entre los pastos hasta que los borceguíes hacen ruido de chapoteo. Quinteros señala con el mentón adelante, para que miren. Hay una balsa. Carlitos se aproxima. En el costado la balsa tiene pintado, sobre la lona, un cartel que dice «HMS Hermes». Carlitos siente un escalofrío que le recorre la espalda. De una anilla de la proa de la balsa sale una soga que está atada a una piedra bastante grande. Carlitos se asoma para ver el interior. Al piso de la balsa le han hecho varios cortes longitudinales. Y los dos remos están partidos. Eso lo acaba de hacer el teniente, seguro, para inutilizarla. De pronto la tarde es otra cosa. Carlitos se incorpora y mira a los costados. Qué pelotudo, él, que venía tan campante.

Vuelven a la posición en la que esperan Cóceres y Levin. Rodilla en tierra, Quinteros les dice que no se asusten, que no va a pasar nada. Los ingleses deben estar muy lejos, escondidos en algún lugar para hacer inteligencia sobre el aeropuerto o sobre el pueblo. Y si están cerca, no van a ser tan pelotudos de abrir fuego sobre ellos y delatar su posición. De todos modos, van a volver bien atentos, con los fusiles listos y más dispersos. Pero que no tengan miedo, que no va a pasar nada.

Emprenden el regreso. Tal como les habían dicho, dejan a su espalda la orilla del mar y van cortando camino. Pero el lugar, para Carlitos, es otro. Todo, de repente, es otro sitio. Ahora es un lugar peligroso en el que hay comandos ingleses acechándolos. Hasta este momento pensaba que los ingleses estaban solamente en los barcos que se acercan por la noche y en esos aviones Harrier que de vez en cuando cruzan el cielo, atacan y se alejan enseguida.

Llegan al pueblo con las últimas luces del crepúsculo.

5

Eso decía siempre su tío Rudecindo: que uno se acostumbra a todo. Antonio creía que no, que su tío estaba equivocado, que había cosas a las que uno no se acostumbra nunca. Pero ahora no está tan seguro.

Las primeras dos noches el cañoneo lo vieron de lejos. Pero la tercera entraron a tirar sobre las posiciones de ellos. Antonio y el Conejo se la pasaron despiertos, aterrorizados, acostados en el pozo de zorro con el casco puesto, las manos tapando los oídos y la boca bien abierta para evitar la rotura de los tímpanos, como les habían enseñado. La siguiente pasó lo mismo. Ya la noche posterior Antonio se acomodó más como siempre y durmió sin el casco. Y durmió. Escuchó las bombas, pero las escuchó de fondo. Además, tampoco cayeron tan cerca. Hablaron un poco con el teniente Feldmann, que dice que lo que hacen los ingleses es un cañoneo de perturbación. Así parece que le dicen. Los tipos disparan desde sus barcos, de noche, porque de ese modo no tienen miedo de que los ataquen los aviones argentinos. Entonces se acercan a la costa, pero lo de acercarse es un decir, porque se quedan a más de diez kilómetros para que los argentinos no les puedan pegar con la artillería terrestre, por una cuestión de alcance. Y tiran desde ahí, durante varias horas. Pero entre que tiran desde muy lejos, y que tienen un área inmensa para bombardear, van tirando salteado. Un poco en este monte, un poco en aquel, un poco en el valle que queda en el medio. Así durante algunas horas. Después se las pican, antes de que amanezca. Y así cada noche.

Pero justamente por eso, porque lo hacen todas las noches, llega un punto en que te acostumbrás. Sí es cierto que no podés andar a la intemperie, porque si te llega a caer una bomba más o menos cerca te puede hacer mierda. Pero si estás adentro del pozo estás a salvo. Bueno, eso si no te cae la bomba justo, justito adentro del refugio. Dicen que la otra noche cayó un proyectil adentro del pozo de zorro de dos soldados del Regimiento de Infantería 6 y los mató en el acto. Los pulverizó, dicen. No

quedó nada, dicen. Pero ahí está: si uno se va a guiar por lo que dicen, se vuelve loco. Porque tenés a los que se la pasan diciendo cosas malas y los que se la pasan inventando cosas buenas. Y Antonio no se quiere enganchar ni con unos ni con los otros. Porque están los que te dicen que cualquier día de estos te atacan los gurkas, que parece que son unos chinos sanguinarios o algo así. Y al revés, están los que aseguran que mañana o pasado firman la paz en las Naciones Unidas y se vuelve todo el mundo para casa. Y Antonio no está dispuesto a dejarse llevar por esas pelotudeces.

Una cosa mala de los bombardeos es que con el Conejo tuvieron que desarmar la ventana del refugio. Porque es verdad que si te estalla una bomba cerca capaz que la onda expansiva rompe el vidrio y adentro del pozo te cortás todo. Así que, con todo el dolor del alma, la tuvieron que sacar. El marco lo dejaron y queda lindo, porque se sigue viendo el mar. Pero sin el vidrio hace mucho más frío. Sobre todo ahora, que los días son cada vez más cortos y llueve cada dos por tres y hace un frío de la hostia.

Otra macana que trajo el cañoneo naval tiene que ver con la comida. Antes venían puntuales con la cocina de campaña, pero ahora vienen salteado. Hay días que sí les dan todas las comidas, pero hay otros que los sacan del paso nomás con una comida única y gracias. Y no falta el día que los hacen arreglar con unas raciones de combate que son una porquería, todo seco, todo frío, y te morís de hambre. Eso, y que parece que el camino está cada vez peor con las lluvias y tanto trajín de ida y de vuelta. Se ve que los caminos son malos acá, y no están hechos para tanto vehículo pesado. En el fondo es como en Clodomira, con eso de los caminos. Que cuando hay sequía parece que están bien, pero donde caen dos gotas varios días seguidos termina hecho un barrial y te atascás de nada. Ya más de una vez los hicieron bajar hasta el pie del monte para empujar el camión de la cocina. Pero todo lo hacés bajo esa lluvia finita que te viene de costado por culpa del viento. El cielo ya no tiene esas nubes gordas que largaban lluvia cuando pasaban pero entre nube y nube tenías un respiro. Ahora el cielo está todo gris, todo el tiempo, y no deja de llover casi nunca. Y con viento.

Al final no te dan ganas de nada más que de estar metido en el pozo dejando pasar el tiempo. Si hasta el Conejo, que desde que lo conoce siempre fue jodón, estos días está bajoneado. No te queda otra, piensa Antonio. Aunque te quieras escapar, terminás con este humor de mierda y

esta cara de culo. Pero dormís. Igual dormís. Porque se ve que el tío Rudecindo tenía razón, y uno se acostumbra a todo. Tarde o temprano, se acostumbra a todo.

6

Mientras Quinteros señala en el mapa el lugar exacto en el que encontraron la balsa inglesa, el mayor Camargo vuelve a felicitarse por tenerlo consigo. ¿Quién era el que decía que a los enemigos hay que tenerlos aún más cerca que a los amigos? ¿Perón? ¿Maquiavelo? El mayor no está seguro de la autoría de la frase, pero sí lo está de su contenido. Bueno, tampoco puede definir a ese joven teniente primero como un enemigo. No tiene esa envergadura. Los enemigos de Camargo son mucho más pesados y poderosos. Pero es cierto que el teniente reúne algunas cualidades que lo tornan, si no peligroso, por lo menos… amenazante. Eso. Amenazante. Para empezar, es inteligente. Se le nota. Y en ese mar de mediocridad en el que ambos se ven obligados a navegar, una inteligencia como la de Quinteros es un elemento infrecuente. Además tiene iniciativa. Algunos inteligentes prefieren mantenerse en segundo plano, lejos de los focos de la visibilidad. Pero este tipo no teme dar un paso al frente porque —y ahí está su tercera característica— está convencido de la tarea que tienen entre manos. Desde que llegaron a las islas viene machacando con la idea de que habrá guerra. No porque la desee, sino porque no cree que pueda ser evitada, sobre todo porque los ingleses están dispuestos a llevar el enfrentamiento hasta ahí en cuanto les sea posible.

En eso se ha diferenciado de Camargo, que llegó a las Malvinas pensando que los mayores contratiempos que se avecinaban eran el frío y el aburrimiento. Ahora no. Ahora Camargo también está convencido de que están metidos hasta el cuello en una guerra.

En este momento Quinteros argumenta, en soledad, que los ingleses, cuando desembarquen, lo harán lejos de Puerto Argentino. Y lo hace en soledad, porque todo el alto mando está convencido de que van a desembarcar en Puerto Argentino. Todos en la reunión —excepto Quinteros— piensan que los ingleses copiarán lo hecho por la Infantería

de Marina argentina el 2 de abril: tocarán tierra en las inmediaciones de Puerto Argentino, apuntando a la yugular del dispositivo defensivo.

En realidad, que un simple teniente primero esté tomando parte de este cónclave es casi una osadía. Pero su hallazgo de la balsa del Hermes le ha dado chapa entre la superioridad. Mejor dicho: es como cuando el perro de uno hace algo provechoso. Uno cosecha los laureles de lo que hizo el perro. Por eso el mayor se lo trajo a esta reunión. Lucirlo es un modo de lucirse.

En realidad, ya es casi el momento de ponerle la correa y mandarlo de regreso a la cucha, porque se está poniendo demasiado insistente con esa idea del desembarco lejano.

—Pero no lo entiendo, teniente —le está diciendo el coronel Núñez a Quinteros—. Si usted mismo dice que encontró esta balsa inglesa a pocos kilómetros de acá, eso significa que los ingleses piensan desembarcar acá cerca.

—No, mi coronel —se empecina Quinteros—. Esa balsa debe pertenecer a un comando que desembarcó para hacer inteligencia. Y no debe ser el único, calculo. Deben haber desembarcado en muchos puntos al mismo tiempo.

—¿Y entonces?

—La inteligencia les dirá que Puerto Argentino está muy reforzado, con mucha concentración de tropas, de artillería, de recursos. Juntarán esa información con la que les indica que hay otros sitios mucho más convenientes.

—Más convenientes según usted.

—Sí, señor. Según yo, lo reconozco.

Se hace un silencio. Camargo decide que es momento de intervenir, para dejar bien claro que los argumentos de su subordinado no son los suyos. Porque él, Camargo, no piensa tomar parte en este debate. Pase lo que pase, lo importante será la impronta que uno deje en la cabeza del generalato. La ventaja de la ambigüedad es que uno puede acomodar el pasado de acuerdo con lo que suceda en el futuro.

—No tiene sentido, teniente —dice uno de los dos generales presentes, y las cabezas que rodean la mesa de trabajo se vuelven hacia él—. No tiene sentido que los ingleses sometan a sus infantes a un esfuerzo semejante. Porque… ¿dónde desembarcarían, según usted?

Quinteros parece estar esperando la pregunta: señala el estrecho que separa las dos islas, la Gran Malvina y la Soledad.

—Acá, mi general. En el estrecho de San Carlos. Probablemente en la bahía de San Carlos, o por ahí.

—Ese lugar ya fue descartado por nuestra inteligencia, teniente —vuelve a intervenir el coronel—. Se analizó una decena de opciones, y esa bahía que dice usted no está contemplada.

—Les pido que lo piensen un segundo, señor —insiste Quinteros—. Desembarcar en la Gran Malvina no tiene sentido, porque después tendrían que cruzar el estrecho. No van a someterse a los peligros de dos desembarcos, pudiendo hacer uno sólo.

—Por supuesto.

—Nos queda la isla Soledad, que es donde estamos nosotros. Pero esta isla tiene una forma rara, también. Está casi cortada por la mitad, salvo por ese puentecito de tierra que hay en Goose Green.

Quinteros señala el único lugar por el que se conectan la mitad sur y la mitad norte de la isla Soledad.

—Y por eso no hay manera de que desembarquen en la mitad sur. Porque si lo hicieran, nosotros reforzaríamos Goose Green con todo lo que tenemos y eso les volvería imposible pasar por ahí. Por eso tiene que ser, dentro de la isla Soledad, la mitad norte.

—Y es por eso —interrumpe el otro general, usando un tono ligeramente condescendiente— que nuestra inteligencia descartó las playas que descartó y se quedó con las que se quedó, teniente.

—¡Pero descartó San Carlos, y es ahí donde van a desembarcar! Las bahías del estrecho están rodeadas de montes, y eso dificulta que nuestros aviones los ataquen. Van a evitar entrar desde mar abierto. ¡Van a desembarcar en el estrecho y desde ahí atacan Darwin y Goose Green, y después vienen para acá! ¿En serio no lo ven?

Más de una cabeza se vuelve de nuevo hacia Quinteros, con cierta dosis de sorpresa. No se espera de un teniente semejante nivel de vehemencia para contradecir a un superior. Camargo decide intervenir. No sea cosa que este mocoso termine haciéndolo quedar mal.

—Mire, teniente. El Estado Mayor valora su trabajo, y la iniciativa que viene demostrando. Pero usted también tiene que entender que acá cada cual tiene su incumbencia, y su función como teniente primero de

infantería no es criticar el trabajo de la inteligencia militar. Agradezca que está adscripto al Estado Mayor y aproveche la experiencia.

El rostro de Quinteros vira hacia tonos de rojo cada vez más intensos. Imprudencias propias de la juventud, se dice el mayor. O no, tampoco es tan así. Cuando él era teniente jamás hubiera protagonizado una escena como esta. Los militares son personas sensibles al principio de autoridad, y ninguno de los que está ahí disfruta que lo cuestionen. De todos modos, Camargo sigue convencido de que ha hecho bien en traerse consigo a este simple teniente. Habría sido un desperdicio dejarlo arriba del monte con el resto de la compañía. Todo el mundo, en el comando, sabe que Quinteros es suyo. De lo que se trata, ahora, como siempre, es de manejarlo de modo tal que los aciertos del teniente repercutan en el prestigio de su mayor, y sus errores sigan de largo sin tocarlo. Y decide ponerle el moño al asunto:

—Le agradecemos su informe, teniente. Pero zapatero a tus zapatos. Vaya nomás, que cualquier duda que nos quede lo mandamos llamar.

Eso es todo lo que dice el mayor. Sin ponerse de pie, sino simplemente señalándole la puerta con un gesto. Sin mirarlo, además. Con los ojos fijos en los papeles que tiene delante. Al darle la orden de que se retire, Camargo reafirma que es su subordinado. Suyo, propiedad casi, de Camargo. Y al indicárselo justo después de que el general lo ha puesto en su sitio, Camargo se hace cargo frente a sus superiores de lo que le toca. Solté al perro, lindo perro, pero ahora que se está poniendo cargoso, ato a mi perro y me lo llevo a su cucha. Perro exhibido, perro utilizado, perro aprovechado, perro neutralizado. Listo por ahora.

El teniente sale de la oficina y cierra con cuidado. Camargo espera a escuchar el sonido del picaporte para alzar la cabeza de sus anotaciones.

—Y bien, coronel —el general que lidera la reunión se dirige a uno de los oficiales que está sentado del otro lado de la mesa, un poco en diagonal —. Creo que le toca a usted ponernos al tanto de la cuestión de los suministros para bahía Fox.

El aludido se aclara la garganta antes de empezar a hablar. Camargo se distrae mirando el punto rojo que marcaron en el mapa, sobre la costa, donde apareció la balsa esa del barco inglés. ¿Tendrá razón Quinteros o tendrá razón la mayoría? En el fondo, a Camargo le da exactamente lo mismo.

7

Esta mañana por lo menos no llueve. Por el cielo pasan nubes gordas y blanquecinas, y cuando pasan esas nubes se oculta el sol, pero enseguida vuelve a salir porque hay mucho viento y las nubes van rápido. A Antonio le sorprende un poco que los mande llamar el teniente Feldmann. Lo primero que piensan con el Conejo es que se mandaron alguna cagada y los van a levantar en peso, pero resulta que no. El teniente les dice que estuvieron pensando que con este asunto de que la comida no llega como debiera hay que encontrar alguna solución, así que tienen que bajar para el lado del mar y cazar alguna oveja.

La orden lo deja un poco perplejo, la verdad, porque no se imaginaba que los fueran a autorizar. Escuchó por ahí que en otras zonas del dispositivo se armó quilombo con eso de la comida, porque a veces los soldados bajan a tratar de encontrar algo. Algunos es verdad que les tiran a las ovejas, pero los más aventureros se animan a ir hasta el pueblo a ver si ligan algo en los depósitos. Porque abajo, en el pueblo, sí hay comida. El asunto es que se les complica subirla. Pero cuando van sin permiso pasa lo que pasa si un colimba hace algo sin autorización. Si te descubren, te castigan. Y te castigan feo. Más de uno les habló de soldados estaqueados por los suboficiales, y es pensar en esa imagen y que a Antonio se le ericen los pelos de la nuca, porque si una estaqueada es terrible en cualquier clima, ahí, con ese frío, es una cosa que no tiene nombre.

Se miran con el Conejo y se conocen tanto que Antonio está seguro de que están pensando lo mismo; menos mal que el teniente mismo es el que les está dando esa misión. Así nadie va a poder reclamarles nada.

Una cosa más, dice el teniente Feldmann: van a ir con el cabo Burgos y con un soldado zapador de la Compañía de Ingenieros, porque los zapadores son los que conocen los corredores seguros para evitar los campos minados. Que el soldado de Ingenieros está al caer, porque lo mandaron a buscar con el estafeta. Y que se vayan a preparar, dice el

teniente. Y cuando ya se están despidiendo, el Conejo le dice al teniente si le puede preguntar algo, si no es molestia. Y el teniente le dice que sí, que le pregunte. Y el Conejo le pregunta si el teniente es algo del delantero de Boca, por el apellido.

Antonio piensa que el Conejo es incorregible, el hijo de puta. Siempre está pensando en alguna boludez. ¿A quién carajo le puede importar si el teniente Feldmann es pariente del delantero que jugó en Boca, por Dios? Al Conejo. Al Conejo le importa. El teniente se lo toma bien y le dice que no. Que él, el teniente, es Feldmann, así, con d en el medio entre la l y la m, y con doble n al final. Y que el delantero de Boca, cree el teniente, era Felman. Sin la d. «Ah», dice el Conejo. «Yo pensé que el suyo era igual. Sin la d». «No, el mío es con la d», repite el teniente, y el incauto le pregunta al Conejo si le gusta el fútbol.

Incauto, porque si al Conejo le sacan el tema del fútbol no para nunca más. No es capaz de detenerse. Puede hablar de fútbol dos días seguidos. Me encanta, dice el Conejo. Es cierto que como a Antonio el fútbol le importa tres cominos, el pobre Conejo no tiene con quién hablar de fútbol. A veces habla igual, pero como Antonio no tiene ni idea, el otro se aburre pronto y cambia de tema. Pero cuando encuentra a alguien a quien sí le gusta, se pone como loco el Conejo. Es como si tuviera que recuperar el tiempo perdido y arranca a hablar y no lo para nadie. Antonio no cree que se anime con un teniente, pero el teniente le pregunta si es hincha de Boca. «No», dice el Conejo, irguiéndose, casi ofendido, como hace siempre. «Yo soy de Independiente». «Yo también», dice el teniente, y Antonio pide permiso para volver al refugio para alistar el equipo, y el teniente le dice que sí, que vaya nomás, y se ponen con el Conejo a hablar los dos, y mientras Antonio se aleja escucha las cosas que dice siempre el Conejo cuando se encuentra con otro hincha de Independiente. Que no sé qué de Nito Veiga, que parece que es el técnico, y la Copa Libertadores, y Antonio sigue bajando y todavía los escucha, y se alegra de que el Conejo haya encontrado con quien ponerse a hablar, porque hablar de Independiente siempre lo alegra, y lo último que escucha es al teniente diciendo no sé qué sobre Bochini y lo genio que es.

8

Queridos papá y mamá:

Estos días no pude escribirles porque me tienen de un lado para otro, haciendo de estafeta. Estafeta, no sé si lo saben, es el soldado que usan de mensajero para llevar mensajes de un lado a otro. A veces, con esto de que sé escribir a máquina bastante bien, me ponen a pasar informes o comunicaciones que tienen que mandar al continente. Así le dicen todos acá al territorio argentino: «continente». No quieren decir «Argentina» para hablar de allá, porque les parece que eso sería como aceptar que esto no es, también, Argentina. Por eso, para evitar que alguien los pueda considerar poco patriotas, dicen «el continente» para hablar de allá y «las islas», para hablar de acá.

Bueno, la cosa es que de vez en cuando, en lugar de tenerme como bola sin manija entre el Estado Mayor, el Correo, los depósitos, el aeropuerto o las zonas de montaña donde está desplegada la infantería, me dejan en la oficina pasando cosas a máquina. Mirá vos, quién iba a decir, con lo que yo me quejaba de tener dactilografía como materia en el secundario, ahora la uso todo el tiempo.

Justo en estos días me tocó pasar una nota larga en la que el gobernador se quejaba a sus superiores, en Bahía Blanca, de que esto, la verdad, es un quilombo. Bueno, en realidad, no sé si son sus superiores. No sé qué vale más, si el general que está a cargo del teatro de operaciones o el gobernador de las islas. El asunto es que se quejaba, y mucho, porque se está poniendo muy complicado el abastecimiento a las tropas que están lejos del pueblo, y que son la mayoría. Cuanto más lejos están, más problemas para mandarles la comida, el abrigo, las cartas de los familiares, todo. El informe hablaba de falta de combustible, de que los caminos son un desastre, de que los helicópteros no dan abasto, de que el clima es cada vez más frío y más lluvioso, y de que el ánimo de las tropas está cada vez más decaído. Además el informe hablaba de graves problemas en la obtención de inteligencia sobre el enemigo. Eso, en criollo, quiere decir que no tenemos ni la más pálida idea de lo que están haciendo los ingleses, ni cómo se están preparando, ni por qué parte de las islas van a desembarcar para atacarnos. Porque eso es seguro, eso de que van a atacarnos. Hasta ahora nos sacuden de lo lindo con cañoneos navales y con aviones Harrier que vienen de vez en cuando. No es tanto el daño que hacen como que te ponen los nervios de punta. No te dejan descansar (los barcos cañonean de noche) y estás todo el tiempo nervioso por si atacan. Van variando, un día atacan un monte, otro día el aeropuerto, otro día otro monte, y así. Y, como les digo, no es tanto el daño que hacen como lo nerviosos que nos ponen.

El otro día salimos de patrulla y nos encontramos con una balsa de unos comandos y el teniente nos explicó que se infiltran así: desembarcan un grupito de tres o cuatro, se esconden y espían desde ahí. De noche salen un poco de sus agujeros y de día se vuelven a meter, para que no los descubramos nosotros. Y después se pegan la vuelta y los recogen en la orilla con botes más grandes, y se las toman de regreso para la flota de ellos. Y cuando llegan a los barcos explican lo que vieron, dónde están nuestras tropas, cómo están de preparadas, esas cosas. Bueno, ahora que lo pienso, eso es la inteligencia: lo que el gobernador se queja de que

nosotros no tenemos con respecto al enemigo. Espero que no se asusten con lo que les estuve contando, pero acá todos hablan de que tarde o temprano vamos a tener que pelear porque los ingleses van a venir, y se lo digo primero para que lo sepan, porque me parece que allá en Buenos Aires se están haciendo una idea errada de cómo viene la mano. Algún soldado tiene una portátil acá, y escucha las radios de Buenos Aires, y comenta que allá informan poco y nada de estas cosas. Y segundo porque la verdad que no tengo con quién hablarlo, porque al Conejo y al Negro no los veo casi nunca, salvo cuando encuentro alguna excusa como para subir al monte donde está desplegada la compañía, y acá donde estoy como bien, y no paso nada de frío, pero me siento solo y…

Carlitos deja la birome al lado del papel. Relee la carta hasta el lugar en el que la interrumpió. Cuando siente que los ojos se le llenan de lágrimas inspira profundamente. Suelta el aire. Vuelve a inspirar. Vuelve a soltar. Le tranquiliza notar que los ojos se le secan, por lo menos un poco. Corta del cuaderno las dos hojas rayadas de la carta. Se levanta de la silla llevándolas en la mano. Sale al exterior. Parece mentira: uno sabe que afuera hace un frío de locos, pero cuando estás adentro te olvidás hasta que volvés a salir. Recién ahí te acordás del frío que hace. Esta vez le pasa lo mismo. Da vuelta en la esquina del edificio y con el viento de frente recibe la garúa en la cara. Ahí nomás, debajo de un alero, está el tambor de aceite que usan para calentarse durante las guardias. Carlitos se asoma y ve que hay varios leños encendidos. Echa un último vistazo a las dos hojas de cuaderno. Deja caer la primera y se queda mirando cómo se quema. Suelta la segunda.

—¿En qué andás, López? —pregunta un colimba cuyo puesto de guardia está dando la vuelta detrás del barracón, pero vino a calentarse un poco.

—Nada, Domínguez. ¿Vos?

—Nada. No se pasa más la hora.

Carlitos asiente, sin dejar de mirar el papel mientras se retuerce, se prende fuego y se consume. Después le hace una mueca para despedirse y vuelve adentro. Ahí, sobre la mesa, siguen el cuaderno y la birome.

Queridos mamá y papá:

Muchas gracias por la encomienda que mandaron el otro día. Estaba todo riquísimo. Igual estoy comiendo muy bien y no paso nada de frío. Díganles a Andrea y a Cecilia que me escriban, que hace como dos semanas que no me mandan ninguna carta. Acá estamos todos muy confiados en que se pueda llegar a un acuerdo, pero si hace falta pelear, sabemos que estamos preparados para que estén orgullosos de nosotros. Como está llegando el invierno, los días son cada vez más cortos y llueve mucho, pero duermo bajo techo y estoy bien abrigado. Bueno, les dejo un beso grande y ojalá nos encontremos muy pronto.

Corta la hoja, la dobla por la mitad, la pone en el sobre, pasa la lengua por la solapa y la pega. Después escribe con cuidado la dirección de su casa de Ramos Mejía.

9

Antonio vuelve desde la letrina pensando que el frío tiene, por lo menos, la ventaja de que aplaca el olor a chiquero. Apenas uno se aleja unos metros del cagadero ya no se siente más el olor nauseabundo que despide. El viento también ayuda porque, la verdad, sopla todo el tiempo, y si dejás cualquier cosa liviana sin sujetar, cuando te querés acordar salió volando a cincuenta metros, y por lo menos sirve como para disipar el tufo de la letrina.

Baja hacia la posición saludando con la cabeza a los compañeros con los que se cruza y pensando si el Conejo habrá calentado agua para el mate. Son medio nenes de mamá, estos porteños. Si no les das cuerda se quedan esperando que alguien haga las cosas por ellos. Cuando se asoma por detrás de la lomita lo ve sentado junto al fogón, leyendo. ¿Qué es lo que lee? Y de la pava y el agua para el mate ni noticia. ¿Será posible? ¿Pero qué lee? Cuando se acerca un poco más le da un vuelco el corazón. El Conejo está leyendo su carta. La carta de Magalí para Antonio. La puta madre. ¿Cómo la encontró? Al escuchar sus pasos, el Conejo se vuelve hacia él.

Empieza a leer en voz alta.

—«Querido Antonio:»

Antonio tira un manotazo para tratar de atrapar la carta, pero el Conejo lo esquiva. Vuelve a empezar.

—«Querido Antonio: Sé por las cartas que manda mi hermano que están juntos en el monte y eso me pone muy feliz, porque sé lo mucho que te quiere el Conejo. Es muy importante tener a alguien que a uno lo quiera mucho, con toda el alma».

Listo, piensa Antonio. Estoy perdido, piensa Antonio. El Conejo lo mira con el ceño fruncido. Sigue leyendo.

—«Que te quieran así, con todo el corazón y para siempre, me parece que eso te da fuerza, te da calorcito, te hace sentir que no estás solo sino en

los brazos tibiecitos de esa persona que te quiere con todo el corazón. Te mando un abrazo, Magalí».

El Conejo se vuelve hacia Antonio, exhibiendo la carta en la mano.

—¿Pero a esta piba qué bicho le picó? —pregunta mientras sacude el papel—. ¿Qué se cree? ¿Que somos putos vos y yo?

Antonio intenta que no se le note el alivio. Cuando Magalí le dijo que iba a escribirle «en código», Antonio primero no la había entendido, y después le pareció peligrosísimo. ¿Y si el Conejo se daba cuenta?

—Traé para acá, tarado —le dice a su amigo, que esta vez permite que Antonio recupere el papel.

Evidentemente Magalí conoce a su hermano, y sabe que no es una persona demasiado sutil. Antonio toma asiento en el piso junto a su compañero. Sopesa la pava. Ni siquiera fue capaz de cargar agua potable. No hay caso con este pibe.

—Aclarale, cuando le escribas, que putos no somos —agrega, enfurruñado, el Conejo.

—Quedate tranquilo, que de lo tuyo con el cabo Ortega no voy a decirle nada, Conejo.

Por toda respuesta, el Conejo le pega un empujón. Antonio lo ignora, con los ojos fijos en el mar. Las palabras de Magalí se las sabe de memoria, pero qué lindo es repetírselas para adentro, como si las escuchara. «Te quiero con todo el corazón». Eso le puso.

10

¿Cómo puede durar tanto un solo día? Carlitos se siente raro, porque por un lado no da más, y le parece que está a punto de caerse desmayado del agotamiento, y por el otro tiene la sensación de que nunca más va a pegar un ojo, de tan acelerado que está. Despertarte a las tres de la madrugada porque un subteniente te zamarrea de mal modo no fue, sin duda la mejor manera de empezar la mañana.

—¡Arriba, soldado! —grita el subteniente Parisi mientras lo sacude de la solapa de la chaquetilla—. ¡Arriba, carajo!

¿Qué le pasa a ese tipo? ¿Piensa que la gente le va a hacer más caso si dice las cosas de malos modos? No aprende más, la puta madre. Llevan más de un mes ahí, pero no hay caso. Gritos, insultos, retos al pedo. No sabe hacer las cosas de otra manera. Carlitos salta de la bolsa de dormir preguntándose si estaba tan dormido que hay cañoneo naval y él se lo pasó por alto. No lo cree posible. Una cosa es haberse acostumbrado y seguir durmiendo, eso sí. Ya lo tienen incorporado. Pero de ahí a ni siquiera haberse dado cuenta de que los ingleses están tirando…

—¡Preséntese de inmediato con el teniente primero Quinteros! ¡Ya mismo, carajo! ¿Qué espera, mierda?

—Necesito que me diga dónde está Quinteros, mi subteniente…

—¡En la cocina del comando! ¡Vaya, he dicho!

¿Y qué tengo que ser? ¿Adivino? Carlitos abandona el cuarto en el que duermen los colimbas conteniendo por milésima vez las ganas de putear al subteniente. Ese lugar es enorme, y Quinteros podría estar llamándolo desde mil lugares distintos. Así que si me decís que tengo que ir a verlo, informame dónde está, la puta que te parió. Carlitos golpea la puerta entreabierta y pasa. Quinteros lo saluda con un gesto de la cabeza.

—¿Qué decís, López? Buen día.

Está sentado sobre la mesada, con las piernas colgando. Con el borceguí mueve un banquito de madera para dejarlo más a mano de

Carlitos.

—Sentate, que necesito que me den una mano.

Carlitos obedece, pensando que le encantaría que Parisi estuviera presente, a ver si aprende. Pudiendo decir las cosas bien, Quinteros te las dice bien. Punto. Entran otros dos conscriptos, Galíndez, de la Armada, y Cupertino, de Fuerza Aérea, que son estafetas como Carlitos. Por la expresión que traen, Carlitos calcula que su regreso desde el reino de los sueños fue idéntico al suyo.

—Tengo malas noticias —arranca Quinteros—. Hace un rato nos avisaron desde Darwin que los ingleses están desembarcando en San Carlos, ahí en el estrecho que hay entre las dos islas.

Carlitos se despierta del todo. Ese «están desembarcando», dicho en ese tono, dicho con esa cara, no es el equivalente a la balsa que encontraron el otro día. La cara de Quinteros es de que ahora son muchos los ingleses que están llegando. Todos los ingleses.

—El dispositivo de defensa de esa zona tiene su retaguardia de profundidad en Goose Green. Pero el comando de la brigada está acá en Puerto Argentino.

¿Es impresión de Carlitos o Quinteros frunce un poco más el ceño cuando dice eso del comando de la brigada? Si Goose Green está en la otra punta de la isla… ¿el comando no tendría que estar ahí, en lugar de acá, a ochenta kilómetros de allá? Debe ser por eso el ceño fruncido del teniente.

—Seguro que habrá que coordinar misiones aéreas —sigue Quinteros, y ahora mira al estafeta de la Fuerza Aérea— y habrá que apalabrar también un posible apoyo naval —y ahora es al conscripto Galíndez al que mira—. O sea, los vamos a tener a los tres como maleta de loco. Tómense cinco minutos, sírvanse un café con leche como Dios manda y vuelven para acá. Puntuales.

Los tres salen disparados a cumplir la orden. Apuran cada cual su tazón de café con leche y una flautita de pan con mermelada y se reportan puntuales con Quinteros. Y, como siempre, el teniente cumple lo que promete. Dijo: «Los voy a tener como maleta de loco» y así es como los tiene. A Cupertino se lo cruza una vez. A Galíndez le pierde el rastro por completo. Carlitos va y viene corriendo entre el puesto de radio y el comando, entre el comando y el correo, entre el correo y la central telefónica, entre la central y de nuevo el comando, entre el comando y la casa del gobernador. Amanece un día igual a todos los que vienen

teniendo: frío, nublado, brumoso, en el que llovizna de a ratos y sentís en la cara un viento que te corta.

Durante varias horas Carlitos no se detiene. Y no sólo por la urgencia de los mensajes que lleva y que trae. No. Hay algo más. Carlitos siente que las cosas se han puesto definitivamente en marcha. No, mejor dicho, han adquirido velocidad y se encaminan en la dirección de un desenlace. Mientras trota por las calles de Puerto Argentino, mientras hace dedo para que algún vehículo militar lo acerque al aeródromo o para que otro lo traiga de regreso, Carlitos se da cuenta de que, ahora sí, no hay vuelta atrás. Nada de Consejo de Seguridad, ni OEA, ni ocho cuartos. Llevan un mes y medio esperando que el agua no llegue al río. Cada dos por tres surge un rumor de armisticio. «Arreglaron, arreglaron, parece que arreglaron». ¿Cuántas veces algún pelotudo corrió la voz? Carlitos perdió la cuenta. Y cada una de esas veces resultó que no, que era mentira, un malentendido, una exageración, un imbécil que confundió sus deseos con la realidad.

Las palabras de Quinteros le repican en el cerebro. Los ingleses están desembarcando. Ni más ni menos. Los ingleses están desembarcando. Es raro, porque no es una buena noticia, para nada. Pero por lo menos es verdad. Y la verdad le trae alivio. Ya no hay que esperar más, que esperanzarse más, que ilusionarse más. Listo. Los ingleses están desembarcando y ahora van a tener que cagarse a tiros.

Son horas frenéticas, vertiginosas, atropelladas, a las que Carlitos, por fin, les encuentra sentido. Lástima que un poco después de mediodía todo se va a la mierda. Lo que era vértigo se convierte en caos. Lo que era frenesí se convierte en desesperación. De la tarde del 21 de mayo, y de la noche subsiguiente, Carlitos guarda fragmentos inconexos. Contradictorios. Como esos sueños en los que uno está soñando pero una parte de tu cabeza sabe que estás soñando porque hay cosas que no cierran. ¿Cómo voy a estar hablando con el abuelo Esteban si está muerto? ¿Cómo va a empezar el mar cruzando Avenida de Mayo si en Ramos Mejía no hay playa?

Igual de locas son las imágenes de esta tarde y de esta noche. En una de esas imágenes dos generales se gritan ferozmente sin que les importe un carajo que cualquiera pueda oírlos, empezando por el soldado estafeta que no sabe dónde meterse. Uno de los generales quiere atacar de inmediato la cabeza de playa de San Carlos porque si los ingleses hacen pie ahí,

estamos fritos. Pero el otro se niega porque para contraatacar tiene que sacar tropas de Puerto Argentino y no quiere desguarnecer la capital. En otra de las imágenes un comodoro pasa gritando, alborozado, que los aviones argentinos están pegándoles una paliza infernal a los barcos ingleses fondeados en el estrecho. Pero en otra imagen un teniente coronel, unas horas después, dice que se perdieron un montón de pilotos y de aviones y que así no hay manera de sostener la supremacía aérea. En otra imagen alguien dice, ya Carlitos no sabe qué uniforme tiene puesto el que lo dice, ni qué galones ostenta, que la Armada no está en condiciones de atacar a los barcos ingleses, y otro le dice que sí, que hay que atacarlos porque ahora que se alejaron del resto de la flota son vulnerables, y el que habló primero le dice que no, en realidad le dice que ni lo sueñe, así le dice, que ni lo sueñe, porque la Armada no puede seguir arriesgando barcos ¿o se olvida lo que hicieron los submarinos nucleares con el Belgrano, que lo hundieron a la mierda? En otra imagen un radioperador dice que captó una conversación en la que un teniente le decía a su jefe que habían derribado varios helicópteros con el fuego reunido de su sección, y Carlitos pregunta qué significa eso y un sargento le hace la mímica y Carlitos entiende que los derribaron tirando con sus fusiles FAL todos al mismo tiempo como si los helicópteros fueran pájaros. Pero en otra resulta que se ha perdido contacto con la sección avanzada de observación y todo el mundo tiene miedo de que los hayan matado los ingleses. En otra imagen un pobre furriel de la Armada, o de la Fuerza Aérea, tiene que repetirle a un coronel enfurecido que sus superiores, los de la Armada o la Fuerza Aérea, sólo cumplirán las órdenes del Ejército una vez que sus propios superiores, los de la Armada o la Fuerza Aérea, convaliden esas órdenes, y el coronel enfurecido sale dando un portazo y diciendo que está rodeado de imbéciles y de hijos de puta.

Ya es de noche cuando se cruza con Quinteros, que tiene una cara de velorio espantosa, y le dice: «López, ¿usted comió algo?». Y Carlitos se da cuenta de que lo último que comió fue el pan con mermelada y el café con leche hace más de doce horas, pero le da vergüenza decirlo porque Quinteros no debe haber tomado ni agua, en todo ese tiempo. Y el teniente le dice que vaya a la cocina y se haga servir algo, que diga que dijo él que le sirvan una comida caliente, y Carlitos le dice gracias, mi teniente, y el otro no le contesta, se queda con los ojos fijos en un mapa que tiene desplegado sobre la mesa, y cuando el teniente se da cuenta de que él se lo

quedó mirando, levanta la cara y lo mira, y como no es ningún estúpido el teniente se da cuenta de lo que Carlitos le quiere preguntar pero no se anima a preguntar, y el teniente le dice que sí, López, lamentablemente la cabeza de playa de los ingleses está consolidada, y a Carlitos le dan muchas ganas de llorar pero no por miedo, no por pensar que los ingleses, si consiguieron establecerse en tierra, más temprano que tarde los van a atacar a ellos. No, ahora no tiene miedo. Lo que tiene ahora es tristeza, porque se pone a pensar en esos soldados que les tiraban con los FAL a los helicópteros o los aviadores que enfilaban el estrecho para tirarles sus bombas a las fragatas y piensa que muchos de ellos deben estar muertos o heridos, y para qué carajo, Dios, para qué carajo permitís que esos soldados se jueguen la vida y en una de esas los hayan matado si después, encima, los ingleses consiguen establecerse en su puta cabeza de playa.

11

El cabo Colazo levanta la mano para dar la señal de alto y los miembros de la patrulla se detienen de inmediato, encorvando un poco más los cuerpos. Antonio acaricia con el dedo índice el guardamonte del FAL, hacia adelante y hacia atrás, teniendo la precaución de no tocar el gatillo hasta que se dé la orden de fuego. El cabo se vuelve hacia el Conejo y asiente. El Conejo le devuelve el gesto de asentimiento. Le quita el seguro a su fusil, verifica que el selector de tiro esté en posición de disparo uno a uno y apunta cuidadosamente. Antonio contiene la respiración mientras su amigo se dispone a tirar. El Conejo, por fin, dispara. La oveja deja de pastar y levanta la cabeza.

—Mirá que sos malo, Conejo… —Antonio lo dice en voz baja, para que lo escuche sólo su amigo.

—Qué voy a ser malo, Negro… lo que pasa es que justo se movió.

El Conejo vuelve a apuntar. Cuentan con la ventaja de que esas ovejas no tienen la menor costumbre de tratar con seres humanos ni con armas de fuego. A veces se espantan con el ruido de los disparos, pero en general ni se mosquean, como esta que están intentando cazar. La otra vez que salieron fue igual.

Su amigo vuelve a disparar. La oveja ni siquiera alza la cabeza. El cabo Colazo echa un vistazo despectivo a su subordinado y le hace un gesto para que se detenga. Alza su fusil y dispara. La oveja cae de inmediato. Ahora sí las dos o tres que estaban pastando cerca emprenden un trote para alejarse. La patrulla se pone en marcha hacia el cuerpo del animal, pero en ese momento otra de las ovejas, una de las que se alejaba al trote, salta por el aire en medio de una explosión. Los soldados quedan paralizados de inmediato, mirándose unos a otros.

—¿Qué carajo pasa, Garmendia? —le grita el cabo al zapador de la Compañía de Ingenieros que les asignaron hoy—. ¿Me querés decir?

El cabo no es el único que se pregunta lo mismo. En realidad, a juzgar por la cara de pánico que tiene, hasta el propio Garmendia se lo está preguntando. Desde que bajaron del monte y se adentraron en la planicie van siguiendo las indicaciones del zapador. Son los que minaron esa zona, y se supone que dejaron corredores seguros para que la tropa propia se mueva sin peligro. Es más, varias veces —lo mismo que el que les tocó la vez pasada— les ha ido señalando unos mojones hechos con madera y listones de tela que indican los dichosos corredores. ¿Cómo carajo terminaron en medio de un campo minado? El colimba debe estar preguntándose lo mismo, pero no emite sonido.

—¡Le estoy haciendo una pregunta, soldado! —el cabo insiste, cada vez más nervioso ante el silencio del otro.

Antonio mira el piso alrededor de sus pies. De repente cree ver, por todos lados, los discos redondos de las espoletas, semienterrados, que lo van a hacer saltar por el aire como saltó la oveja.

—¿Me está escuchando, infeliz?

El cabo Colazo se ha salido definitivamente de sus casillas. Antonio se siente tironeado entre dos emociones. Por un lado su compañero le da lástima, pero por el otro siente la misma indignación que el suboficial. Se suponía que el pibe tenía que mantenerlos a salvo, y de pronto están en medio de un campo minado. De la nada le viene a la mente la imagen de Magalí. ¿Qué pensaría su novia si se entera de que se murió pisando una mina mientras cazaba una oveja? No puede ser. No puede pasar algo así. Pero sí. Puede. Acaba de ver cómo una oveja salió volando por el aire. Tranquilamente el próximo en volar puede ser el cabo, o el Conejo, o él mismo.

El zapador gira el cuerpo un poco, y un poco más, y más todavía, mirando para todos lados. Es evidente que busca esas estacas que pusieron como mojones.

—¡Ahí está! —grita de repente, señalando algo a la derecha del grupo.

—¿Ahí está qué? ¿Qué carajo está? —le grita el cabo.

—El señalador. ¡Ahí está, mi cabo!

Todos miran en la dirección en la que indica el soldado, pero nadie parece entender demasiado de qué se trata.

—Tenemos que caminar para allá —hace un movimiento, señalando a derecha e izquierda, sobre el flanco—. Por ahí pasa el corredor. Se ve que nos desviamos en algún momento.

«Nos desviamos», repite Antonio para sus adentros. «Vos sos el pelotudo que te desviaste, no nosotros».

—¿Cuántos metros? —pregunta el cabo, pero el pibe parece en otro planeta—. ¡A cuántos metros pasa el corredor, carajo!

—Eh… allá, mi cabo. Serán setenta metros. Cien a lo sumo.

Vuelve a hacer el gesto a derecha e izquierda, marcando un sendero que ve él solo. Que él ve en el mejor de los casos, porque también puede estar alucinándolo. Antonio echa un vistazo al Conejo, que ha vuelto a concentrarse en el metro cuadrado de turba que tiene alrededor. Encima eso. Justo están en medio de uno de esos manchones pantanosos, blandos y difíciles de caminar. Aunque en una de esas sea mejor, piensa Antonio. En una de esas las minas se hunden lo mismo que los pies de los soldados y quedan sin estallar.

—Ya sabe lo que tiene que hacer, Garmendia —dice el cabo, en tono lúgubre pero más sereno.

Y sí. Garmendia sabe. Con todas las precauciones del mundo gira hacia el lado que marcó y empieza a caminar, lentamente, hacia el flanco derecho. Avanza unos diez metros y se da vuelta para esperar al resto. Los demás confluyen en su retaguardia.

—Quince metros de separación, soldados, pero los quiero caminando exactamente por la misma línea —ordena Colazo, para que si alguno vuela por el aire vuele solo, sin arrastrar a ninguno de sus compañeros.

Garmendia reemprende la marcha. El cabo le va detrás. Antonio se da cuenta de que conviene ir atrás de todo, porque si el zapador elige mal el sendero, el primero en seguirlo tiene más chance de pisar una mina que los que vengan detrás. Pero detrás del cabo encaró el Conejo, y los únicos que quedan son el soldado Iñíguez y él mismo. Así que se manda detrás del Conejo y lo deja a Iñíguez cerrando la columna. Iñíguez es el que carga las pértigas largas en las que tienen que atar los animales, una vez cazados, para transportarlos hasta sus posiciones.

En varios lugares Garmendia señala el piso para indicar que ahí, justo ahí, hay una mina. Corta tiras de tela de un pañuelo y las deja atadas a la rama de esos arbustitos enanos que crecen en medio de la estepa, o apretadas debajo de una piedra para que el viento no las vuele. Después corrige el rumbo unos grados a derecha o izquierda y sigue avanzando con los otros detrás.

Otra que cien metros. A Antonio le parece que caminan como doscientos hasta que el zapador, finalmente, alza las manos dando a entender que ha vuelto al sendero seguro. El cabo se le une. Después el Conejo. Lo sigue Antonio e Iñíguez cierra la marcha. Se quedan unos minutos mirando el sitio del que salieron. Las ovejas se han alejado, salvo las dos que han quedado muertas en la turba. Antonio contempla el sitio y se da cuenta de que el campo minado tiene la misma apariencia que el lugar en el que están ellos.

—¿Estás seguro de que ahora vamos bien? —el cabo no quiere más sorpresas.

—Sí, mi cabo. Seguro. Segurísimo.

—Vamos —ordena el suboficial—. Que no nos agarre la noche, que todavía necesitamos las ovejas.

Al pasar junto al zapador le dedica una mirada asesina. El otro pestañea, se pone en movimiento y trota para ubicarse a la vanguardia. No sea cosa que otra distracción los haga extraviarse otra vez. Todavía hay bastante luz, pero el cabo tiene razón: no estaría bueno volver en la oscuridad.

12

Hay algo siniestro en ese tipo, piensa Quinteros, mientras escucha hablar al mayor Camargo. Algo oscuro y tenebroso. El tipo flota en una niebla de rumores, de sobreentendidos, de cosas dichas a medias. Y hay algo más. El tipo sabe que los demás hablan de él a sus espaldas. Pero nunca dice nada acerca de eso sobre lo que los demás hablan. Nunca.

Es una macana tenerlo de jefe inmediato, porque sería importante poder confiar en él. Sobre todo pensando en la que se les viene. Así como necesitás respaldarte en tus soldados, necesitás respaldarte en tus jefes.

Camargo es tan impredecible que, en un rapto repentino de camaradería, cuando salieron de una reunión informativa en el Estado Mayor, los invitó a él y a un par de capitanes a su pieza a tomar un descanso y un vasito de whisky. Quinteros aceptó, por supuesto. No son invitaciones que un teniente primero esté en situación de despreciar. Te invitan, vos vas. Punto. Los dos capitanes también aceptaron.

Quinteros no había entrado nunca a la habitación del mayor. La tiene ordenada como la celda de un monasterio. A Quinteros le parece bien, porque él su rincón lo tiene igual. No hay milicos desordenados, pero hay milicos que son ordenados y gracias, otros que son muy ordenados, y otros que tienen sus cosas con el nivel de prolijidad de un quirófano antes de una cirugía. En eso Camargo y él se parecen. Aunque Quinteros quiera pensar que es en lo único en que se parecen.

Camargo sacó cuatro vasitos de vidrio y la botella de whisky de un baúl de madera que tiene arrimado contra la pared. Después los invitó a sentarse, en un banquito o sobre el baúl o sobre el borde de la cama. Sirvió el whisky en dosis parejas para los cuatro, un poco por encima de la mitad de los vasitos. Pareció dudar entre hacer un brindis o no. Al final dijo: «Por las Malvinas argentinas» y sus subordinados contestaron: «Por las Malvinas argentinas», entrechocaron los vasitos y bebieron.

El ánimo no es el mejor, porque ninguno de los cuatro come vidrio. La cabeza de playa que establecieron los ingleses en Puerto San Carlos es cosa juzgada. Ya están ahí, consolidados. No hay manera de echarlos. Punto. Y eso cambia totalmente el panorama. No necesitás ser Napoleón Bonaparte para entender que la Argentina, ahora, lleva las de perder. Y va a perder.

Siempre es más fácil defender un territorio que intentar desembarcar en él, si está bien defendido. Porque mientras desembarcás, estás expuesto. Te pueden tirar con todo: desde tierra, desde el aire, desde los barcos. Vos, recién desembarcado, estás en una posición fija y expuesta. Fija porque estás quieto delante de una playa. Y expuesta porque estás al aire libre, mientras que tus enemigos están atrincherados.

Ahora la iniciativa la tiene tu enemigo. Porque ya están en tierra y además controlan el aire y el mar. Desde que te hundieron el Belgrano vos retiraste tus barcos, con lo que no podés pelearles el dominio del agua. Y tus aviones (los buenos, los más modernos, los que tiran misiles, por ejemplo) no pueden operar desde Puerto Argentino. Los tenés en el continente, y pelear sobre las islas les complica la vida a los pobres pilotos, porque están siempre al borde del colapso con el combustible. Cada vez que ves un Super Etendart, o un Mirage, o un A4-B cruzando el cielo de las islas, vos sabés que los tipos tuvieron que reabastecerse de combustible en pleno vuelo, que tienen un par de minutos para pelear y pegarse la vuelta hasta su base, y que si calculan mal o se demoran se van a caer en el medio del agua. En cambio, cuando ves un Harrier inglés sabés que está fresquito y con el tanque lleno, porque tienen el portaaviones ahí nomás, un poco al este, justito afuera del alcance de los aviones tuyos.

Encima los tipos desembarcaron lejos, donde vos ni siquiera los estabas esperando, y te madrugaron. Quinteros ya no tiene ganas ni de enojarse. Ya se pasó un montón de noches sin pegar un ojo, dándole vuelta a la ceguera de los mandos superiores. Una vez lo dijo en una reunión de Estado Mayor, y lo cagaron a pedos. ¿Por qué los de inteligencia no consideraron San Carlos como un posible lugar de desembarco? Si un boludo común y corriente como él, que es un simple teniente primero, mirando el mapa y sumando dos más dos se dio cuenta de que era un buen sitio. En la isla más importante, pero lejos del dispositivo más sólido de los argentinos. En una bahía rodeada de montañitas, que les hace más

difícil operar a los aviones argentinos. Por si fuera poco, desde ahí los ingleses pueden cortar toda comunicación entre Puerto Argentino y Goose Green, que es el único pueblito más o menos habitado que hay en las islas, y que está sobre el estrecho que las divide, un poco más al sur del lugar del desembarco inglés. Ahora los ingleses, una de dos: o van derecho hacia Puerto Argentino o primero conquistan Goose Green, antes de venir a la capital, y después se encaminan para acá.

Y lo peor es que saberlo, poder anticiparte, no te sirve. Porque no podés hacer nada. En la reunión de hoy volvieron a repasarlo y no hay tu tía. Al gobernador, desde el continente, sus superiores le dieron la orden de atacar la cabeza de playa. Sí. Muy lindo. La macana es que no tenés cómo. ¿Llevar tropas desde Puerto Argentino en barco? No tenés los barcos. ¿Llevar las tropas en helicópteros, como hacen los ingleses? No tenés suficientes, porque te los vienen haciendo mierda desde hace semanas. ¿Hacer que tus soldados caminen ochenta kilómetros cruzando la isla? Te llevaría un montón de días y llegarían agotados, hambrientos y muertos de frío. ¿Ordenarles a los dos regimientos que tenés en la Gran Malvina que crucen el estrecho para este lado? Salvo que crucen nadando, volvemos al punto uno: no tenés barcos.

Lo único que podés hacer es esperar. Defenderte. Si los ingleses atacan Goose Green, defenderte en Goose Green. Si los ingleses atacan directamente Puerto Argentino, defenderte en los montes que hay justo antes de llegar al pueblo. Nada más. Y lo peor, lo peor de todo, es que no hay manera de que ganes. Porque eso que vas a tener que hacer se llama defensa estática: no tenés a dónde moverte, porque adelante van a estar los ingleses y a tu espalda solamente tendrás el mar. Y la única manera de sostener una defensa estática es que te lleguen refuerzos todo el tiempo: soldados frescos, munición, apoyo de artillería, comida, abrigo. Y no te va a llegar nada de eso porque la comunicación con el continente está prácticamente cortada.

—Rendirte, tampoco te podés rendir.

Eso lo dice, de la nada, uno de los capitanes. Se ve que viene haciendo el mismo razonamiento que Quinteros. Y tiene razón. Porque, por otro lado, no podés rendirte sin pelear. ¿Cómo quedás? Como una manga de cagones, de improvisados, de pelotudos. Y al mismo tiempo, no podés ganar.

—No. Rendirnos no podemos.

Es Camargo el que lo dice, y casi enseguida alza la botella invitando a otra ronda. Los tres asienten. Qué mierda es todo, piensa Quinteros. Los ingleses van a tardar unos días más. Unos cuantos. Ayer los aviones argentinos les hundieron un barco de transporte que traía helicópteros. Así que los ingleses van a tener que caminar una ponchada de kilómetros. Pero como sí tienen una buena cadena logística detrás, van a llegar más o menos frescos. Y mientras tanto, los soldados argentinos van a seguir esperando, y cada día que esperan van a estar peor que el anterior.

—Menos después de lo del Belgrano.

Eso lo dice el otro capitán. El que hasta ahora había permanecido callado. Y también tiene razón. ¿Cómo les decís a las familias de trescientos marinos muertos que lo lamentás mucho pero que es al pedo presentar batalla, porque vas a perder? No podés. Aunque, por otro lado, si tuvieras delante a los familiares de los soldados de infantería que se van a morir, ¿qué les decís?, ¿qué se tienen que morir para compensar los que ya murieron de la Armada, aunque no te sirva para ganar la guerra?

—Salvo que logren parar la cosa —el que vuelve a hablar es el primero de los capitanes—. A los diplomáticos me refiero…

Quinteros ve cómo los otros asienten. Tal vez él mismo esté moviendo la cabeza de arriba abajo. El whisky le está haciendo efecto. Como si las cosas se fueran alejando despacito hasta un sitio en el que duelen un poco menos. Es cierto. Si ahora las Naciones Unidas, o alguien, la OEA, Estados Unidos, el que sea, consigue frenar la guerra y que se sienten a negociar, sería la manera de salir de este laberinto.

—No va a pasar —recién cuando lo dice, Quinteros se da cuenta de que dijo lo que pensó que era nada más que un pensamiento, pero ahora que lo dijo le parece que tiene que explicarlo—. Si ustedes fueran los ingleses, y están a punto de recuperar las islas sin negociar nada, sin reconocerle nada a la Argentina, ¿pararían ahora, o seguirían hasta el final?

Ninguno contesta, pero es como si todos contestaran. Se quedan unos minutos más, rumiando cada cual sus cosas en silencio, hasta que uno de los capitanes se pone de pie y es como un aviso, porque los otros convidados lo imitan de inmediato. Le estrechan la mano a Camargo y salen de la pieza. Quinteros va hacia su catre con un ligero mareo. Si tuviera que entrar en combate en la próxima hora, no estaría en la condición óptima de un soldado. Por otro lado, en la próxima hora la única

situación de combate que podría suceder es que les caiga un cañonazo naval que los haga puré. Y en una de esas, piensa Quinteros, no sería tan mala noticia. Por lo menos sería una manera de terminar con todo esto. De terminarlo ya.

13

Carlitos se siente un estúpido, pero les tiene una envidia enorme al Negro y al Conejo, que pueden charlar todo lo que quieran y sacarse de encima todo lo que se les pase por la cabeza. Él, en cambio, está solo como una ostra. Con los otros colimbas del comando no tiene confianza. No, por lo menos, como para hablar de cosas personales. No podés iniciar una conversación con un desconocido diciendo: «La verdad es que me está entrando un miedo terrible a que me maten acá». No podés.

Tampoco es tan idiota como para ignorar que pasa mucho menos frío, duerme mucho más cómodo y come mucho mejor que sus amigos, allá arriba del monte. Pero cambiaría esas comodidades por librarse de la angustia y el desasosiego. O a lo mejor idealiza, se dice a veces, y si estuviera con sus amigos, arriba del Harriet, estaría soportando la misma angustia y el mismo desasosiego, pero cagado de hambre y cagado de frío como están ellos.

En las cartas a su familia ni loco va a escribirles sobre cómo se siente. ¿Qué sentido tendría? ¿Escribirles sobre la inquietud, el miedo a la muerte, las caras cada vez más tensas y preocupadas de todos los milicos de alto rango que tiene alrededor? ¿Escribirles esas cosas, después pasarle la lengua al sobre, pegarlo, despachar la carta y seguir con su día como si tal cosa? No puede. Imposible.

Las cartas que manda a su casa hablan boludeces sobre los pingüinos, el viento, las flores que crecen a veces medio protegidas por las rocas, lo bien que come y lo bien que duerme. Es como inventar un cuento. Uno usa la imaginación y la cosa va saliendo. Porque hasta ahora no vio un puto pingüino y las flores se las inventa. El viento sí. El viento es cierto. Y lo de la comida también, porque en el pueblo la comida sobra. El problema es mandarla a las tropas que están desperdigadas por los montes. En abril la cosa más o menos funcionaba, pero desde que empezó mayo y los bombardeos, abastecer a los regimientos más distantes se vuelve muy

difícil. Ahora los jefes agregaron otro elemento a la discusión: casi todos dicen que hay que prepararse para un asedio inglés que va a durar mucho tiempo, y que por eso hay que racionar las provisiones almacenadas en Puerto Argentino. Quinteros, para variar, les lleva la contra. Dice que es al pedo racionar tanto, porque lo único que logran así es que los soldados en el frente la pasen peor todavía, y que si la tropa está mal comida el asedio va a durar un suspiro.

Carlitos es testigo de las rabietas que se agarra el teniente. Se putea con los encargados de logística, con los de transporte, con los responsables de las cocinas de campaña, con los jefes encargados de distribuir las raciones. Al pedo, porque todos tienen alguna razón para justificarse: los caminos destruidos, los camiones que se atascan en el barro, el cañoneo que impide mantener la cadena de suministros, los helicópteros que no dan abasto. Quinteros, de todos modos, elige con quién discutir, cuándo y para qué. Carlitos es testigo del modo en que, aunque se muerda los labios, evita opinar cuando se tratan temas generales. En eso está mucho más circunspecto que al principio.

Ahora Quinteros elige sus batallas con cuidado. Sólo opina cuando de lo que se trata es del Regimiento de Infantería 43. Si no, lo deja pasar. ¿Se habla de la logística de las raciones para el regimiento? Quinteros se involucra para aumentarlas. ¿Se discute permitirles a los soldados bajar del monte a tener unas horas de permiso y una ducha caliente? Quinteros se compromete para que les otorguen ese beneficio. ¿Se discute si está bien o está mal autorizar a la tropa a cazar ovejas? Quinteros hace fuerza para que los dejen.

El mayor Camargo, a todo esto, es difícil de encontrar. Casi nunca está en el comando. Nadie sabe a ciencia cierta dónde, cómo, cuándo encontrarlo.

Lo bueno de que sea tan esquivo es que Carlitos se cruza con él muy de vez en cuando. Cuando les toca toparse frente a frente, el tío lo llama por su apellido, y Carlitos le responde con el tratamiento castrense de «mi mayor». Sabe que el tío no lo hace por guardar las apariencias, sino para marcarle a él los límites de su relación. «No puedo evitar que seas el hijo de mi hermana. Ni pude evitar prometerle a mi hermana que iba a asegurarme de que el hijo no vuele por el aire. Eso es todo. No vamos a fingir un cariño que no nos profesamos ni una intimidad de la que carecemos».

Carlitos está completamente de acuerdo con esos límites. El recuerdo de la época en la que hablaba con ese tío, que jugaba con ese tío, se pierde en la niebla de la niñez. Hace mucho que eso dejó de existir, reemplazado por una frialdad sólida y recíproca.

De todos modos, Carlitos se sigue mortificando. Está en un lugar en el que come bien, duerme bien y se abriga bien. Un lugar que no es su sitio, porque su sitio, el verdadero, el legítimo, es otro. Este lugar es una mentira, un engaño, un privilegio, un acomodo.

Acomodo. Acomodado. Esas palabras lo acicatean mientras se las repite. No está en una trinchera porque está acomodado. Y come bien porque está acomodado. Y duerme abrigado porque está acomodado. Y eso le genera una vergüenza que no puede más, pero no tiene con quién hablarlo.

14

Lo intenta todos los días, pero le está resultando muy difícil mantener el ánimo. Son demasiados días tapados de mugre y muertos de frío. Con la comida la cosa mejoró desde que les dieron permiso de carnear ovejas. Es cierto que lo de las ovejas tampoco es una gran solución, porque en general las cocinan en una fritanga que te da vuelta el hígado, y comer siempre lo mismo y cocinado así llega un momento en que te asquea, pero Antonio sabe que la cosa podría ser mucho peor.

Así como hay jefes que autorizaron la caza de ovejas, hay otros que no, y que encima castigan a los soldados que las cazan igual. Gracias a Dios que ellos tienen al teniente Feldmann, que es buena gente. Lo mismo el otro teniente, el que está con Carlitos. La verdad es que el único que tiene una pinta de hijo de puta que voltea es ese mayor Camargo. Pero por suerte quedó en Puerto Argentino y no le vieron más el pelo. Bueno, el otro que le da mala espina es ese subteniente con cara de pendejo que no se acuerda el apellido, que se anduvo haciendo el guapo. El otro día, sin ir más lejos, el tal Parisi —ahora recuerda que así se llama, el muy pelotudo — anduvo bailando de mala manera a un par de soldados de la Compañía B, porque los encontró dormidos en una guardia. Uno de los colimbas terminó vomitando y lo tuvieron que bajar a la enfermería. Eso está mal. Muy mal. Porque el subteniente ni siquiera está con ellos arriba del monte. Viene a veces, con cara de culo, a señalar todo lo que no le gusta. Y en la volteada no sólo caen los soldados. También caga a pedos a los suboficiales. Eso sólo ya te dice que el flaco está confundido. Con los soldados vaya y pase, pero no te conviene, si sos subteniente, llevarte mal con los suboficiales. Son más antiguos que vos y tienen mil maneras de hacerte la vida imposible. Ahí es donde se nota la inteligencia de tipos como Feldmann, o como Quinteros. No se hacen los locos con nadie y sin embargo la gente los respeta.

Ojalá nevara alguna vez. Que por lo menos tanto cagarse de frío tenga, como premio, enterarse, por fin, de cómo es la nieve. No debe haber muchos santiagueños que conozcan la nieve, piensa Antonio. Tampoco debe haber muchos que se hayan subido a un avión, y él ya se subió. Ahora le falta conocer la nieve. Pero por el momento solamente llueve. Alguna noche cayó una especie de aguanieve, mezclada con las gotas de lluvia. Pero nada más. Antonio quiere ver, como en las películas, que la nieve cae despacito, más despacito que las gotas de lluvia. Debe ser más liviana que el agua, porque si no no se explica eso de que caiga más despacio. Pero bueno, sigue pasando el otoño, así que seguro que en invierno nieva, nomás. Algún día tendrá que ser.

El que anda mal es el Conejo. Como si se estuviese quedando sin pilas. Se nota más, calcula Antonio, porque su mejor amigo es un tipo que está siempre de joda, y estos días tiene una cara que se la patea. Haber tenido que abandonar la mansión seguro que le jodió. A los dos, les jodió. Pero él se conforma con menos, le parece. Será que está acostumbrado a arreglarse con poco. El traslado los complicó, de eso no hay duda. Cuando les dieron la orden de dejar las posiciones que miraban al mar y pasarse al otro lado de la montaña, mirando al interior de la isla, las cosas cambiaron. Primero, no tuvieron ánimo de armar una mansión nueva, con el lujo de la otra. Aquella les había dado un trabajo bárbaro. Y, la verdad, volver a empeñarse así, para que vengan los jefes a los dos días y te digan que hay que trasladar otra vez la posición, no te dan ganas. Segundo, porque el terreno, en esta otra ladera, es distinto. Más rocoso, más difícil de cavar, y al mismo tiempo más húmedo. A ellos no les pasó, pero a más de un compañero el pozo de zorro se le llenó de agua. Y, tercero, hay otra cosa. Más grave. Que es que todo el mundo siente que, ahora sí, se viene la maroma. Te pasaste un mes mirando el mar como si fuera una postal. Después te entraron a tirar unos cuantos bombazos desde los barcos, pero no le pasó nada a nadie. Nadie que vos conozcas. Nadie de tu compañía, por lo menos. Empezaste a comer salteado, es cierto. Pero lo peor es lo de ahora. Porque ahora te movieron a este lado de la montaña y es como si te dijeran: «Mirá que los ingleses van a venir por acá, así que aprontate, porque en cualquier momento los tenés encima».

Y eso les cayó, la verdad, como un balde de agua fría. Porque todos ellos, quien más, quien menos, arrancaron convencidos de que la cosa no iba a pasar a mayores. Primero pensaron que iban a arreglar, en las

Naciones Unidas, o así. Y después, cuando hundieron el Belgrano, pero enseguida Argentina les hundió el Sheffield, que iban a decir: «Bueno, cortémosla, nos sentamos a negociar». Pero no pasó. Y ahora que los ingleses desembarcaron, ya no hay vuelta atrás. Porque parece que los cagaron bien a palos, los aviones nuestros, mientras ellos desembarcaban. Y ahora los tipos no se van a echar atrás. Van a querer cobrarse esos barcos hundidos, esos muertos. Y alcanza con mirarles la cara a los oficiales y a los suboficiales. Están serios. Están preocupados. No lo dicen, pero saben que tarde o temprano los ingleses van a venir.

15

Camargo sale de la reunión bastante satisfecho consigo mismo. Hizo lo que mejor le sale hacer. Escuchó, habló poco, opinó lo mínimo y está seguro de que todos se quedaron, como siempre, con la sensación de que es un tipo sólido y confiable. Son fáciles, los milicos, piensa Camargo mientras camina por las calles desiertas del pueblo. Su simpleza y su credulidad hacen que gente inteligente —y Camargo se considera sumamente inteligente— se destaque muy por encima de la media. El mayor siente que no tiene de qué preocuparse. Mejor dicho: la única alarma que se le enciende tiene que ver con el temor que palpa en algunos de los mandos. Ahí sí hay que cuidarse. Un milico asustado sí es un milico peligroso. El temor los vuelve atolondrados, los vuelve sordos a los buenos consejos y a las certeras recomendaciones. Ése es el cuidado que hay que tener de ahora en adelante. Que la derrota en la guerra no los ponga en estado de pánico. Porque van a perder. De eso Camargo está seguro.

En cualquier momento los ingleses inician el avance sobre Darwin y Pradera del Ganso. Ahí van a pulverizar a los regimientos de infantería que defienden esas posiciones, que no tienen manera de aguantar el chubasco. Y después van a rumbear para Puerto Argentino. Les llevará más o menos tiempo. Pero van a llegar y van a vencer. Eso es cosa juzgada. El asunto es cómo controlar los daños. Primero, cómo no quedar pegado con los que serán señalados como los culpables de la derrota argentina. Y segundo, cómo acomodarse con los generales que ocuparán las posiciones de poder después de esa derrota. Hay mucho para hacer.

Camargo pasa por delante de la telefónica y duda. Mira su reloj. No es tan tarde. Tuerce sus pasos hacia el edificio de madera. Ahora que los permisos están casi todos suspendidos nunca hay cola para llamar por teléfono. Saluda con un gesto al encargado, que ya lo conoce. Entra a una de las cabinas y disca el número de su casa. Lo atiende su mujer. Lo

sorprende escucharle un tono de voz tenso, ansioso, muy infrecuente en ella. Una de las cosas que más le gustan de su esposa es la calma con la que enfrenta los problemas. Odia a esas mujeres que se ahogan en un vaso de agua. Esas minas que se dejan gobernar por las emociones. Mujeres como era su madre, o como es su hermana. Cuando le pregunta qué pasa, su esposa no se anda con vueltas. Hablando de Roma el burro se asoma, piensa Camargo, al que le cuesta dar crédito a lo que le cuenta su esposa. ¿Así que Marisa, la boluda de su hermana, no tuvo mejor idea que visitarla en su casa para preguntar si sabía algo de su hijo? Qué caradura, por Dios. No hay vuelta. A la gente así le das una mano y te toman hasta el codo.

Deja que su mujer se desahogue. Le lleva poco tiempo, porque no es ninguna histérica, como la otra. Camargo se toma un minuto para pensar, mientras su mujer termina de sacarse la indignación de encima. No te preocupes, le dice Camargo. Te pido perdón, agrega. Su mujer le dice que no hace falta que le pida perdón porque no es su culpa. Sí lo es, insiste Camargo, porque es su hermana.

Hay que frenar a esa gente, agrega Camargo. Ponerle un límite. A la histérica de su hermana y al comunista de su cuñado. Que no se le ocurra —se lo dice así, categórico, y sabe que su mujer lo entiende sin ofenderse — volver a abrirle la puerta de su casa. Que le diga que bajo ningún concepto, en ninguna circunstancia, vuelva a molestarla. A molestarlos, porque para él también es indignante enterarse de algo así estando tan lejos y sin poder tomar cartas en el asunto.

Ya hicieron más de lo que se merecían esos dos. Mucho más. Y hay que ver cómo pagaron el favor gigantesco que les hizo. Pero se acabó. No hay que volver a consentir a esa pedigüeña. Pedigüeña y desagradecida.

Antes de despedirse hablan de los chicos. Están bien. Alejandra tuvo una prueba de Química y se sacó un ocho. Camargo le dice que les mande un beso. Después cuelga, paga la llamada y vuelve a la calle desierta.

16

Antonio se palpa el pecho. Más precisamente, el costado izquierdo, a la altura de la tetilla. Debajo de la campera tiene la chaquetilla, y debajo de la chaquetilla el pulóver, y debajo del pulóver el otro pulóver, y debajo de éste la camisa, y en el bolsillo de la camisa la carta de Magalí. No la que leyó el Conejo en voz alta la vez pasada. No. La otra. La otra que menos mal que el Conejo no se la sacó para leerla. Porque si la lee se arma la de Dios. Magalí se lo dice en la carta. Le dice que no le va a hablar en código, como en las demás. Que en las anteriores sí, y en las que le escriba después también, pero que en esa carta le va a escribir con palabras de verdad. Mamita, qué carta, por favor.

Cada vez que la lee a Antonio le da una mezcla de excitación y de emoción. Qué bien escribe su novia, por favor. Las cosas que le dice, y cómo se las dice. En una parte le habla de esa noche que se quedaron solos en la casa de ella y casi casi hicieron el amor. Y en esa parte Antonio se pone como loco, porque Magalí dice lo que sintió, lo que quería que él le hiciera, lo que ella quería hacerle a él, y parece mentira que unas letras que están en un papel te puedan provocar eso que le pasa cuando las lee. Y en otra parte su novia le dice lo que siente por él, lo que sueña para el futuro, y Antonio no lo puede creer, que una chica así de inteligente, así de linda, así de perfecta, esté enamorada de alguien como él. Habla de que se quiere casar con él. Habla de que quiere tener hijos con él. No ahora, porque ni loca deja de estudiar. Pero después, cuando sean un poco más grandes. Ésa es la parte de la carta que cuando la lee Antonio pasa de tener el pito parado a tener los ojos llenos de lágrimas y a tener que sorberse los mocos. ¿Cómo hace esa chica para provocarle eso, después de provocarle lo otro? ¿Cómo carajo hace?

Esa carta Antonio no se anima a dejarla en ningún lado, porque el Conejo es un chusma que se piensa que tiene derecho a meterse donde se le da la gana. Qué boludo. Así que Antonio la tiene con él todo el tiempo.

Ya la leyó tantas veces que se está empezando a romper por los pliegues del papel. No importa. Cuando vuelva la va a pegar con cinta scotch y la va a guardar toda la vida. Y cuando sus hijos sean grandes se las va a mostrar, para que sepan lo bien que escribía su mamá.

Bueno, en realidad no se las va a poder mostrar, si lo piensa un poco, porque la parte esa de cuando estuvieron en el sillón del living de la casa de Magalí… esa parte no es para que la lean los hijos de uno.

Antonio se acomoda en el pozo de centinela en el que está. Ya debe estar por llegar el relevo. Parece que no, pero pensar en cosas lindas hace que el tiempo se pase más rápido. Lástima que la cabeza no obedece, y uno puede estar pensando en cosas lindas y de repente te ponés a pensar en cosas feas. Como recién, que Antonio pensó en eso de pegar bien la carta para repararla y tenerla siempre de recuerdo y sintió como una voz que le decía: «Eso será si volvés». Era como su propia voz, pero muy seria. Y esa voz, aunque sea una mierda, tiene razón. Pero aunque tenga razón no lo quiere pensar. No lo puede pensar. Parece mentira. Hace un mes, o mes y medio, estaba en San Justo aprendiendo de mecánica en el taller de Hugo, el padre del Conejo. Y ahora está acá en las Malvinas y no sabe si va a volver.

—Chicago —dice una voz a sus espaldas.

—Morón —contesta Antonio, volviéndose.

Es Herrera, uno de los pocos clase ’63 que vinieron con la sección. Parece buen pibe, pero como está en la otra punta del dispositivo no se cruzan casi nunca, salvo en los relevos de las guardias. Lo de usar santo y seña con clásicos de fútbol fue una idea de Feldmann que a los soldados les resultó divertida. Además, como hay unos cuantos del interior, como él, lo hinchan a Feldmann con que elija clásicos de sus provincias. A ver cuándo le toca a Santiago del Estero, dijo ayer Antonio, pero por ahora no le llevaron el apunte.

—Qué frío de cagarse —comenta Herrera, acomodando sus cosas en el refugio.

—Ya debe estar por amanecer —dice Antonio, un poco por decir algo y un poco porque quiere darle ánimos al colimba y no se le ocurre nada mejor.

—Ojalá —dice Herrera.

—Chau, nos vemos.

—Chau, Negro.

Antonio se acomoda la correa del FAL en el hombro y empieza a subir hacia su posición. Estará por amanecer, piensa, pero todavía sigue oscuro.

17

Eso es algo que tiene que aprender, se dice Quinteros. No todas las personas reaccionan igual, ni piensan igual, ni toman las mismas decisiones. Es una verdad de Perogrullo, pero Quinteros a veces se la olvida. Y un jefe tiene que saber cómo van a actuar los demás. Prepararse. Anticiparse. Y es una imprudencia, una ingenuidad, suponer que los demás son como uno.

Cuando lo mandan llamar desde el comando, apenas después del mediodía, lo agarran en medio de una reunión en la que se planifica cómo reforzar el monte Kent. Desde anoche los ingleses están lanzando un ataque masivo sobre Darwin y Goose Green. Se ve que optaron, nomás, por despejarse la retaguardia antes de avanzar sobre Puerto Argentino. No quisieron —Quinteros entiende el punto— dejar una guarnición argentina numerosa a sus espaldas. Por eso van a capturar Darwin y Goose Green y después van a cruzar la isla de oeste a este, para su ofensiva final sobre la capital.

Y eso es lo que vuelve importante al monte Kent. Ese monte está a menos de veinte kilómetros de Puerto Argentino y es el último paso antes del anillo de defensa exterior del Ejército. Si los ingleses te lo conquistan, desde ahí te pueden atacar esa especie de semicírculo de los montes Longdon, Dos Hermanas y Harriet en el que espera el grueso de la infantería propia. Ahora bien: reforzar el Kent es todo un desafío. No podés cubrirlo con artillería porque no te llega el alcance. Casi no te quedan helicópteros para trasladar hacia allí tropas y equipos. Una vez que metas ahí a la infantería, ¿cómo le vas a garantizar suministros? Si ya te está costando un Perú sostener la logística con las posiciones que están a diez kilómetros del pueblo. ¿Cómo te las vas a arreglar para sostenerla a veinte kilómetros?

De modo que Quinteros acude al llamado de sus superiores con la cabeza puesta en ese problemón. Los que lo esperan son el coronel

Robledo y el mayor Camargo. Todo el mundo sabe que Robledo tiene buena llegada con los altos mandos. Los más altos. ¿Por qué se toma el trabajo de estar presente ahora?

—Pase, teniente —le indica Camargo, y va al grano de inmediato—. Quiero que vaya con un grupo propio a Goose Green. En el hipódromo se están concentrando tropas de refuerzo. Las están llevando en helicópteros. Un grupo de no más de seis o siete. Vaya y repórteme directamente. Necesito tener ojos y oídos en el lugar de la batalla.

Quinteros tiene un momento de perplejidad. Eso de que se están reuniendo refuerzos en el hipódromo lo sabe. También sabe que es al pedo, porque no hay manera de que la defensa de Goose Green siga aguantando, con refuerzos o sin ellos. Llevan batiéndose desde la noche pasada y han resistido mucho más de lo que pensaban los más optimistas. Pero no hay modo de que aguanten. Mandar más soldados, a esta altura, es ridículo. O los van a tomar prisioneros o los van a matar. Además de los helicópteros que vas a perder. ¿Y ahora, encima, Camargo pretende mandarlo a él para allá? ¿Para qué? ¿Para que le reporte qué? ¿Ojos y oídos en el lugar de la batalla? ¿Eso dijo? ¿Esa boludez dijo?

—¿Con qué grupo propio, mi mayor? —pregunta.

No es una pregunta demasiado lúcida, pero no se le ocurre otra mejor. Adscripto al Estado Mayor como está, nunca queda claro quién es su gente propia. Además de que son todos oficinistas, no tienen rol de combate establecido. Es la manera que encuentra Quinteros de dar a entender que es una maniobra suicida, de puro improvisada.

—Llévese a ese subteniente que anda siempre con usted, y a los estafetas que encuentre.

Maravilloso, piensa Quinteros. Esos soldados a los que Camargo aludió como si fueran hojarasca llevan semanas haciendo bien el trabajo. Saben dónde está cada quién en qué momento. Y eso no es poco, sobre todo con el infierno que son las comunicaciones con el frente de batalla y también ahí, dentro de la retaguardia. Y algo más: ¿no se supone que entre esos estafetas está el sobrino de Camargo? ¿Ese soldado López que vino a las islas por error, error que subsanó como pudo el propio Quinteros quedándoselo en el Estado Mayor? ¿Y ahora lo quiere mandar al frente?

—Preferiría ir solo, si usted me lo permite. O con el sargento Cóceres, nada más. Esos conscriptos están trabajando bien.

Porque ésa es la verdad. Esos soldados son útiles donde están. Y a Parisi no le ve uñas de guitarrero. Y, sobre todo, no tiene sentido llevarlos a la boca del lobo. Quinteros no tiene la menor intención de desobedecer una orden absurda. Pero a disminuir lo dañino de esa orden sí que está dispuesto.

—No me haga repetirle sus instrucciones. Se va a llevar también al radioperador Olmedo. Ya está avisado. Quiero que me informe permanentemente. A mí. ¿Entendido? Acá el coronel y yo necesitamos información de primera mano.

Ahora sí. Qué lento soy, se dice Quinteros. No se trata de que Camargo ignore lo inútil de la maniobra. Sabe perfectamente que el envío de refuerzos ya no sirve para nada. Pero poner a un subalterno en el teatro de los hechos, un subalterno que le dé cuenta permanentemente de los detalles, lo colocará, a Camargo, como un interlocutor interesante en el Estado Mayor en las próximas horas. A él y al tal Robledo quien, como Camargo, es oficial de inteligencia y quien, como Camargo, viene precedido de una fama siniestra. Podrán saber lo que está ocurriendo con un poco más de claridad y un poco más de antelación que el resto de la plana mayor. Y ése es el partido que juegan esos tipos. Mientras otro montón de idiotas, Quinteros incluido, siente que lo único que importa hoy es lo que pase hoy, Camargo sabe que lo que pase hoy, y mañana, y pasado mañana, no importa tres carajos. O, mejor dicho, importa pero es irrevocable. Camargo, y el amigo de Camargo, están pensando en la semana que viene, en el mes que viene, en qué carajo pasará en ese tablero cambiante de las influencias y las alianzas y los favores y las deudas y los rencores y en cómo toda esa ensalada determina quiénes pasarán a retiro y quiénes seguirán ascendiendo. Y quedar como tipos ejecutivos, enterados, resolutivos es lo que buscan en las próximas horas. Y si tienen que mandar a seis o siete pelotudos a Goose Green para hacerlo, bienvenido sea. Eso le falta a Quinteros. Tomar en cuenta todo lo hija de puta que puede ser la gente.

—Entendido, mi mayor.

Hace la venia y se encamina hacia la puerta. Recuerda algo puntual y se da vuelta:

—¿Incluyo a López en el grupo que me llevo, o se lo dejo a usted, mayor?

Es lo único que puede hacer por ese soldado que, además, resultó ser un pibe valioso. La pregunta habilita al mayor a decir: «Déjemelo, teniente, así me ayuda con los enlaces acá mientras ustedes no están». El coronel Robledo, que no ha perdido detalle del diálogo, no tendrá nada para objetar. No sabe del acomodo. Además de que, si lo supiera, no le molestaría. ¿Quién no ayudaría a un sobrino a evitarse el riesgo que van a correr?

—Llévelo, teniente.

Eso es todo lo que contesta Camargo, antes de volver a enfrascarse en la conversación que sostiene con el coronel. Lo dice con un encogimiento de hombros, como si la pregunta de Quinteros hubiese estado de más. Ahí está. Es un hijo de puta. No es un hijo de puta porque exagere ni con los maltratos ni con la violencia, ni con nada. No. Quinteros cae en la cuenta de que lo que le da miedo de Camargo es que el tipo es malo, sabe que es malo y no tiene el menor cargo de conciencia por ser malo.

Quinteros sale al exterior pensando en lo jodido que es tener un jefe al que no le importa nadie más que sí mismo. A esa gente nunca es bueno tenerla cerca. Pero entre milicos, menos. Y entre milicos que están peleando una guerra, menos que menos.

Está lloviendo bien torcido, por culpa del viento. Ve que López está saliendo de una barraca y le hace una seña para que se acerque con urgencia.

18

Carlitos decide jugársela. Le da mucha vergüenza la posibilidad de que el teniente se entere. No quiere quedar mal con él, porque lo respeta y le parece un buen jefe. Pero, por otro lado, si no es ahora, no es. Además, en una de esas le alcanza con dos minutos. Ya le avisó a Parisi. Ya le avisó a Cóceres. Ya recogió el equipo. El grupo tiene que juntarse dentro de cinco minutos detrás de la casa del gobernador y de ahí caminar hasta el hipódromo, porque desde allí salen los helicópteros.

Pero ésa es la cosa. Para ir al hipódromo se pasa a una cuadra de la telefónica y Carlitos no puede resistirse. ¿Y si es la última vez que puede llamar? Mete un trote veloz y les explica a los seis que están haciendo la fila que se está yendo a Darwin, que por favor lo dejen saltarse la fila. Son cuatro colimbas, un cabo y un sargento primero, que le hacen el gesto de que pase.

A duras penas consigue dominar el temblor de los dedos mientras disca. Les dice en dos palabras que se va a Darwin y chau. Pero que en su casa sepan. En una de esas… No lo quiere ni pensar, pero lo piensa igual.

Da ocupado. La puta madre que lo parió. Da ocupado. Cuelga y vuelve a discar. Mira el reloj. Los cinco minutos o ya se agotaron o están a punto. Ocupado de nuevo. Carajo.

¿Quién puede estar colgado del teléfono? Mira por el vidrio. Le da pudor haberles pedido a los de la fila que lo dejaran pasar y tenerlos ahí esperando. Está bien que hay otras dos cabinas, pero igual.

Tercer intento. Ocupado de nuevo. ¿Quién carajo está hablando en su casa, por Dios? Seguro que son las pelotudas de sus hermanas. Cuarto intento. Si ahora le da ocupado, cuelga y se va. No puede seguir demorándose. Ocupado de nuevo. ¡Mierda! ¡Mierda! ¡Recontra mierda!

Se rasca la cabeza. Mira el reloj. Si no pasaron ocho minutos, pasaron diez. Quinteros lo va a matar. Pero no puede irse sin escuchar a alguien de su familia una vez más. Aunque sea cinco segundos. Quinto intento. El

teléfono llama y atiende su hermana Andrea. Carlitos dedica el siguiente minuto a gritarle su enojo por haber tenido ocupada la línea y a explicarle lo más rápido que puede que lo mandan a Darwin con el teniente Quinteros. Su hermana se tara y no lo entiende. Cada vez más nervioso, cada vez más agitado, Carlitos intenta explicarse. Mira el reloj. Van más de diez minutos. Deben ir quince, en total. Tiene que irse.

Dice: «Chau», cuelga, deja el manojo de billetes que le quedaban sobre el mostrador, pide disculpas a los de la fila y sale corriendo. Enfila hacia la calle del hipódromo con cuidado de no patinarse en el barro. Llueve.

19

Alguna vez, ya no se acuerda dónde, Carlitos leyó que subirse a un helicóptero es mucho más peligroso que a un avión, porque un avión al que se le jode el motor puede planear para intentar aterrizar, mientras que un helicóptero sin propulsión cae al piso recto como una piedra. Igual, no tiene miedo. O un miedo especial. Tiene un miedo redondo que lo abarca todo y que tiene que ver con que están yendo al frente de combate. Ese frente que hace un ratito estaba a ochenta kilómetros de donde estaba él, y que ahora se acerca rapidísimo. No sabe a qué velocidad vuela ese helicóptero, pero seguro que llegan enseguida. Apenas despegaron cruzaron por encima de los montes donde está la mayoría de los soldados argentinos. Carlitos se dio cuenta porque el piloto se los señaló al teniente Quinteros. Él miró también, y vio a sus compañeros como hormiguitas yendo y viniendo por las pendientes. Se preguntó si el Negro y el Conejo estarían mirando para arriba, viendo pasar el helicóptero sin saber que él va montado ahí, pero le parece que cruzaron la línea de los montes demasiado al norte, por el lado del Longdon, y su compañía está mucho más al sur. Tampoco tenía sentido preguntarle al piloto, porque el batifondo que mete el motor hace imposible escuchar nada de nada. Eso no lo leyó en ningún lado, pero lo está comprobando en carne y hueso. El taca-taca de la hélice es tan ensordecedor que Carlitos siente como si le estuviesen vibrando los huesos del cráneo, debajo del casco. El piloto lleva auriculares y Quinteros, que va sentado al lado del piloto, también. Supone que van hablando porque de vez en cuando ve que mueven los labios. Pero los que siguen van callados, con cara de aturdidos. Carlitos conoce a cuatro o cinco: el subteniente Parisi, el sargento Cóceres y un par de colimbas estafeta como él. El resto son desconocidos que les enchufó un capitán que estaba organizando las cosas en el hipódromo. Para aprovechar la capacidad del vuelo los mandaron todos juntos. Pero esos desconocidos van sin ningún superior a cargo y se los ve medio huérfanos.

¿O será impresión suya, porque mal que mal se siente reconfortado de verlo a Quinteros sentado adelante?

Pasan por encima de un brazo de mar mientras el helicóptero pierde altura. El piloto señala adelante y le dice algo a Quinteros, que mira a los que van atrás y también señala. Es evidente que están llegando. Carlitos intenta tragar saliva, pero tiene la boca seca. Trata de escudriñar por el amplio parabrisas de la aeronave, pero entre las sacudidas que pega y el ángulo de visión, a veces ve únicamente pedazos de cielo nublado y a veces el color pardo de la tierra, pero sin puntos de referencia que le permitan entender lo que está viendo.

Tocan tierra, se abre la compuerta y saltan afuera.

20

Se alejan del helicóptero al trote y encorvados, para protegerse del fragor de las aspas. El Bell enseguida levanta vuelo y se pierde en la distancia. Carlitos comprueba que hay un montón de soldados reunidos en grupos. Se ve que los están concentrando ahí, antes de sumarlos a la defensa de Goose Green. Quinteros no pierde tiempo. Llama a los suyos, que son los que Carlitos conoce además de un radioperador que se calza el equipo a la espalda y se suma al pelotón. Carlitos intenta no dejarse ganar por el miedo, pero este lugar es nuevo, desconocido, y en algún lado, en alguna dirección que por ahora ignora, hay un montón de ingleses atacando. Quinteros se aleja trotando hacia un capitán y se ponen a conversar. En ese momento se escucha el estampido de disparos lejanos. Carlitos cae en la cuenta de que es la primera vez, desde la instrucción militar del año pasado, que escucha tiros de fusil. Estos últimos días se cansó de oír artillería, pero no fusiles. Los disparos tampoco son permanentes. Arrancan, se incrementan, después se detienen. Vuelve Quinteros.

—Vamos a acercarnos a la zona de combate, pero dando un rodeo por la derecha —lo dice para que lo escuchen todos, en la ronda que han formado, y señala la dirección que van a tomar.

—Permiso para marchar a la vanguardia, mi teniente —el que habla, marcial, es Parisi.

Carlitos cree detectar un asomo de duda en la expresión de Quinteros.

—De acuerdo, Parisi. Usted abre la marcha.

De inmediato se ponen a caminar. Muy rápidamente dejan atrás al centenar de soldados reunido en esa especie de helipuerto improvisado en medio del páramo.

—El poblado está para allá —señala Quinteros hacia la izquierda.

Carlitos intenta entender la geografía del lugar. Goose Green es una especie de pasillo, muy angosto, que conecta la mitad sur y la mitad norte

de la isla Soledad. Por lo que viene escuchando, los ingleses atacan desde el norte, desde la cabeza de playa que consolidaron hace unos días. Y los argentinos tienen distintas líneas de trincheras que cruzan esa especie de pasillo de lado a lado, con el mar de las dos orillas como límite. Según se ve, Quinteros los va a llevar hacia el lugar de la batalla rodeando las trincheras por el este. A la izquierda, al oeste, irán dejando atrás las defensas que todavía están activas y el propio poblado.

Caminan quince minutos y Quinteros ordena hacer un alto. Se agachan junto a unos arbustos y el teniente le dice al radioperador que lo comunique. Habla un par de minutos. Se incorpora y los demás lo imitan.

—Seguimos. Atentos. Se supone que el combate es allá, a la izquierda, pero no se confíen —se encara con Parisi—. Ojo, subteniente. Mire que algún inglés puede estar haciendo la misma maniobra que nosotros.

Vuelven a ponerse en marcha. Carlitos se gira un poco para mirar la altura del sol. En este tiempo se ha acostumbrado a calcular la hora según la inclinación que tenga. Deben ser como las tres, tres y media de la tarde. De la nada se acuerda de que Andrea y Cecilia, a esa hora, se pelean por la tele porque empiezan dos telenovelas, en dos canales distintos, y las dos se sacan chispas para apropiarse del televisor. ¿Cómo se llaman las novelas? Carlitos se rompe la cabeza pero no se acuerda. Parece mentira que a esa misma hora, en el mismo planeta, puedan estar pasando dos cosas tan distintas. ¿Cómo carajo se llaman los dos teleteatros? ¡*Amor gitano*! Ahí está. Ése es el que la enloquece a Andrea. ¿Pero cómo se llama el que le gusta a Cecilia? La pucha. Lo tiene en la punta de la lengua. Una es *Amor gitano*, y la otra… Una es *Amor gitano* y labura Arnaldo André y una morocha que es lindísima. Ésa es *Amor gitano*, y la otra…

Desde atrás de unas piedras aparecen unos tipos que les apuntan y les disparan. El teniente Quinteros les grita a todos que se cubran. El subteniente Parisi cae al piso con el pecho lleno de sangre.

21

Está pasando. Acaba de pasar. Más de una vez a Quinteros le tocó leer esa expresión de «bautismo de fuego». Cuando era chico, lo primero que pensó al leerla, la primera imagen que se le vino a la cabeza, fue la de un bebé, en una iglesia, al que aproximaban a una fogata, en lugar de a una pila bautismal llena de agua, mientras la criatura lloraba como loca para que no la quemaran. Le explicaron que no, que el bautismo de fuego es la primera vez que te toca participar de una batalla. «El bautismo de fuego del general San Martín fue en la batalla de Orán, en 1791». Eso lo aprendió cursando Historia Militar, ya no se acuerda si en segundo o en tercer año.

El bautismo de fuego de Quinteros acaba de ocurrir, hoy, hace un minuto, el 28 de mayo de 1982, en el istmo de Darwin, en la isla Soledad del archipiélago de las Malvinas. No sólo el de Quinteros. También el del subteniente en comisión Adrián Parisi, que yace muerto tres metros a su derecha. El bautismo de fuego de Parisi duró un suspiro, el que media entre la percusión de las balas de un fusil de asalto y el impacto de esas balas en el pecho de un soldado que está de pie a setenta metros del fusil que las disparó. Si Quinteros estuviese menos furioso, menos exaltado, menos sorprendido, podría tomarse el tiempo para repasar sus conocimientos de balística y recordar el hecho de que las balas de un fusil de asalto estándar salen del arma con una cadencia —en disparo automático— de ciento veinte tiros por minuto y a una velocidad de unos ochocientos metros por segundo, y si los ingleses los emboscaron a menos de cien metros de distancia eso quiere decir que las dos balas que mataron a Parisi permanecieron en el aire, entre el cañón del fusil y el pecho del subteniente, menos de un segundo. O sea que eso es lo que duró el bautismo de fuego del subteniente en comisión Adrián Parisi. Un par de décimas de segundo.

¿Piensa en esto el teniente primero Quinteros mientras le ordena a su pelotón que se tire cuerpo a tierra, mientras vocifera que busquen refugio detrás de alguna piedra y repta hasta el cadáver de Parisi para comprobar que efectivamente es un cadáver? Quinteros, después, va a regresar a ese momento, no sólo a repasar los acontecimientos, sino su responsabilidad en esos acontecimientos. ¿Debió prever la emboscada? ¿Debió ser él quien encabezara el avance? ¿Debió elegir otra ruta? ¿Debió aceptar la propuesta de Parisi de caminar a la vanguardia? Mil veces va a hacerse esas preguntas. Y sus respuestas no serán siempre las mismas.

Pero ahora, siendo exactamente las mil quinientas cincuenta y tres del 28 de mayo de 1982 en el istmo de Darwin, con su pelotón aferrado al terreno por los disparos de una patrulla inglesa emboscada a menos de cien metros de su posición, Quinteros tiene otras urgencias. La perentoria necesidad de que su propio bautismo de fuego, y el del resto de sus hombres, sea más prolongado que el del subteniente. Mucho más. Y que no termine con la muerte de más hombres a su cargo. Que se prolongue hasta que pueda poner a salvo a los cinco soldados que le quedan. Alza apenas la cabeza y comprueba, reconfortado, que en el lugar hay varias piedras medianas. Y sus hombres se han protegido detrás de ellas. No son enormes, pero esas rocas ofrecen protección suficiente.

—¡Sargento! —llama Quinteros.

—¡Ordene, mi teniente! —grita Cóceres, a su derecha.

—¡Fuego libre sobre los ingleses! —grita Quinteros.

Tiene un segundo de duda. ¿Están vivos sus hombres, además de Cóceres? ¿Están vivos y son dueños de sus actos? ¿Están vivos, son dueños de sus actos y están dispuestos a quedarse a combatir? ¿Están vivos, son dueños de sus actos y están dispuestos a combatir cumpliendo sus órdenes?

22

Del lado de allá los ingleses están escondidos detrás de un montículo de piedras altas que se levantan todas juntas, formando un único talud. Del lado de acá el teniente y su patrulla están desperdigados detrás de piedras más chicas, que se abren en arco a derecha e izquierda de esa senda apenas marcada por la que los argentinos se acercaron. Quinteros recarga el FAL e intenta pensar, mientras el corazón le retumba en el pecho. Los ingleses los vieron venir y los esperaron. Pero por suerte eligieron mal cuándo empezar a tirarles. Mejor dicho, no es que eligieron mal, sino que tuvieron que optar: si arrancaban a disparar con ellos un poco más lejos, ganaban en encontrarlos en terreno mucho más despejado, sin protección, pero perdían precisión en los blancos. Eligieron esperar a tenerlos cerca, y eso le costó la vida a Parisi. Pero los argentinos tuvieron sitios en los que guarecerse primero, y responder el fuego después. Y en eso están ahora.

Los soldados propios se están portando como deben. Con la guía de Cóceres, anteúltimo a la izquierda del abanico que accidentalmente han formado, y del propio Quinteros en el extremo derecho, sostienen una cadencia de disparo que les hace muy difícil a los ingleses asomar el cogote para responder. Salen y tiran, pero poco.

Por ahora están bien, pero Quinteros entiende que el tiempo les juega en contra. Ignora cuántos son los ingleses. Cuatro. Cinco, en una de esas. Pero si los ingleses tienen respaldo cerca, a la retaguardia, ellos, los argentinos, están fritos, porque están muy distantes de cualquier eventual apoyo. Ya le pidió al radioperador que hablara con la base, pero el cabo le dijo que no consigue comunicarse. Cóceres mantiene a los colimbas bajo control: los caga a pedos con que no se ceben disparando de más, y hace bien, para que la ansiedad no los haga desperdiciar la munición. Pero tarde o temprano van a tener problemas con eso.

Quinteros se asoma por encima de la piedra justo cuando un inglés acaba de sacar el cogote y apuntar hacia el centro de su improvisado

dispositivo. Tac-tac. Dos disparos de Quinteros que pegan en la roca y obligan al inglés a esconderse de nuevo. El teniente se palpa la chaquetilla. Dos cargadores completos. Pero teme que sus soldados estén menos provistos. Tiene que pensar. Tiene que decidir. Tiene que actuar. Tiene que ser obedecido.

—¡Cóceres! —grita.

—¡Diga!

—¡Voy a abrir un poco el flanco derecho!

Pausa del otro lado.

—¡Entendido!

—¡Cuando llegue, hacemos lo mismo en el izquierdo!

—¡Entendido!

Esta vez la respuesta es inmediata. El sargento tiene claro el plan. Si los ingleses advierten el peligro de que los flanqueen, tal vez opten por replegarse y ellos, a su vez, puedan hacer lo mismo.

—¡Cuenta usted, sargento!

Quinteros se prepara, irguiendo apenas el cuerpo detrás de la piedra, sobre rodillas y codos, y aferrando el FAL. Escucha el conteo de Cóceres, en voz más baja, dirigido a los colimbas. Bendito salteño, Dios nos ayude. Casi de inmediato oye los disparos a su izquierda. Se incorpora y corre a la derecha, hacia la piedra que tiene elegida. Son veinte metros. Echa un vistazo a la roca de los ingleses. No los ve. Siguen los disparos propios de cobertura. Quince metros. Antes de levantarse se prometió respirar como le enseñaron para ganar velocidad y mantener el esfuerzo, pero está tan nervioso que se olvida de todo y corre como le sale. Nuevo vistazo. Ve, apenas, una boina roja sobre una cabeza. Mierda. Diez metros. A medida que Quinteros se ha ido abriendo a la derecha amplía más el ángulo de visión para los ingleses que están refugiados detrás de la piedra grande y más riesgo corre de que lo vean. Escucha gritos en inglés. Se lanza los últimos dos metros y rueda hacia la roca para ponerse a cubierto, pero cae en un manchón de turba, que desde su posición inicial no se veía. El suelo encharcado le dificulta el movimiento. De todos modos intenta rodar. Ahora escucha tiros lejanos y repiques próximos. Le tiran a él. Consigue guarecerse detrás de la piedra. Cóceres está ordenando responder el fuego. Se detienen los repiques de balas en su sitio. Quinteros nunca ha recibido una herida de bala. Intenta repasar su cuerpo. En una de esas no le dieron, porque no siente ningún dolor en ningún lado. Pero también ha escuchado

historias de que un balazo puede ser tan doloroso que de entrada el cuerpo anula la sensibilidad con adrenalina. El cuerpo bombea y bombea para no paralizarse de dolor. Pero como el bombeo no puede ser eterno, el dolor en algún momento te estalla adentro. Quinteros se palpa las piernas, los brazos, el abdomen y el pecho. Imposible que le hayan dado. Ya debería dolerle y no le duele. Se gira boca abajo y se asoma por detrás de la piedra. Dispara dos veces, tac-tac, más que nada para que sus hombres se anoticien de que llegó a salvo.

—¡Teniente! —ahora la voz de Cóceres suena un poco más lejos.

—¡Sargento!

—¿Estamos?

—¡Estamos! ¡Usted ordena!

No pasan diez segundos y sus soldados abren fuego. Quinteros también. A su izquierda el salteño se levanta y corre alejándose para abrir su propio flanco. Tiene un trayecto más largo que el que hizo el teniente, porque debe sortear a uno de los colimbas y después seguir. Que no le den, piensa Quinteros. Por lo que más quieras, Dios, que no le den. Los ingleses abren fuego y los argentinos se esconden, Quinteros incluido. Enseguida, una nueva pausa de fuego. Dos tiros sueltos, desde el otro extremo del arco. La señal de que el Sargento llegó bien. Gracias a Dios. El teniente se pregunta cuánta munición les estará quedando. Esas dos maniobras habrán sido un sacrificio grande. Falta poco para saber si valió la pena.

—¡Cóceres!

—¡Mande!

—¡Una todos juntos!

—¡Cuando diga!

Quinteros aprovecha para cambiar el cargador. Se asoma. Ahora tienen un perímetro de disparo sobre la posición inglesa mucho más abierto que antes. El teniente dispara: tac-tac-tac, tres veces, una pausa. Por el rabillo del ojo ve a sus soldados imitarlo. Tac-tac-tac, otros tres. Ahora no sobresale ninguna boina ni ningún uniforme por detrás de la roca. Ahora son los ingleses los que quedaron aferrados al terreno. Bien. Pero falta lo más difícil. Vuelve el silencio. Escucha el sonido metálico de las recargas. Pero sus soldados no disparan sin la orden. Desde lejos se escucha una detonación más profunda. Mucho más profunda.

—¡Atención! —grita Quinteros—. ¡Abajo, que ahí tiran!

Cuando un proyectil de mortero cae lejos se lo escucha silbar, pero cuando cae cerca no hay ningún sonido preparatorio. De la nada, el estallido. Y eso es lo que pasa. El mortero explota cuarenta metros detrás de Quinteros, un poco abierto a la derecha. Enseguida caen dos más, más a la derecha, detrás de sus hombres. Un vistazo rápido le permite ver que están sanos y salvos, pegados como estampillas al suelo. Otra andanada de morterazos cae apenas más cerca, vuela tierra y piedra, que esta vez les cae encima. Escucha un grito que proviene del centro del dispositivo, donde están los colimbas.

—¡Informe novedad! —grita Quinteros.

—¡Nada, mi teniente! —responde una voz juvenil, estrangulada de nervios.

—¿Seguro? ¡Revise bien, soldado!

—¡Olmedo, mi teniente! ¡En el brazo le dieron! ¡Le sangra y no puede moverlo, pero no le sangra tanto, tampoco!

Carajo. Debe haberle pegado una esquirla. Eran seis y ya tiene dos bajas: un muerto y un herido. Hay una nueva pausa en el fuego de artillería. Quinteros sabe que lo que viene a continuación, con la artillería inglesa, es decisivo. Porque los ingleses que están detrás de la roca, y que guían los disparos de sus artilleros, enfrentan el dilema de pedirles o no pedirles que acorten más la distancia. Si corrigen las coordenadas y aciertan con la corrección, el pelotón de Quinteros es historia. Pero si corrigen de más y acortan demasiado el alcance, serán los propios ingleses los que vuelen por el aire.

La respuesta llega de inmediato. Hay una nueva andanada de morteros, que caen apenitas más cerca de los argentinos que la primera. Es más nutrida y más prolongada, pero el lugar de impacto es casi el mismo. Mientras Quinteros y sus hombres se mantienen adheridos al piso como ventosas, los ojos cerrados para protegerlos de la lluvia de piedra y barro, el teniente comprende que el enemigo ha decidido mantener coordenadas prudentes, para no arriesgarse a matar a sus propios infantes. Y lo prolongado del ataque de artillería es, pese a todo, una buena noticia. Los infantes ingleses deben estar usándolo para cubrir su repliegue. No los están ablandando para atacarlos. Sólo están asegurándose de que los argentinos no los persigan y les disparen por la espalda.

Apenas se acallan los últimos estallidos, Quinteros dispara sobre el refugio inglés, dos tandas de cuatro tiros. No recibe respuesta. Se levanta y

corre agachado hacia donde están los suyos.

—¿Están bien?

Los soldados alzan las caras sucias hacia él. El sargento Cóceres regresa también al trote, mirando de vez en cuando hacia la piedra de los ingleses. De inmediato saca una venda y le hace un torniquete en el antebrazo al radioperador. Quinteros se acuclilla para observar la herida. Mira el aparato de radio. El operador niega con la cabeza.

—No anda, mi teniente.

La herida no parece grave. Pero hay que evacuarlo.

—Ordene, mi teniente —dice Cóceres.

—Nos vamos —ordena Quinteros—. Volvemos por donde vinimos. Rápido, pero sin desesperarse. Nos alternamos con López para cubrir la retaguardia.

El colimba asiente con la cabeza.

—¿Me deja que sea yo el que lo acompañe atrás? —pregunta el sargento.

—No, sargento. Lo necesito adelante. Y rápido. No sea cosa que nos terminen flanqueando.

Cóceres sale corriendo con los otros pisándole los talones. El soldado López se queda ahí, de pie, esperando instrucciones del teniente.

—Cubrime un minuto, López. Ya enseguida nos vamos.

Quinteros se aproxima al cadáver de Parisi. Se siente avergonzado por no llevar el cuerpo de regreso a sus líneas, pero tiene mucho miedo de que los ingleses no se hayan retirado de verdad, sino que estén haciendo una maniobra para cortarles la retirada a ellos. Ya cargar con un herido va a demorarlos. Llevarse el cuerpo de Parisi los atrasaría demasiado. Y no va a arriesgar la vida de nadie más, en tanto pueda evitarlo. Abre la chaquetilla empapada de rojo. Del cuello del subteniente cuelga una cadenita con las chapas identificatorias. Arranca una y se pone de pie.

—Andá, López. Esperame a cincuenta metros, en posición de tiro.

El soldado no se hace rogar. Sale detrás de sus compañeros. Quinteros escruta alrededor. No se ve nada, excepto las piedras, algunos pastos altos movidos por el viento, el horizonte chato, y Parisi. Cuando López está en posición, el teniente mira por última vez el cuerpo de su subordinado y emprende la carrera, tratando de no pensar en ese cuerpo solo en medio de la estepa.

23

—Si te querés quedar está bien, López. Nadie va a poder decirte nada.

El teniente Quinteros está ahí, de pie, enfrente de Carlitos. En la oscuridad se le ilumina el rostro de rojo cada pocos segundos, porque están de pie muy cerca de una baliza roja intermitente. Hace un ratito empezó a lloviznar bastante tupido. A lo lejos se escucha el ruido de un helicóptero. Los ingleses están un par de kilómetros al norte, asegurando el terreno que ganaron, así que la nave que se escucha puede ser inglesa o de los argentinos. Da igual. Bueno, no exactamente. Porque si el helicóptero es de los nuestros, piensa Carlitos, él tiene que tomar una decisión ya mismo. No puede demorarla más.

Hace un rato Quinteros los hizo reunirse. A ellos, el grupito que lo acompañó desde el hipódromo hoy a mediodía, para imponerlos de las novedades. Les dijo que Olmedo, el radioperador, estaba fuera de peligro en el hospital de campaña. Y que él se volvía a Puerto Argentino si conseguía que un helicóptero lo llevara. Que ellos hicieran lo que mejor les pareciera. Que les daba la opción de elegir. Agregó que, en realidad, eso de «volver en un helicóptero» está por verse, porque no está seguro de que acepten regresarlos. Pero que lo va a intentar, con los que quieran acompañarlo, o solo. Pero que es voluntario. Voluntario de verdad. Que no lo dice por decir.

Uno de los soldados pidió precisiones. Qué iba a pasar ahí, en Goose Green, con los que se queden, que son un montón de soldados. Efectivamente, le había confirmado Quinteros. Acá debe haber como mil efectivos, entre los que ya estaban y los que llegaron hoy, como ellos mismos. Dijo que no estaba seguro, pero que creía que no iba a pasar nada. Nada grave, aclaró. Bajó la voz y les hizo un gesto de que se le acercaran.

—Calculo que el jefe de la guarnición va a rendirla —les dijo—. No tiene sentido seguir peleando. No hay con qué.

Carlitos pensó que era cierto que, desde que volvieron a salvo de la patrulla, cada vez se escuchan menos tiros. Como si los dos bandos estuvieran esperando vaya a saber qué. Bueno. Ahí está. Ahora Carlitos entiende lo que están esperando. Un parlamento. Una bandera blanca. Un par de enviados que pacten las condiciones para que los argentinos entreguen las armas y se rindan.

—No creo que haya nuevos ataques —agregó Quinteros—. Los ingleses saben que ganaron, y no van a arriesgar a su gente en un ataque nocturno para que se la maten al pedo. Van a esperar y listo. Además… —ahí Quinteros dudó un poco antes de seguir—, además, el mando argentino sabe que no hay salida. Desde Puerto Argentino le sugirieron al comandante de la guarnición que abandone la zona y lleve la gente hacia el sur, para intentar después una evacuación marítima. Pero el comandante la descartó por… inviable.

Carlitos nota en la voz de Quinteros cómo se contiene, cómo elige las palabras para no decir nada incorrecto. Al fin y al cabo está hablando de cuestiones secretas con un grupo de reclutas. Carlitos, de todos modos, se lo agradece.

—¿Y con Parisi qué va a pasar? —pregunta otro de los soldados.

Se hace un silencio. Quinteros se toma su tiempo.

—No lo sé. Calculo que levantarán el cuerpo los ingleses. Lo dejamos en condiciones de que se pueda identificar. Pero no lo sé, y no les voy a decir a ustedes cosas que no sé.

Carlitos piensa por un instante en el cuerpo de Parisi, boca arriba en el páramo, tal como lo dejaron, pero envuelto ahora en las tinieblas de la noche y empapado de lluvia. Sacude la cabeza, porque pensar en eso lo pone muy triste. Ahí es cuando Quinteros les dice que decidan con libertad. Él va a tratar de volver, porque quiere tener una chance más. Eso dice. Nada más. Y nadie pregunta a qué se refiere con eso de la chance. Pero seguro que lo entienden, tal como lo entiende Carlitos.

Quedarse acá significa que para vos terminó la guerra. Perdiste, pero terminó. Los ingleses te tomarán prisionero. Carlitos no sabe si pueden llegar a tratar muy mal a los prisioneros, pero espera que no. Y menos si son el montón de prisioneros que dice Quinteros que van a ser.

—Si alguno se vuelve conmigo, lo espero por allá —Quinteros señala el lugar en el que aterrizan los helicópteros—. Usted, sargento, si se

vuelve conmigo, primero se asegura de dejar a estos soldados con algún responsable. ¿De acuerdo?

—Sí, mi teniente.

Quinteros se da media vuelta y se aleja. Carlitos entiende que no quiere presionarlos con su presencia. Si se queda, en una de esas alguno se decide por acompañarlo pero no porque quiera, sino porque le da culpa, o vergüenza. La oscuridad se lo traga casi enseguida.

—Lo que sí, se me apuran —dice el sargento Cóceres—. Porque yo me vuelvo con el teniente y no sé cuánto tiempo nos queda.

Si quedarse significa caer prisionero esta misma noche, o más bien mañana, con la luz del día, ¿qué significa irse con Quinteros? Volver a Puerto Argentino, que es donde va a seguir la guerra. Carlitos se corrige. No es donde va a seguir, sino donde va a terminar. Se les nota. No a los soldados, que están agotados, asustados, cagados de hambre y cagados de frío. A los jefes, se les nota. Tienen cara de que está todo dicho. El propio Quinteros tiene esa cara. Pero el teniente quiere volver igual. ¿Y él? ¿Qué quiere él?

Carlitos quiere estar en su casa, trabajando en la inmobiliaria con su viejo, estudiando en la facultad, escuchando los partidos por la radio y cagándose de la risa viendo discutir a sus hermanas. Eso es lo que quiere. Pero esa vida queda en Marte, así que no entra en la disyuntiva.

El asunto es lo que Carlitos quiera acá. ¿Quiere quedarse y rendirse o quiere volver a Puerto Argentino y esperar que lleguen los ingleses, para pelearlos por última vez? En el fondo, quiere rendirse. En el fondo, o en la superficie. O en la mitad. Una parte de él quiere rendirse para estar seguro de que no van a matarlo. Pero hay otra parte de Carlitos que no se siente capaz de quedarse solo. Necesita estar con alguien en quien confíe. Y en los únicos en los que confía son el Negro, el Conejo y el teniente. Si Quinteros no se volviese a Puerto Argentino y se quedara hasta que lleguen los ingleses, para entregarse, Carlitos se quedaría a esperar con él.

Y sus amigos están en la ladera del monte Harriet, metidos en un pozo de zorro y esperando también que lleguen los ingleses. Y no tienen ni idea de lo que se les viene encima. Hoy Carlitos vio cosas, escuchó cosas, vivió cosas que nunca pensó, jamás, en la puta vida, que iba a ver, escuchar y vivir. Los ingleses con sus boinas rojas detrás de las rocas. Los fogonazos de los fusiles. El estampido de los morteros. Las piedritas volando con el barro.

Y, sobre todo, Parisi muerto. Vio lo rápido que te morís en la guerra si tu cuerpo está en el lugar equivocado en el momento equivocado. Vio que no tiene nada que ver qué tan buen o mal soldado seas. Parisi, de hecho, murió en la guerra sin disparar un solo tiro. Su único papel en la guerra fue recibir un disparo en el pecho. Nada más.

Los otros dos colimbas le dicen a Cóceres que prefieren quedarse. Cóceres asiente y lo mira a él, a Carlitos, porque necesita que se decida ya mismo. La reputísima madre que lo parió. Si se queda acá, con estos colimbas, nadie se va a enterar de que prefirió rendirse.

¿Quién lo podría contar? ¿Cóceres? ¿Quinteros? No. No van a hacerlo. Primero porque no estaría bien. Y segundo porque es toda una irregularidad eso de que los superiores les pregunten a tres soldados rasos lo que quieren hacer. Dónde se ha visto tanta democracia. Así que nadie va a decir nada. Y si nadie tiene por qué enterarse, Carlitos puede quedarse con la conciencia tranquila. Fue a las Malvinas, aunque se pudo haber quedado en el cuartel en Buenos Aires. Cumplió su rol de estafeta todo lo bien que pudo. No se borró, no se demoró, no se hizo el enfermo ni el escurridizo. Y hoy participó de una misión de combate, y perdió a un compañero, y ayudó a un herido, y se tiroteó con los ingleses, y aguantó el fuego de artillería, y se replegó en orden. Así que no le debe nada a nadie, qué carajo.

—Vamos, soldados —dice Cóceres, que no puede seguir esperando.

Echa a caminar en dirección opuesta a la que tomó Quinteros. Los conscriptos se apresuran a seguirlo. Es ahora o nunca. Carlitos gira el cuerpo en la dirección en la que se alejan los tres. Da un paso. Se detiene. Ahí, en medio de la oscuridad, con las gotitas de lluvia pegando con suavidad en el casco, está completamente solo.

Se escucha cada vez más fuerte el sonido del motor de un helicóptero. Carlitos se decide y empieza a trotar. Le cuesta distinguir los obstáculos del piso. Alza la cabeza e intenta ver algo que lo ayude a orientarse. Al principio, nada. De repente, una luz roja que parpadea. Corre hacia esa luz.

Quinteros está de pie, junto a la baliza titilante. Cuando llega a su lado, el teniente lo mira. Su rostro se ilumina de rojo cada pocos segundos, según le da la luz de la baliza. Y ahí es cuando su superior le dice:

—Si te querés quedar está bien, López. En serio. Nadie va a poder decirte nada.

El rumor del helicóptero es cada vez más nítido. Es evidente que es argentino y que se acerca a donde ellos están. En ese momento se aproxima el sargento Cóceres, al trote.

—Pensé que se me iba, teniente —dice el suboficial, y después se lo queda mirando a Carlitos—. ¿Está seguro, soldado?

—Sí, mi sargento —dice Carlitos, aunque piensa: «No, qué carajo voy a estar seguro».

El salteño le da una palmada en la espalda. Enseguida los tres levantan el cogote para ver cómo aterriza el Bell 211, levantando un viento feroz que dispersa la lluvia en todas direcciones.

24

Se alejan del helicóptero y poco a poco el silencio se va imponiendo. No sólo queda atrás el rumor del motor, sino las voces de los mecánicos, las de los soldados que acomodan equipos, el fragor del viento que, por algún motivo que Carlitos no alcanza a comprender, no pega en la zona que ahora recorren caminando. Debe haber algún monte cerca, que no se ve por lo oscuro de la noche, y sirve de barrera. El único ruido lo hacen los borceguíes de ellos tres, al pisar o patear las piedritas del camino.

—Hoy estuvo bien, soldado —dice de pronto Cóceres.

Carlitos no sabe qué decir. Es rarísimo todo. Hoy a la mañana estaba acá. Hoy a la tarde estuvo en la guerra, peleando con los ingleses y viendo morir al subteniente. Ahora a la madrugada está de vuelta acá. El mismo lugar. El mismo cuerpo. El mismo frío. Pero la guerra en el medio.

—Gracias, mi sargento —dice al fin, porque supone que es lo que tiene que decir.

Cuando llegan a la altura de la primera calle pavimentada, el teniente Quinteros se detiene. Los otros dos lo imitan.

—Llévese al soldado a que le den de comer como Dios manda, y que descanse. Y usted también, sargento.

—¿Usted no viene, mi teniente?

—No. No todavía. Me voy a la telefónica. Quiero hablar con la familia de Parisi. Se tienen que enterar por mí, y no por otro lado.

Se hace un silencio largo. La muerte del subteniente, que se había alejado durante un rato, vuelve a posarse sobre ellos. O al menos así lo siente Carlitos.

—Buenas noches, teniente.

—Buenas noches, sargento.

—Buenas noches, teniente —dice también Carlitos.

El oficial empieza a alejarse, pero de pronto se detiene.

—Una cosa, soldado.

—Dígame.

—¿Quiere que llame a su casa? Para que sepan que está bien.

Carlitos está tan sorprendido que no sabe qué responder.

—No le digo que venga usted porque a duras penas voy a lograr que me dejen hablar a mí a estas horas. Pero si quiere…

—Sí, mi teniente. Muchas gracias. Le… le… le anoto el teléfono. Pasa que no tengo lapicera…

—Cántemelo. Tengo buena memoria y seguro me lo acuerdo.

25

Antonio se despierta y le llama la atención el silencio. Está bien que es temprano, y estos días los están dejando arrancar bastante tarde. Pero igual. Es como si los sonidos lejanos que se escuchan siempre, algún helicóptero, un cañoneo naval distante, la conversación en algún otro pozo de zorro, hoy estuvieran envueltos en un silencio esponjoso. Intenta distinguir la cara del Conejo en la penumbra. Como lo ve dormido, se mueve hacia la salida intentando no hacer ruido. No anda bien el Conejo. Está bajoneado. Callado. No jode con nada ni a nadie, y eso es rarísimo en el Conejo. En el fondo, no es muy diferente a lo que les pasa a todos. Esa mezcla entre la fatiga acumulada en tanto tiempo que llevan ahí en el monte, los nervios por saber que en cualquier momento aparecen los ingleses y la necesidad de que esto termine. Bien, mal, ganando o perdiendo, pero que termine de una vez.

Antonio se desplaza lo más silenciosamente que puede. Desde afuera no llega ningún sonido. Ninguno. Se asoma. Y lo que ve le hace sentir como si se le aflojaran las medias.

Está todo nevado. Absolutamente todo alrededor. La cumbre del monte, la ladera a cuya mitad tienen el pozo de zorro, los refugios de los otros soldados. Todo blanco. Antonio sale afuera de un brinco y pisa la nieve. Forma un colchoncito de tres o cuatro centímetros. Debe ser por eso tanto silencio. Por la nieve.

Se agacha para tocarla. Se saca los guantes para sentirla. Apoya las palmas de las manos con los dedos abiertos. Sonríe. Siempre pensó que sería igual a la escarcha que se forma en el congelador de la heladera. Y es cierto que se parece, pero no es lo mismo. La nieve es más blanca, más densa, más suave. Es una cosa preciosa. Se lleva un puñado a la nariz, pero olor no tiene. Claro, qué pelotudo, piensa Antonio, cómo va a tener olor si es agua, y el agua de lluvia tampoco tiene olor a nada.

Se acuerda de Clodomira. A ver quién de allá habrá vivido lo que ha vivido Antonio en estos meses. A ver quién, de Clodomira, se subió a un avión, vio las nubes del lado de arriba, conoció las Malvinas y la nieve. Ninguno. Antonio vuelve a sonreír. Le dan ganas de despertarlo al Conejo, pero al mismo tiempo le da lástima. Ya la verá cuando se levante. A medida que aumenta la claridad del día, más blanco se ve todo. Es lindísimo. De repente se mira las manos y ve que las tiene rojas. Coloradísimas. Qué boludo, claro, uno no se da cuenta, pero la nieve moja y está muy fría. Te quema, de tan fría. Se pone los guantes de nuevo. Una lástima no poder seguir tocándola, pero no importa. Mire para donde mire se extiende esa sábana blanca y perfecta. Camina un poco y escucha, en el silencio, cómo cruje la nieve cuando la aplasta con los borceguíes.

Tiene un momento de tensión cuando piensa que allá lejos, al otro lado del valle, en una de esas ya hay ingleses espiándolos. Nadie sabe a ciencia cierta qué tan cerca están, la verdad. Así que podría ser. Antonio se lo imagina como una película. Un inglés mirando por una mira telescópica, viendo una manchita oscura, color verde oliva, que camina sobre un fondo de purísimo blanco. Pero descarta enseguida la inquietud. Que lo vean no significa que puedan alcanzarlo con un tiro de fusil. Y tampoco los ingleses van a ser tan pelotudos de ponerse a gastar balas de cañón en un santiagueño que está pisando la nieve por primera vez.

26

Camargo escucha los golpes en la puerta y ordena: «Pase». El que entra en su oficina es el teniente Quinteros.

—Ah, es usted. Siéntese —indica el mayor.

El teniente obedece. Camargo rebusca entre los papeles que tiene sobre el escritorio. Saca una nota firmada por Quinteros y dirigida a él, que tiene fecha de la víspera.

—¿Me puede explicar esto? —pregunta.

Quinteros responde con voz monocorde.

—Sí, señor. Es una nota en la que solicito autorización para cambiar mi rol de combate y sumarme al despliegue de la Compañía A, en el monte Harriet.

—Sí, Quinteros. Eso lo entiendo, porque gracias a Dios sé leer. Lo que pretendo que me explique es por qué me formula semejante solicitud.

Ahora Quinteros hace una pausa antes de responder, pero el tono de voz sigue siendo igual de monótono.

—Con todo respeto, señor, no creo que mi presencia aquí en el comando sea de utilidad de ahora en adelante.

—¿Y desde cuándo usted está en condiciones de evaluar la utilidad o la inutilidad de la presencia de los cuadros en el Estado Mayor?

—Yo no evalúo nada, señor. Me limito a hacer una solicitud que se basa en cómo veo la situación. Usted consideró que era útil mi presencia, junto con la de algunos de mis subordinados, en el frente de Darwin. Yo, compartiendo esa evaluación suya, también considero que mi presencia será igual de útil en el frente cuando se abran las hostilidades para la infantería en el anillo de defensa exterior de Puerto Argentino.

Camargo no come vidrio, y es evidente que el idiota ese le está haciendo un reclamo vinculado con la misión que le encomendó.

—¿Tiene algún comentario que hacer sobre lo de Darwin?

—Ninguno, señor.

—Parecería que sí.

—En absoluto, señor. Yo no tengo ni el rango ni la capacidad como para cuestionar las órdenes. Seguramente hubo una razón sólida para enviarnos a Darwin del modo en que se hizo y en el momento en que se hizo. Y nuestra patrulla, enviada directo hacia las líneas enemigas, seguramente sirvió para mejorar la información de inteligencia que usted podía aportar al Estado Mayor en esa situación crítica.

—¿Lo pone en duda, Quinteros?

—No, señor. Al contrario. Me limito a señalar mis limitaciones a la hora de tomar decisiones al nivel del comando. Si hubiese estado en mí decidir, seguramente habría considerado que enviar a nuestro grupo era un sacrificio inútil porque la pérdida de Darwin y Goose Green era cosa juzgada, y que arriesgarlo en esa patrulla hacia territorio que ya estaba asegurado por el enemigo era una acción temeraria que no aportaba absolutamente nada al cuadro de situación. Pero estoy seguro de que el balance que hago es erróneo y que las bajas sufridas —un muerto, un herido y dos prisioneros— se justifican en el aprovechamiento que usted habrá podido hacer de la información que alcanzamos a recabar.

—¿Y no se preguntó si el balance nefasto de su misión no tiene que ver con los errores que usted haya cometido en su transcurso, Quinteros?

Camargo atraviesa dos emociones encontradas. Por un lado, tiene ganas de ponerse de pie y reventarle la cara a golpes a ese insolente. Por el otro, está disfrutando muchísimo viendo cómo le cambia el color de la piel a medida que la rabia lo va ganando. Dale, Quinteros. Salite de tus casillas. Dame un argumento para que te caiga con todo.

—Seguramente, mi mayor. Será como usted dice. Ésa es la razón de mi nota. Mis deficiencias serán menos dañinas si se me coloca en una posición menos importante.

Se miran por encima del escritorio. Camargo se permite sonreír, despectivo. Dale, Quinteros, portate como un hombre y puteame. Reaccioná. Defendete. Mandame a la mierda. Pero nada. Colorado como un tomate, pero sin perder la compostura. A Camargo lo asalta una idea súbita: este tipo es mucho más inteligente de lo que pensaba, y eso lo vuelve un peligro potencial. En una de esas, efectivamente, es mejor perderlo que encontrarlo.

—De acuerdo, teniente. Tiene razón. En una de esas hace menos daño en el frente. El Estado Mayor no es para cualquiera.

Quinteros se pone de pie.

—Le agradezco mucho, entonces, señor. Solicito permiso para retirarme.

Camargo le hace un gesto con la mano, como quien espanta una mosca. Ojalá lo caguen bien a tiros, concluye, mientras escucha a Quinteros cerrar la puerta con delicadeza.

27

Desde la caja del camión, sin proponérselo, Carlitos establece contacto visual con una mujer que debe andar por los sesenta años y camina por la vereda con una bolsa de compras en cada mano. A medida que el camión se acerca, los rasgos de la mujer se hacen más definidos. La nariz un poco ganchuda, los ojos chiquitos, los labios cerrados en una mueca de disgusto. Carlitos calcula que, en todo el tiempo que estuvo yendo para arriba y para abajo en Puerto Argentino, llevando y trayendo mensajes, debe haberse cruzado con casi todos los *kelpers* que viven en el pueblo, que además son casi todos los *kelpers* que viven en las islas. Pero de esta mujer no se acuerda. Su rostro no le suena de nada. Lo que sí le suena es la expresión de asco con que lo mira. Los primeros días, cada vez que se cruzaba con un civil, Carlitos sonreía. Le parecía importante. Una manera de darles a entender que les dábamos la bienvenida a la Argentina. Que comprendíamos su confusión, su sorpresa, hasta su inquietud, que podían quedarse tranquilos. Pero llegó un momento en que se cansó. Se hartó de que lo mirasen como si fuese un criminal. Vieja de mierda, que te garúe finito, piensa, mientras el camión se cruza con la mujer. Carlitos gira la cabeza para seguir mirándola mientras pueda, pero ella ya ha vuelto la vista al frente.

En la esquina siguiente el camión gira a la izquierda y enfrenta una bajada pronunciada. El chofer acelera en la pendiente, y en la siguiente esquina, cuando quiere doblar a la derecha, las ruedas patinan en el hielo y el camión sigue de largo hasta topar con un tapial de piedra. Carlitos y los demás se bambolean de lo lindo, pero ningún soldado sale realmente lastimado.

—La puta madre que lo parió —murmura el sargento Cóceres—. ¿Se lastimó alguien?

A medida que se incorporan, los soldados van diciendo que no, que están bien. Cóceres y el cabo Varela abren la portezuela posterior y saltan

al suelo. Los demás los siguen. Una vez abajo, Carlitos ve la huella que dejaron las ruedas del camión en la superficie helada de la calle. El teniente Quinteros abre la puerta del acompañante y baja también. El último es el soldado De Paola, el chofer, con expresión aturdida. No es para menos. Quinteros se vuelve hacia él con expresión de querer asesinarlo.

—¿Ahora me entiende por qué le dije que fuera tocando el pedal de freno de a poco, soldado?

—No, p… sí, yo… sí, mi teniente.

Quinteros va hacia atrás para otear el panorama. Están casi en el límite del pueblo. Apenas restan algunas casas más, sueltas aquí y allá, y después arranca el camino de ripio que serpentea hacia los montes. El teniente les hace señas de que se acerquen y se dirige a Cóceres.

—Sargento, van a seguir caminando desde acá, sólo con el equipo liviano. Los bolsones quedan en el camión. Acá Lole Reutemann va a esperar que el sol levante un poco, a ver si se derrite el hielo, y después va a desencajar el camión y los va a alcanzar —se gira hacia De Paola—. ¿Y usted, soldado, calcula que una vez en el camino de ripio va a dominar el bicho este, o tengo que conseguirme un chofer de verdad?

—No, mi teniente, sí.

Quinteros se vuelve hacia el pelotón.

—Caminar hacia la posición, soldados, con los fusiles. No se abriguen de más, o dentro de un rato se van a cagar de calor. Andando.

—Mientras esperamos que levante el sol, De Paola, acomode los bolsones portaequipo en la caja. Que sus compañeros los encuentren bien cuando los alcancemos.

—Sí, mi teniente —responde el chofer, encaramándose en la caja del camión.

Carlitos y los demás emprenden la marcha a pie. Son quince en total, a cargo de Quinteros, los que van a sumarse a la Compañía A del regimiento. El teniente los fue levantando de acá y de allá, gente de Intendencia, alguno de Ingenieros, que ahí en el pueblo ya no sirven para nada y lo único que hacen es bulto. Carlitos no conoce a casi ninguno, excepto a un pibe de Santa Fe que se llama Nieto y que estaba de auxiliar administrativo en el Correo. Bueno, eso sin contar a sus superiores, porque al cabo, al sargento y al teniente sí, claro que los conoce.

Apenas dejan atrás las últimas casas sueltas, el camino va haciendo unas curvas suaves. Adelante hay unos montecitos bajos. Carlitos, que ya ha hecho ese trayecto unas cuantas veces, y que ha visto hasta el cansancio los pizarrones en el Estado Mayor, sabe que los que ve adelante, esos montes bajos, son el Tumbledown y el William, la zona de defensa interior. Ellos no van ahí, sino más lejos, a la zona de defensa exterior, la del Harriet, el Dos Hermanas y el Longdon. Lleva tres días, los tres días que hace que volvieron de Goose Green, esperando que los manden, y rogando en silencio que por favor los manden con su propia compañía, porque quiere estar cerca de sus amigos. Se lo preguntó ayer al teniente y Quinteros le dijo que se quedara tranquilo, que él iba a hacer todo lo posible para que los ubicaran con el resto de la compañía. Pero ahí está. «Todo lo posible», dijo. No dijo: «Sí». Dijo: «Todo lo posible».

Cuando llevan poco más de una hora de marcha, los alcanza el camión, con un De Paola que luce una sonrisa radiante. Cóceres les ordena que suban de nuevo a la caja. Los bolsones están bien ordenados, y cada conscripto se acomoda al lado del suyo, cuando no lo usa como almohadón para suavizar los baches. Al rato llegan a la línea de defensa exterior. Acá hay más movimiento. Gente que viene y que va con equipos, con cajas de munición, con raciones de comida. Arman otra vez la hilera de marcha, pero antes de avanzar Quinteros le dice a De Paola que deje el camión a un costado y que ayude con los equipos.

—Pero tengo que volver con el camión, mi teniente.

—Sí, soldado. Por supuesto. Pero primero ayude a sus compañeros a trepar la cuesta, y así de paso les agradece la paciencia que le tuvieron. Ahí tiene una caja de munición que lo está esperando.

Sin esperar respuesta, Quinteros abre la marcha, monte arriba. Algún murmullo divertido celebra los bufidos de De Paola, que igual obedece. Hacen un alto a mitad de la cuesta, para tomar aliento. Siguiendo la mirada de algunos compañeros, Carlitos se vuelve hacia atrás y se queda maravillado. Aunque no se dio cuenta porque iba con la mirada clavada en el camino, subiendo y subiendo, la vista a sus espaldas es hermosa. Es la que tenían Antonio y el Conejo desde la mansión, en realidad. La pendiente suavecita hasta el camino y más allá el mar azul, las bahías, las lonjas de tierra que se alternan con el agua. Pero, momento, ¿dónde están sus compañeros?

—Perdón, teniente —se vuelve hacia Quinteros—. ¿La gente nuestra no estaba desplegada acá?

—Sí, López. Pero ahora están todos del otro lado de la cima —hace el gesto de señalar la cumbre, que está todavía un poco más alta, pero torciendo la muñeca, como indicando que hay que pasar la cresta—. Tenemos que llegar arriba y bajar un poco. Pensá que el frente de batalla, ahora, es de aquel lado.

Carlitos asiente y no pregunta más. Qué boludo. Claro. Estaban acá cuando suponían que los ingleses vendrían derecho a desembarcar en esta zona. Ahora es claro que vendrán del otro lado.

Cuanto más suben hay menos turba, menos pasto, más piedra y más viento. Maravilla de la vida, hoy no llueve y hasta de vez en cuando sale de a ratos el sol entre las nubes. Como si el monte Harriet quisiera darles la bienvenida con un clima menos espantoso que el habitual. Al llegar a la cima Carlitos comprueba que es redondeada, salvo algunos lugares de piedras grandes, acá y allá. Al amparo de esos montones de piedra se han instalado nichos de mortero, una tienda con una cruz roja de hospital, otra que parece ser la del comando de la unidad. Cóceres los hace seguir adelante y empezar a bajar del otro lado. Ahí sí está lleno de soldados. Algunos limpian las armas, otros acomodan los pozos de zorro. A lo lejos, pero bien a lo lejos, se ven otros montes. El más grande, piensa Carlitos, debe ser el Kent. Una sombra de inquietud le cruza el ánimo. Ése, el Kent, ya lo tienen los ingleses. Así que lo único que los separa del enemigo es ese valle. Acá están los argentinos, en la línea del Longdon-Harriet. Y allá los ingleses, en la que forman el Kent con el Challenger y el Wall, que son dos un poco más bajitos.

—Metele, López —le llama la atención Cóceres, porque los demás siguieron adelante y él se quedó papando moscas.

Avanzan un poco más, medio en diagonal y bajando, hasta que Quinteros los hace detenerse.

—Acá es donde vamos a construir nuestras posiciones —dice Quinteros—. Allá está la primera sección de la compañía —señala hacia el sur— y allá la segunda —señala hacia el norte—. Nuestra misión es reforzar esta zona intermedia. ¿Entendido? Dividirse en parejas y empezar a elegir los sitios para los refugios, soldados.

Carlitos tiene un momento de duda. ¿Dónde están sus amigos?

—Ármese el pozo de zorro con el cabo Varela, López —le dice un Quinteros que acaba de aparecer de la nada al lado suyo—. Más tarde, una vez instalados, tiene permiso para ir a visitar a sus compañeros. Están allá —Quinteros señala un poco hacia abajo y hacia el norte, donde está el centro del dispositivo—. ¿Ve esas piedras que hacen como un pico?

Carlitos mira hacia donde le indica el teniente.

—¿Esas que son dos más chicas y después dos más grandes, con la punta?

—Exacto. Ahí alrededor está la segunda sección del teniente Feldmann. Ahí están esas dos luminarias.

Carlitos no puede evitar sonreír.

—Gracias, mi teniente.

—Vaya a cavar el pozo con Varela.

Quinteros se aleja. Carlitos se queda pensando en algo que le viene dando vueltas desde hace días. Cómo se equivocó al juzgar a ese tipo. Al principio, Carlitos lo miraba de costado. Había sido él el que lo había sacado aparte de la fila en el aeropuerto, cuando llegaron. Y en los días siguientes lo tenía cagando, para acá, para allá, hasta las tantas. Otros estafetas la tenían mucho más fácil, con jefes mucho menos exigentes. Pero a la larga se fue sintiendo más y más seguro. No se ríe nunca, no hace bromas, siempre está con cara de que los ingleses están a dos minutos de atacarte. Pero lo que te dice te lo cumple, y las órdenes que te da nunca son órdenes pelotudas. Y te cuida. Lo del otro día, en Goose Green, sin ir más lejos. Carlitos tuvo un miedo de locos. Pánico, tuvo. Pero si no perdió la cabeza, si no se quedó paralizado y si no salió corriendo, fue porque sabía que Quinteros iba a mandarlos bien. Y los mandó como debía. No hace falta ser un militar experto para saber que sí.

28

Con el cabo Varela se pasan un buen par de horas armando el pozo. Varela es más callado que una puerta. A duras penas, a lo largo del mes y medio largo que llevan juntos, Carlitos le ha podido arrancar más de veinte palabras. Sabe que es correntino, de un pueblito medio pegado a Misiones. Nada más. Pero trabaja. Es serio y no se hace el malo con los colimbas, que ya es bastante.

Cuando terminan de armar la posición y el sargento Cóceres la aprueba, Carlitos le pide permiso para buscar el pozo de sus amigos. Cóceres lo mira divertido.

—Vaya, soldado. Qué sería de esta compañía sin el Trío Los Panchos.

Otra vez con esa boludez, piensa Carlitos. El año pasado los tenían locos con eso. No importa. Tiene permiso de ir a verlos. Lo importante es eso.

Toma la ladera medio en diagonal, como le indicó Quinteros. Ahora que avanza por el terreno, Carlitos entiende la lógica de la posición que establecieron. Había una zona libre entre las secciones 1 y 2 de la compañía. Ahora ellos, que vienen a ser como media sección adicional, ocupan ese espacio. Todavía está lejos cuando distingue la silueta de los dos, sentados en unas piedras y limpiando las armas. Sus amigos, cuando lo identifican, abren mucho los ojos y se paran como si tuvieran un resorte.

—¡Carlitos! —grita el Conejo.

—¿Qué hacés? —el Negro deja el fusil con cuidado sobre la piedra y corre hacia él.

Se abrazan. Se preguntan veinte cosas al mismo tiempo, con lo cual nadie escucha ni nadie contesta. Al final se serenan un poco como para que una pregunta se recorte de la cháchara.

—¿Viniste a visitarnos? —está preguntando Antonio.

—No, boludo. Nos mandaron para acá.

—¿A quedarse? —inquiere el Conejo.

—Más bien que a quedarnos.

—¿Y eso por qué?

Carlitos se toma un segundo antes de contestar. Por primera vez en mucho tiempo se siente a gusto.

—No sabés, Conejo. Parece que los ingleses se enteraron de que la parte más débil de la línea de defensa, toda, desde Longdon, pasando por Dos Hermanas y terminando acá en el Harriet, es justo la segunda sección de la Compañía A, porque está llena de pelotudos. Pero llena hasta decir basta.

Sus amigos le dan un par de mamporros sobre el casco, pero sin demasiado énfasis.

29

—¿En qué te quedaste pensando? —pregunta Antonio.

Carlitos no contesta. Sigue con la mirada abandonada en el cielo encapotado, la estepa helada, el horizonte chato.

—Eh, bolas —interviene el Conejo, y le toca el hombro.

Carlitos vuelve de su ensimismamiento.

—¿Qué pasa? —contesta.

—Seguí contando.

Ya ni se acuerda cómo lo fueron conduciendo sus pensamientos. O sí: por un momento fue como si saliese de su propia cabeza, de su propio cuerpo y pudiera verse desde afuera, y se dio cuenta de que estaba haciendo, con sus amigos, lo mismo que hace con sus viejos en las cartas que les escribe. Hay como una demora, apenitas, pero una demora, entre lo que piensa y lo que dice. Y en esa demora hay un giro, un cambio. Y lo que dice se aleja de lo que piensa, y se aleja tanto que son dos cosas distintas, dos mundos distintos.

—Estabas hablando de cuando entraron a tirarles con la ametralladora —acota el Conejo, que está mucho más serio que como suele estar el Conejo.

¿Ametralladora? ¿Y cómo carajo se puso a hablar él de una ametralladora?

—Ah, sí. Ahí quedamos todos tirados cuerpo a tierra, cuando nos entraron a tirar… con la ametralladora. Y menos mal que había unas piedras y nos cubrimos ahí, detrás de las piedras.

—¿Y cómo te das cuenta de que es una ametralladora, Carlitos? Con lo que te tiran.

—Por el ruido. Hace mucho más ruido que los tiros de fusil, Negro. Y porque pican muchas más balas que te vienen de un solo lado.

Se hace un silencio. Otro más. Como si sus amigos necesitaran esos lapsos para digerir de a poco lo que Carlitos les cuenta que, de todos

modos, es mucho menos terrible que lo que pasó en la realidad.

—Y ahí Parisi nos dio la orden de seguir acercándonos a los ingleses. No a los de la ametralladora, sino a los que estaban más cerca de nosotros.

—¿Pero por qué les dijo eso? ¡Está mal!

—No, boludo. Está bien. Porque si nos acercábamos lo suficiente, los de la ametralladora iban a dejar de tirar por miedo a pegarles a sus propios compañeros. ¿Entendés? La idea de Parisi era… buenísima: ensuciarles la línea de tiro a los de la ametralladora.

El silencio de nuevo.

—Y ahí fue cuando le dieron. Mientras nos cubría para que avanzáramos hasta otro montón de piedras que había más adelante. Estaba tirando con el FAL y le pegaron en el pecho.

El Conejo acomoda la yerba en el fondo del cacharrito, ceba y le tiende el mate a Antonio.

—Estuvo bien, al final, Parisi —concluye el Negro—. O sea, acá parecía un pelotudo y un mal llevado, pero cuando tuvo que portarse, se portó.

—Sí —concuerda Carlitos—. Estuvo bien.

Aunque no es verdad, piensa Carlitos. Pero a él no le cuesta nada construirles ese recuerdo. Casi como si estuviera filmando una película. Sabe que en la cabeza de sus amigos acaba de grabarse a fuego la imagen del subteniente Parisi disparando su fusil sobre la posición de los ingleses para permitir que el resto de la patrulla pudiera avanzar esos veinte metros que les faltaban para guarecerse detrás de las piedras. Porque esa película vuelve menos horrible la idea de que Parisi se haya muerto. Porque le da un sentido. Una razón y una utilidad. La realidad es más simple y más tonta. Carlitos ensaya cómo quedaría contarlo en voz alta: «Avanzábamos abiertos, los siete, y de repente nos dispararon unos ingleses emboscados, y a Parisi le pegaron en el pecho y el tipo estaba muerto antes de caer al piso». ¿Se puede contar así? Sí. Se puede. De hecho, es lo que pasó. Pero así la muerte de Parisi es un azar, una casualidad, algo sobre lo que no podés hacer nada, como cuando jugás al truco y te tocan dos cincos y un cuatro todos de distinto palo.

En cualquier momento a ellos, a ellos tres, les va a tocar pasar por lo mismo. Que de repente el aire alrededor se llene de balas y de esquirlas de las bombas. Carlitos últimamente lo piensa mucho. Se lo imagina así. Las balas como bolas de plomo. Las esquirlas como fierros alargaditos. Unas y

otros, incandescentes, cruzando el aire a velocidad supersónica en un intento de interceptar carne humana antes de perder el impulso y caer al piso. Porque en algún momento caen. Eso lo obsesiona a Carlitos. Es una estupidez, pero lo obsesiona. Vos disparás una bala de FAL, y ponele que al inglés al que se la disparás le pasa por arriba de la cabeza. Capaz que sigue subiendo. No se acuerda el dato, pero en algún momento lo leyó. La bala del FAL sale a no sé cuánta velocidad y tiene un alcance de qué sé yo cuántos metros. Bien. Pero en algún momento pierde la fuerza y cae. A Carlitos lo obsesiona la posibilidad de ver el momento en que cae una bala, cuando se queda sin fuerza. ¿O caerá tan rápido que igual el ojo humano no la ve? ¿O, de todos modos, como caería en esa turba de mierda que está por todos lados, se hundiría enseguida y no habría manera de que tus ojos se dieran cuenta?

La cosa es que el otro día, en Goose Green, un grupito de ingleses escondido detrás de unas rocas los vio a ellos acercándose. Los vio y los esperó. ¿Por qué? Por pura matemática. Geometría básica, más bien, porque cuanto más cerca, más cerrado el ángulo de tiro. Y cuanto más cerrado el ángulo de tiro, más próximas, unas de otras, van a ir las bolas de plomo que son las balas y más chance hay de que en el medio se crucen con cuerpos y los rompan. Y así es como le dieron al subteniente Parisi. El pecho del subteniente Parisi estaba en el medio de la trayectoria de dos balas de los fusiles de los ingleses, que Carlitos no sabe si también son FAL o son de otro modelo. Pero le pegaron dos balas, a diez centímetros una de la otra. Por una cuestión de estadística, deben haber salido del mismo fusil. El inglés que las disparó debía tener el selector de disparo en automático y por eso salieron casi enseguida, en el mismo segundo, la primera y la segunda, que en realidad no fueron la primera y la segunda sino, andá a saber, la octava y la novena, y el cañón del arma se movió apenitas y entonces se abrieron apenas diez centímetros una de la otra, y Parisi cayó muerto. Y no se murió ni por buen ni por mal soldado, ni por valiente ni por cobarde, ni por acertar ni por equivocarse. Se murió porque la trayectoria de su cuerpo y la de esas dos balas se cruzaron en el espacio y chau Parisi, nada más.

Antonio devuelve el mate y el Conejo vuelve a cebar. No dicen nada. Ninguno de los dos. Deben estar de nuevo proyectándose en la cabeza la película que les ofreció Carlitos. Parisi levantándose, Parisi disparando, Parisi cubriéndolos, Parisi salvándolos. Parisi en un mundo en el que las

cosas tienen un sentido. Las cosas buenas y las cosas malas. Las cosas buenas como ayudar a tus compañeros y las cosas malas como morirte. Un mundo razonable. Un mundo de causas y consecuencias. No un mundo en el que te morís o seguís vivo simplemente por estar parado encima de esta piedra, o por dar este paso hacia adelante dos segundos antes o cinco segundos después.

30

Quinteros es de poco hablar y en general está conforme con esa manera de ser que tiene. No le parece que esté ni bien ni mal, aunque en ocasiones sospecha que las personas que hablan más acerca de lo que sienten y de lo que piensan consiguen un alivio que para los callados es desconocido. Algún sentido tiene que tener esa frase que dice «me saqué un peso de encima» que la gente usa después de decir cosas importantes.

Pero a Quinteros no le funciona. De chico se lo decían mucho, sobre todo cuando murió su mamá. «Hablá», le decían. «Contá lo que sentís», le decían. «Te va a hacer bien», le decían. Un par de veces lo intentó, pero se encontró con que, después, nada había cambiado demasiado. Su conclusión fue que, entonces, mejor callarse y seguir pensando a solas.

Eso sí. Ahora, en el pozo, rodeado de la negrura de la noche, se da cuenta de que todo este tiempo estuvo pensando un montón de cosas. Algunas las pensó toda la vida, pero hay muchas que las pensó por primera vez en este último tiempo. Y si esta noche lo matan, todas esas ideas no las va a poder seguir pensando, y le gustaría poder pensarlas un poco más, a ver si las entiende.

Quinteros no es creyente. Jamás lo diría en voz alta, y menos en un mundo tan religioso como el de los militares. Pero Quinteros no cree en Dios. También a esos les tiene un poco de envidia. A los creyentes. Esta noche deben estar un poco menos asustados que los que, como él, están seguros de que con la muerte se acabó lo que se daba. Cuando le deje de latir el corazón, cuando el cerebro deje de emitir impulsos eléctricos, eso es todo, amigos. ¿De qué dibujito animado era lo de «eso es todo, amigos»? Quinteros suelta una risita en su pozo, porque le causa gracia ese recuerdo a medias, de acordarse de la frase pero no del dibujito. Es curioso, pero ésa es otra cosa que no hace nunca: reírse delante de otras personas. Ni hablar, ni reírse. Ya van dos. Otra cosa nueva que acaba de ocurrírsele en esta época tan rara, y que probablemente no tenga tiempo de

seguir pensando más adelante, porque no exista tal cosa como «más adelante». Y eso lo apena.

Si hubiese un Dios, ése sería un lindo regalo que podría darles Dios a los hombres. Darles un changüí, un tiempo extra, para seguir pensando. No para seguir viviendo, pero sí para seguir pensando. Como si Dios te dijera: «Mirá, te moriste hace cinco minutos, pero antes de apagar la consola te dejo un mes para que termines de acomodar las cosas que pensás».

Por eso Quinteros no cree en Dios. Porque si existiera Dios haría las cosas bien, y seguro haría algo así.

Pensar en eso lo hace acordarse del subteniente Parisi. Bah, en realidad se acuerda todo el tiempo de él. Y no porque haya sido el primer soldado bajo su mando que perdió. Aunque también. Sino porque Parisi es la prueba más evidente de que lo peor de morirte es que dejás todo por la mitad. Y ni siquiera te enterás. Por lo menos en una muerte como la de Parisi, que lo liquidó en dos segundos. Parisi no pudo terminar nada de nada. Ni de madurar, pudo terminar. Ni de convertirse en un soldado de verdad. Ni de aprender a mandar. Ni de que le terminara de crecer el bigote tuvo tiempo. En las películas, los tipos como Parisi tienen la oportunidad de mejorar, de experimentar, de enmendar sus errores. Pero acá no pasó nada de eso. Parisi llegó al cuartel siendo un pendejo prepotente e inseguro, un oficial sacado del horno antes de tiempo. Eligió como modelo a un hijo de puta de marca mayor como Camargo. No entendió jamás cómo tratar a sus subordinados. Y tal vez el último eslabón de su pésima cadena de decisiones fue pensar que quedaba como un valiente si se ofrecía para ir a la vanguardia de la patrulla. Y en los hechos se murió sin aprender nada, sin enmendar nada, sin caer en la cuenta de todo lo que había hecho mal. Si Dios existiera no permitiría que sucedieran estas cosas. No la muerte, sino la muerte con todas las cuentas sin resolver.

Quinteros no se quiere morir, pero menos que menos se quiere morir sin entender todas las cosas que le hierven en la cabeza y que se ha puesto a pensar por primera vez desde que está en las Malvinas. Y lo que más le va a molestar, si lo matan acá, es no enterarse nunca de cómo siguieron las cosas. Qué pasó después de la derrota. Porque Quinteros no tiene la menor duda de que van a derrotarlos. Es raro. Porque ese final está escrito, aunque le queden algunas páginas sin escribir a esa historia en la que

están. Unas pocas hojas. Las que van desde esta noche, en este pozo, hasta el regreso derrotado de los que vuelvan al continente. ¿Qué pasará con ellos?

Quinteros se acuerda de cómo estaba todo el mundo, en Buenos Aires, cuando partieron. La alegría, la esperanza, el patriotismo. Por lo poco que supo después, la gente en el continente sigue igual de entusiasta y optimista. ¿Qué va a pasar cuando, de buenas a primeras, conozcan la derrota? ¿Cómo los van a recibir a ellos, que serán la prueba palpable, el testimonio vivo de que se perdió la guerra?

Le gustaría verlo. Para entenderlo. Ayer subieron con Feldmann a lo más alto de la cresta, para mirar el dispositivo defensivo en toda su magnitud. Vieron los montes, los valles, toda la línea. Allá adelante, a lo lejos, vieron también el movimiento de los ingleses, meta y ponga con los helicópteros. Algo dijo Feldmann que a Quinteros le hizo acordar a la batalla de las Termópilas. Esa en la que unos cuantos griegos aguantaron todo lo que pudieron para frenar al ejército de los persas. Se fajaron de lo lindo, los griegos y los persas, pero al final los persas sobornaron a uno y encontraron un atajo para flanquearlos. Pobres griegos. Terminaron todos muertos. En ese momento Quinteros se acordó de que el general espartano que comandaba a los griegos se llamaba Leónidas. Y pensó que era mucho más famoso Leónidas, que perdió la batalla, que los persas que lo derrotaron. A lo mejor, quiso pensar Quinteros, con ellos sucede lo mismo. Pasan los años, pasan las décadas, y la Historia se acuerda más de los argentinos que perdieron que de los ingleses que ganaron. Pero enseguida se dio cuenta de que su razonamiento tenía un defecto. Los griegos perdieron esa batalla de las Termópilas, pero ganaron las Guerras Médicas. Por eso, porque al final ganaron, lo de Leónidas y sus soldados tiene el lugar que tiene en la memoria de los siglos.

Ellos no. Ellos van a perder acá, en este monte, y después van a perder en todos los otros montes que rodean Puerto Argentino. Y después van a tener que rendirse. Y los que vuelvan van a regresar humillados y vencidos. Y Quinteros sospecha que nadie va a querer abrazar a esos fantasmas derrotados. Que todos los que corrieron a despedirlos con banderas van a recibirlos cerrando las puertas de sus casas.

Se ve que debe haber puesto cara rara, porque ahí arriba, en lo más alto de la cresta, Feldmann le preguntó en qué estaba pensando. Dos veces se lo tuvo que preguntar, porque Quinteros estaba muy muy profundamente

metido en sus pensamientos. «¿Yo? En nada. Estaba mirando, nomás». Fue todo lo que contestó. Porque Quinteros es así. Supone que a las personas las alivia hablar de lo que sienten. Pero a él no le funciona.

31

Al final Antonio ha resultado casi un monaguillo, piensa Carlitos, y se lo dice, o más bien se lo pregunta.

—Che, Negro… ¿vos estudiaste para cura, allá en Clodomira?

—¿Qué? —pregunta el otro, sin alzar la voz, porque siguen en formación.

—Te sabés toda la misa, boludo…

Por toda respuesta el Negro lo mira apenitas un segundo y sonríe. Después se acomoda el gorro porque le había quedado una oreja afuera, y esta mañana el viento corta como un filo.

—¿De qué están hablando? ¿De qué hablan? —pregunta el Conejo, que no soporta que se hable de nada, nunca, si él no está al tanto de los mínimos detalles de lo que se dice.

—Hablamos de lo boludo que sos —dice Antonio.

—¡Hablo en serio, Negro! —insiste el Conejo—. ¿Qué pasa?

—Eso pasa —interviene Carlitos—. Que acá el Negro dice que sos muy boludo pero que te sale naturalmente. Así, como una virtud que tenés. Yo digo que practicás para boludo. Que nadie puede ser así de boludo si no entrena.

—¿Por qué no se van los dos bien a la mierda? —iracundo, el Conejo los increpa sin aumentar el volumen del murmullo.

—A ver el Trío Los Panchos, si se tranquiliza —los amonesta el cabo Funes, pero sin ganas, porque tiene frío y tiene sueño, piensa Carlitos, y seguro no ve la hora de que termine la misa para volverse al refugio.

Lo del Trío Los Panchos, mal que les pese a ellos, ya está instalado otra vez en la compañía. El año pasado los cargoseaban todo el tiempo con eso y ahora, desde que Carlitos se sumó al despliegue en el monte Harriet, todo el mundo se lo dice todo el tiempo. Y «todo el mundo» incluye a los clase ’63, que el año pasado no corrían, o el teniente Quinteros, que el año pasado tampoco los conocía. Paciencia. No hay modo de sustraerse del

apodo. Carlitos y el Negro, cada vez que pueden, le echan en cara al Conejo que fue por su culpa que el sobrenombre les quedó instalado como un sello en la frente. Porque la primera vez que se lo dijeron el Conejo no tenía ni idea de quiénes eran los Panchos esos, y cuando alguien lo ilustró explicándole que eran unos guitarristas mexicanos que cantaban boleros, el Conejo saltó como leche hervida y se quiso cagar a trompadas con cada uno que se lo decía. Y, como es de práctica en estos casos, cuanto más se calentaba más se lo decían, hasta que en el cerebro de mosca del Conejo se abrió paso la idea de que lo mejor era dejar las cosas como estaban y listo.

—Chist, abajo —les dice el Negro, mientras se arrodilla sobre la tierra.

Carlitos mira alrededor y ve que media compañía está haciendo lo mismo que Antonio, y la otra mitad está parada sin saber qué hacer. Al final, por pura imitación, todos terminan de rodillas, salvo el cura, que tiene las manos un poquito por encima del cáliz y de las hostias, como si quisiera protegerlas del viento.

Carlitos no es religioso. La última misa a la que asistió fue la de su primera comunión, pero esta imagen lo sobrecoge. Toda la compañía de rodillas. Un silencio absoluto, excepto por el ulular perpetuo de las ráfagas. El cura con su casulla de color rojo brillante sacudida por el vendaval, que al final se hinca un segundo y cuando se pone de pie, proclama, mostrando el cáliz y el copón con las hostias:

—Éste es el misterio de nuestra Fe.

Las palabras del sacerdote abren una puerta en su memoria y responde, junto con casi todos los soldados que vuelven a ponerse de pie:

—«Anunciamos tu muerte. Proclamamos tu resurrección. Ven, Señor Jesús».

El Conejo se asoma apenas por delante de Carlitos para que el Negro lo vea.

—¿Y ahora?

—¿Y ahora qué?

—¿Ahora qué hay que hacer?

—Ahora viene la comunión —eso lo contesta Carlitos.

—¿Y ustedes van a comulgar?

—Más bien —dice Antonio, que empieza a moverse hacia una de las filas que se van formando, en medio de la pendiente suave que hay al pie del monte, para acercarse al sacerdote.

—Aprovechá —le dice Carlitos al Conejo.

—Pero yo nunca tomé la comunión, boludo.

—Empezá hoy —murmura Antonio, de pasada hacia la fila.

—¿Se puede?

La pregunta del Conejo va dirigida a Carlitos. Técnicamente, el Conejo debería hacer la catequesis antes de estar en condiciones de comulgar. Pero por otro lado, técnicamente, sus pecados acaban de ser perdonados porque, antes de la misa el cura, reunida la compañía, les otorgó una absolución general porque no había tiempo de ponerse con confesiones individuales. Y por último, técnicamente, es posible que para más de uno sea la última vez que pueda comulgar.

—Sí, Conejo. Se puede.

Le hace un gesto para que camine hacia una de las filas y Carlitos se pone detrás. Sin levantar la voz, para que no vuelvan a retarlos, agrega:

—Cuando te llegue el turno, vos abrís la boca y esperás que el cura te ponga la hostia en la lengua. ¿Oíste?

—Sí.

—Cuando te la esté dando, te va a decir: «El cuerpo de Cristo». Y vos tenés que contestar: «Amén».

—¿Y cómo contesto si tengo la hostia en la boca?

—Antes de que te la ponga en la boca, pelotudo. Ahí decís: «Amén» y después abrís la boca.

—Ah.

Avanzan de a poco, porque toda la compañía se ha puesto en alguna de las cuatro filas que confluyen en el cura, su casulla roja, su dorado copón de hostias.

—Che —otra vez el Conejo se da vuelta y le habla.

—¿Ahora qué querés, Conejo?

—Menos mal que puedo comulgar. Porque yo quería pero no me animaba.

Carlitos no responde, pero se queda pensando en lo que dijo su amigo y se da cuenta de que le pasa lo mismo. Él también quería comulgar.

32

El nivel de fastidio del mayor Camargo se incrementa a medida que los contratiempos se acumulan. Primero, el jeep para el traslado se atrasó más de una hora de lo convenido. Segundo, desde que Quinteros y su grupito de voluntarios rajaron para el monte, la administración en el comando deja mucho que desear. Ese subteniente que mataron en Goose Green no era ninguna maravilla, pero mal que mal se ocupaba de las cosas. Ahora, como asistente, le han asignado un colimba que no sirve para nada. Tercero, la ruta está cada vez en peor estado, y el jeep demora el doble de tiempo en llegar a la base del monte. Y cuarto, un retén de la Policía Militar los hace detener sobre la ladera este, cuando lo que les conviene es avanzar un poco más y llegar hasta la ladera oeste. Camargo les explica, a los policías militares, que viene a pasar revista al dispositivo de su regimiento, y que no tiene intención de caminar de más para llegar a sus posiciones. Pero el sargento primero que está a cargo del puesto, muy modosito, le responde que tienen órdenes estrictas de no dejar pasar a nadie, porque las laderas del oeste ya se consideran primera línea, y están bajo observación del enemigo, que podría hacerlos blancos de artillería en cualquier momento.

Camargo hace un amago de imponerle su rango al suboficial, pero lo piensa mejor y desiste. No está el horno para bollos como para generar escándalos. De manera que se lleva a la rastra al chofer y empiezan a subir la cuesta. Atraviesan las posiciones abandonadas que ahora están a la retaguardia, llegan a la cima y pasan al otro lado. A medida que va topándose con las defensas, Camargo toma nota de todo lo que está mal: suciedad, desorden, soldados que están sentados junto a sus refugios sin ninguna labor visible, desprolijidad en el aseo personal. Pero cuando llegan hacia el centro del dispositivo, es el acabose. Empiezan a oírse detonaciones de disparos, muy cercanas, al otro lado del monte, a retaguardia. Camargo corre hacia un sargento cuyo apellido desconoce.

—¿Se puede saber qué pasa, sargento, con esos tiros?

El suboficial se cuadra, sorprendido de toparse con un mayor en ese sitio, y le informa que la compañía está haciendo práctica de tiro, bajo las órdenes de los tenientes Quinteros y Feldmann. Camargo se encamina en la dirección del sonido de los disparos, para lo cual tienen que volver a pasar la cima, ahora en dirección a retaguardia. Efectivamente, tal como le ha dicho el sargento, casi un centenar de soldados está alistado en el ejercicio. La mayoría espera su turno, mientras un grupo de cinco está adelantado, en posición de tiro, bajo supervisión de Quinteros. A un costado, más abajo, Feldmann y un par de suboficiales hacen indicaciones con un sistema de banderines bastante precario. Los blancos son un par de rocas enormes, en una saliente del terreno. Camargo se aproxima a paso vivo. Cuando Quinteros lo ve llegando, ordena:

—Atención —se cuadra y saluda, y los soldados que lo rodean hacen lo mismo.

—¡¿Se puede saber qué carajo están haciendo?!

—Práctica de tiro, señor.

—¡¿Y se puede saber quién carajo los autorizó a ustedes a hacer práctica de tiro?!

—No consideramos necesario pedir autorización, señor. Nos pareció que podíamos organizarla según…

—¿Así que les pareció? Pues les pareció mal.

Maldito teniente primero Quinteros y la puta madre que lo parió, piensa Camargo.

—¿Se creen que esto es una joda?

—De ninguna manera, señor. Justamente, como sabemos que estos soldados pueden entrar en combate de manera inminente, nos pareció importante la práctica.

Mientras conversan, el otro teniente, Feldmann, trepa monte arriba hasta la posición de ellos. Se cuadra y saluda al mayor, que le devuelve una venia desganada.

—¿Quién de los dos tuvo la idea de empezar a desperdiciar munición? ¿Quinteros o usted?

Feldmann parpadea y mira a su colega. Por la mirada que cruzan los dos tenientes, Camargo se da cuenta de que no es la primera vez que tienen una de esas iniciativas.

—En cualquier momento la compañía puede entrar en combate, señor. Además de motivar a la tropa, aprovechamos a que el armero nos calibre las armas. Han sido muchos días a la intemperie y no todo el equipo está en las mejores condiciones.

—Si las armas están defectuosas es culpa suya, Feldmann. Suya y de su tropa.

Nuevo vistazo entre los tenientes. Quinteros lo mira fijo a Camargo. ¿Quién se ha creído este infeliz para sostenerle la mirada de ese modo? Ya le va a bajar los humos a este insolente de mierda.

—¿Y usted qué mira, Quinteros?

—Le iba a decir que el 85 por ciento de los FAL de la compañía funcionan perfectamente. Y que estas prácticas nos permiten poner a punto el material restante…, señor.

La puta que lo parió. Lo de «señor» lo dijo después de una pausa larguísima, como para que sonase exactamente como sonó. Alrededor de los tres oficiales hay un par de sargentos y algún cabo. Ya parece una reunión de consorcio. Camargo se da cuenta de que no tiene nada que ganar. Sacude la cabeza y se vuelve hacia Feldmann.

—¿Dónde está el capitán Astorga, teniente?

—Bastante más al norte, señor. Le conviene subir hasta la cresta y seguir por ahí, por el filo.

Sin una palabra más, Camargo emprende otra vez la subida. No se da vuelta para ver lo que hacen sus subordinados. Cuando llega arriba hace como le dijo Feldmann, y sigue una senda marcada por los pasos de ida y de vuelta, pensando que todo eso que está caminando de ida lo tendrá que caminar después al volver. No han pasado cinco minutos cuando oye otra vez, a sus espaldas, el tableteo de los FAL. Eso quiere decir que se cagan en sus directivas. Se detiene en seco. Se da vuelta. El chofer, que lo sigue como un perro faldero, se detiene también. Camargo duda. Si vuelve ahora va a seguir retrasando su entrevista con Astorga. Y esos dos imbéciles bien pueden seguir saboteando sus órdenes. Camargo odia dejar impune una desobediencia, pero en este caso puede ser peor el remedio que la enfermedad. No es el momento de calentarse. No importa. Camargo resopla y le hace un gesto al chofer de que siguen adelante. ¿Así que ese Quinteros piensa seguir desafiándolo? Ya se las va a cobrar todas juntas al hijo de puta.

33

Cuando les toca a ellos, Antonio siente un cosquilleo de excitación nerviosa. El año pasado, en la instrucción, era bastante bueno, sobre todo contando con que hasta la conscripción nunca había disparado un arma. Y con el asunto de salir a cazar ovejas practicó bastante. Pero muchos de sus compañeros, si no fuese por esas prácticas que organizó Feldmann y a las que ahora se sumó Quinteros, hace cualquier cantidad de tiempo que no disparan. Hoy los tenientes mandaron a llamar a un suboficial armero para corregir las miras y revisar que todos los FAL funcionen correctamente. Menos mal, porque aunque la mayoría está como corresponde, hay unos cuantos con problemas. Mucho tiempo ahí arriba, a la intemperie, ha perjudicado las armas.

La competencia que armaron tiene dos partes. Una en la que practican unos pocos tiros pero sin puntuación, para calibrar bien los fusiles y que el armero los retoque si hace falta. Y después sí disparan en grupos de cinco, diez balas cada uno, apuntando a los blancos que el teniente Feldmann tiene fijados en las rocas de más abajo. Bastante más lejos, y a los costados, hay un grupo de centinelas a las órdenes del sargento Milossi para asegurarse de que nadie ande caminando el monte por detrás de la zona de blancos y se pueda llevar un tiro por accidente.

Es notable cómo el concurso le cambió el humor al Conejo. En realidad, está mucho mejor desde que llegó Carlitos. Muchísimo mejor. Pero con esto del concurso está feliz como un chico, diciendo que seguro el premio se lo ganan ellos. El premio son dos latas de dulce de batata para el quinteto ganador. Y seguro que todos se mueren de ganas de comer dulce de batata. Pero en el fondo les da igual ganar o no ganar. Andan todos contentos y deseando que el torneo dure todo el día.

Lástima que cerca del mediodía cae el mayor ese, Camargo, que es un hijo de puta redomado, y los caga a pedos a los tenientes delante de todo el mundo. Antonio está lejos y no escucha lo que les dice, pero es evidente

por la pose, los gestos, la manera en que niega con la cabeza. Cuando el mayor se va de nuevo hacia arriba, hacia la cresta, el teniente nuevo, el que vino con Carlitos, Quinteros, hace un gesto para que esperen. Después, sin alzar la voz, le dice a Feldmann que vuelva para abajo, a la zona de los blancos, y que le diga al sargento Rubio que esté atento con el cerco de los centinelas.

El Conejo lo mira a Carlitos, que lo mira a él, a Antonio, que le devuelve una mirada entusiasmada. ¿Van a seguir? ¿Se van a pasar por las bolas lo que dijo Camargo? El Conejo tiene tanta manija que no puede quedarse quieto. Y siguen nomás.

Cuando le toca a su quinteto, Quinteros les repite la consigna. Cinco tiros por soldado, mezclando las tres posiciones: de pie, rodilla en tierra y cuerpo a tierra. Uno de cada uno, y cada cual repite la posición que prefiera. Pero se dispara de a uno, por seguridad y para que Feldmann pueda computar los blancos, al otro lado, porque si no se le complica.

Se van poniendo en posición. El primero que dispara es Carlitos. Ellos no saben, en el momento, cómo les va. Eso lo manda a decir Feldmann, a través de un soldado, un rato después de cada grupo. Así que no saben. Después de Carlitos le toca a Ballesteros y después de Ballesteros tira Antonio. Elige disparar una vez de pie, dos rodilla en tierra y dos cuerpo a tierra. Le parece que se afirma mejor. El Conejo es el último del quinteto. Dispara tres veces de pie, una hincado y una acostado.

Nadie sabe cómo le va apenas termina, pero el Conejo alza los brazos en un gesto de festejo.

—El seguro, soldado. Póngale el seguro y déjese de hacerse el lindo —le dice Quinteros.

—¿No que soy el mejor tirador de la compañía, mi teniente?

—Es malísimo, Gálvez. Me conformo con que no le haya volado la cabeza a algún centinela.

Los soldados festejan la respuesta. El Conejo también se ríe.

—El seguro, Gálvez, que nos va a matar a todos.

El Conejo obedece. Antonio ve cómo Quinteros intenta escudriñar hacia la cresta del monte. Un soldado le hace un gesto desde arriba. Un gesto que Antonio no entiende pero el teniente sí. Enseguida Quinteros posa la mirada en él, en esa actitud automática de observar a quien nos está mirando. Antonio no sabe qué cara poner ni qué decir. Acaba de darse cuenta de que Quinteros mandó a ese soldado arriba para que le informe si

Camargo está volviendo, y que el soldado le ha dicho que todavía no. El teniente lo mira con gesto interrogativo y Antonio niega con la cabeza, como dando a entender que no tiene nada pendiente con él. Quinteros, antes de volver a lo suyo, se lo queda mirando un segundo más. Es muy difícil afirmar algo así, pero Antonio está seguro de que, más allá de la cara de perro enojado que tiene siempre, el teniente, por adentro, se está cagando de la risa.

Al final el concurso lo ganan unos pibes de la Compañía B. Ellos, el Trío Los Panchos, terminan a duras penas a mitad de tabla.

34

El primero de los viajes lo hacen a buen ritmo, pero el segundo los agarra cansados y ateridos de frío. Las cajas de munición son pesadas, y para peor el idiota del Conejo, desoyendo los consejos de Cóceres, no se pone un segundo par de guantes y los dedos se le empiezan a marcar con las manijas de soga de las cajas.

Por suerte a ellos les toca llevarlas únicamente hasta la cresta del monte. El reparto de la munición entre los pozos de zorro corre por cuenta de otro grupo de conscriptos, de modo que el Trío Los Panchos (enriquecido para la ocasión con la inestimable presencia del Piragua Zamora, porque se necesitan dos pares de brazos para subir cada caja) se circunscribe al tramo entre el pie del monte y la cresta.

A eso de las nueve de la mañana deja de llover y aparece un sol desvaído entre el gris casi permanente de las nubes, y el sargento les dice que se tomen un rato para desayunar y descansar.

La pócima de trinchera, que cuando se la dieron a probar por primera vez a Carlitos le pareció vomitiva, ahora le gusta y la espera con ansias. Además, en estos últimos días la cadena logística con la comida ha mejorado bastante. Volvieron las dos comidas diarias y encima les subieron raciones «F» de combate, y noche por medio los tenientes dan permiso para que se coman una completa, además de la cena.

El Conejo hizo un par de veces el chiste de que los están engordando para el matadero, pero como nadie se rio con la gracia, lo dejó de hacer. Es raro, lo de los chistes, pensó esa vez Carlitos. No son verdad, pero tienen que estar a cierta distancia de la verdad para ser graciosos. En un lugar determinado, ni más cerca ni más lejos. Si están demasiado lejos, no son graciosos. Y si están demasiado cerca, tampoco. Este chiste del engorde para el matadero debe estar demasiado cerca, le parece a él. Lo que le quita la gracia es que todos saben que está por pasar algo. Todos. Y que lo que está por pasar es que van a entrar en combate. Por eso se la pasan todo

el día haciendo algo. Que reforzando posiciones, que practicando tiro como la vez pasada, que subiendo cajas de munición, como ahora. Por un lado está bien, porque los días se pasan más rápido. Bueno, si es por eso, él nunca tuvo tiempo para aburrirse. Cuando estuvo en el Estado Mayor lo tenían a las corridas todo el santo día. Pero dicen Antonio y el Conejo que ellos se pasaron varias semanas sin un carajo que hacer, cagándose de frío, de hambre y de embole durante el día, y sufriendo los bombardeos navales durante la noche. Y que se les hizo eterno. Y que menos mal que ahora vino Quinteros, porque se juntan con Feldmann y entre los dos tenientes piensan bien las cosas y son piolas. Que antes, con Feldmann sólo, era más difícil, porque el tipo tenía buenas ideas pero se las bochaban desde más arriba.

Carlitos no dice nada pero sabe lo que significa eso de «más arriba». El pelotudo hijo de mil putas de su tío. Eso es lo que significa «más arriba». Hasta ahora, milagrosamente, nadie se ha enterado de que es sobrino del mayor Camargo. Sobrino carnal. ¿Se dice así, «carnal», cuando el tipo es hermano de tu madre? Carlitos supone que sí. El asunto es que su querido tío hizo todo lo posible por volverlo loco a Feldmann con eso de cumplir las directivas que a ellos se les ocurrían, allá abajo en el pueblo, abrigaditos y alimentados, mientras la tropa se cagaba de hambre y de frío en el monte. En lo único en lo que el teniente desobedeció, a conciencia, fue con el asunto de las ovejas. Le importó tres carajos la prohibición de atraparlas para darle de comer a la tropa. Los chicos le contaron a Carlitos de esa vez que casi vuelan por el aire por meterse sin querer en un campo minado. Varias veces se lo contaron. Al Conejo le encanta el relato, y cada vez le agrega más condimentos. Cualquier día de estos va a resultar que para salir del campo minado el propio Conejo tuvo que ponerse a desactivar las minas con un fierrito, como se ve en la serie *Combate*. Cuando empieza con eso Antonio y Carlitos se miran y se cagan de la risa en silencio, pero al Conejo no le dicen nada porque le hace bien el entusiasmo.

—Che, Carlos —en la pausa, con los cacharros llenos de pócima bien caliente, el que habla es el Piragua Zamora—. Me contaron que en Darwin se cagaron a tiros con los ingleses, ustedes.

Carlitos mira a su compañero.

—Fue en Goose Green, Piragua. Es cerca de Darwin, pero no es Darwin.

—Ah.

En el fondo daría igual, piensa Carlitos. La distinción de los sitios es completamente al pedo. ¿En qué le cambia al Piragua que la acción en la que murió Parisi haya sido dos kilómetros más acá o tres kilómetros más allá? En el fondo, en nada. Pero Carlitos ha aprendido que uno puede contestar lo que carajo se le canta cuando a uno le preguntan algo. Y sólo si nuestro interlocutor está atento advierte la maniobra y, si tiene muchas ganas, insiste con la pregunta inicial. Y que en cambio si pasa, pasa.

—Bueno, en Goose Green, entonces. ¿Cómo fue?

El Piragua pertenece a la raza de los insistidores, se ve. De modo que a Carlitos no le queda más remedio que contarlo otra vez. No son muchas las veces que lo ha contado. En Puerto Argentino, en la barraca, a algunos colimbas con los que compartía la pieza en la que dormían, antes de que lo trasladaran para acá. Después al resto del Trío Los Panchos, por supuesto. Y también al teniente Feldmann, porque le preguntó. Y eso es todo. A nadie más.

Ahora que le pregunta el Piragua, le parece que tiene que contárselo. Buen pibe, el Piragua. El sobrenombre le viene del año pasado, de cuando hicieron la colimba y en una noche de farra, en la que el Conejo había conseguido una petaca de ginebra, Zamora se había ido de la lengua hablando de las posiciones sexuales que más le gustaban. Y ahí, al lado del fogón, se había explayado con el asunto de la piragua. Y listo, de ahí en adelante le quedó eso de «Piragua Zamora». A veces Carlitos se pregunta cuántos de ellos ya debutaron y cuántos no. El Conejo se supone que perdió la virginidad a los quince, pero si uno le va a hacer caso al Conejo con cada pelotudez que dice resulta que fue el tercer hombre que pisó la Luna. Así que habría que ver. El Negro es demasiado callado como para hablar de eso, así que es una incógnita. Y Carlitos, mejor ni hablar.

La versión que cuenta de la muerte de Parisi es la misma que les contó a sus amigos. En eso tiene que tener cuidado, porque no quiere pisarse. Cuando termina se quedan callados un rato. El sargento Cóceres les pasa cerca y les advierte que les da cinco minutos más. Cinco. Después, a seguir laburando.

—¿Y qué se siente, Carlitos? —pregunta el Piragua después de ese silencio largo—. De ver morir a alguien…, me refiero.

Carlitos acomoda las manos en la base del cacharro, donde todavía queda líquido caliente, para entibiarlas todo lo posible.

—No sé, boludo —por un momento le parece que esa respuesta es suficiente, pero después agrega—: Todavía no lo sé. Me pasa que desde que llegamos acá me pasan cosas… grandes. Cosas que son importantes —Carlitos se señala la sien, como si ahí adentro fuera el lugar en el que se detecta la importancia de las cosas—, pero sigo sin entenderlas. No sé, capaz que las entenderé más… más adelante. ¿Sabés? ¿A vos no te pasa algo así?

El Piragua, muy serio, asiente con la cabeza, sin despegar los ojos de sus propios borceguíes. El Conejo se sorbe los mocos. Antonio tiene las manos bajo los sobacos para mantenerlas calientes.

35

Antonio está acovachado en la bolsa de dormir cuando viene el Conejo y le toca el hombro. Lo de siempre: está de guardia, se aburre como un hongo y viene a hinchar las pelotas.

—No jodas, Conejo.

—Vení, Negro. Salí un rato, haceme un poco de compañía.

—Hace frío y estoy durmiendo.

—¿No me decís que el frío no es tan fuerte, que yo me quejo al pedo? Además es temprano para que te duermas.

Antonio duda un poco. Es cierto que es temprano todavía para dormirse. Y el Conejo anda mejor desde que vino Carlitos, pero un poco le sigue preocupando.

—Ahora voy. ¿En qué puesto estás? ¿En el de antes de ayer?

—No. En el de la crestita esa que apunta para el norte. ¿La ubicás?

La ubica. A él le tocó guardia ahí hará cosa de una semana.

—Sí. Ahora voy. ¿Cuál es el santo y seña?

—Ferro, Vélez.

—Está bien. Ahora voy.

Escucha alejarse los pasos del Conejo mientras sale de la bolsa de dormir, se pone los borceguíes y se calza el camperón de duvet. Agarra el FAL de su rincón y apaga la velita que tienen en la lata de conservas. Cuando sale al exterior el frío parece una pared invisible con la que te chocás de repente. Se toma un par de segundos para orientarse y para que los ojos se le acostumbren a la oscuridad. Avanza en dirección al puesto de guardia teniendo cuidado de pasar lejos de los pozos de zorro de Orgambide y de los tucumanos, para no sobresaltarlos. Intenta hacer memoria sobre el santo y seña. ¿Cómo le dijo el Conejo? No cree que se vaya a cruzar con nadie que se lo pida, pero nunca se sabe.

—Ah, ahí estás —dice el Conejo, en un susurro, cuando logra distinguirlo.

Antonio se sienta a su lado y se arrebuja todo lo que puede en el camperón. Apoya el fusil sobre las piernas cruzadas para no dejarlo sobre la turba húmeda.

—¿Cómo «ahí estás», pelotudo? —responde Antonio, igual de bajito —. Me tenés que decir: «Ferro» y yo te digo: «Vélez». Si no te contesto eso, en una de esas soy un inglés que se infiltró en nuestras líneas y estoy a punto de cagarte a tiros.

—No hinches las pelotas —contesta el Conejo—. Cualquiera se sabe los clásicos de fútbol. Vos decís primero, yo te contesto. No necesito memorizarlos. Te contesto y listo.

—¿Todos? ¿Todos los clásicos te sabés?

—Ajá.

Antonio intenta poner a prueba la suficiencia del Conejo.

—¿Tan seguro estás? A ver: el clásico de Central Córdoba.

—¿Central Córdoba de Rosario o Central Córdoba de Santiago del Estero? —el Conejo pide precisiones.

—De mi provincia. De Santiago.

—El clásico de Central Córdoba de Santiago es Mitre. Camiseta a rayas verticales amarillas y negras. Tomá, pendejo.

El hijo de puta tiene razón, pero Antonio no va a darle el gusto de reconocérselo. Se quedan callados unos minutos largos. El cielo es un océano de estrellas. Casi nunca se ve así, porque suele estar nublado de día y de noche. Pero hoy está despejadísimo y encima, como no hay luna, las estrellas se ven mejor todavía.

—En Buenos Aires nunca se ve un cielo así —dice el Negro en un murmullo.

—Uh, ya salió el santiagueño. Ahora vas a decir: «En Clodomira el cielo siempre está lleno de estrellas».

—No iba a decir nada.

—Sí, ibas a decirlo.

—No.

—Sí.

En realidad sí, iba a decirlo, pero ahora se lo calla. Suspira, llenándose los pulmones de ese aire helado y frío. Y de inmediato, como le pasa siempre que no tiene nada urgente que hacer ni que decir, se pone a pensar en Magalí. Le encantaría estar con ella mirando una noche así. En la playa, por ejemplo, al lado del mar. Parece mentira dónde vino él a conocer el

mar. Acá en las Malvinas. Dice el Conejo que en Buenos Aires el mar es distinto, con más olas. Y además no hace este frío de cagarse, y por eso te metés y te podés pasar las horas adentro del agua. Será, nomás. Pero a él le alcanzaría con estar con ella en la playa de acá, sentados bien pegados uno al lado del otro, mirando un cielo así. Aunque, pensándolo mejor, duda que si estuviera en la playa, de noche, con Magalí, le fuera a dar demasiada pelota al cielo. Antonio vuelve a acordarse de la última noche que estuvieron juntos, en la casa de ella, en el living, en el sillón, con su novia.

—¿Qué te pasa, que estás tan callado? —el Conejo está aburrido y le saca charla.

Antonio vuelve de repente. Siente las mejillas coloradas. Menos mal que su amigo no puede verlo. «Estoy pensando en tu hermana, lo fuerte que está». Le llega a contestar eso y el Conejo lo mata. Y con razón. Qué pegada, también, justo enamorarse de la hermana de su mejor amigo. A veces Antonio piensa que mejor se lo dice y listo. Porque no lo va a matar. Y así se saca el peso de encima. Y puede hablar de ella, de lo mucho que la extraña, de lo que la necesita. Y el otro, que es su mejor amigo, lo tiene que escuchar. Pero no. Porque el Conejo es un pan de Dios, pero con la hermana es un enfermo. ¿O todos los tipos serán así con sus hermanas? Con Carlitos no lo habló nunca, que a falta de una hermana tiene dos. Pero por algún comentario suelto le parece que también es medio guardabosques con esas pibas. La joda es que Antonio no puede contar nada, no puede desahogarse.

Capaz que se lo dice y el Conejo es pura espuma. Se hace el enojado un rato y después se le pasa. Pero ¿y si no? ¿Y si le corta el rostro y no quiere saber más nada con ser su amigo? Antonio se muere si le pasa algo así. Nunca tuvo un amigo como el Conejo. Nunca. Ni en Clodomira ni en Buenos Aires. Así que no puede correr el riesgo.

—Por allá estaban los helicópteros, ¿no?

El Conejo señala hacia el monte Kent, al otro lado del valle.

—Sí, estaban ahí —dice Antonio.

Ahora ya no están. Ni ahí ni en ningún lado. Si queda alguno estará en el pueblo, pero los ingleses se los fueron haciendo mierda, uno detrás de otro. De hecho, los helicópteros que ahora operan en el Kent son ingleses, aunque se quedan en la otra ladera, fuera del alcance de los argentinos.

—Ajá —confirma el Conejo—. Me acuerdo de que en las noches de luna se veía el brillo de las hélices.

Antonio hace que sí con la cabeza, porque también se acuerda. Pero igual le parece que la noche le gusta más así, sin luna, porque las estrellas brillan más todavía. Lástima no estar viéndolas con Magalí.

36

Una patrulla de reconocimiento. Un cabo y tres conscriptos. Cuatro manchitas oscuras hacia el oeste. Dos un poco más adelante, dos un poco más atrás. Más lejos, invisibles, las líneas inglesas. Un camino apenas marcado entre el allá y el acá. El ruido de los helicópteros ingleses, fuera de alcance, detrás del monte Kent. Los cuatro soldados argentinos, los dos de adelante y los dos de atrás, cada vez más lejos, cada vez más chicos. Cuatro manchitas verdes. Unas nubes gordas, negras, en el cielo. La lluvia, oblicua con el viento.

De pronto, disparos. Muchos disparos. Lejanos, repentinos, un eco sorpresivo en el silencio de la tarde. Los dos soldados de más lejos, detenidos, derrumbados. Los dos soldados de más cerca al amparo de unas rocas. Acá, en el monte, en las posiciones argentinas, alarma y gritos. Inútiles gritos. La palabra «emboscada» repetida hasta el cansancio. Y un teniente con binoculares.

Otras manchas, visibles ahora. Verdes con algo de rojo. El rojo de las boinas. Paracaidistas ingleses. Una decena. Los dos soldados argentinos más lejanos, inmóviles contra el suelo. Los otros dos, los más cercanos, detrás de la roca. Rápido movimiento de las manchitas verdes y rojas. Más disparos. Avance de flanqueo.

Acá, insultos del teniente con los binoculares. Nubes gordas encima de las cabezas. Lluvia más y más tupida. También acá, entre los argentinos, un murmullo de incredulidad. Un murmullo de lamento. El avance de los ingleses. El cerco de los ingleses sobre los dos sobrevivientes. Más disparos.

Silencio en la ladera de los argentinos. Allá, a lo lejos, detrás de la roca de los argentinos, ningún movimiento. Las dos manchitas verdes más cercanas, ahora inmóviles. Tan inmóviles como las dos de más adelante. Los ingleses alrededor. Después su retirada. El páramo otra vez vacío, salvo por las cuatro manchitas verdes, quietas en la turba.

Ruido de helicópteros detrás del monte Kent.
Una nueva tanda de nubes gordas que se acercan desde el sur.
Los binoculares en la mano exánime del teniente.
Casi enseguida, la noche.

37

—¿No aprovecha a descansar, mi teniente? —le pregunta Carlitos, bien acurrucado en el pozo de la guardia.

Quinteros apareció hace unos minutos, le dio el santo y seña y se acomodó en el lado libre.

—Duermo poco, López. Y soy de muy mal dormir en campaña. La incomodidad me despabila, así que acá…

Carlitos, en la oscuridad, no ve el gesto de la mano, pero lo adivina. Si hay algo que sobra, arriba del cerro, es incomodidad.

—¿Fuma? —pregunta de repente el teniente.

Carlitos duda. ¿Será una trampa disciplinaria?

—De guardia, nunca, mi teniente primero.

—Descuento que no, soldado —en la voz del teniente a Carlitos le parece adivinar una sonrisa. ¿Una sonrisa? ¿El teniente Quinteros? Esta noche es definitivamente extraña.

Ve un chispazo breve dentro del pozo, un fósforo encendido, una imagen breve de la cara del teniente con un cigarrillo en los labios, encorvado dentro del agujero en la tierra. Cuando se yergue —ahora Carlitos lo ve con nitidez—, el oficial lleva el cigarrillo aferrado al revés. Deja el filtro al aire y cierra los dedos alrededor del lado de la llama, para ocultar el brillo.

—¿Gusta? —pregunta Quinteros.

—Si usted me autoriza…

El teniente le tiende el cigarrillo, teniendo buen cuidado de hacerlo dentro del pozo, para que mientras pasa de mano no brille en el exterior. Carlitos oculta la llama imitando el gesto de su superior. Quinteros enciende otro cigarrillo.

—¿Está conforme con haber vuelto de Pradera del Ganso?

Carlitos se toma un momento para contestar.

—Creo que sí, mi teniente. Acá están mis amigos. Y además… No sé.

—Es como tener una revancha, capaz —dice Quinteros, y Carlitos se sorprende de lo calado que lo tiene.

—Sí, supongo que sí.

Quinteros se agacha para dar una pitada. Se oye como suelta el humo de a poco, muy de a poco, en el vientito de la noche. Carlitos se da cuenta de que tiene una oportunidad estupenda para definir una discusión que tienen abierta con el Conejo y con Antonio.

—¿Le puedo preguntar qué edad tiene, mi teniente? Si no lo toma a mal, por supuesto.

—Qué pregunta rara, soldado. Treinta y tres tengo.

Le erraron como yeguas. El que menos dijo había sido Antonio, que había dicho cuarenta. Para Carlitos, Quinteros debía tener más o menos como Carlos, su papá, que tiene cuarenta y cinco.

—Parezco más viejo, ¿no? —la voz del teniente suena divertida.

—No, no, lo que pasa… —¿lo que pasa qué? ¿Para qué cuernos se metió a hablar de eso?

—Nací viejo, López. A alguna gente le pasa.

Carlitos sabe que lo está diciendo en chiste, pero no sabe qué contestar. Mañana, cuando les cuente a los otros, no lo van a poder creer. No lo de la edad, sino eso de que el teniente dijo un chiste. Hasta ahora no lo vieron sonreír ni una sola vez. Nunca. Y sin embargo, es el milico que mejor les cae. Por lejos.

—En el puesto de la roca en punta está Zamora de guardia, ¿no?

—Sí, mi teniente.

—Ahora que me termino el cigarrillo lo voy a ver a él, a ver cómo anda.

Carlitos duda. No va a tener muchas más chances de preguntar lo que viene pensando en estos días. Ni a quién.

—¿Le puedo hacer una pregunta más, mi teniente?

—Ya me preguntó algo terrible, soldado —el tono de Quinteros sigue siendo ligero—. Pero dele. Pregunte.

—Vamos a perder, ¿no?

El silencio que viene después es interminable. Carlitos sabía que era una pregunta de mierda, pero la tiene repicando en la cabeza desde que volvieron de Pradera del Ganso. O desde que encontraron la balsa de los comandos ingleses. O desde que se puso a mirar con atención las caras de los oficiales en el Estado Mayor.

—Sí, soldado.

Es raro. Porque Carlitos estaba seguro de que Quinteros le iba a contestar eso, pero hasta hace cinco segundos seguía ilusionado con que le respondiera otra cosa. Igual se da cuenta de que prefiere habérselo escuchado decir al teniente y no a cualquier otro.

—¿Sabe qué me da miedo, mi teniente? Qué van a decir allá, cuando volvamos.

—¿En el continente?

—Sí. Cuando volvamos. Y hayamos perdido las islas otra vez.

Quinteros da otra pitada.

—No sé, López. Ojalá la gente se lo tome bien. Pero no sé. Capaz que no.

Ahora es Carlitos el que se lleva el cigarrillo a los labios y da una calada prolongada.

—Eso es lo que más me jode —dice Carlitos, tan abstraído en lo que están hablando que se olvida de agregar el consabido «mi teniente».

—¿Qué cosa?

—Que vinimos, nos cagamos de frío, con perdón… pero nos cagamos de frío, nos enfrentamos a estos tipos. Y cuando nos vayamos… yo me pregunto, ¿no?

—Se pregunta ¿qué?

—¿Se acordarán, allá, de que peleamos? ¿De todo lo que nos pasó? ¿De lo que hicimos acá? ¿O pasará el tiempo y la gente en una de esas prefiere olvidarnos? Eso me pregunto, teniente. Me pregunto qué quedará de nosotros. Si es que queda algo, ¿vio? En la memoria de la gente, después…

Carlitos deja la frase por la mitad. Es raro. Lo viene pensando hace un montón, pero ésta es la primera vez que lo pone en palabras. Y cuando lo sacó de su cabeza para decirlo, le sale por la mitad, todo confundido y mezclado. El teniente da otra pitada. No dice nada. Una bengala, a lo lejos, sube en el cielo y después empieza a planear hasta que su luz se extingue. Los ingleses las tiran de vez en cuando. Al principio les daba impresión saber que están tan cerca, al otro lado del valle. Ahora ya se acostumbraron.

—No sé, López. La verdad es que no lo sé.

Terminan los cigarrillos en silencio. El teniente se levanta.

—Eso sí —dice, y de nuevo la voz de Quinteros recupera una nota de buen humor—. ¿Me parece a mí, o usted también nació viejo, soldado? Demasiado pensamiento…

Carlitos sonríe en la oscuridad. Quinteros apoya los codos en el borde de la trinchera para impulsarse y sale al exterior. Le da las buenas noches y se pierde más allá.

38

—¿Y si mandamos un grupo chico por el caminito que está a la izquierda? —pregunta el capitán Astorga—. El del torrente. Aprovechar que no está minado, y probar si encontramos resistencia de ellos en esa zona.

—No, capitán —dice Feldmann—. No podemos. Es mandarlos al muere.

—¿Por qué?

—Porque la última vez que mandamos a alguien los mataron a todos —acota Quinteros, en tono lúgubre.

El caminito ese, que va justo por encima del torrente que forma un arroyito, es un lugar demasiado expuesto al fuego inglés, y lo comprobaron de la peor manera la vez pasada. Camargo se empeñó en enviar un pelotón de reconocimiento en pleno día y ellos no se opusieron. Mejor dicho, no se opusieron lo suficiente. En realidad, Quinteros no estaba. Había bajado al pueblo a quejarse con los de logística. Camargo subió justo en ese momento y Feldmann no tuvo más remedio que obedecer. En una de esas, piensa Quinteros, si estaban los dos podían oponerle mejor resistencia. Pero él no estaba. El que sí estaba, para su desgracia, era el cabo Colazo. El mayor le ordenó que eligiera a tres conscriptos para acompañarlo y los mandó a los cuatro. Fueron con Sotile, Mastrángelo y Damico. Cayeron en una emboscada y los mataron a los cuatro. Para cuando Quinteros volvió al Harriet ya era de noche y todo había terminado. Se encontró con un Feldmann desencajado que intentaba disimular su consternación frente al resto de la compañía. Se quedaron conversando largo y tendido. Quinteros hizo lo que pudo para convencerlo de que la culpa no era suya, sino del hijo de puta de Camargo. Pero es difícil. Si a él lo sigue obsesionando la muerte de Parisi, no quiere ni pensar lo que debe sentir Feldmann, que tiene cuatro muertes de las que sentirse responsable.

En la pausa de la conversación se escucha el tableteo de las aspas de un helicóptero inglés. Al unísono, los tres levantan la mirada hacia el lugar del que proviene el sonido. Lo que ven es la silueta del Kent. Los helicópteros trajinan, invisibles, detrás del monte. Vuelven a mirar el mapa que tienen desplegado sobre el catre de campaña. El que habla es Astorga.

—Yo sigo pensando que tenemos que manejarnos con el RASIT.

Quinteros no dice nada, porque fue testigo de innumerables discusiones, en el Estado Mayor, sobre el uso de los radares terrestres. Estaban los que decían que había que usarlos todo lo posible, y estaban los que sostenían que apenas los encendían los ingleses los detectaban y dirigían sobre ellos el fuego de artillería. Cuando se fue para el Harriet las opiniones seguían divididas.

—Parece que cuando los prenden, los ingleses los bombardean —dice Feldmann.

—¿Pero entonces qué? ¿Es preferible que estemos a ciegas hasta que los tipos decidan atacar?

No es mala la pregunta del capitán, piensa Quinteros. Le habría gustado, por una vez, que las cosas se plantearan al revés. Es decir, que el problema lo tuvieran los ingleses. ¿Qué harían los ingleses si ellos lanzaran un ataque nocturno? ¿Encenderían su propio radar, arriesgándose a ser bombardeados? ¿Esperarían en sus trincheras, como al fin y al cabo van a hacer los argentinos? Igual son preguntas ociosas, porque a esta altura del partido Quinteros sabe que los argentinos no están en condiciones de lanzar ningún ataque. Se limitarán a esperar que sean los invasores los que tomen la iniciativa. Pasó en Goose Green y ocurrirá ahora. Son una defensa estática, en línea, con el mar a las espaldas. Una defensa estática, en línea, con el mar a las espaldas y sin chance ninguna de contraatacar a los ingleses.

Ése, el del posible contraataque, era el otro tema que se hablaba todo el tiempo en el Estado Mayor para el momento en que Quinteros pidió su traslado. Los mandos en las islas coincidían en que había que solicitar que, desde el continente, se lanzara un ataque de paracaidistas en la retaguardia de los ingleses, para obligarlos a atender dos frentes. Quinteros sabe que ese contraataque no va a producirse, porque los argentinos no disponen de esas fuerzas aerotransportadas, ni de barcos ni aviones para conducirlas a las islas ni para defenderlas cuando quedasen expuestas, recién desplegadas sobre el terreno. El contraataque, por lo tanto, no se

producirá, porque sería un suicidio. Muy bien. Pues esperarlos así, como están esperando ellos, también es un suicidio. Otro suicidio.

A Quinteros le gustaría levantarse y dar un golpe en la mesa. Pegar cuatro gritos. Putear al generalato que los puso en ese callejón sin salida. Ordenar un ataque a mansalva sobre los ingleses que ya deben tener clarísimo qué día y a qué hora se lanzarán desde su línea de partida del monte Kent. Le gustaría, pero no hace ninguna de esas cosas. Primero porque ninguno de los colegas que está reunido ahí con él tiene la culpa del dispositivo estratégico de mierda que armaron sus jefes. Y lo de atacar a los ingleses en campo abierto sería una matanza de tropa propia.

Así que no hay nada que hacer, más que dar por terminada la reunión, volver a las posiciones de cada uno y esperar. Si no es hoy, será mañana o será pasado. Pero tarde o temprano los ingleses van a aparecer, como sombras en la noche, listos para asaltar sus trincheras. Mejor estar con sus soldados cuando suceda. Porque va a suceder. Y no hay nada que pueda hacerse ya para evitarlo.

39

Carlitos no quiere quedar como un mandaparte, porque odia a la gente así, pero mientras revisan que los cargadores estén completos, y se meten balas sueltas en todos los bolsillos, le dan ganas de decirles a sus amigos algo que aprendió en la emboscada de Goose Green. Pero ahí está: no quiere que sus amigos piensen: «Otra vez este pelotudo viene a hacerse el experto porque estuvo en un tiroteo y nosotros no». Pasa el cabo Ortega, recorriendo las posiciones, con el mensaje del teniente Feldmann de que estén atentos, de que lo más probable es que sea esta noche. Si en el pozo estuviese el teniente Quinteros le pediría permiso para pegarse una corrida hasta la posición de sus amigos. Pero no está, y no sabe por dónde anda. ¿Y si se pega una corrida igual? Le da miedo que vuelva el teniente, no lo encuentre, y lo acuse de desertar o de algo por el estilo. Pero esa idea de la munición le taladra el bocho. Ojo, que a lo mejor corre el riesgo, va, se los dice, y los dos pelotudos se le cagan de la risa. O se ofenden porque al fin y al cabo quién se cree que es para andar dándoles consejos. O ni se cagan de la risa ni se ofenden, pero cuando llegue el momento hacen la misma boludez que hizo él y disparan toda la munición en dos minutos. Pero de eso se trata, porque Carlitos tuvo la suerte de que en Goose Green era de día, y estaba con Quinteros y con Cóceres.

Se apoya en los codos y sale del pozo. Se sabe el camino de memoria. Se cruza con el cabo Ortega, que vuelve de su recorrida y lo mira como diciendo: «¿Qué carajo hace a la intemperie, soldado pelotudo?», pero Carlitos lo ataja con un: «Necesito ir a la letrina, mi cabo, vuelvo enseguida, se lo juro» y el otro lo deja seguir.

Cuando llega al pozo de sus amigos se anuncia con un grito de «¡Soy yo!». Todavía hay luz, pero nunca se sabe, con los nervios. El Negro asoma la cabeza y lo reconoce.

—Pasá, boludo.

—No, no tengo tiempo. Asomate. Decile al boludo del Conejo que también se asome.

Las dos caras aparecen por la abertura.

—¿Qué te pasa? —pregunta el Conejo.

—No me pasa nada, pero escuchame: ojo con la munición.

—¿Qué?

—Que tengan cuidado con la munición, Conejo. No pongas el FAL en disparo automático.

—¡Minga no lo voy a poner! Si vienen los ingleses les voy a tirar con todo, boludo.

—Eso es lo que no tenés que hacer. Justamente. Tirá de a un tiro porque, si no, te quedás sin balas enseguida.

El Conejo y Antonio se miran, como si no entendiesen del todo lo que les vino a decir. O como si no entendiesen para nada.

—A mí ya me pasó, boludo. Te agarra el cagazo, los ves ahí a los ingleses, los querés cagar a tiros, y te vaciás un cargador a los pedos.

—¿Y qué problema hay? ¡Recargás y listo!

—¡Un carajo, recargás! ¡Sí, la primera vez cambiás el cargador…! ¿Pero después qué hacés, cuando tenés que meter las balas en los cargadores vacíos? ¿O vos te creés que ellos no tiran? ¡Denme bola con el selector de tiro, no sean boludos!

Los otros vuelven a mirarse.

—¿Y te viniste hasta acá para decirnos eso?

Carlitos sacude la cabeza de arriba abajo. Echa un vistazo atrás, por si vuelve a aparecer el cabo. ¿Habrá vuelto Quinteros?

—Me tengo que ir —dice mientras empieza a incorporarse.

—Esperá —dice Antonio, mientras sale del pozo.

Una vez afuera hace el amago de darle un abrazo, pero se contiene. Estira la mano derecha. Carlitos se la estrecha.

—Voy a tratar de acordarme.

—No sean pelotudos. Acuérdense. Si te quedás sin balas enseguida, estás en pelotas.

Se estrechan la mano unos segundos más y después Carlitos se va corriendo por donde vino. La última luz del atardecer desdibuja ya los contornos de las cosas.

40

No los agarra de sorpresa, porque el infierno se desata primero más al norte, del lado de los montes Dos Hermanas y Longdon. De manera que todo el mundo sabe que es cuestión de tiempo para que los ingleses asomen la jeta en el Harriet.

¿Es pura paranoia, o se empieza a oír el ruido de piedras rodando debajo de las botas antes de que estalle el quilombo? No, piensa Antonio, paranoia no es, porque suena clarito el grito de un colimba.

—¡Ñúbel!

El ruido de las piedras se detiene. El resto de los ruidos lejanos, los que vienen de los otros montes, se siguen oyendo: el tableteo de las ametralladoras, los tac-tac de los fusiles, el silbido y el estruendo de la artillería. Todo eso sí, pero no las piedritas rodando.

—¡Ñúbel, carajo!

La voz del colimba ahora se oye estrangulada de pánico. «Que conteste Central, que conteste Central», le pide Antonio al cielo, porque ése es el santo y seña de esta noche. Pero no hay respuesta. Desde más atrás de su pozo disparan un mortero de iluminación. Cuando la bengala empieza a bajar Antonio nota la mano del Conejo aferrándole el brazo izquierdo. Atenazándolo, más bien. Gracias al súbito resplandor, se distinguen de pronto como doscientas figuras que trepan la pendiente del monte hacia las posiciones argentinas.

—La reputísima madre que lo remil parió —murmura Antonio, mientras acomoda medio cuerpo fuera del pozo y afirma los codos en la tierra, intentando apuntar.

Pero todavía están demasiado lejos para que los disparos sean efectivos. En la cabeza de Antonio repican como un taladro las palabras de Carlitos sobre cuidar la munición. Se cerciora por centésima vez de tener el selector de disparo en la posición correcta.

—¡A mi orden! —es la voz de Feldmann—. ¡Esperen para tirar!

Una nueva bengala ilumina el cielo. Ahora los ingleses se ven mucho más nítidos y próximos. Antonio aferra más fuerte el fusil para mitigar el temblor de las manos.

—¡Fuego libre! ¡Fuego libre!

Antonio empieza a disparar. Escucha que a su lado el FAL del Conejo suelta una ráfaga interminable.

—¡Pará, pelotudo!

—¿Qué querés?

—¡No tires así! ¡Tiro a tiro! ¡Tiro a tiro! ¡Guiate por las trazadoras y bajá el cañón!

No quiere cagar a pedos al Conejo, pero su amigo acaba de dilapidar un cargador entero disparando altísimo. Antonio intenta recordar la instrucción, aunque las prácticas nocturnas fueron poquísimas. Tenés que prestarles atención a las balas trazadoras, porque son las que, con su luz, te marcan para dónde estás tirando. El Conejo parece haberle hecho caso. Manipula el fusil y empieza a tirar con más tino. A derecha e izquierda se escuchan los disparos desde los otros pozos.

—¡Bien, soldados! ¡Así, carajo! ¡Vamos todavía!

Ésa es la voz inconfundible del sargento Milossi. Las bengalas siguen iluminando el terreno. A Antonio le hubiera gustado tener un visor nocturno, pero había pocos y se repartieron para los roles más necesarios: apuntadores de mortero, radioperadores, oficiales. Ahora la ladera del monte parece desierta, pero Antonio no es boludo. No es que los ingleses hayan retrocedido, sino que se han tirado cuerpo a tierra para guarecerse. Como dándole la razón, empiezan a escucharse silbos y golpes en la piedra. Los silbos son los tiros que pasan cerca, y los golpes son disparos que pegan en las rocas cercanas. Se escucha un alarido que les hiela la sangre.

—¡Médico! ¡Médico! —los gritos salen de un pozo que está un poco delante del de ellos. ¿El de Medina? ¿El del Piragua?

La andanada de disparos de los ingleses hace enmudecer las defensas argentinas.

—¡Tiren, mierda! ¡Tiren o se vienen encima!

El grito del teniente Feldmann los saca de su letargo. Vuelven a disparar.

—¡Médico! —insiste la misma voz de antes—. ¡Le dieron a Zamora!

Entonces el herido es el Piragua, y el que pide ayuda es Orozco.

—¡Aguante, soldado! —el grito es del sargento Milossi, un tanto a la derecha—. ¡Aguante un poco más!

—¡Se muere! —la voz de Orozco tiene tanta angustia que Antonio siente que se le aflojan las piernas—. ¡Lo voy a sacar!

—¡No lo saque, carajo! ¡Quédese adentro, mierda!

Una nueva andanada de disparos ingleses acalla las voces. Antonio se los imagina cada vez más cerca y vuelve a acodarse en el parapeto del pozo.

—¿Qué hacés, boludo? —le pregunta el Conejo—. ¡Te van a dar!

Antonio no contesta. Acaba de venirle a la cabeza la imagen de un inglés acercándose, muy pancho, para tirar una granada en cada pozo, con ellos refugiados en el fondo. Es nada más que una fantasía, pero Antonio no está dispuesto a que suceda. Si lo van a liquidar, quiere que lo encuentren disparando.

41

—¡Comuníquese con el comando y avise que estamos bajo ataque de infantería! —Quinteros le grita al radioperador por encima del estruendo del fuego propio. El visor nocturno es un incordio al momento de disparar, pero es útil. Aunque lo que haya para ver es este panorama terrible de un montón de ingleses trepando la cuesta.

—¡No me puedo comunicar, mi teniente!

Quinteros insulta para sus adentros. Pasó mil veces en estos días. No hay razón, en rigor de verdad, para que hoy no suceda lo mismo. Las comunicaciones por radio son un desastre. De día, de noche, con lluvia, con sol. ¿Por qué tendrían que ser mejores ahora, en plena batalla?

—¡Insista!

Vuelve a ponerse el visor y lo que ve lo deja sin aliento. Los ingleses están trepando otra vez y ya están muy cerca de la primera línea de trincheras. Quinteros sale del pozo y avanza agachado, aprovechando que los ingleses han dejado de tirar, probablemente para no darle a la gente de su vanguardia. Se protege detrás de una piedra.

—¡Fuego! ¡Fuego libre, que están acá!

Lo reconforta ver los fogonazos que salen de todos, absolutamente todos los pozos de zorro.

—¡Así, carajo! ¡Así me gusta! —el aliento es de uno de los sargentos, Quinteros supone que de Cóceres.

Pero Quinteros no se engaña. La situación es desesperada. Sin comunicación por radio no puede pedir cobertura de artillería. Además, con el enemigo tan cerca, se arriesga a castigar con ella a su propia compañía. En una pausa de fuego observa a su derecha. El monte Dos Hermanas está envuelto en la negrura más absoluta. ¿Cómo carajo? Mira más allá. El monte Longdon es un infierno de luces. No necesita ser adivino. El Dos Hermanas ha caído en manos de los ingleses. Por eso la negrura. Ya no hay nada que iluminar.

Bendito sea Feldmann, los morteros argentinos, guarecidos en las rocas de la ladera a retaguardia, acaban de ajustar el tiro y los ingleses están aferrados al terreno. Es buena la cadencia de disparos. Hay que ver cuánto pueden aguantar. El radioperador ha salido del pozo, seguramente con la idea de buscar mejor señal.

—¡Largá eso que es al pedo, González! ¡Buscalo a Feldmann y decile que nos vamos a retirar en la dirección que dijimos! ¡Que necesitamos la cobertura de los morteros, o si no nos van a hacer mierda!

—¡Sí, mi teniente!

González larga la radio, toma el fusil y se pierde hacia las posiciones de la primera sección. Si todo sale bien, debería encontrarse con Feldmann en la cresta.

—¡Cóceres! —grita Quinteros.

—¡Ordene, mi teniente!

—¡Nos vamos a retirar hacia el este, como dijimos!

—¡Entendido!

—¡Esperamos a tener asegurado el fuego de cobertura!

Unos minutos después se callan los morteros. Es lo que tiene que suceder, pero a Quinteros lo asalta el temor de haberse equivocado. Si González llegó arriba, si le transmitió sus órdenes a Feldmann, si Feldmann mandó un mensajero a los morteristas, entonces los morteristas tienen que estar aprontándose para generar el gran fuego de cobertura que necesitan para cubrir la retirada de las dos secciones y media que están desplegadas en la ladera oeste del Harriet. Corrigiendo los ángulos y, sobre todo, acopiando la munición. Eso, si todo va bien.

Pero, aunque todo vaya bien, hasta que se apronten, ellos, de este lado, están expuestos a una nueva embestida de los infantes ingleses, que no tendrán un pelo de boludos y habrán notado que dejaron de lloverles morteros desde el cielo. Quinteros vuelve a calzarse el visor.

Como si los muy putos adivinasen sus pensamientos por telepatía, los ingleses empiezan a levantarse y a avanzar.

—¡Fuego! —ordena Quinteros—. ¡Fuego nosotros! ¡Fuego libre!

Ahora, sin la cobertura de los morteros, no hay más opción que mantenerlos a raya con los disparos de los fusiles. El teniente vuelve a quitarse el visor. El muro de fuego es mucho menos eficiente de lo que debería. Desde algunos pozos están tirando algo. Desde otros, directamente, no salen disparos. O agotaron la munición o se paralizaron

de miedo. Carajo. Quinteros avanza a gatas hacia los pozos de zorro situados más adelante. Cuando puede guarecerse detrás de alguna piedra dispara unos cuantos tiros. Después sigue. ¿Qué mierda pasa con los morteros? El alma se le congela cuando escucha gritos en inglés. Los hijos de puta ya no están enfrente. Están encima. Se coloca el visor como puede, a tiempo de ver cómo un inglés tira una granada dentro de un pozo de zorro y se cobija para no dañarse. Quinteros se quita el visor para evitar quedar encandilado. Se escucha el estruendo subterráneo.

—¡Tiren, carajo! ¡Sigan tirando que se vienen encima!

En ese momento, después de un mínimo silbido, se oye un estallido más profundo. Gracias a Dios, piensa Quinteros. Gracias a Dios. Es un mortero. Cae otro. Y otro más.

—¡Retirada! ¡Retirada los de la vanguardia! ¡Los demás esperan la orden! ¡Sargentos, atención a mi orden!

Quinteros vuelve a ponerse el visor a tiempo de ver a los soldados emergiendo de los pozos y retrocediendo cuesta arriba hacia la cresta. La maniobra no es todo lo ordenada que debiera. Se parece más a un desbande que a una maniobra. Quinteros no quiere pensar lo que puede suceder si el fuego de morteros se detiene ahora. Los ingleses se van a asomar, los van a ver y los van a cazar como a conejos. Por suerte la cadencia de disparos de los morteros se sostiene. Se quita el visor otra vez, para tirar con el FAL cuando dejan de pasar a sus costados los soldados de la vanguardia.

—¡Posiciones intermedias! —grita, pero ninguna voz le contesta. Se ve que las posiciones intermedias ya se han pirado hacia la retaguardia.

Quinteros empieza a subir hacia la cresta, confiando en que a ningún inglés se le ocurra asomar la jeta, ver su espalda encorvada y probar puntería.

42

¿Cuánto hay de verdad en los refranes? Su abuela María decía que los refranes son la filosofía de los pueblos. Siempre lo decía. Y vivía citándolos. Ahora Carlitos se arrepiente de no haberlos anotado. Porque a medida que transcurre el tiempo desde su muerte esos refranes se van perdiendo. Como mucho queda un recuerdo difuso, una sensación de que en tal o cual situación la abuela María aplicaría ese refrán que decía… pero ahí está. Ni su mamá ni él se acuerdan. Y sus hermanas menos que menos.

Igual no hay que ser ningún genio para acordarse de ese refrán que dice: «La tercera es la vencida». Por supuesto que, como casi todos los refranes, tiene uno en contrapartida que sostiene lo contrario. Ese de «No hay dos sin tres». Pero puesto a elegir, el ánimo de Carlitos se inclina por el primero de los dos. Y eso porque el ánimo de Carlitos está por los suelos. Peor que por los suelos. Mucho más abajo que los suelos. No se acuerda de cuánto tiempo les llevó la retirada. Varias horas, supone, porque ahora, desde la nueva posición, el monte Harriet se ve bastante lejos hacia el oeste. Desde ahí retrocedieron esta noche, después de combatir. Y de perder. Al principio salieron corriendo a todo lo que les daban las patas. Pero una vez que bajaron la pendiente del lado del este se ve que los ingleses se conformaron con tomar la cima del monte, porque no los persiguieron. Así que se reorganizaron más o menos las secciones, o lo que quedaba de las secciones, y siguieron la retirada al paso, llevando únicamente el equipo liviano. Lo demás, todo lo demás, quedó atrás, en el monte.

Se les hizo de día cuando llegaban ya a la línea de defensa interior, esos montecitos más bajos que están ahí nomás, realmente ahí nomás, de Puerto Argentino. Parece que, como vienen de combatir, los van a dejar como reserva en la retaguardia. Y sólo los van a llamar si los ingleses atacan las cimas y las conquistan. Ahí sí los van a llamar a ellos. O sea,

que los van a llamar, qué duda cabe, porque seguro que los ingleses van a atacar las cimas, y van a conquistarlas. Y ésa será la dichosa tercera que Carlitos supone que será la vencida. La primera fue en Goose Green, y sobrevivió. La segunda fue anoche, en el Harriet, y volvió a sobrevivir. Listo. Nadie puede tener tanta suerte. Se le puede preguntar a Milossi, si no. O al Piragua Zamora. A ver cuánta suerte puede tener un soldado. Bueno, no. No se le puede preguntar ni al sargento Milossi ni al conscripto Zamora porque los mataron. A Zamora le dieron al principio del ataque. Milossi se quedó de los últimos, junto con Quinteros y alguno más, cubriendo la retirada de los más adelantados, y lo cagaron de un tiro. Carlitos no lo vio, pero se lo contó el propio Quinteros, hoy a la mañana.

Esta noche de verdad los vio. A los ingleses. La primera vez, en Goose Green, entre el cagazo y la distancia, no. Los había adivinado. Pero esta noche los vio. Como a tres o cuatro vio, justo en el momento en el que más se acercaron. Son más grandes que ellos. Más viejos. O parecen. Pero deben ser más grandes. Como si tuvieran todos edad de tenientes, o cosa así. Menos mal que les dieron la orden de retirarse, porque se había quedado sin balas. Tanto que se las dio de veterano con sus amigos, recomendándoles que cuidaran la munición, y el que se quedó sin balas fue él. Pelotudo.

Por suerte el Conejo y Antonio están bien. Los ubicó cuando los reagruparon, casi amaneciendo. No les pasó nada. Estaban cansados. Serios. Tensos. Como todo el mundo. Pero estaban bien. Un poco impresionados por lo de Milossi y el Piragua, porque estaban cerca de sus pozos y oyeron cómo los mataban. Primero el Piragua, que le dieron de lejos. Y después a Milossi. Lo flanquearon mientras cubría la retirada, lo mismo que Quinteros.

Ahora están pasando con el rancho, pero Carlitos no tiene ni hambre. O sí, tiene hambre, pero no tiene ganas de comer. Es raro. No quiere cruzarse con nadie. Ni con sus amigos. No quiere hablar. No quiere escuchar hablar. No quiere que nada lo ponga a pensar, aunque se la pasa pensando y pensando sin poder evitarlo.

Ahora mismo no se puede sacar de la cabeza a esos ingleses que vio. Esos tres o cuatro que venían corriendo hasta que se tiraron cuerpo a tierra. Hasta ahora no tenía claro lo que significaba la guerra. Desde que los vio, desde que les tiró los últimos tiros que le quedaban, desde que se escapó

de ellos justo a tiempo para que no lo mataran, Carlitos acaba de entender lo que es la guerra. No esta guerra. Cualquier guerra.

Unos tipos quieren algo. Otros tipos quieren lo mismo. Se encuentran para matarse. Los que maten a los que mueran son los que ganan la guerra y son los que se quedan con eso que querían los unos y los otros.

Es tan simple que a Carlitos lo asombra no haberlo entendido antes. Acá están las Malvinas. Las tenían los ingleses y los argentinos se las sacaron. Por eso ahora vienen los ingleses queriendo sacárselas de vuelta y empiezan a matarse los unos a los otros. El que más mate, gana la guerra. Y el que gana la guerra, se queda con las islas.

Una duda le queda, de todos modos, a Carlitos. Y esa duda es qué pensaran en Argentina. Cuando él estaba allá no tenía la más puta idea de lo que significaba la palabra «guerra». Ahora lo entiende porque está acá. ¿Pero lo entendería si se hubiera quedado allá? Ayer en la radio escucharon que está el papa de visita. Y millones de personas van a las misas que hace el papa. Y rezan por la paz. ¿Pero por qué paz están rezando? ¿Por una paz en la que ganan la guerra o una paz en la que pierden la guerra? ¿O por una paz en la que no les importa ganar o perder la guerra?

Carlitos, inmóvil en la misma piedra en la que lleva sentado toda la mañana, se promete que si vuelve vivo nunca va a decir una palabra de la guerra. Para qué. ¿Cómo te van a entender los que no estuvieron? O peor: capaz que te quieren consolar. O peor todavía: mirá si les da por quejarse. Si les da por quejarse de que los soldados argentinos perdieron la guerra.

Escucha un chistido desde su izquierda y se da vuelta hacia ahí. El Conejo y Antonio vienen caminando. El Conejo trae un plato de lata del que sale humo.

—Tenés que comer, pelotudo —le dice mientras se aproxima.

43

Querida Magalí:

Esta carta que te estoy escribiendo no te la voy a mandar. Te la voy a escribir, nomás, y me la voy a quedar conmigo. Me la voy a guardar en el bolsillo de la camisa, el del lado derecho. En el bolsillo del lado del corazón tengo guardada otra que me mandaste. Es esa carta en que me decís cosas que no me voy a olvidar nunca, pero no puede leerla nadie más que yo. Así que ésta, la de ahora, irá al otro bolsillo. Y si vuelvo, ahí sí, te la voy a dar en la mano, para que la leas delante mío. Y si no vuelvo, bueno, ahí no la vas a recibir.

Tengo algo muy importante que contarte. Es muy… Ayer entramos en combate. De noche. Vinieron los ingleses y nos atacaron. Hay momentos en que no se ve nada y momentos en que se ve como si estuvieras en el cine, así con mucha luz rodeada por mucha oscuridad, porque tiran bengalas. Lo que te quiero contar es que maté a un inglés. Bueno, no sé si lo maté. Pero me parece que sí. Venía derecho a nuestro pozo, corriendo. Y justo había mucha luz. Y le pegué un tiro en el pecho. Y unos compañeros se lo llevaron para atrás. Pero le di justo, así que me parece que lo maté. Porque ni gritó ni nada. Porque cuando te hieren… Me gustaría poder hablar con vos. Cuando vos hablás yo me quedo tranquilo. Y a lo mejor cuando vuelvo yo te doy esta carta y me quedo ahí cuando la leés y me explicás cómo me siento, porque yo no lo sé. Por un lado me siento mal, porque nunca pensé que podía matar a alguien. Pero por el otro lado me siento bien… Pero ellos mataron a amigos míos, así que no sé. Se lo merecen, porque quién los mandó venir, y las Malvinas son argentinas.

Bueno. No escribo más porque se me acaba el papel y voy a hacer eso que te dije, que me la quedo y ojalá algún día la leamos juntos. Te amo, Magalí.

Antonio relee la carta y tacha con más cuidado las partes descartadas, para que quede un poco más prolija. Piensa en pasarla en limpio, pero no tiene más papel y, por otro lado, tal vez sea mejor así. Como la pensó, la escribió. Y si le salió así, que quede así. Se le cruza una idea horrible por la cabeza. Allá en el Harriet quedaron los cuerpos del Piragua y del sargento. Y debe haber más muertos de los que todavía ellos no tienen noticia. Seguro. Del mismo modo que unos días antes, entre el Harriet y el Kent, quedaron los cuerpos de los cuatro que mataron en la emboscada. El cabo Colazo, Sotile y los demás. No pudieron traerlos. No se animaron a ir a buscarlos. ¿Qué van a hacer los ingleses con esos cuerpos? ¿Qué harán con las cosas que encuentren en los bolsillos de esos cuerpos? ¿Se robarán

las cosas de valor? Por ese lado Antonio no tiene problema, porque él no tiene nada que valga un peso. ¿Pero qué harán con esta carta, por ejemplo?

¿Y si se la manda por correo, así se asegura de que le llegue? Mejor no. Andá a saber qué piensa Magalí si se entera de que mató a alguien. Aunque sea un inglés. Capaz que le parece bien, pero en una de esas le parece mal. ¿Y si se piensa que es un asesino, y encima él no vuelve, y no le puede explicar sus razones? No. Se queda con el plan original. Si vuelve, se la da para que la lea delante de él. Y que Dios lo ayude. No sólo pensando en cómo va a reaccionar Magalí. Antonio mismo no sabe qué pensar ni qué sentir.

—¿Qué te pasa, que tenés esa cara? —le pregunta el Conejo.

Antonio lo mira. Le da ganas de decirle que se siente raro. Diferente. Como si fuera una persona distinta del que fue toda su vida hasta ayer. Que se siente… otro. Eso. Otro. Y que lo aplasta la idea de que de ahora en adelante es otro. Para siempre. Para el resto de su vida. Y si el resto de su vida son sesenta años o veinticinco minutos da lo mismo. Es otro. Le guste o no le guste, es otro. Pero no le dice nada.

44

Hace rato que no se los cruza al Negro y al Conejo. Después del rancho del mediodía Carlitos se fue hasta la letrina y, cuando volvía, lo enganchó el teniente Feldmann para que llevara unos mensajes hasta la retaguardia y se le fue un buen rato con eso. Por suerte los oficiales no han dado órdenes de cavar posiciones nuevas. Están usando unas que ya estaban cavadas, vaya uno a saber por quiénes. Además ahora ellos ya no son la primera línea. La primera línea es la gente que está en el monte Tumbledown, y en el William. Ellos están detrás de esos montes, del lado del pueblo. Los montes Longdon, Dos Hermanas y Harriet ya son la primera línea de los ingleses, porque se los ganaron en la batalla de ayer. No falta casi nada para que todo termine, vuelve a pensar Carlitos. Pero sí. Falta pelear por esa última línea defensiva. Falta perderla. Ahí sí estará todo dicho. O bueno, puede ser que los jefes argentinos decidan rendirse ya mismo y evitar esa última derrota. Pero habrá que ver. Por ahora, se han pasado el día con artillería de los dos lados. Las baterías argentinas están en el deslinde de Puerto Argentino. Carlitos las vio mil veces, en sus tiempos de estafeta, cuando le tocaba ir a la línea defensiva externa cada dos por tres. Parece que fuera en otra vida, y no hace ni tres semanas.

De a ratos disparan los argentinos y de a ratos disparan los ingleses. Carlitos no entiende ni jota de artillería, pero alguna vez le dijeron que siempre es así. Disparan un rato y después, cuando tiran los otros, se refugian hasta que pase el chubasco. Y así llevan todo el día. De a ratos los bombazos ingleses empiezan a caer cerca de la posición de su sección. Entonces cada cual busca su agujero y se mete adentro, hasta que pase. Pero nadie se apura demasiado, salvo que el bombardeo pique muy cerca. Es como si, a esta altura, ya se hubiesen acostumbrado a todo. Absolutamente a todo.

Igual ya falta poco para que se haga de noche, y en una de esas dejan de tirar. Que no será una buena noticia, de todos modos. Porque si los

ingleses dejan de tirar con artillería quiere decir que van a avanzar con la infantería y precisamente por eso dejan de tirar: para no pegarle a su propia gente. Así que habrá que ver. Pero pensar en eso, otra vez, a Carlitos sólo le genera indiferencia.

—¿Dónde te habías metido, boludo? —la pregunta del Conejo lo saca de su ensimismamiento. De hecho, no sabe de dónde salió su amigo.

—Me mandó Feldmann hasta la retaguardia. Acabo de volver.

—Dale, vamos que está empezando.

—¿Empezando qué?

El Conejo, que ya se alejaba, se detiene y se vuelve hacia él.

—¿Cómo «qué»? El segundo tiempo del partido de Argentina, tarado.

Carlitos demora varios segundos en caer. Cierto. Hoy empieza el Mundial de España, y Argentina, por primera vez, juega el partido inaugural de un Mundial porque es el último campeón. Pensar que en marzo Carlitos ya tenía lista, en su escritorio, una planilla con todos los partidos, los horarios y los canales que los televisaban. Dónde carajo habrá quedado la planilla. ¿Seguirá en su habitación, en su casa de Ramos Mejía?

Son seis o siete los soldados que están metidos en un pozo grande, una especie de cráter. Imposible saber si lo hizo una bomba de las grandes o es algo natural, que estuvo siempre. Pero ahí están, sentados contra las paredes del pozo y tapados con algunas mantas. Un mate pasa de mano en mano. Antonio, para variar, es el que ceba.

—Ah, apareciste —dice, sin énfasis, cuando lo ve.

Los recién llegados se acomodan en el hueco que les dejan los demás.

—¿Sigue cero a cero? —pregunta el Conejo.

—Ajá —contesta Ricci—. Está jodido, parece.

Como ahora no dispara ni la artillería argentina ni la inglesa, el único sonido es la voz de tintes metálicos del relator del partido.

—La cagada de escucharlo por la radio es que todo el tiempo parecen jugadas de vida o muerte —dice un soldado cordobés del que Carlitos no conoce el nombre, porque es uno de los pocos clase ’63 que viajaron con la sección.

—Cierto —coincide Orozco, mientras le tiende el mate vacío al Negro.

—Igual me parece que nos están cagando a pelotazos —dice precisamente Antonio, mientras acomoda la yerba y vuelve a cebar—. Yo no entiendo mucho de fútbol, pero…

Casi como dándole la razón, se escucha la voz del relator cuando dice: «Pase profundo de Vercauteren a la espalda de Passarella, controla Vandenbergh, enfrenta a Fillol… gol. Goool de Bélgica». No es, lo que se dice, un grito de gol. El relator apenas alarga la palabra, para que se entienda que sí, que es un gol, pero que es un gol de los rivales.

—La concha de su madre —murmura Ricci, con su vozarrón cargado de notas lúgubres.

—¿Cuánto falta? —pregunta el clase ’63.

Carrizo levanta el brazo izquierdo e intenta desplazar las sucesivas capas de ropa que lo cubren hasta dejar expuesto su reloj pulsera.

—Veinte, veinticinco minutos —dice por fin.

Siguen escuchando un rato en silencio. «Tiro libre para Argentina. Acomodan la pelota Maradona y Bertoni. Veremos quién le pega. Maradona… ¡Travesaño! Kempes toma el rebote, Kempes… Kempes… ¡tapó el arquero!»

Algunos de los soldados se sacuden mientras escuchan, como si con sus cuerpos pudieran empujar la pelota adentro de una vez por todas, pero cuando la voz del relator se desinfla ellos también se aflojan, desanimados.

—¿Cuánto falta? —vuelve a preguntar el cordobés.

Carrizo hurga otra vez bajo la ropa.

—Quince —es todo lo que dice, ahora lúgubre.

Carlitos, mientras escucha, deja vagar la mirada por las crestas del Tumbledown. Hay un reflejo de sol, infrecuente, que pega en las nubes y las tiñe de rosa y naranja en el crepúsculo.

Casi con el tiempo cumplido, la radio enmudece.

—¿Qué pasa? —pregunta el Conejo.

—Me parece que se quedó sin pilas —informa Orozco, mientras alza la radio y la estudia.

—Me cago…

—Sacale las pilas y frotalas —dice el Negro.

—¿Qué?

—Dame bola. Sacale las pilas y frotalas entre los dedos.

Orozco obedece. Para acelerar la tarea dividen las pilas entre cuatro. Se quitan los guantes y frotan las pilas rojas.

—¿Listo? —pregunta Ricci.

—Un poco más —dice Antonio.

Después hace ademán de que se las devuelvan. Las coloca en su sitio y enciende otra vez.

—Ponele el volumen bajito para que dure más —acota Carlitos.

Todos se acuclillan alrededor de la radio. La voz del relator es apenas un murmullo, pero se oye lo suficiente como para que se enteren de que terminó el partido y Argentina perdió con Bélgica uno a cero. Antonio apaga la radio y la deja a un costado. Alza la pava de lata y la sacude. Está vacía.

—Che —pregunta el cordobés—, ¿el papa sigue en Buenos Aires?

—No, ya se pegó la vuelta —responde Orozco.

—¿Ya? ¿Pero cuántos días estuvo?

—Un par. Pero ya se volvió.

El Negro contempla la pava como dudando si seguir calentando agua o no. El cordobés se pone de pie y se acomoda la ropa.

—No hay caso, che —dice, por fin—. No nos sale una derecha. Ni una.

45

Por lo menos los encuentra reunidos alrededor de un mapa, con pinta de estar ocupados en lo que se viene. Algo es algo, piensa Camargo, que se ha llevado una pésima impresión desde que se bajó del jeep: decenas de soldados papando moscas, cuando deberían estar alistándose. Quinteros, Feldmann y un sargento cuyo nombre no recuerda.

—Buenas tardes —saluda Camargo, sin extenderles la mano. Espera que adviertan la severidad en su voz.

Los milicos le devuelven el saludo, enderezándose. Tampoco se los ve demasiado contritos, la verdad.

—Ya que ninguno bajó hasta el pueblo para informarme de los sucesos de antenoche, he decidido venir personalmente, a ver si subsanamos ese problema.

—Tengo entendido, mayor, que el capitán Astorga estuvo en el comando brindando un informe detallado.

El que habla es Feldmann. Camargo es buen observador, de modo que no se le escapa el mínimo gesto del teniente hacia la manga de la campera del insolente de Quinteros, como para evitar que conteste. Pero llega tarde.

—Se habrá enterado de la paliza que nos dieron. De los muertos y los heridos que tuvimos. Nos pasamos el día de ayer, y el de hoy, reorganizándonos acá.

—Bueno. Eso de «reorganizándonos» suena un poco optimista, teniente. Yo no los veo muy reorganizados que digamos.

El mayor hace un gesto que abarca el terreno alrededor, donde los soldados y algunos suboficiales deambulan como nómades. Ni los tenientes, ni mucho menos el sargento, dicen una palabra.

—Bien. Ya que estoy acá, los escucho.

El mayor se inclina sobre el mapa. ¿Lo que oye es un suspiro? ¿Es posible que el infeliz de Quinteros se haya permitido un audible, un sonoro, un evidente suspiro de fastidio? Es Feldmann el que explica con

detalle lo sucedido la víspera. El ataque inglés, el asalto típico de infantería que tuvo lugar, la resistencia con los morteros ligeros, la retirada cuando vieron que corrían el riesgo de que el enemigo los flanqueara al tomar, completa y tempranamente, el monte Dos Hermanas.

El mayor Camargo escucha. De vez en cuando formula alguna pregunta. Cuando Feldmann termina, Camargo señala hacia la cumbre del Tumbledown.

—De acuerdo. Las cosas son como son. Ahora su orden es remontar la cuesta y cavar posiciones en la ladera oeste, donde se lo indiquen las fuerzas ya destacadas ahí.

¿Miraditas entre los tenientes? Sí. Miraditas entre los tenientes. ¿Sargento que se rasca la cabeza, como dudando? Sí. Sargento que se rasca la cabeza, como dudando. Camargo se siente al borde de la explosión. El que habla es Quinteros:

—Esta mañana conversamos con el capitán Salas, mayor. El capitán Salas está a cargo del dispositivo defensivo de todo el monte, y nos indicó la misión de ser la reserva en profundidad del dispositivo. No situarnos en la primera línea.

—Perfecto. Y ahora yo les estoy diciendo que sus nuevas órdenes son situarse en esa primera línea, cavando posiciones en las zonas peor resguardadas del dispositivo.

Nuevo silencio. Esta vez no hay miradas entre los tenientes ni rascadita de cabeza del sargento. Vamos progresando. A ver si se acostumbran a obedecer estos milicos de mierda.

—De acuerdo, señor —dice Quinteros al fin, pero en un tono de voz que a Camargo no le gusta nada—. Apenas recibamos los refuerzos de personal y el abastecimiento de equipos correspondiente, cumpliremos su orden.

—¿Qué refuerzos?

—Tuvimos bajas numerosas en la defensa del Harriet, mayor. Y perdimos buena parte de nuestro equipo, porque bajamos como pudimos. Acá estamos con el armamento liviano individual. Los morteros tuvimos que destruirlos para que no cayeran en manos del enemigo.

—El sargento Milossi hizo un trabajo excelente —agrega Feldmann—. Inutilizó el material en tiempo récord, poniendo en riesgo su vida y la de su grupo con tal de que no cayeran en manos inglesas en buen estado. Y lo pagó carísimo.

—No tenemos ni palas para cavar posiciones, mayor —vuelve a hablar Quinteros—. Se supone que en un rato vamos a poder reponer la munición del 7.62 para los FAL. Por el momento, ni eso tenemos.

Ahora el movimiento casi imperceptible es al revés. Quinteros quiere que Feldmann lo deje hablar a él.

—Estamos en función de reserva porque el capitán Salas juzgó que, en nuestra situación actual, no estamos en condiciones de cumplir un mejor rol de combate que ese. Pero ya que está, le pido, ahora que usted se vuelve a Puerto Argentino, porque seguro que se vuelve al pueblo, ¿no?, le pido si nos agiliza el envío de refuerzos para completar la sección y los materiales. Y ahí sí, con todo gusto.

Camargo se toma un segundo para responder. La impertinencia de Quinteros no conoce límites. Cómo le gustaría tenerlo en otro sitio, y a solas, a su disposición, para bajarle los humos al muy hijo de puta. Cómo le gustaría empezar diciéndole que él sabe muy bien cómo tratar a hijos de puta que se creen piolas. Cómo dejarlos hechos un paño de lágrimas balbuceante, que pide por favor perdón por todos y cada uno de sus pecados. Pero ahora no. No es el momento. Ya habrá tiempo.

—De acuerdo, teniente. Voy a asegurarme de que tenga los equipos cuanto antes, así pueden cumplir mi orden.

Sabe que el otro jugó bien sus piezas. En el caos que es Puerto Argentino a esta altura de las cosas, no habrá modo de reforzar a nadie con nada, excepto munición para los fusiles. Es vivo, el tenientito. No se está insubordinando explícitamente. Casi, pero no. Camargo saluda con una inclinación de cabeza y se da media vuelta. Pero se le ocurre algo, se detiene y se gira para que lo escuchen bien:

—Supongo que esta noche los ingleses atacarán de nuevo, teniente. Espero que esta vez hagan, usted y su gente, un papel un poco más decoroso que el que hicieron en el Harriet.

Sin esperar respuesta, sigue caminando de regreso por donde vino. Está satisfecho de imaginar el grado de calentura que deben tener esos idiotas a sus espaldas. A ver si le van a venir a él con ganas de embarullarle la cabeza con argumentos. No, Quinteros. Te falta tomar mucha sopa para ganarme en el juego de comerle el cerebro a un enemigo. Mediocre. Pelotudo.

46

Son veinte, veinticinco a lo sumo, reunidos en la oscuridad alrededor del teniente Quinteros. La cima del monte se recorta todo el tiempo porque las bengalas son casi permanentes. Las trazadoras de los ingleses, de vez en cuando, cuando tiran alto, pasan por encima y se pierden en la noche.

A una parte de la sección y media que regresó, maltrecha, del Harriet, la enviaron hace un rato a reforzar el monte William, donde parece que la cosa pinta fea. Bueno, si es por pintar fea, parece que pinta fea en todos lados. A ellos, por ahora, no los han movido de la ladera en que pasaron los dos últimos días. Y ya transcurrió un buen pedazo de noche sin que los hicieran ponerse en marcha. Carlitos hasta pensó que, en una de esas, no los convocaban para ninguna misión. Pero se equivocó. Hace unos minutos apareció Quinteros y los hizo reunirse acá, en ronda, para comunicar las nuevas órdenes.

—Nos dieron la orden de subir a ayudar a la gente de Salas —grita Quinteros, para hacerse oír por encima del tableteo de las armas y el estruendo de los cañonazos—. Los ingleses los tienen aferrados al terreno.

Quinteros señala arriba, la cresta del cerro. No hace falta ser ningún genio para entender lo que pasa. Sus compañeros están, en la cima del Tumbledown, como estuvieron ellos anteanoche, en la del Harriet. Con los ingleses encima, tan encima que no pueden retroceder sin que los caguen a tiros. La diferencia es que ellos, la otra noche, tuvieron los morteros como para frenar a los ingleses, y hoy se ve que no los tienen. De manera que deben subir ellos y hacer retroceder a los ingleses lo suficiente como para después tratar de bajar todos. Cómo carajo van a hacer para retirarse después, sin morteros apoyándolos, es un misterio para Carlitos.

—Tenemos que ser muy precisos, porque nuestra retirada la van a cubrir los cañones de 105. Pero hay que avisar justo a tiempo.

Mierda, piensa Carlitos. Incógnita despejada. Como no hay morteros, la idea es que sean esos brutos cañones de la batería principal los que

bombardeen la cima del Tumbledown una vez que ellos hayan retrocedido. Pero esos cañones no son joda. Tiran con todo. Hacen mierda todo. Si no rajan a tiempo, será su propia artillería la que los mate.

—¿Estamos? —pregunta Quinteros.

Carlitos hace que sí con la cabeza. Es un movimiento inútil, porque en la oscuridad nadie puede verlo. Ni su jefe ni sus compañeros. Pero lo hace. Quinteros se pone de pie. Una bengala que se pasó de largo de la cresta planea sobre sus cabezas y permite ver a Quinteros mirándolos a ellos. A todos. A los veinticinco. Uno por uno.

—El otro día pelearon como leones —dice Quinteros, sin gritar—. Y me importa un carajo que hayamos perdido. No les puedo pedir que ganen. Pero me animo a pedirles que vengan.

Eso es todo lo que dice el muy hijo de puta. Se da vuelta y empieza a trepar. Se ve su figura apenas recortada en el resplandor de los estallidos distantes. Es más callado que no sé qué, Quinteros. A la mayoría ni siquiera los conoce, porque hace poco que se sumaron al grupo, y eso es cualquier cosa menos una sección de la compañía. Es una mezcolanza de gente. Hay un sargento, tres cabos, los demás colimbas. Y va este hijo de puta y te dice eso. Y se da vuelta y se manda mudar para arriba. ¿Qué podés hacer? ¿Lo vas a dejar que suba solo? ¿Qué opción te deja más que acompañarlo? Los soldados se incorporan. Dos, cuatro, diez, se ponen de pie. Y entran a subir detrás del teniente. Los dos, los cuatro, los diez, el resto.

Carlitos tiene, eso sí, una cosa que hacer antes de empezar a apurarse en la subida. Gira la cabeza para un lado, para el otro, confundido. Por fin ve una mano levantada que lo orienta en la oscuridad. Es Antonio, que alza el brazo precisamente para eso, para que Carlitos lo vea. Cuándo no, al lado del Negro está el Conejo. Carlitos camina hacia ellos.

—Acá estás, pelotudo —es todo lo que dice—. Vamos juntos.

Encorvados, empiezan a subir.

47

Éste es más bajito que el Harriet, piensa Antonio, que hasta ahora no se había fijado en eso. Pero claro. Ahora vas corriendo, con la lengua afuera, pensando si arriba te vas a encontrar con tus compañeros o ya con los ingleses, y mejor que sea bajito para llegar cuanto antes y enterarte. De repente lo asalta un temor:

—Che, Carlitos, ¿cuál es el santo y seña?

—No tengo la más puta idea, Negro —responde su amigo, entre jadeos.

Ojalá algún suboficial se la sepa. Lo único que falta es que los argentinos de arriba les disparen a ellos pensando que son ingleses que les llegan desde la retaguardia. Pero con los nervios, no hay caso, Antonio no se la acuerda. Igual será cuestión de pegar un par de gritos para aclarar confusiones.

Todos corren agazapados. El terreno, de a poco, se va poniendo más horizontal. Las luces se ven como si fuera de día. Llegan arriba. Antonio cae en la cuenta de que todavía no tiraron un tiro y están en la cima. El teniente Quinteros levanta un brazo y todos frenan la carrera. ¿Qué carajo pasó? ¿Dónde está la gente de Salas, a la que venían a ayudar? El teniente se pone un visor nocturno, porque justo en ese momento han dejado de caer bengalas y la oscuridad es completa. A la derecha, al norte, se ve, en el llano, que la pelea es fuerte. Wireless Ridge, se llama esa parte. A la izquierda, en el William, ya no pasa nada. No hay que ser ningún genio para entender que ya lo tomaron los ingleses. La concha de su madre. Una bengala solitaria se enciende en las alturas y empieza a caer. Antonio ve cómo Quinteros se saca el visor de un tirón, para evitar quedar encandilado.

—Reunirse —ordena el teniente, pero en un murmullo.

Los demás obedecen. Al acercarse, Antonio ve, a su izquierda, un cuerpo acurrucado. Se aproxima y lo sacude. Es un soldado argentino y

está muerto. El lugar en el que se han detenido tiene una forma rara. Es plano, porque está en la cima del monte, pero además es como una especie de corredor, rodeado de piedras altas, que va de un lado al otro de la cima. Un corredor que más allá se pierde en la ladera que a esta altura, sí o sí, está ya en manos del enemigo.

—Los nuestros ya se fueron —dice Quinteros sin alzar la voz—. Se ve que bajaron por otro lado.

Maravilloso, piensa Antonio. Se arriesgaron al pedo. Pasó lo que tantas veces. Fallaron las comunicaciones y los de arriba primero pidieron ayuda, pero cuando pudieron bajar, naturalmente, bajaron. Pero nadie le avisó a la reserva. Y ahora ellos están arriba, teniendo que bajar. Hasta hace un rato eran la reserva. Ahora son la vanguardia. Genial, la puta madre.

Antonio se pregunta por qué el teniente habla en voz baja.

—Ahora vamos a retroceder, del siguiente…

El teniente se calla la boca justo antes de decir la palabra «modo». Y la razón de que se calle está clarísima. Ahí nomás acaban de escucharse unas voces. Unas voces que hablan en inglés.

48

Carlitos no distingue lo que dicen, pero no necesita distinguirlo para que se le hiele la sangre. Quinteros, sin pronunciar una palabra, indica que se separen. Todos obedecen. Están en esa especie de pasillo, con paredes altas de piedra a los costados. Algunos soldados se parapetan contra las paredes de roca, y otros en las piedras más chicas que están, como quien dice, en el medio de esa especie de calle.

Carlitos apunta el fusil hacia el lado de las voces. Casi enseguida aparecen. Primero es uno. Enseguida son tres. Luego son decenas. El grupo de ingleses avanza por el callejón que forman las paredes de piedra. De vez en cuando alguno habla. Setenta metros. Carlitos siente cómo el corazón le golpea el esternón. Cincuenta metros. Elige una figura y le apunta. Cuarenta metros. Encima acaba de salir la luna, así que se los ve clarito.

—¡Fuego libre! —grita el teniente, mientras empieza a disparar.

Toda la sección abre fuego sobre la columna de ingleses. Varios caen en el lugar, otros retroceden.

—¡Subir a los costados! —grita el teniente.

Tiene razón. Varios soldados aprovechan para trepar y parapetarse más arriba, porque ahí abajo, en ese callejón, corren el riesgo de ser desbordados y atacados por arriba y por atrás.

—¡Cuidar la munición! —grita Cóceres—. ¡Tirar cuando hay un blanco! ¡Tirar cuando hay un blanco!

De inmediato cesan los disparos. Carlitos entiende que, llevados por los nervios, estaban dilapidando balas. Ahora los ingleses han retrocedido.

—¡Así me gusta, sección! ¡Tuvieron que rajar! ¡Se cagaron y tuvieron que rajar!

Carlitos escucha eso y grita. No sabe por qué, pero grita. No necesita saberlo. Y grita. Los demás también gritan. La luna vuelve a ocultarse. Están solos en la cima de un monte y están perdiendo la guerra. Pero hace

dos minutos, por primera vez, hicieron retroceder a los ingleses. Los muy hijos de puta tuvieron que recular, buscar un agujero y tirarse adentro para que los argentinos no los mataran. Y eso a Carlitos lo hace sentir feroz, indestructible. De repente se siente más ancho, más duro. Siente como si pudiera salir desde atrás de esa piedra y avanzar, y que fueran los ingleses los que, por una vez, tuviesen que recular bajando la ladera. Por el rabillo del ojo ve que más de un compañero está avanzando, de piedra en piedra. Mierda. Es ahora o nunca. Carlitos también avanza.

De repente se escuchan unos tiros que vienen desde adelante.

—¡Ojo, que tiran! —grita una voz que, ahora sin duda, Carlitos identifica como la del cordobés con el que escucharon el partido esta tarde, y le parece mentira que lo del Mundial haya sido apenas esta tarde.

La sección entera busca cobertura para aguantar el chubasco. Los tiros que recibe son de armas livianas, como las de ellos. Pero aflojan casi enseguida. Carlitos avanza unos metros más y se protege detrás de una de las piedras de los costados. Ve que el Conejo hace lo mismo con una de las piedras bajas del medio del callejón. Antonio llega y se cobija del otro lado de la misma piedra.

Los ingleses vuelven a tirar, pero como ellos están bien guarecidos aprovechan para fijarse el punto de origen de las trazadoras. Los argentinos no responden el fuego, para no delatar su posición. Es rarísimo, como si ellos tres, y el cordobés, y el teniente que quedó un poco más allá fueran una sola cabeza pensando lo mismo. Porque eso es lo que pasa. Nadie tira. Y como nadie tira, los ingleses poco a poco se vuelven a asomar, porque piensan que retrocedieron, y ahora sí, sin que nadie dé la orden, ni el teniente, ni el sargento, porque no hace falta, porque son la misma cabeza pensando, tiran todos a la vez y hasta escuchan el quejido de algún inglés al que le dieron. Y siguen tirando, recordando los lugares exactos desde los que tiraron los ingleses.

—¡Bien Los Panchos! ¡Así me gusta!

El que grita no es Quinteros, sino el sargento Cóceres. Carlitos se gira hacia el costado y ve que el pelotudo del Conejo sonríe. Mejor dicho, se ríe. Se ríe mientras dispara. Carlitos lo ve porque las bengalas, ahora, iluminan todo.

—¡Vení, *Tacher*, la concha bien de tu madre! —grita uno más allá, que debe ser nomás el cordobés clase ’63, porque la puteada viene con cantito.

En ese momento la ladera oeste del monte, la que ya está en manos de los ingleses, empieza a estallar envuelta en el fuego de artillería.

49

Suficiente, piensa Quinteros. Ahora sí o sí hay que retroceder, y es ahora o nunca. Que Dios lo perdone si cometieron una imprudencia presentando batalla, como acaban de hacer. Pero no les quedó otra. Si intentaban retirarse con los ingleses ahí arriba, confiados como se sentían, los habrían cazado como a pajaritos.

Ahora sus soldados tienen una chance. Una sola, y la tienen que aprovechar. Esos bombazos son de los nuestros, y los van a tener a los ingleses aferrados al terreno por un rato. Por eso hay que rajar ahora. Encarar hacia el pueblo para tratar de ponerse fuera de alcance. La macana es que en algún momento, tarde o temprano, la artillería inglesa también va a tirar. Y los va a agarrar a la intemperie, en plena carrera.

Quinteros se exprime la cabeza pensando alguna opción mejor. Pero no la hay. Acá están en pleno combate de infantería. Y los ingleses perdieron gente, y deben estar como locos de calientes. Así que cuando el enemigo vuelva a avanzar va a tirar con todo. Y nada garantiza que no maten también al que quiera rendirse, suelte el arma y alce un trapo.

Así que no hay tu tía.

—¡Atención, la sección! ¡Retroceder ya mismo! ¡Ya mismo, carajo!

Hace una pausa, mirando alrededor.

—¡Sargento!

—¡Ordene!

—¡Cubrimos la retirada de la sección!

—¡Enterado, mi teniente!

Quinteros gira la cabeza y ve que los soldados empiezan a retroceder, agachados. Los que habían trepado a las paredes de roca bajan al callejón para correr por ahí. El teniente sonríe pensando que, al final, han salido buenos esos soldados. No se merecen morir, después de lo que intentaron. Subieron a rescatar a sus hermanos de armas, aunque esos hermanos ya no estaban. Pero lo que importa es que ellos pensaron que sí. Y subieron por

eso. Porque pensaron que estaban y que los necesitaban. Quinteros dispara el FAL buscando una buena cadencia, para cuidar la munición. Cóceres hace lo mismo. Detrás de ellos hay alguien más disparando. ¿Quién? López. López y los otros dos, cuándo no.

—¡Retirada, Los Panchos! ¡Retirada he dicho!

Ahora sí, los tres colimbas obedecen. A Quinteros le quedan dos granadas de mano. Le quita la espoleta a una y la lanza lo más lejos que puede, adelante por el callejón. Después del estallido mira hacia la roca de Cóceres, que se dispone a hacer lo mismo. El teniente habla sin gritar.

—Después de su granada nos vamos, sargento.

El sargento la arroja más o menos en el mismo lugar en el que cayó la suya. Cuando estalla, echan a correr por donde vinieron. Y Quinteros le pide a un Dios en el que no cree que deje bajar del monte con vida a sus soldados.

50

Parece mentira que lo que te mata de las bombas es el montón de fierritos que tienen adentro, piensa Carlitos sin parar de correr. Ya dejaron atrás la ladera del monte y ahora corren por el llano. Lo de llano es una manera de decir, porque hay charcos, piedras en las que tropezarse, pozos de turba donde los pies se hunden y los tobillos se tuercen. Pero es más o menos llano. Los ingleses no les tiran con sus fusiles desde el monte, pero ahora les está lloviendo fuego de artillería, y por eso Carlitos se pone a pensar en eso.

Las balas de cañón tienen un percutor que se oprime cuando choca con algo duro, digamos con el suelo. El percutor activa la carga explosiva que estalla. Y el estallido hace que vuelen los fierritos en todas direcciones. Si te agarra un fierrito de esos, que además queman como la puta madre, corta toda la carne que se cruce en su camino. Qué rara es la cabeza. Porque el cuerpo corre al límite de sus fuerzas, intentando elegir los mejores lugares como para no tropezar y no caer y alejarse lo más rápido posible, y la cabeza va pensando en que las esquirlas salen disparadas en una especie de semiesfera. Y cada esquirla hace una trayectoria en el espacio que parece una recta pero no, una recta no es. Estrictamente cada esquirla hace una parábola, y la parábola está determinada por la combinación de dos fuerzas opuestas, que son la inercia y la gravedad. La inercia hace que las esquirlas, aceleradas por la explosión, vuelen. Y la gravedad hace que la esquirla se vaya frenando hasta caer a la tierra. Ventajas de haber tenido que dar dos veces el ingreso a Ingeniería.

A la derecha de Carlitos corre el Conejo. Y a la derecha del Conejo corre Antonio. A la derecha pero un poco más adelante, porque el santiagueño es el más ligero de los tres. Lo ha sido siempre. Pero de vez en cuando gira la cabeza y los espera. No quiere perderlos. Carlitos lo entiende, porque él haría lo mismo si fuese igual de veloz que el Negro. Por algo corren así los tres, bastante juntos. Algo en la cabeza de Carlitos

le dice que hacen mal, que es un error correr así. Porque si cae una bomba y las famosas esquirlas le pegan a uno, es posible que les peguen a los tres. Aunque, por otro lado, es todo cuestión de suerte. En una de esas, si uno de ellos se aleja, una bomba cae ahí, donde está corriendo el que se alejó, y a los otros que siguen juntos no les pasa nada. Pero hay algo más que piensa Carlitos. Si tiene que elegir, si Dios existe, nomás, como cree el Negro, Carlitos le quiere pedir que lo que les pase les pase a los tres. Que sea bueno o que sea malo eso que les pase. Pero a los tres.

51

Cuando una bomba cae lejos se la escucha silbar. Cuando cae cerca, en cambio, el silbido no se escucha. Por eso Quinteros recibe el sacudón de la ola expansiva sin que ningún silbido le avise de nada. Lo que siente es un empujón de viento que lo tira al piso, un poco hacia adelante y un poco hacia la derecha. Aturdido, se incorpora lo más rápido que puede y corre hacia la izquierda, porque tiene la imagen de Cóceres corriendo a esa altura, un poco atrás y a su izquierda, y tiene mucho miedo de que le hayan dado. Sus temores se acrecientan cuando no lo ve. El sargento no está parado en ningún sitio. Quinteros camina un poco en todas direcciones, llamándolo a los gritos. Oye un quejido. Se acerca al sitio en el que lo oyó. Cóceres está tendido en un manchón húmedo de turba y agua. Quinteros se agacha a su lado. Lo palpa. El brazo izquierdo del sargento es una masa sanguinolenta de ropa y sangre, que se interrumpe a la altura del codo. Sigue palpando. El tórax parece estar entero. Las piernas también. El sargento se queja bajito.

Quinteros se palpa la chaquetilla. Tiene que tener un rollo de venda en algún lado. Dónde carajo. Le cuesta pensar. Si no frena la hemorragia Cóceres se le va a morir ahí. Dónde mierda, Dios santo, dónde mierda tiene el rollo de vendas. Al fin lo encuentra. Lo abre y lo desenrolla. Arma un torniquete a mitad del bíceps. Aprieta muy muy fuerte. Cóceres lanza un alarido.

—Perdoname, pero tengo que frenar la sangre —es todo lo que dice.

Lo levanta. El sargento vuelve a quejarse. Masculla algo como: «No, no puedo, dejame».

—Mierda te voy a dejar —dice Quinteros—. Agarrame del hombro.

A los ponchazos, lento, tropezándose porque a Cóceres le cuesta mucho levantar las piernas y se choca con todos los obstáculos, empiezan a caminar de nuevo.

Ahora van mucho más lento que antes, y que les peguen un bombazo dependerá de la suerte. Bueno, piensa Quinteros. Antes también. Pero parece que uno, mientras corre, puede ayudarla un poco. Caminando, no. Caminando parece que es la suerte la que decide por uno. La suerte y nada más.

52

Los ingleses están atrás, Puerto Argentino está adelante y la guerra está perdida. Carlitos recién se dio cuenta de que estaba nevando de nuevo cuando amaneció lo suficiente como para ver los copos. Las últimas bombas cayeron hace un par de minutos y ellos, que no pueden más de la fatiga, aminoraron el paso.

—¿Cuánto faltará? —pregunta el Conejo, como si le leyera el pensamiento.

—Ni idea —contesta Carlitos, casi sin aliento. Nunca ha sido bueno para medir trayectos en campo abierto, y menos con el agotamiento y la tensión que carga en este momento.

Antonio se detiene y mira alrededor. Debe estar tratando de calcular las distancias. Mira hacia adelante, donde el pueblo es una mancha blanquecina en la luz sucia del amanecer. Mira hacia atrás, hacia el monte en el que combatieron hasta hace apenas un rato. Carlitos y el Conejo se le acercan.

—¿Alguien tiene algo de agua? —pregunta el Conejo.

En ese momento se reanuda el fuego de artillería inglés, con unas bombas que caen bastante lejos, por el lado del norte.

—Vamos —dice Carlitos—. Tenemos que seguir.

—No doy más —se queja el Conejo.

Vuelven a ponerse en marcha.

—Dale. Deben faltar dos kilómetros, digo yo. Más que eso no creo —dice Antonio.

En ese momento cae una bomba y todo se pone negro.

53

—Vamos bien, José. No falta nada. Ya estamos llegando.

Quinteros ya perdió la cuenta de las veces que lo ha dicho, pero es cada vez más cierto. Ahora está nevando, pero ha aclarado lo suficiente como para ver dónde pisan. En realidad es por dónde pisa, en singular, porque hace un rato que Cóceres se derrumbó y Quinteros tuvo que izarlo y cargárselo sobre la espalda. La poca luz que hay le permite ver al teniente que su suboficial tiene una palidez cadavérica. Debe haber perdido un montón de sangre y Quinteros tiene miedo de que, si no lo atienden rápido, se muera desangrado. El salteño es de fierro, porque no se queja casi nunca. La manga de la chaquetilla le cuelga, seca de sangre, alrededor del vacío del antebrazo que ya no está.

En algún momento Quinteros pensó en buscar el camino que se acerca al pueblo por el sur. En una de esas, si lo encontraba, daba con algún vehículo en el que subir a Cóceres para que lo llevaran más rápido al hospital. Pero la verdad es que no tiene ni idea de las distancias. La tuvo, pero ahora, después de todo lo que pasaron esta noche, le pareció que el riesgo de terminar extraviados en el medio de la estepa, con el sargento muerto sobre sus hombros, era demasiado grande. Por eso hace rato que enfiló hacia el pueblo y que sea lo que Dios quiera. Dos veces se cruzó, en esta última parte del trayecto, con soldados tirados en la turba, derribados por la artillería inglesa que barre un poco acá, un poco allá, toda la ancha planicie que ahora es, ya, tierra de nadie, entre las líneas inglesas y el pueblo. Pero no se detuvo a ver si estaban vivos. Se convenció de que estarían muertos, semisumergidos en la turba pantanosa, helados bajo la capa de nieve que se está formando sobre el suelo. No puede detenerse, porque sabe que si deja a Cóceres en el piso no podrá, después, volver a alzarlo.

Allá adelante camina un grupo de tres soldados. Estarán doscientos, doscientos cincuenta metros más cerca del pueblo, que todavía queda

lejos. No alcanza a distinguirlos bien, pero está casi seguro de que son el Trío Los Panchos. Si siguen con la ventaja que llevan no va a decirles nada. Que se pongan a cubierto en cuanto puedan. Pero si le dan tiempo de alcanzarlos, les va a pedir que lo ayuden con Cóceres. Quinteros no da más, y necesita apurarse o Cóceres se le muere.

Ahora nieva más tupido, con copos más grandes que caen mansos porque, cosa rara, el viento amainó por completo. Pero la quietud no dura nada. Un bombazo estalla unos trescientos metros a la izquierda, del lado de Wireless Ridge. Después de unos segundos cae otro, y otro más, todavía cerca del primero. Quinteros, agotado, hace una pausa y restriega la cara contra la manga del sargento para quitarse los copos que le caen en los ojos y le nublan la vista. No puede ayudarse con las manos por temor a que el salteño se le desequilibre y se le vaya al suelo. Los ingleses sueltan una nueva tanda de bombas. En una de esas los están viendo desde la cima de los montes que ganaron esta noche, o se trata simplemente de mala suerte, pero los bombazos pegan mucho más cerca que la tanda anterior.

Restriega por última vez la cara contra la manga de Cóceres para limpiarse los ojos y arranca otra vez a caminar. Es en ese momento cuando ve caer la bomba a unos metros del Trío Los Panchos. Quinteros putea en voz baja. El sargento pregunta qué pasa, pero Quinteros no le contesta. Toda la zona del bombazo queda oculta detrás de una nube de barro y nieve que vuela para los cuatro costados. Cuando se disipa, Quinteros no ve rastro de ninguno de los tres. Mierda. Con lo cerca que estaban de ponerse a salvo. Carajo.

El teniente Quinteros todavía no lo sabe, pero va a sobrevivir a la guerra. Se las ingeniará para regresar al continente acompañando a sus soldados, ahora prisioneros. Y dentro de unos días, en Campo de Mayo, va a vestir el uniforme sin una arruga y sin una mancha y va a salir al encuentro de cada una de las familias de los soldados de la compañía para darle, a cada una, noticias de sus hijos, sus hermanos o sus novios. Va a llevar en la mano un portapapeles con la lista que incluye cada nombre de cada soldado ileso, cada soldado herido y cada soldado muerto. Y delante de cada familia va a buscar en la nómina cada nombre que le pidan, y va a compartir con ella lo que toque, el alivio, la angustia o el dolor.

Después será el tiempo de seguir viviendo. Al principio no va a querer juntarse con nadie a hablar de nada de lo sucedido en las Malvinas. Recién con el transcurso de los años cambiará de idea, y comenzará a participar de

los encuentros de sus veteranos. Porque esos soldados sobrevivientes, a medida que los días y los años se empiecen a apilar unos sobre otros, van a descubrir que les hace bien verse de vez en cuando. Verse y hablar. Del presente y sobre todo del pasado. De ese pasado. Y Quinteros va a empezar a asistir a esas reuniones. En esas juntadas muchos soldados van a repetir una y otra vez sus memorias de esas noches finales del asedio y de la derrota. Quinteros no será de los que tomen la palabra. Quinteros los va a escuchar con atención, pero no va a compartir sus propios recuerdos. Ni con ellos ni con nadie. Procederá así porque él nunca fue, ni será, propenso a contar sus cosas.

Pero aunque no hable, ni con sus veteranos ni con nadie más, de sus recuerdos de la guerra, muchas veces le vendrán a la memoria. A veces esos recuerdos van a asaltarlo porque sí, porque quieren, simplemente porque decidieron hacerlo. Y otras veces será el propio Quinteros el que los busque, el que los traiga a propósito. Sobre todo algunas noches, bien abrigado en su cama, en los minutos anteriores a conciliar el sueño, acudirá ex profeso a algunos recuerdos. Como quien cuenta ovejas, Quinteros buscará refugiarse en un par de imágenes que tiene grabadas a fuego en la memoria. Y esas imágenes le traerán la serenidad suficiente como para dormirse. Curiosamente o no, las imágenes que Quinteros elegirá para tranquilizarse no serán en absoluto pacíficas. No, señor. Elegirá dos momentos en extremo violentos que, sin embargo, encierran para él un significado profundo, secreto y definitivo. Puesto a elegir, en esas noches, optará siempre por esos dos recuerdos. Algunas noches uno, algunas noches otro.

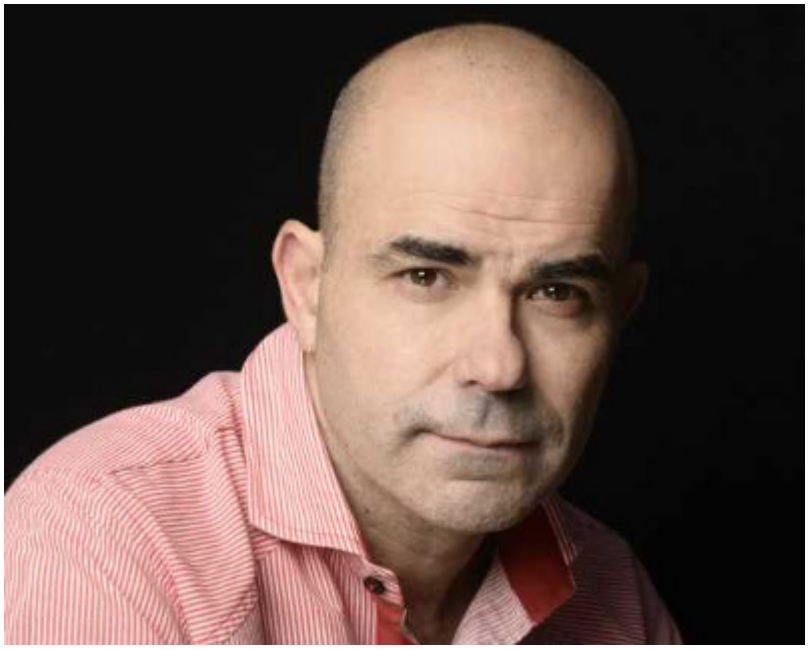
A veces elegirá acordarse de ese momento de la última noche de la guerra en la que, en la cresta de una cima abandonada, cagaron bien a tiros a la vanguardia de los ingleses y los putearon bien puteados, y por un instante sintieron que esa guerra contenía, para ellos, algo más que la derrota.

Y otras veces elegirá el último amanecer, el del 14 de junio de 1982, cuando Quinteros intenta apurar el paso, porque el fuego de artillería ahora es más nutrido y del cielo llueven otras dos bombas, otras cuatro, otras diez y de repente ve, allá adelante, una sombra que se levanta, un poco a los tumbos, en el sitio donde acaban de caer los tres soldados. Entonces por lo menos hay uno que está vivo. A la distancia ve cómo se agacha sobre algo que está en el piso. Lentamente, un segundo soldado se pone de

rodillas junto al primero. El segundo se toma el abdomen. Quinteros se pregunta si estará herido. Ahora los dos se ponen de pie y caminan unos pasos casi en círculos, como si estuviesen buscando algo, hasta que vuelven a detenerse. Se hincan en la tierra. A Quinteros, en la distancia, se le dificulta interpretar lo que ve. La nevada es más y más copiosa. A duras penas distingue cómo los dos soldados izan al tercero hasta erguirlo. Desde tan lejos el teniente no sabe decir si está vivo, porque tiene la cabeza caída hacia adelante. Si está vivo, está inconsciente. Los otros dos, uno a cada lado, aferran el cuerpo del que llevan en el medio. Uno de ellos, el que parece físicamente más entero, que es además el único que ha conservado su casco, se lo quita y se lo pone al que va, muerto o desmayado, sostenido entre los otros dos. El cañoneo sigue batiendo el páramo interminable, mientras el trío de soldados intenta retomar el camino hacia el pueblo.

Ése es el recuerdo que Quinteros elegirá, muchas de sus noches, para poder dormirse. La imagen de esos tres soldados, uno ileso, otro lastimado, otro malherido o en una de esas muerto, caminando por el páramo, sosteniéndose entre sí con el último vestigio de sus fuerzas, bajo la nieve y bajo las bombas, ayudándose a volver a casa.

Castelar, abril de 2025



EDUARDO SACHERI nació en Buenos Aires en 1967. Es profesor y licenciado en Historia, guionista y escritor. Ha publicado toda su obra en Alfaguara: los libros de relatos *Esperándolo a Tito, Te conozco, Mendizábal, Lo raro empezó después, Un viejo que se pone de pie, Los dueños del mundo* y la antología *La vida que pensamos*; los dos volúmenes que reúnen las columnas escritas para la revista *El Gráfico* —*Las llaves del reino* y *El fútbol, de la mano*—, y las novelas *El secreto de sus ojos, Aráoz y la verdad, Papeles en el viento, Ser feliz era esto, La noche de la Usina* (Premio Alfaguara de novela 2016), *Lo mucho que te amé, El funcionamiento general del mundo* y *Nosotros dos en la tormenta. El secreto de sus ojos* fue llevada al cine por Juan José Campanella, film distinguido con el Oscar a la mejor película extranjera (2010) y cuyo guion estuvo a cargo de Sacheri y Campanella. *Aráoz y la verdad* fue adaptada al teatro. *Papeles en el viento* fue filmada por Juan Taratuto, y *La noche de la Usina* tiene su versión cinematográfica con el título *La odisea de los giles*, dirigida por Sebastián Borensztein. En 2022 publicó *Los días de la revolución. Una historia de Argentina cuando no era Argentina (1806-1820)*, el primero de sus libros de divulgación histórica. Su obra ha sido traducida a numerosos idiomas. También trabaja en radio, televisión y medios gráficos nacionales e internacionales.